

COMENTARIO AL
LIBRO DEL
APOCALIPSIS

CARLOS ARACIL ORTS

amistadencristo.com

Comentario al libro del Apocalipsis

Carlos Aracil Orts

Sitio Web: <https://amistadencristo.com>

E-mail: carlosorts@gmail.com

Abril 2022. ALICANTE (ESPAÑA)

Las referencias bíblicas están tomadas de la versión Reina Valera de 1960 de la Biblia, salvo cuando se indique expresamente otra versión. Las negrillas y los subrayados realizados al texto bíblico son nuestros.

Comentario al Apocalipsis

Carlos Aracil Orts

Índice

<u>01. Introducción al Apocalipsis</u>	5
<u>02. Cómo entender el Apocalipsis</u>	9
<u>1. La Revelación de Jesucristo</u>	32
<u>2. Los mensajes a las siete iglesias (Parte 1)</u>	60
<u>3. Los mensajes a las siete iglesias (Parte 2)</u>	77
<u>4. Una visión de Dios y de Su trono en el Cielo</u>	93
<u>5. El rollo y el Cordero</u>	96
<u>6. Los seis primeros sellos</u>	100
<u>7. Los 144.000 sellados y la gran multitud en el Cielo</u>	106
<u>8. El séptimo sello y las cuatro primeras trompetas</u>	110
<u>9. La quinta y sexta trompetas</u>	114
<u>10. El ángel con el librito</u>	118
<u>11. Los dos testigos</u>	121
<u>12. La mujer y el dragón</u>	128
<u>13. Las dos bestias</u>	136
<u>14. El Cordero y los 144.000</u>	146
<u>15. Siete ángeles con siete plagas</u>	154
<u>16. Las siete plagas postreras</u>	158
<u>17. La gran ramera y la bestia</u>	163
<u>18. La caída de Babilonia</u>	185
<u>19. La Cena de las Bodas del Cordero</u>	191
<u>20. El Milenio y el Juicio del Gran Trono blanco</u>	197
<u>21. Un Cielo nuevo y una Tierra nueva</u>	206
<u>22. El río de la vida</u>	220
Referencias bibliográficas.....	229

Comentario al libro del Apocalipsis

Versión 12-04-2022

Carlos Aracil Orts
www.amistadencristo.com

01. Introducción*

En estos tiempos que estamos viviendo, tan turbulentos y peligrosos, se evidencian señales que nos alertan de que la venida de Cristo en gloria está cercana. Él ya nos advirtió cuando dijo: *“Y oiréis de **guerras y rumores de guerras**...Y **habrá pestes y hambres y terremotos en diferentes lugares**... se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes. Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre”* (Mateo 24:6,7, 24-27).

Igualmente, el gran apóstol Pablo nos previene de la creciente maldad y violencia que imperará en la sociedad de los tiempos próximos al fin del mundo: *“También debes saber esto: que **en los postreros días vendrán tiempos peligrosos**. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita”* (2 Timoteo 3:1-5).

Una noticia espantosa, que se ha producido hace solo unos días atrás en Alicante, nos da un atisbo al respecto, porque ¿cuándo se ha visto que un adolescente de quince años asesinara fríamente a su madre, hermano de diez años y a su padre, y luego conviviera con ellos durante unos días, sin decir nada a nadie y sin aparentemente inmutarse?

Por otro lado, a nivel mundial y desde primeros meses del año 2020 estamos sufriendo la grave pandemia del covid-19, que, a la fecha de hoy marzo de 2022, aún permanece, aunque con menos intensidad en los contagios y menos gravedad o consecuencias para los que padecen esta enfermedad.

*“Y oiréis de **guerras y rumores de guerras**...Y **habrá pestes**...”* (Mt. 24:6); como las que ya estamos sufriendo, impactantes y con influencia mundial:

Hace solo unos días, a finales del mes de febrero Rusia ha invadido a Ucrania, y ha empezado una guerra en Europa, que nadie se podía imaginar que ocurriera. Rusia ha ordenado poner en alerta su arsenal nuclear, como medida de prevención, y a fin de atemorizar a sus enemigos; pero es algo muy inquietante, porque puede desencadenar una guerra nuclear mundial. El bombardeo de la central nuclear más importante de Ucrania ha sido un acto

temerario que habría podido ocasionar una gran catástrofe nuclear, que podría haber destruido gran parte de Europa. Las posibilidades de una conflagración mundial han aumentado.

¿No son todos estos acontecimientos los que Jesucristo nos advirtió, que serían señales de Su próximo a regreso para llevarse consigo al Cielo a Su Iglesia (1 Ts, 4:13-18), “y de destruir a los que destruyen la Tierra” (Ap. 11:18)?

¿No es, pues, ahora una excelente oportunidad para que estudiemos más la Biblia y especialmente el libro de Apocalipsis, y averigüemos lo que Dios nos ha revelado para comprender lo que está ocurriendo y también para afrontar los peligros y dificultades de esta época?

Sin duda, “El Apocalipsis” es el libro de la Sagrada Escritura más difícil de entender y, probablemente, también el peor comprendido, a causa de que contiene abundancia de símbolos. Aunque se ha realizado un extenso número de interpretaciones, desde perspectivas muy diferentes –como son la preterista, la futurista, la historicista y la idealista–, algunas de ellas han resultado ser algo variopintas, extravagantes o incluso truculentas, por calificarlas de algún modo.

La sola palabra “apocalipsis” nos produce cierto temor, porque tiene una connotación indudable de “catástrofe”, lo que suele producir sentimientos negativos, como miedo e inseguridad. Sin embargo, el citado término, que proviene de la palabra griega *apokalupsis* (ἀποκάλυψις) (Dicc. Strong) (1), significa simplemente *revelación* o *manifestación*, es decir, lo que estaba oculto que ha sido desvelado y dado a conocer.

Por eso, su autor, que se identifica como “Juan” en las primeras líneas del libro, lo titula muy apropiadamente “**La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto...**” (Jn. 1:1, pp).

Si utilizamos una versión parafraseada del Apocalipsis (2) podríamos decir lo siguiente:

1) Esta es la revelación de Jesucristo. Dios la presenta para que sus siervos tengan una advertencia anticipada de los eventos que pronto se han de cumplir. Uno de sus ángeles comunicó los detalles a su siervo Juan, 2) y él la pasó a todos los que conocía. Este es el testimonio de Juan acerca de la Palabra de Dios y del Señor Jesucristo. (Apocalipsis parafraseado 1:1-2).

Si leemos y estudiamos el libro de Apocalipsis sabremos que se está aproximando el día cuando se cumplirán sus profecías referentes al fin del mundo, y conoceremos las condiciones, circunstancias y situaciones que se producirán pronto, y cómo afrontarlas; a modo de anticipo cito un pasaje que profetiza acerca de los más importantes acontecimientos mundiales que se

cumplirán con la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo: *“Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra”* (Ap. 11:18). Todo esto irá asociado con la resurrección de los santos muertos, que junto con la Iglesia viviente en aquel tiempo, serán arrebatados al cielo, a encontrarse con Jesús (1 Co. 15:51-58; 1 Ts. 4:13-18).

¿Por qué otras razones deberíamos leer y estudiar el libro del Apocalipsis de San Juan?

En primer lugar, por la misma razón que estudiamos el Antiguo y Nuevo Testamentos, ya que el libro de Apocalipsis forma parte de *“las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. (16) Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, (17) a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”* (2 Timoteo 3:15-17).

En segundo lugar, porque a los lectores del Apocalipsis se les prometen especiales bendiciones, exactamente siete bienaventuranzas, que se localizan a lo largo del mismo, y que transcribo más abajo. Nada más empezar la lectura de este importante libro de la Biblia, en el versículo 3, del primer capítulo nos encontramos ya con

La primera bienaventuranza:

Primera: *“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca”* (Apocalipsis 1:3).

Vertiendo este texto en la misma versión parafraseada del Apocalipsis (3), citada arriba, tendríamos lo siguiente:

“Si tú lees estas palabras proféticas serás bendecido. Si las entiendes serás bendecido. Si practicas lo que ha sido registrado serás bendecido, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca” (Apocalipsis parafraseado 1:3).

Resto de bienaventuranzas contenidas en este libro:

Segunda: *“Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”* (Apocalipsis 14:13).

Tercera: *“He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza”* (Apocalipsis 16:15).

Cuarta: *“Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios”* (Apocalipsis 19:9).

Quinta: *“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”* (Apocalipsis 20:6).

Sexta: *“¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”* (Apocalipsis 22:7).

Séptima: *“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad”* (Apocalipsis 22:14).

Acometo este estudio bíblico después de haber leído y estudiado el Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento, durante muchos años y después de leer las obras de un buen número de autores que han comentado el citado libro (véase el apartado de bibliografía de este estudio) (4), desde distintos enfoques.

En primer lugar, este estudio bíblico pretende establecer las bases o claves más importantes para entender el libro de Apocalipsis; y, en segundo lugar, realizar un comentario al libro del Apocalipsis de San Juan, y que presentaré, comentando cada capítulo del mismo por separado, como artículos independientes.

Cómo entender el libro del Apocalipsis

El título que encabeza este párrafo será el del siguiente artículo; y contendrá **las claves para su interpretación** principales que nos ayuden a entender el libro de Apocalipsis, obtenidas del análisis de su capítulo uno. Desarrollaré las siguientes claves en el citado próximo artículo.

- 1) Cuál es su género literario
- 2) Quién es su autor
- 3) En qué fecha se redactó
- 4) Distintos métodos o enfoques para su interpretación
- 5) Significados de algunos símbolos
- 6) El libro de Apocalipsis desarrolla Mateo 24 y profecías de Daniel
- 7) El apóstol Juan usa muchos pasajes del Antiguo Testamento
- 8) Estructura del libro de Apocalipsis

02. ¿Cómo entender el libro del Apocalipsis?

Claves para su interpretación

Las principales claves para entender y estudiar el libro de Apocalipsis, que me han parecido más importantes e interesantes, son las que presento y desarrollo a continuación.

- 1)Cuál es su género literario
- 2) Quién es su autor
- 3) En qué fecha se redactó
- 4) Distintos métodos o enfoques para su interpretación
- 5) Significados de algunos símbolos
- 6) El libro de Apocalipsis desarrolla Mateo 24 y profecías de Daniel
- 7) El apóstol Juan usa muchos pasajes del Antiguo Testamento
- 8) Estructura del libro de Apocalipsis

Primera. Cuál es su género literario

Para responder a esta pregunta basta con aceptar lo que declara su propio autor: **“La Revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto”** (Ap. 1:1). Además, en su versículo 3, Juan también nos confirma con claridad la clase de género literario que trata, cuando escribe su primera bienaventuranza: **“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía,...porque el tiempo está cerca”** (Ap. 1:3).

Esto significa que “tanto la apocalíptica como **la profecía** tratan de acontecimientos que están por venir” (Barclay) (5), en relación al tiempo en el que su autor, Juan, escribió dicho libro.

Robert H. Mounce, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, P. 41, dice:

“Normalmente se considera que el libro de Apocalipsis pertenece al género literario que hemos descrito como literatura apocalíptica. Es la contrapartida neotestamentaria del libro apocalíptico de Daniel en el Antiguo Testamento. Existen buenas razones para apoyar esta clasificación. La pródiga utilización del simbolismo, la visión como instrumento fundamental de revelación, la concentración en el tiempo del fin y la espectacular inauguración de la edad futura, la revelación de un orden espiritual que subyace tras los acontecimientos de la Historia y los determina, el uso de temas apocalípticos comunes: todo ello en conjunto, justifica la aplicación del término «apocalíptica» en relación con el libro de Apocalipsis.” (Mounce) (6)

Desde el versículo 4 en adelante, Juan dirige una hermosa y singular salutación **“a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; (5) y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra”** (Ap. 1:4,5). Lo que añade al **género literario** de su obra, que es fundamentalmente **el de profecía**, otro rasgo que es **el epistolar**, común a todos los escritores del Nuevo Testamento.

Esto puede ser un primer indicio de que el autor del libro de Apocalipsis es el apóstol Juan, que fue coetáneo con Jesucristo, y que vivió hasta finales del siglo I d.C., y no otro personaje distinto; pues a partir del siglo tercero, surgieron varios críticos que cuestionaron dicha autoría, empezando, por Dionisio, obispo de Alejandría, discípulo de Orígenes, que fue el primer “antagonista más importante”, porque negaba que fuera Juan el apóstol el autor del *Apocalipsis*. (Wikipedia-Apocalipsis) (7)

En la siguiente clave, trato de reunir los máximos argumentos para probar, en lo que esté a mi alcance, que el autor de *Apocalipsis* fue el mismo que escribió el cuarto Evangelio, y que registró en su último capítulo lo siguiente: **“Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? (21) Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? (22) Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. (23) **Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? (24) Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.”** (Juan 21:20-24).**

Segunda. Quién es el autor del libro de Apocalipsis

Él mismo se identifica con el nombre de Juan cinco veces a lo largo de todo el libro, de las cuales tres corresponden al capítulo 1 (Ap. 1:1,4,9), y las dos restantes citas se encuentran en los capítulos 21:2 y 22:8.

Además de su salutación apostólica que caracteriza a Juan, el autor de Apocalipsis, y que nos da un primer indicio de su apostolicidad, existen muchas otras pruebas, como, por ejemplo, las que cito a continuación, extraídas, la mayoría de ellas de [Wikipedia, la enciclopedia libre](#).

“El Apocalipsis da detalles escasos pero no irrelevantes acerca de su autor: su nombre es «Juan» (Ap. 1:1,4,9; 22:8). El autor se incluye entre los profetas (Ap. 22:9) y se atribuye varios títulos genéricos, tales como «siervo» de Dios (Ap. 1:1) y «hermano y compañero en la tribulación» del grupo al que se dirige (Ap. 1:9). Su presencia en la isla de Patmos (Ap. 1:9) fue la probable consecuencia de un

destierro impuesto por las autoridades romanas. Las cartas que envía a las siete iglesias (Ap. 2:1-3:22) manifiestan que era muy conocido por los cristianos de Asia y que, dentro de las comunidades cristianas, gozaba de una autoridad indiscutida. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (8)

Cito ahora de Robert H. Mounce, que en su *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 42, destaca la diferencia existente entre Juan, el autor de *Apocalipsis* con otros autores de literatura apocalíptica, no canónicos, que solían ocultarse bajo seudónimos de personajes famosos:

“[...] El autor del libro de Apocalipsis se identifica claramente a sí mismo como «Juan» (1:4, 9; 22:8; cf. 1:1). No utiliza el nombre de algún ilustre personaje de la Historia en un intento de ganar audiencia o de elevar la relevancia del presente, sino que escribe en el suyo propio, con la convicción de que está proclamando la Palabra de Dios y que, por tanto, su mensaje es autorizado y vinculante para sus lectores. Bruce Jones subraya que la directa comunicación que Juan establece con sus coetáneos al utilizar su nombre es demasiado deliberada para ser fortuita: «Somos forzados a concluir que Juan quiere subrayar la diferencia entre su libro y la anterior literatura apocalíptica», Aunque los autores de la literatura apocalíptica son en general pesimistas respecto a la edad presente (Boring lo llama un «pesimismo» que no era final), Juan mantiene el equilibrio que expresa el logion del Evangelio: «En el mundo tendréis aflicción. Pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16:33). Aunque en los últimos días habrá una irrupción de actividad satánica, la Historia sigue estando bajo el control soberano de Dios. La redención ya ha sido lograda por el Cordero, que conquistó a sus enemigos por medio de la muerte en la Cruz (5:9), un sublime acontecimiento histórico que proporciona victoria sobre Satanás a sus seguidores (12:10-11). Aunque la perspectiva de sufrir se plantea de un modo realista, todo el texto está impregnado de un genuino optimismo.” (Mounce), (9)

Esencialmente solo disponemos, para identificar al personaje que se presenta como Juan, de dos fuentes: A) el Nuevo Testamento, en especial lo que Juan escribió en su libro titulado “*El Apocalipsis*” o “*La Revelación de Jesucristo*”, y B) Lo que nos aportan los Padres de la Iglesia de los primeros siglos. Veámoslo:

A) En el Evangelio de San Juan aparecen conceptos y expresiones que son típicos, característicos y propios de este Apóstol, los cuales se vuelven a utilizar en el libro de Apocalipsis.

Por ejemplo, él es el único evangelista que se refiere a Jesucristo, como “**el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo**” (Jn. 1:29,36). Y en el último libro de la Biblia, Juan usa la palabra “Cordero” para referirse a Jesucristo, unas veintisiete veces (Ap. 5:6,8,12-13, 6:1,16; 7:9,10,14,17; 12:11; 13:8; 14:1,4,4,10; 15:3; 17:14; 19:7,9; 21:9,14,22,23,27; 22:1,3).

Como muestra, transcribo dos de las primeras menciones que aparecen en su libro: “...decían a gran voz: **El Cordero** que fue inmolado es digno de tomar el

*poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. (13) Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al **Cordero**, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:12-13).*

Otra palabra clave es “Verbo”, que Juan utiliza por primera vez en su Evangelio para referirse a Jesucristo en Su existencia anterior a su encarnación como hombre: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios...Y aquel Verbo fue hecho carne...”* (Jn. 1:1,14; cf. 1 Jn. 1:1); concepto que nuevamente introduce en Apocalipsis: *“Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: **EL VERBO DE DIOS**”* (Ap. 19:13).

La palabra “testimonio” también es usada muchas veces (unas 26), por el apóstol Juan en su Evangelio, ya sea para referirse al **“testimonio de Jesucristo”** o a su propio testimonio y esta misma expresión la repite en su libro *El Apocalipsis*, unas doce veces. Aunque sin duda existen muchas más expresiones en este libro, que son compatibles con el estilo del autor del cuarto Evangelio y de sus tres epístolas, creo que con lo que antecede es suficiente.

Un dato a considerar, para identificar al “Juan”, autor del libro de Apocalipsis, es el hecho de que él, cuando lo escribió, estaba preso y exiliado en **la isla de Patmos**. Juan, en el primer capítulo, nos relata que sufrió persecución y como consecuencia fue desterrado y recluido a la citada isla: *“Yo Juan, vuestro hermano, y **copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo**, estaba en la isla llamada Patmos, **por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo**”* (Ap. 1:9).

B) Las pruebas más determinantes las aportan varios Padres de la Iglesia de los primeros siglos. Las siguientes citas son de Wikipedia, la enciclopedia libre.

“La mayoría de los Padres de la Iglesia primitiva, o Padres Apostólicos, como Papías (c.69-c.150), Justino (100/114-162/168), Melitón (m.180), Ireneo (120-205), Hipólito (170-236), y otros más, afirmaban que el autor de este Libro inspirado era el propio Evangelista, discípulo del Señor. En el año 633, el IV Concilio de Toledo –intentando despejar la duda creada recién a partir del último tramo del siglo III, cuando ya no vivía ningún discípulo que hubiese tratado o conocido al autor del Cuarto Evangelio–, afirmó que el Apocalipsis era obra del Evangelista y que debía tenerse por obra divina y ciertamente canónica, castigando con la excomunión a quienes lo negasen.” (Wikipedia-Apocalipsis) (10)

[...]

Eusebio llega a su conclusión de que Papías hace una distinción entre dos personas distintas y que ambas llevan el mismo nombre Juan: una está citada

entre nombres de apóstoles que coinciden con nombres del «grupo de los Doce», y otra refiere el nombre de un «presbítero». Según señala el teólogo alemán Wikenhauser, Eusebio tiene al primero de estos dos personajes por autor del [Evangelio de Juan](#), y se inclina a atribuir al segundo la paternidad del [Apocalipsis](#); pero críticos independientes contemporáneos, apartándose en esto de Eusebio, atribuyen la composición del cuarto Evangelio al presbítero Juan. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (11)

[...]

La mención del nombre «Juan», antecedido por el de «Santiago» y el de «Cefas» (Simón Pedro), como uno de los «pilares» de la Iglesia primitiva por parte de Pablo de Tarso en su epístola a los Gálatas es interpretada por la mayoría de los estudiosos como referencia de la presencia de Juan el Apóstol en el Concilio de Jerusalén. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (12)

[...]

Las polémicas que sobre él se abatieron y aún se abaten (en particular, si Juan el Apóstol y Juan el Evangelista fueron o no la misma persona, y si Juan el Apóstol fue autor o inspirador de otros libros del Nuevo Testamento, como el Apocalipsis y las Epístolas joánicas -Primera, Segunda y Tercera-) no impiden ver la tremenda personalidad y la altura espiritual que a Juan se adjudica, no solo en el cristianismo, sino en la cultura universal. Muchos autores lo han identificado con el discípulo a quien Jesús amaba, que cuidó de María, madre de Jesús, a pedido del propio crucificado (Stabat Mater). Diversos textos patristicos le adjudican su destierro en Patmos durante el gobierno de Domiciano, y una prolongada estancia en Éfeso, constituido en fundamento de la vigorosa «comunidad joánica», en cuyo marco habría muerto a edad avanzada. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (13)

[...]

“La distinción entre un «presbítero Juan» y «Juan el Apóstol» fue extendida en Europa Occidental por San Jerónimo, basado en la autoridad de Eusebio. La Enciclopedia Católica considera que la distinción no cuenta con una base histórica: ni Ireneo de Lyon, ni ningún otro escritor anterior a Eusebio, tuvieron conocimiento alguno de un segundo Juan en Asia. Asimismo, la Enciclopedia Católica sostiene que la palabra «presbítero» solo puede entenderse como «apóstol».” (Wikipedia-Juan el Apóstol) (14)

[...]

La solución comúnmente aceptada desde el siglo II y hasta el desarrollo de la «crítica bíblica» a mediados del siglo XIX fue que el «Discípulo Amado», garante del Evangelio de Juan, era Juan el Apóstol, el hijo de Zebedeo. A partir el siglo XVIII comienza a difundirse el uso del método histórico-crítico en lugar de métodos de índole estrictamente religiosa para construir un conocimiento verificable de Jesús de Nazaret. Este método fue utilizado particularmente para interpretar el Evangelio de Juan en general y la figura del «Discípulo Amado» en

particular. Más aún, se propusieron significados alternativos del «Discípulo Amado» con los que se buscó superar las posibles debilidades que los críticos argumentaban había en la identificación con Juan el Apóstol. No se trataba de un tema menor, pues representaba indirectamente un desafío a la misma autoría del Evangelio. Este proceso, reservado en principio a los estudiosos, demandó décadas. Con los años, las distintas hipótesis esgrimidas sobre la identidad del «Discípulo Amado» como alguien distinto a Juan el Apóstol mostraron a su vez sus debilidades, mientras que se edificaron nuevas hipótesis sobre el proceso de redacción del Evangelio que, en la opinión de muchos, enmarcaba el grado de responsabilidad del «Discípulo Amado» en el mismo. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (15)

[...]

Entre los Padres de la Iglesia que mencionaron al «Discípulo Amado» se destaca Ireneo de Lyon. Ireneo no dice que se trate del «hijo de Zebedeo»: siempre refiere el nombre de «Juan» como «discípulo» del Señor (más de 15 veces). Se podría objetar que, dado que Juan es mencionado únicamente como «discípulo» y no como «apóstol», su identidad estaría en duda ya que los apóstoles son indicados con ese título. Sin embargo, una lectura cuidadosa de todo el texto de Ireneo permite inferir que, al mencionar Ireneo la figura de «Juan, el discípulo del Señor que se reclinó sobre su pecho», se refiere inequívoca y consistentemente al apóstol Juan. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (16)

[...]

Ireneo de Lyon (ca. 130 - ca. 202) escribió sobre «Juan, discípulo del Señor» en varias oportunidades, identificándolo con el discípulo a quien Jesús amaba y haciendo referencia a su permanencia en Éfeso hasta los tiempos del emperador Trajano:

«[...] Por fin Juan, el discípulo del Señor «que se había recostado sobre su pecho» (Jn 21:20; 13:23), redactó el Evangelio cuando residía en Éfeso [...]» Ireneo de Lyon

«[...] todos los presbíteros de Asia que, viviendo en torno a Juan, de él lo escucharon, puesto que este vivió con ellos hasta el tiempo de Trajano. Algunos de ellos vieron no solo a Juan, sino también a otros Apóstoles, a quienes han escuchado decir lo mismo.» Ireneo de Lyon

«Finalmente la Iglesia de Éfeso, fundada por Pablo, y en la cual Juan permaneció hasta los tiempos de Trajano, es también testigo de la Tradición apostólica verdadera.» Ireneo de Lyon

Ireneo suele dar a este Juan el título de «discípulo del Señor» (más de quince veces), título que en singular no aplica a ningún otro. En otro pasaje de su obra parece aplicarle el título de apóstol. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (17)

En efecto, Ireneo menciona:

«[...] todos los presbíteros de Asia que, viviendo en torno a Juan, de él lo escucharon, puesto que éste vivió con ellos hasta el tiempo de Trajano. Algunos de ellos vieron no solo a Juan, sino también a otros Apóstoles, a quienes han escuchado decir lo mismo.»²¹ «[...]Por fin Juan, el discípulo del Señor «que se había recostado sobre su pecho» (Jn 21:20; 13:23), redactó el Evangelio cuando residía en Éfeso [...]»²⁰ Ireneo de Lyon. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (18)

[...]

El escritor Orígenes (185-254), principal referente teológico del cristianismo hasta Agustín de Hipona, apunta una y otra vez:

Juan, el hijo de Zebedeo, dice en su Apocalipsis[...] [...]Una vez más, en su descripción del Logos de Dios en el Apocalipsis, el Apóstol y Evangelista (y el Apocalipsis le da también el título de profeta) dijo que vio la Palabra de Dios en el cielo abierto[...] [...] ¿Qué vamos a decir de él, que se apoyó en el pecho de Jesús, a saber, Juan, que dejó un Evangelio, a pesar de confesar que él podría hacer tantos que el mundo no los contendría? Pero también escribió el Apocalipsis [...]»⁴³ Orígenes, Comentario sobre el Evangelio de Juan. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (19)

[...]

Algunos argumentos a favor de la identificación de Juan el Apóstol con el «Discípulo Amado» surgen del análisis comparado entre el Evangelio de Juan, los Evangelios sinópticos y los Hechos de los Apóstoles, y pueden resumirse brevemente en los siguientes puntos:

1. La manera vívida y pormenorizada con que el Evangelio de Juan describe las escenas, y sus expresas afirmaciones, ponen de manifiesto que su autor intelectual primario (es decir, quien lo predicó inicialmente) fue un testigo presencial de los sucesos (Juan 1:14; Juan 19:35; Juan 21:24), uno de los más íntimos de Jesús, seguramente un apóstol. Jesús tenía tres apóstoles a los cuales distinguió: Pedro, Juan y Santiago o Jacobo (Marcos 5:37; Marcos 9:2; Marcos 14:33). Pedro se diferencia del «Discípulo Amado», porque aparecen claramente identificados como personas distintas (Juan 13:23-24; Juan 20:2-10; Juan 21:20). Santiago el Mayor (traducido a veces como Jacobo) tampoco puede ser el «Discípulo Amado», porque murió tempranamente (Hechos 12:1-2), mientras que el «Discípulo Amado» llegó, por su longevidad, a adquirir fama de inmortalidad (Juan 21:23).

2. El «Discípulo Amado» participó de la Última Cena a la cual, según los Evangelios sinópticos, tuvieron acceso «los Doce» (Marcos 14:16-17; Mateo 26:19-20), los Apóstoles (Lucas 22:13-14).

3. El «Discípulo Amado» y Simón Pedro llevaron una amistad abierta (Juan 13:23-25; Juan 20:2-9), que en el libro de los Hechos de los Apóstoles se pone de manifiesto en el trabajo apostólico conjunto de Pedro y Juan, tanto en la predicación en Jerusalén (Hechos 3:1-9) como en la predicación en Samaría (Hechos 8:14-15). El único vínculo con el ministerio de Jesús en Samaría

relatado por el Evangelio de Juan parece encontrarse en la predicación de Pedro y Juan el Apóstol en los Hechos de los Apóstoles. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (20)

[...]

Jerónimo de Estridón (c. 340 – 420) también conoció el relato del martirio de Juan en el caldero de aceite en Roma y de su destierro en Patmos, pues lo refiere en su *Commentariorum in Evangelium Matthaei* XX, 23, al explicar el pasaje en que Jesús predice a los dos hijos de Zebedeo que beberían el mismo cáliz que él.

Pero San Jerónimo escribe además que Juan, en su ancianidad, no podía ir por su pie a las reuniones de los cristianos, y los discípulos lo llevaban en una silla a las asambleas de los fieles de Éfeso. Su consejo era siempre el mismo: «Hijitos, amaos los unos a los otros». Cuando le preguntaron por qué repetía siempre la frase, Juan respondió: «Porque ese es el mandamiento del Señor y, si lo cumplís, lo habréis hecho todo». Jerónimo también hace referencia a la larga vida de Juan y a su muerte en Éfeso a comienzos del siglo II. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (21)

Otra cita importante nos la proporciona Robert H. Mounce, en su *Comentario al libro de Apocalipsis*, p.61-62:

“Justino Mártir, que vivió y enseñó en Éfeso poco después de su conversión hacia el año 130 dC., escribe que «cierto hombre de entre nosotros llamado Juan, uno de los apóstoles de Cristo, en una revelación que tuvo, profetizó que aquellos que creían en nuestro Cristo pasarían mil años en Jerusalén». Otro testimonio de la zona geográfica a la que inicialmente se dirigió el libro de Apocalipsis es el que nos llega de Melitón, obispo de Sardis, quien hacia el año 175 dC. escribió una obra acerca del libro de Apocalipsis, cuyo título ha sido preservado por Eusebio.

Ireneo (nacido en Asia Menor, probablemente en Esmirna), obispo de la ciudad de Lyon en la Galia del Sur, cita frecuentemente el libro de Apocalipsis en su obra fundamental, *Contra las Herejías* (escrita en la última década del siglo segundo). En ella se refiere a «todas las genuinas y antiguas copias» del Apocalipsis de Juan, indicando de este modo su temprana circulación. En una epístola a los creyentes de Asia y Frigia, las iglesias de Lyon y Viena (177 dC.) se refieren varias veces al libro de Apocalipsis (12:1; 14:4; 19:9; 22:11), una de las cuales se introduce con la fórmula neotestamentaria para las citas de la Escritura.

El hecho de que el libro de Apocalipsis aparezca en el Canon de Muratori (la lista más antigua existente de los escritos del Nuevo Testamento) indica su circulación y aceptación como texto canónico en Roma hacia finales del siglo segundo. Hipólito, el teólogo más importante de la iglesia romana del tercer siglo, lo cita repetidamente, considerando que su autor es «el apóstol y discípulo del Señor». En Cartago (la «hija de la iglesia romana») el libro de Apocalipsis fue aceptado como autoritativo hacia finales del siglo segundo. Tertuliano, el gran

apologeta cartaginés del cristianismo, cita profusamente el libro de Apocalipsis (alude a dieciocho de sus veintidós capítulos) en los primeros años del siglo tercero. En el mismo periodo, Clemente de Alejandría aceptó el libro como escrito apostólico, al igual que el entonces joven Orígenes que fue contemporáneo de él. En la zona sirio-occidental, el obispo Teófilo de Antioquía, hizo uso del «testimonio del Apocalipsis de Juan» en su tratado *Contra la Herejía de Hermógenes*. Existen otras referencias, pero éstas bastan para demostrar que, hacia el fin del siglo segundo, el libro de Apocalipsis había circulado ampliamente por todo el Imperio y era ampliamente aceptado como parte de la Escritura y como obra del apóstol Juan. (Mounce) (22)

La conclusión respecto a la clave segunda –**¿Quién es el autor del libro de Apocalipsis?**– la extraigo también de Robert H. Mounce, que en su *Comentario al libro de Apocalipsis*, p.52, argumenta:

“Puesto que la evidencia interna no es completamente desfavorable a la autoría apostólica y la evidencia externa es unánime en su apoyo, lo más sabio es aceptar como una hipótesis razonable que el libro de Apocalipsis fue escrito por el apóstol Juan, hijo de Zebedeo y discípulo de Jesús”. (Mounce) (23).

Tercera. En qué fecha se redactó el Apocalipsis

Las fuentes históricas coinciden en que los cristianos sufrieron persecuciones, “durante un periodo de más de dos siglos entre el gran incendio de Roma en el año 64 bajo Nerón y el Edicto de Milán en el 313” (Wikipedia) (24); éstas fueron “llevadas a cabo por el Estado y también por las autoridades locales de manera esporádica y puntual” (Wikipedia) (25), hasta el año 250, en que el emperador Decio proclamó un edicto, consecuencia de cual la persecución se extendió por todo el Imperio Romano.” [Persecución a cristianos en el Imperio romano - Wikipedia, la enciclopedia libre](#) (26)

El libro de los Hechos de los Apóstoles registra que, pocos años después del gran acontecimiento de Pentecostés (año 30 d.C.), el apóstol Juan fue enviado junto con Pedro a predicar a Samaria (Hch. 8:14); y, muy probablemente, Juan también estaba entre los apóstoles que recibieron a Pablo y Bernabé en Jerusalén (Hch. 15:2,4), con motivo del llamado Concilio de Jerusalén (c. 50 d.C.). Aparte de que el apóstol Pablo cita al apóstol Juan en su Epístola a los Gálatas (2:9), ya no aparece en el Nuevo Testamento hasta que él mismo se identifica como el autor del libro de Apocalipsis. No obstante, con mucha probabilidad Juan iría a establecerse a Éfeso, algunos años antes de la destrucción de Jerusalén por el ejército de Roma en el año 70 d.C., porque es seguro que haría caso a la advertencia de Jesús: “*Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado... entonces huyan...*” (Lc. 21:20). Esto pudo pasar hacia el año 68 d.C., poco después de la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo (Goena, Historia de la Iglesia) (27); cuando muchos judíos cristianos abandonaron Palestina.

La cita anterior obtenida de [Historia de la Iglesia - Edad Antigua \(gecoas.com\)](http://gecoas.com), es confirmada, además, por los siguientes párrafos extraídos de la vida de [Juan el Apóstol - Wikipedia, la enciclopedia libre](http://Wikipedia):

“Respecto de los años que siguieron a los acontecimientos narrados en los Hechos de los Apóstoles, la tradición apostólica más antigua está de acuerdo en ubicar el ministerio de Juan el Apóstol en Éfeso, con un período de exilio en la isla de Patmos.” (Wikipedia-Juan el Apóstol) (28)

[...]

“Ireneo de Lyon (ca. 130 - ca. 202) escribió sobre «Juan, discípulo del Señor» en varias oportunidades, identificándolo con el discípulo a quien Jesús amaba y haciendo referencia a su permanencia en Éfeso hasta los tiempos del emperador Trajano. [...]” (Wikipedia-Juan el Apóstol) (29)

Cito ahora unos párrafos muy expresivos y conmovedores extraídos también de la [Historia de la Iglesia - Edad Antigua \(gecoas.com\)](http://gecoas.com)

Hacia el año 130, San Papías, el famoso obispo de Hierápolis, diócesis de la Frigia, uno de los discípulos inmediatos del Evangelista, en un texto que nos ha sido transmitido por el primer gran historiador eclesiástico Eusebio de Cesarea, habla con profunda veneración de su Maestro fallecido pocos años antes, a quien llama "Juan el Anciano, discípulo del Señor".

San Juan anciano

Por varias fuentes sabemos la vitalidad de la comunidad cristiana de Éfeso, regida un tiempo por San Pablo, y después por San Juan.

No es extraño que bajo el báculo de Juan fuera metrópoli de la provincia eclesiástica más activa. Y la figura de Juan se agiganta cuando queda único sobreviviente del Colegio Apostólico, único representante del grupo íntimo de discípulos que había recibido las confidencias del Salvador. Entonces las miradas todas de la Iglesia se dirigieron al Discípulo predilecto.

Cuando habían desaparecido todos los "testigos de la palabra", los oyentes de Jesús, quedaba allí Juan, que había visto al Maestro con sus ojos, y le había tocado con sus manos, y había recogido las últimas palabras de su vida mortal.

Muerte de San Juan

Es de suponer que semejantes noticias acerca del prestigio de Juan debieron de llegar al emperador Domiciano. Estamos en el bienio 94-96, que fue el tiempo en que se desplegó su persecución. Sabemos por Eusebio de Cesarea, que el Emperador dispuso la detención de varios orientales, por sospecharles especiales autores de la creencia, muy extendida en Oriente, sobre un próximo reino de Jesús de Nazaret. Es Tertuliano, el gran apologista (siglos II-III), quien cuenta que San Juan sufrió en Roma la terrible prueba del aceite hirviente. La tradición señala como lugar del hecho la Puerta Latina, o mejor dicho, el espacio

que ocupó más tarde dicho portazgo romano: un campo de las afueras de la Urbe, al principio de la vía que atravesaba el Lacio.

Podemos imaginar la escena: El venerable anciano ha sido echado, con las manos atadas, en una gran caldera llena de aceite que hierve y chisporrotea; los verdugos atizan el fuego y le contemplan estupefactos, reza el Mártir con los ojos fijos en el Cielo: se le ve intacto, sereno, alegre.

Se desiste de traer nuevas cargas de leña y de revolver el brasero; es inútil: nada puede hacer daño a la carne virginal de aquel hombre prodigioso; el fuego le respeta y el aceite que arde es para él como un rocío.

Tertuliano lo narra con emoción, añadiendo que el Evangelista, después de haber salido incólume del perverso baño, fue desterrado, por orden imperial, a una isla. Consta históricamente que fue la de Patmos, una de las Espóradas, en el mar Egeo, árida, agreste, volcánica; allí tendrá las visiones del Apocalipsis y permanecerá largos meses, hasta la muerte de Domiciano, para regresar a su Éfeso querida, amparado por una amnistía general, decretada por Nerva, benigno emperador inmediato.

La tradición nos ha transmitido un hermoso anecdotario de la última vejez del Apóstol. Entusiasta de la pureza de la fe, no se recató de manifestar su más absoluta repugnancia contra las primeras herejías que en la Iglesia aparecieron.

Es el mismo San Jerónimo el que, en su libro Sobre los Escritores Eclesiásticos, intenta establecer la cronología del cuarto Evangelista y dice que vivió hasta los plenos días del Emperador Trajano (98-117) y falleció sesenta y ocho años después de la Pasión del Señor. (Goena, Historia de la Iglesia) (30)

También Wikipedia se refiere al martirio fallido del que, al parecer, fue víctima el apóstol Juan:

Tertuliano (ca. 160 – ca. 220), en su *De praescriptione haereticorum* XXXVI, asentó que Juan padeció sin morir el martirio en Roma, en una caldera de aceite hirviente. Según este relato milenario de la Iglesia, el martirio habría tenido lugar aproximadamente entre los años 91 y 95, en las cercanías de la Puerta Latina (Porta Latina), en los Muros Aurelianos. Juan habría salido ileso. El emperador Domiciano habría considerado este prodigio como una especie de magia y, no animándose a intentar otra clase de ejecución, habría desterrado a Juan a la isla de Patmos. (Wikipedia-Juan el Apóstol) (31)

Los siguientes párrafos obtenidos de la fuente citada arriba, también atestiguan que Juan el Apóstol escribió el libro del Apocalipsis hacia el año 95 d.C., cuando el emperador Domiciano (81-96 d.C.) acentuó la persecución a los cristianos.

Domiciano fue señalado por los escritores cristianos antiguos como el segundo emperador romano en perseguir a los cristianos, luego de Nerón.

Muchos investigadores coinciden en la hipótesis de que el Apocalipsis fue escrito durante el gobierno de Domiciano como reacción a la intolerancia religiosa del emperador. [...] (Wikipedia-Juan el Apóstol) (32)

Completo los datos que he obtenido sobre la fecha en que se escribió el libro de Apocalipsis con la información que proporciona Robert H. Mounce, en su *Comentario al libro de Apocalipsis*, p.53-55:

“La referencia externa más antigua que sitúa la redacción de Apocalipsis durante el reinado de Domiciano es la de Ireneo. Hablando del libro de Apocalipsis, dice: «porque no comenzó a circular en un tiempo muy lejano, sino casi en nuestra generación, a finales del reinado de Domiciano.» (R. Mounce, p.53) (33)

[...]

“Cuando se considera el libro de Apocalipsis en sí, se hace evidente que en su trasfondo está el conflicto entre las demandas de un poder secular totalitario y la adhesión a la fe cristiana. El Imperio Romano se personifica en una bestia que exige adoración universal (13:4, 15-17; 14:9; 16:2; 19:20), y que insiste en que todos lleven su «marca» o sean ejecutados (13:15-17; 14:9; 16:2; 19:20; 20:4). Estas referencias solo pueden interpretarse razonablemente en términos del desarrollo del culto imperial, y específicamente en Asia Menor. El concepto de la adoración del Emperador experimentó una evolución natural en el antiguo mundo gentil, ayudado por el politeísmo, la adoración de los antepasados, y la posterior deificación de los héroes legendarios. En el Imperio Romano, la deificación del estado que un tiempo atrás se había desarrollado entre las provincias, aportó ciertas razones para que los emperadores fortalecieran su autoridad y reivindicaran un cierto estatus divino. Julio César (100-44 a.C) aceptó que se le adorara como un dios durante su vida. Augusto (27 a.C.-14 d.C.) fue más prudente en la ciudad de Roma, pero consintió la existencia de templos dedicados a él en las provincias. Después de su muerte se le adoró ampliamente en Asia y en las provincias occidentales. Calígula (37-41 d.C.) no se contentó con que se le tributara adoración voluntaria. Exigió que todos sus súbditos rindieran homenaje a su estatua. En el tiempo de Nerón (54-68 d.C.) el culto imperial se estableció firmemente como una institución religiosa, aunque la persecución de los cristianos que se produjo bajo su mandato no se debió a la reivindicación de su deidad como emperador, sino a que necesitaba algún grupo al que culpar por el gran incendio de Roma. Tendría que llegar el reinado de Domiciano (81-96 d.C.) para que la negativa a confesar la divinidad del Emperador se convirtiera en un delito político y susceptible de castigo. W. G. Kümmel observa que, bajo Domiciano «se produjo por primera vez la persecución de los cristianos por parte del Estado por motivos religiosos». Aunque el cuadro de la imposición universal del culto imperial que encontramos en Apocalipsis 13 representa la predicción de una situación futura más que una descripción de las condiciones existentes bajo Domiciano, todos los elementos de la visión estaban presentes en la última década del siglo primero y, por tanto, es lícito y razonable que hagamos una extrapolación. El inminente conflicto de lealtades entre Cristo y César que se refleja en el libro, indica que la redacción de Apocalipsis debería probablemente situarse no antes del reinado de

Domiciano. Kümmel afirma: «El cuadro de la época que se esboza en el libro de Apocalipsis no coincide mejor con ninguna época de la historia primitiva que con el periodo de la persecución de Domiciano».

Dentro del propio libro existen indicaciones de que la tormenta de la persecución está próxima a estallar. El autor ha sido desterrado a la isla de Patmos «a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús» (1:9). Aunque este exilio se produjo a instancias de una autoridad local, no es poco razonable asumir que tras aquella decisión había una política general procedente de Roma. En la carta a la iglesia de Pérgamo se habla de Antipas, fiel testigo de Dios, que fue ejecutado, según parece por negarse a renunciar a su fe (2:13). A los creyentes de Esmirna se les advierte acerca de un sufrimiento y encarcelamiento inminentes que puede suponer la muerte de alguno de ellos (2:10). A los cristianos de Filadelfia se les promete que por su fidelidad, serán guardados «de la hora de la prueba, esta hora que está por venir sobre todo el mundo» (3:10). Cuando se abre el quinto sello, se ve a «los que habían sido muertos a causa de la palabra de Dios y del testimonio que habían mantenido» (6:9). Aunque esta descripción podría interpretarse de un modo general e incluir a los mártires de todos los tiempos, la orden de que «descansaran un poco más de tiempo» hasta que se completara su número sugiere que la persecución iba todavía a continuar. Es evidente que algunos pasajes donde se habla de la gran ramera (Roma), ebria de la sangre de los santos y los mártires implica un contexto de persecución (17:6; 18:24; 19:2; cf. 16:6; 20:4).” (Mounce) (34)

[...]

“Clemente de Roma, contemporáneo de Domiciano, habla de «las repentinas y reiteradas calamidades y adversidades que nos han sobrevenido,» lo cual concuerda con lo que sabemos de Domiciano por el testimonio de autores posteriores que hablan de sus persecuciones a los cristianos. Aunque las pruebas de que bajo Domiciano se produjo una extensa persecución no son especialmente contundentes, no hay ningún otro periodo del siglo primero en que tales persecuciones sean más probables. Beckwith observa que el libro refleja una etapa del desarrollo de la adoración al Emperador que no se había alcanzado anteriormente y concluye que «por tanto, el lugar que ocupan las persecuciones en los motivos y profecías del autor de Apocalipsis parece apuntar con toda claridad al tiempo de Domiciano».

Existen otros argumentos que pueden apoyar la época de Domiciano como fecha de redacción del Apocalipsis: (1) la forma concreta del mito de Nerón que subyace en los capítulos 13 y 17 no hubiera podido desarrollarse y ser aceptada tan ampliamente hasta finales de siglo, (2) el declive espiritual de Éfeso, Sardis y Laodicea requiere un extenso periodo de tiempo, (3) la existencia de una secta herética bien conocida como los nicolaítas presupone un periodo de distancia de las epístolas apostólicas (en estos escritos ni siquiera se insinúa su existencia), (4) la ausencia de cualquier referencia a la obra pionera de Pablo en Asia Menor es más comprensible con el paso del tiempo, (5) la probable utilización del texto de Mateo (y quizá también de Lucas) para la redacción de Apocalipsis estaría en favor de una fecha posterior a los años 80-85 si se acepta la datación corriente,

(6) es posible que la iglesia de Esmirna no existiera hasta después de 60-64 dC., 97 y (7) en Apoc. 3:17 se describe a la iglesia de Laodicea como rica aunque la ciudad quedó casi totalmente destruida por un terremoto en 60-61 dC.” (Mounce) (35).

Cuarta. Distintos métodos o enfoques para interpretar el Apocalipsis

Los distintos enfoques –**preterista, futurista, idealista e historicista**– que tratan de explicar el citado libro, se basan principalmente en la interpretación de los siguientes textos del capítulo uno del Apocalipsis:

*“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos **las cosas que deben suceder pronto**; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, (2) que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. (3) Bienaventurado el que lee, y los que oyen **las palabras de esta profecía**, y guardan las cosas en ella escritas; **porque el tiempo está cerca**”* (Apocalipsis 1:1-3).

*“**Las cosas que deben suceder pronto**”* corresponden a sucesos que ocurrirán en un futuro próximo. Son *“palabras de profecía”* reveladas por Dios a Juan, por medio de Jesucristo, a través de un ángel. La dificultad estriba en evaluar el alcance temporal de la palabra *“pronto”*; aunque el Apóstol, al final del versículo 3, lo puntualiza un poco más cuando nos dice que *“el tiempo está cerca”*. Es decir, las profecías que se le revelan a Juan, cuando escribió el Apocalipsis hacia el año 95 d.C., empezarán a cumplirse en un tiempo indefinido después de la citada fecha, pero relativamente *“pronto”*, y, por supuesto, no todas las cosas sucederán al mismo tiempo, sino que se desarrollarán a lo largo de un tiempo que todavía está en el futuro para el apóstol Juan.

Mientras Juan *“estaba en el Espíritu en el día del Señor”* (Ap. 1:10), –se refería a una especie de éxtasis inducido por el Espíritu Santo, que le permitía recibir las visiones– oyó *“detrás”* de él *“una gran voz como de trompeta, que decía: **Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último**. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea”* (Ap. 1:10-11). Era Jesucristo que se presentaba al apóstol, enfatizando Su cualidad fundamental que le identifica como el Ser eterno, y que le hace igual a Dios el Padre. Es el momento histórico en el que Juan recibe el mandamiento de Jesús para que escriba en un libro las visiones que a continuación irá teniendo, y lo envíe a las siete iglesias locales antes citadas, que representan a la Iglesia universal de todos los tiempos hasta la segunda venida de Cristo.

Cuando Juan se vuelve para ver de dónde salía la voz, es el momento en el que recibe la primera visión: *“vi siete candeleros de oro, (13) y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que*

llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. (14) Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; (15) y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. (16) Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. (17) Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; (18) y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.” (Ap. 1:12-18)

En el versículo que sigue a la visión –**“Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas”** (Ap. 1:19)–, Jesucristo reitera a Juan el mandato que le ordenó anteriormente en el versículo 11. Pero observemos que hace una distinción entre **“las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas”**. Esta frase alude, **en primer lugar**, a un pasado reciente – **“las cosas que has visto”**, que se refieren a la visión de la apariencia del Hijo del Hombre, situado entre **“los siete candeleros”**, y que **“Tenía en su diestra siete estrellas”** –, o sea, lo que acaba de mostrársele; **en segundo lugar**, el presente **“las [cosas] que son”**, es decir, los siete candeleros, que son las siete iglesias de Asia, citadas en el v.10, y que existían en tiempos en que Juan escribió **“La Revelación de Jesucristo”**; y **en tercer lugar**, se refiere al futuro, **“las [cosas] que han de ser después de estas”**. En opinión de muchos eruditos, este futuro, que Jesucristo le va a revelar a Juan, no tiene por qué estar limitado a los primeros cuatro o cinco siglos de existencia de la Iglesia cristiana, sino que puede extenderse hasta el día del fin del mundo, que ocurrirá con la segunda venida de Cristo.

En los dos versículos últimos de este capítulo uno, algunos símbolos que se emplearon en la anterior descripción, son desvelados por Jesucristo mismo: **“El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias”** (Ap. 1:20).

La interpretación preterista

Los autores que utilizan el punto de vista preterista para analizar y comentar el libro de Apocalipsis, consideran que **“las cosas que deben suceder pronto”** (Ap. 1:1), que pertenecían al futuro en tiempos de Juan, la mayoría de ellas – excepto las de los capítulos 19 al 22– se cumplieron en los dos o tres primeros siglos, o, como máximo, antes del siglo quinto, de existencia de la Iglesia.

Robert H. Mounce define y describe muy bien la perspectiva preterista de la siguiente manera: “[Es la que] entiende el Apocalipsis desde el punto de vista de su escenario histórico del primer siglo. La Iglesia, amenazada por las crecientes demandas que planteaba la adoración al Emperador, está entrando

en un periodo en el que su fe habrá de ser probada con gran severidad. La persecución irá en aumento, pero aquellos que permanezcan fieles participarán en la victoria final de Dios contra los poderes demoníacos que controlan y dirigen el estado totalitario". (Mounce, p.66) (36)

[...] Los preteristas sostienen que las principales profecías del libro se cumplieron, bien durante la caída de Jerusalén (70 d.C.), o con el colapso de Roma (476 d.C.). (Mounce) (37)

[...] El problema fundamental de la posición preterista radica en que la decisiva victoria que se describe en los últimos capítulos del Apocalipsis nunca ha llegado. Es difícil de creer que lo que Juan plantea no sea otra cosa que la completa destitución de Satanás, la destrucción final del mal, y el reinado eterno de Dios. Si esto no fuera así, entonces: o bien el vidente estaba completamente equivocado en la idea fundamental de su mensaje, o su obra era tan absolutamente ambigua que sus primeros receptores se confundieron totalmente respecto al sentido del libro. (Mounce) (38)

La interpretación futurista

Esta interpretación es totalmente opuesta a la preterista. Porque los comentaristas o estudiantes del libro de Apocalipsis entienden que solo el capítulo uno, prólogo del mismo, y los capítulos dos y tres, –que contienen las siete epístolas, dirigidas expresa y particularmente “a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea”–, “tratan el periodo de la presente Dispensación de la Gracia” (Truman) (39). Ellos entienden que este periodo comprende desde el establecimiento de la Iglesia primitiva en el día de Pentecostés del año 30 d.C. hasta el fin del tiempo de gracia, que ocurrirá unos pocos años antes de la Parusía de Jesucristo. Sin embargo, “Los capítulos 4-19 describen el tiempo de los siete años de la [gran] tribulación” (Truman) (40), que ocurrirá durante ese periodo especial de años inmediatos a la venida en gloria de nuestro Señor Jesucristo.

Cito a continuación, también los párrafos del contexto en el que se insertan las frases entrecuilladas arriba extraídas del libro, *Comentario a Apocalipsis*, cuyo autor es Cliff Truman:

“Ningún juicio en la historia jamás ha igualado los descritos en los capítulos 6, 8, 9 y 16. El capítulo 20 tiene que ver con el reino milenarismo de Cristo en la tierra. Los capítulos 21-22 describen el estado eterno. Los acontecimientos predichos en Apocalipsis se han de cumplir de manera normal. "Su mensaje es fundamentalmente escatológico, porque su tema gira alrededor de la realidad de la segunda venida de Cristo a la tierra y de los acontecimientos que precederán, acompañarán y seguirán a un hecho tan singular".

Los símbolos usados enseñan verdades y cosas reales. Todos los símbolos y las metáforas han sido tomados del Antiguo Testamento. De los 404 versículos que

constan el libro, 265 contienen el lenguaje del A. T. Hay 550 referencias al A. T. Está saturado con los modismos hebreos. Estando íntimamente ligado con las profecías del A. T., es un gran error tratar de interpretar el libro por medio de la historia gentil.

Hay un progreso de la profecía bíblica. Las predicciones de Daniel avanzan más allá de las de Isaías; Zacarías agrega más datos al cuadro creciente de los últimos tiempos. En su discurso del Monte de los Olivos, Cristo pone más detalles que hacen más claro el cuadro escatológico, mientras Pablo, en su segunda carta a los Tesalonicenses dibuja con su pluma profética algunos renglones de manera tan vívida y clara sobre el Hombre de Pecado (el Anticristo), que los santos de la tribulación podrán reconocerle inmediatamente.

Pero el libro de Apocalipsis corona toda la palabra profética con sus símbolos y cuadros, sus explicaciones y sus testimonios, para que los hijos de Dios posean un guía infalible en cuanto a los tiempos peligrosos e inminentes de la consumación de esta presente dispensación de la Iglesia.

Una buena regla para la interpretación bíblica es, "Cuando el claro sentido de las Escrituras hace un sentido común, entonces no busque a otro sentido"; es decir, hay que aceptar cada palabra en su sentido primario, ordinario, usual, y literal, a menos que los hechos del texto inmediato, estudiado a la luz de pasajes correspondientes y verdades fundamentales, indiquen lo contrario.

La escuela de pensamiento futurista, debido a su insistencia de interpretación tan literal que sea posible, ha sido un antídoto saludable al extremo simbolismo que trata de obligar a Apocalipsis a decir cualquier cosa, salvo lo obvio." (Truman) (41)

La interpretación idealista

"Ve al Apocalipsis como una alegoría del combate espiritual entre el bien y el mal que debe tener todo fiel." (Wikipedia-Apocalipsis) (42). "El libro de Apocalipsis es un poema teológico que plantea la lucha entre el reino de luz y el de las tinieblas" (Mounce) (43). La debilidad de esta interpretación "radica en el hecho de que niega al libro cualquier cumplimiento histórico específico. Desde el punto de vista idealista los símbolos representan un permanente conflicto: no existe ninguna consumación necesaria del proceso histórico". (Mounce) (44). "Los idealistas creen que el Apocalipsis presenta una filosofía de la historia que presenta al cristianismo como una fuerza triunfante sobre el diablo y el mal. Interpretan el texto a la luz de alguna situación socio-política contemporánea. Esto produce un alejamiento de los principios básicos de una hermenéutica normal, gramatical, histórica y literal." (Truman) (45)

La interpretación historicista

Aunque el autor del libro del Apocalipsis no podemos tipificarlo como preterista, futurista, idealista o historicista, muy probablemente el contenido del libro tiene características que pueden clasificarse en cualquiera o todas las mencionadas

interpretaciones. No obstante, muchos comentaristas eruditos, consideran que fundamentalmente el citado libro bosqueja, utilizando muchos símbolos, la historia de la Iglesia cristiana desde su fundación en el día de Pentecostés del año 30 d.C., hasta el día del fin del mundo, con la segunda venida de Jesucristo. Lo cual implica el pasado reciente del apóstol Juan, que coincide con la vida pública de Jesucristo y la fundación de Su Iglesia, su situación presente de los últimos años de su vida, a partir del año 95 d.C., caracterizada por la crecientes persecuciones a los cristianos, las que se producirían en los años siguientes, y finalmente las profecías que Dios le reveló, que afectarán a Su Iglesia, y que irán cumpliéndose conforme el avance o progreso del tiempo, que se extiende desde la muerte del Apóstol hasta fin del mundo.

Por tanto, el tema de Apocalipsis es proporcionar a todos los creyentes la seguridad de la salvación mediante “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29,36); es decir, mostrarnos que, puesto que Jesucristo ha obtenido la victoria sobre el pecado, la muerte y el diablo, todos los fieles que confíen en Él y perseveren hasta el fin, también vencerán y recibirán la vida eterna en la Nueva Jerusalén, la Ciudad de Dios. Sin embargo, la victoria del bien significa la derrota del mal, y necesariamente los juicios de Dios caerán sobre la humanidad rebelde, materializándose en la destrucción de este planeta junto con todos los impíos y del diablo y sus ángeles (Ap. 19:11-21; 20:7-15).

El apóstol Juan lo anuncia ya en el prólogo, versículo 7 de Apocalipsis. Leámoslo: *“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. (8) Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso”* (Ap. 1:7).

No obstante, muchos comentadores y estudiantes del Apocalipsis ven una dificultad en adoptar los enfoques **futurista e historicista**, porque consideran que dichas interpretaciones no se corresponderían con un cumplimiento inminente de la profecía apocalíptica, como parece, a simple vista, desprenderse de las primeras palabras de Juan, cuando se refiere a *“las cosas que deben suceder pronto...porque el tiempo está cerca”* (Ap. 1:1,3).

¿Cómo, pues, el cumplimiento de **“las palabras de esta profecía”** (Ap. 1:3) que **“deben suceder pronto”** (Ap. 1:1) podría extenderse a lo largo de un periodo de tiempo que abarcase desde el año 95 d.C. – cuando se escribió *“La Revelación de Jesucristo”*– hasta Su segunda venida, y el fin de este mundo?

En mi opinión, Robert H Mounce responde a la cuestión anterior, con razonamientos y argumentos suficientemente satisfactorios, los cuales presento en los párrafos que transcribo a continuación, extraídos de su libro citado anteriormente.

“Juan afirma que los acontecimientos que constituyen la revelación han de «suceder pronto». Para algunos, el hecho de que hayan transcurrido casi 2.000 años de historia de la Iglesia y el final no haya llegado todavía plantea un problema. Una solución es entender «pronto» en el sentido de «repentinamente», o «sin demora» una vez haya llegado el tiempo señalado. Otro acercamiento consiste en interpretar esta declaración en términos de la certeza de los acontecimientos en cuestión. La sugerencia de que Juan pueda estar usando la fórmula de 2 Ped 3:8 («Para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día»), le haría responsable de una especie de artimaña verbal”. (Mounce p.83) (46)

“Otros creen que la crisis que se anticipa no alude a la consumación de la Historia sino a la persecución de la Iglesia, y esto, sin duda, sucedió al poco tiempo. Existe aun otro acercamiento a la cuestión: para los primeros cristianos el fin del orden mundial presente había ya comenzado con la resurrección de Jesús y se consumaría con su reconocimiento universal (un acontecimiento que Juan creía inminente). Si bien es cierto que, en un sentido, el reino de Dios es sin duda una realidad presente, esto deja sin resolver el problema del gran retraso de la consumación final.

La solución más satisfactoria es la de considerar la expresión «han de suceder pronto» en un sentido sencillo, recordando que en la perspectiva profética el fin es siempre inminente. El tiempo entendido como una secuencia cronológica es de importancia secundaria para la profecía. Esta valoración del tiempo es común a todo el Nuevo Testamento. Jesús enseñó que Dios vindicaría sin demora a sus elegidos (Lucas 18:8), y Pablo escribió a los Romanos que Dios aplastaría «pronto» a Satanás bajo sus pies” (Romanos 16:20). (Mounce, p.84) (47)

Este sentido de inminencia que la Biblia –especialmente el Nuevo Testamento– da al cumplimiento de las profecías de una forma implícita y esencial, se confirma en varias ocasiones al final del libro de Apocalipsis, como muestran los siguientes textos –además, teniendo en cuenta que, en dos de ellos es Jesucristo mismo, que no puede mentir, el que da testimonio de su pronta segunda venida– que presento a continuación: “*¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”* (Ap. 22:7); y por si creemos que se trata de un error, para que nadie pueda decir que no se le había advertido, unos pocos versículos más adelante, Jesús mismo nos vuelve a reiterar: “*He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”* (Ap. 22:12). Pero, en este final del libro, aún hay más pruebas del sentido inminente que caracteriza al cumplimiento de la profecía del Apocalipsis. Comprobémoslo:

Apocalipsis 22:10-21: Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. (11) El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. (12) He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. (13) Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. (14)

Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. (15) Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira. (16) Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. (17) Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente. (18) Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. (19) Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. (20) El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. (21) La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

Quinta. Significados de algunos símbolos

A) Significado de algunos números en el libro de Apocalipsis

“Los números básicos empleados en el libro de Apocalipsis tienen el fin de expresar cualidades antes que cantidades” (Apuntes curso sobre Apoc.) (48). Por ejemplo, son importantes el “**tres**” y el “**cuatro**” porque suman “**siete**”, que es el número que en la Biblia simboliza plenitud y perfección y, además, el **séptimo** es el día que Dios santificó y en el que reposó (Gn. 2:2-3), figura del reposo que los cristianos obtienen cuando confían plenamente en la salvación que ofrece Cristo, debido a su obra redentora en la cruz (véase Heb. 3:12-14; 4:1-3,9-11). También tiene un significado relevante para los cristianos el número “**doce**”, que es el producto de los dos citados primero.

Veamos, a continuación, por qué es importante para entender el Apocalipsis, comprender lo que ciertos números pueden simbolizar en la Biblia. Y para explicarlo me basaré en los apuntes de un *curso sobre el libro de Apocalipsis* que estudié hace ya muchos años, y en el que no aparece su autor o autores.

“**Tres** es el número de la Trinidad. Simboliza unidad, como lo ilustran sus muchos usos. La verdadera Trinidad está identificada en Apocalipsis 1:4-6. Allí Dios está descrito en forma triple: “**El que es y que era y que ha de venir**”, “**los siete espíritus que están delante de Su trono**” (v.4) –siete espíritus representan la plenitud del Espíritu Santo– y “**Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra**” (Ap. 1:5). Los cuatro seres vivientes, que están “junto al trono, y alrededor del trono” de Dios, entonan un canto **triple** de alabanza a Dios: “Santo, santo, santo” (Ap. 4:8) y también realizan acto de adoración “al postrarse delante del Cordero” (Ap. 5:8). De ese trono proceden **tres cosas**: rayos, truenos y voces (Ap. 4:5). **Tres** puertas de perla se abren en cada uno de los cuatro muros de la Ciudad Eterna (Ap. 21:12,13).

En contraste, se menciona la falsa trinidad del dragón, la bestia y el falso profeta (13:4,11; 16:13; 19:20; 20:10). **Tres** espíritus impuros, en forma de ranas, salen de sus bocas (16:13). Se pronuncian **tres** ayes entre el sonido de las trompetas. Así podríamos seguir. Cada vez que leemos del número **tres** debiéramos pensar en unidad, unicidad, unión.

“**Cuatro**” es el símbolo de la universalidad. Hay cuatro seres vivientes ante el trono. Y Juan describe cuatro ángeles en los cuatro ángulos de la tierra que detienen los vientos de lucha (7:1). Un momento culminante de la gran controversia llega en una específica hora, en un específico día, en un específico mes, en un específico año (9:15). En el día del juicio, la sangre del lagar se extiende por 1.600 estadios (4 multiplicado por sí mismo, cien veces) (14:20). Los habitantes de la tierra están divididos en cuatro designaciones: nación, tribu, lengua y pueblo (7:9; 11:9; 13:7; 14:6). El jinete del caballo amarillo mata una cuarta parte de la tierra, mediante, cuatro armas: espada, hambre, peste y fieras (6:8). Cuando está por caer el juicio de Dios, es precedido por cuatro llamativos eventos: truenos, voces, rayos y un terremoto (11:19; 16:18). La culpable Babilonia es seducida a mayor iniquidad por cuatro músicos: arpistas, músicos, flautistas y trompeteros (18:22). La destrucción que produce la sexta trompeta, deja a los impenitentes con una clasificación de cuatro pecados: homicidios, hechicerías, fornicación y hurtos (9:21). Y en este caso también podríamos seguir. Así, el número “**cuatro**” indica universalidad.

“**Siete**” es el número más prominente del Apocalipsis es, el número del sábado. No sólo el descanso al final de una ocupada semana de trabajo, pero más importante en el marco del Apocalipsis, el **eterno descanso** que Dios ha prometido a su pueblo, desde aquella primera promesa pronunciada en el jardín del Edén (Gen. 3: 15). El número **siete** se menciona más de cuarenta veces en el Apocalipsis, desde los grandes “**sietes**” de los sellos (6:1-17; 8:1-5), las trompetas (8:6-13; 9:1-21); 11:15-19) y las copas de las plagas (15:1,6: 16:1-21), hasta los **siete** inexplicados truenos que oyó Juan (10:4). Vuelven a aparecer hasta el tiempo en que Jesús recibe a su pueblo y les da el descanso prometido en su reino de gloria. El “**siete**” representa el descanso prometido.

“**Doce**” generalmente identifica al Reino de Dios. Recordamos -que el reino del Antiguo Testamento empezó con los **doce** hijos de Jacob. En el Nuevo Testamento creció a partir de los **doce** discípulos. Y el número **doce** tenía ese significado para los primeros creyentes, porque tan pronto como pereció uno de ellos, con rapidez se reunieron para elegir a un reemplazante. (Véase Hch. 1; cf. 6:1,2.) La hermosa madre encinta de Apocalipsis 12 lleva una corona de **doce** estrellas. En la capital del Reino, el número **doce** se multiplica rápidamente: **doce** puertas de perla, **doce** fundamentos, **doce** diferentes piedras preciosas, **doce** nombres en los cimientos, **doce** frutos del árbol de la vida, y la altura y el largo de los muros son múltiplos de **doce**. Incluso “**El número de los sellados**”, “**ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel**” (7:4) – que representan a todos los redimidos de la tierra que vivirán en la segunda venida de Cristo, y que serán transformados en cuerpos espirituales e incorruptibles, sin pasar por la muerte, y arrebatados junto con los muertos resucitados al encuentro con Jesús (1 Co. 15:51-58; 1 Ts. 4:13-18)– está designado por el número **doce**, porque “**ciento cuarenta y**

cuatro mil” es igual al producto de doce por doce y por mil. Entonces el número “**doce**” representa al Reino de Dios. (Apuntes curso sobre Apoc.) (49)

B) Las bestias que aparecen en el libro de Daniel representan imperios o reinos mundiales y a sus emperadores, porque así se interpretan en el mismo libro (véase Dn. 7 y 8). Los cuernos que tienen las bestias simbolizan a los reyes o reinos en los que se dividieron los imperios (ver Dn. 7:7,20,24). En el capítulo trece del libro de Apocalipsis se describe una bestia que tiene rasgos y características de las cuatro bestias que aparecen en el capítulo siete del libro de Daniel.

Sexta. El libro de Apocalipsis desarrolla Mateo 24 y profecías de Daniel

El libro de Apocalipsis también se puede entender como una extensión detallada de las palabras de Jesús pronunciadas en el sermón del monte de los Olivos y registradas en el capítulo 24 del Evangelio de San Mateo; y también como desarrollo, aplicación y continuación de algunas profecías del Antiguo Testamento, y especialmente de las profecías del libro de Daniel.

Recordemos que, como norma general fundamental, cualquier interpretación que hagamos de este libro siempre deberá estar en armonía con el mensaje del resto de la Biblia. “El lenguaje de Apocalipsis tiene que ser entendido en su sentido común, de otro modo, los lectores del libro no entenderían su mensaje. Aunque el libro por naturaleza es apocalíptico, es necesario interpretarlo según el criterio histórico, literal, y gramatical” (Cliff Truman, p.3) (50)

“Para interpretar adecuadamente el libro de Apocalipsis es importante recordar que Dios está comunicando su mensaje mediante visiones que son más simbólicas que literales. La realidad que se representa en tales visiones existe objetivamente, pero las visiones en sí no son sino meros medios que Dios utiliza para transmitirla. (Mounce, p.85) (51)

Séptima. El apóstol Juan usa muchos pasajes del Antiguo Testamento

El Espíritu Santo inspira al apóstol Juan a que se sirva de la fuente veterotestamentaria, y extraiga y cite elementos del Santuario Terrenal descritos en el libro de Éxodo y de algunas visiones que tuvieron los profetas Isaías, Jeremías, Daniel, Ezequiel y varios profetas menores como Zacarías, Amós, Joel, etc. Sin embargo, Juan las interpreta libremente para aplicarlas en el Apocalipsis; esto se debe a que debemos tener en cuenta, que las profecías y visiones dadas por Dios al pueblo de Israel, por lo general, tienen un alcance local, y en el libro de Apocalipsis tienen una trascendencia mundial.

Octava. Estructura del libro de Apocalipsis

La estructura del libro de Apocalipsis es la que se deduce o deriva del contenido literario y orden de sus capítulos. En principio se prevé un progresivo avance desde la época histórica de su autor, el apóstol Juan –nacido a primeros del siglo I– y que murió cerca del fin de dicho siglo, final del gobierno del emperador Nerva (96-98 d.C.) –sucesor de Domiciano (81-96 d.C.)–; o quizá, a principios del siglo II, durante los primeros años de gobierno del emperador Trajano (98-117 d.C.).

Comentario al libro de Apocalipsis

Capítulo 1

La Revelación de Jesucristo

Introducción

Este primer capítulo viene a ser el prólogo del libro; y por eso el apóstol Juan nos da una vislumbre del contenido de Apocalipsis: ***“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, (2) que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. (3) Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”*** (Ap. 1:1-3)

Como comprobamos en la introducción del presente estudio, la palabra ***“apocalipsis”***, que procede del idioma griego, significa simplemente ***revelación*** o ***manifestación*** de acontecimientos que, por pertenecer al ***futuro***, ***solo Dios*** –el Creador y sustentador de todo lo existente– ***conoce***. Y Él decidió revelarlo a ***Juan***, por medio de ***Jesucristo***, enviándole, por ***un ángel***, esas ***visiones del futuro***, que se corresponden con ***“las cosas que deben suceder pronto”***, a fin de que los hijos de Dios, es decir, ***“sus siervos”***, puedan beneficiarse de ellas para su salvación eterna; ***“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”*** (Amós 3:7).

Por lo tanto, respecto a la proximidad de ese futuro, que parece deducirse de la expresión ***“deben suceder pronto”***, no supone necesariamente inmediatez, si lo interpretamos desde el punto de vista de la profecía bíblica; y para comprobarlo basta ver cuánta inminencia contienen las palabras de Jesucristo reveladas a Juan hace casi dos mil años: ***“¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”*** (Ap. 22:7; cf. 22:12). El cumplimiento de Su promesa ***“vendré otra vez”*** (véase Jn. 14:1-3) es ciertísimo e infalible; y si en tiempos de Juan estaba cercana Su venida gloriosa, mucho más ahora en este siglo, en el que vemos las señales precursoras de ***Su pronto*** advenimiento, que Él mismo profetizó en el ***capítulo veinticuatro del Evangelio de San Mateo***.

Contenido capítulo 1: La Revelación de Jesucristo

“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, (2) que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. (3) Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca. (4) Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; (5) y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, (6) y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. (7) He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. (8) Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso. (9) Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. (10) Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, (11) que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. (12) Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, (13) y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. (14) Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; (15) y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. (16) Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. (17) Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; (18) y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. (19) Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas. (20) El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.”
(Apocalipsis 1:1-20)

Comentario del capítulo 1: La Revelación de Jesucristo

A) Prólogo:

“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, (2) que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. (3) Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.” (1:1-3)

“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan” (1:1)

Como comprobamos en la introducción del presente estudio, la palabra **“apocalipsis”**, que procede del idioma griego, significa simplemente **revelación** o **manifestación** de acontecimientos que, por pertenecer al **futuro**, **solo Dios** –el Creador y sustentador de todo lo existente– **conoce**. Y Él decidió revelarlo a **Juan**, por medio de **Jesucristo**, enviándole, por **un ángel**, esas **visiones del futuro**, que se corresponden con **“las cosas que deben suceder pronto”**, a fin de que los hijos de Dios, es decir, **“sus siervos”**, puedan beneficiarse de ellas para su salvación eterna; **“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”** (Amós 3:7).

La mayor parte de las citadas visiones son todavía futuras respecto al momento en que Juan escribió el Apocalipsis, que, por todos los indicios aportados anteriormente, fue hacia el año 95 d.C., época final del gobierno del emperador romano Domiciano (81-96 d.C.), en la que se acentuó la persecución a los cristianos. Recordemos que los hechos históricos prueban que las persecuciones más encarnizadas y crueles a los cristianos, realizadas de forma sistemática y universal, estaban en el futuro de Juan, y se llevarían a cabo, después de su muerte, por los siguientes emperadores, empezando por Trajano (98-117 d.C.), al que le seguirían: Adriano (117-138 d.C), Maximino el Tracio (235-238), Decio (249-251), Valeriano (253-260 d.C.) y Diocleciano (284-305) (aciprensa.com) (52). No obstante, las profecías del **Apocalipsis**, es decir, sus predicciones proféticas del futuro, no terminan con la caída del Imperio Romano en el año 476 d.C., sino que se extienden durante toda la era cristiana hasta el Día de la segunda venida de Jesucristo y del fin del mundo, como fácilmente se puede deducir de una simple lectura.

Por lo tanto, respecto a la proximidad de ese futuro, que parece deducirse de la expresión **“deben suceder pronto”**, no supone necesariamente inmediatez, si lo interpretamos desde el punto de vista de la profecía bíblica; y para

comprobarlo basta ver cuánta inminencia contienen las palabras de Jesucristo reveladas a Juan hace casi dos mil años: “¡He aquí, **vengo pronto!** Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (Ap. 22:7; cf. 22:12). El cumplimiento de Su promesa “**vendré otra vez**” (véase Jn. 14:1-3) es ciertísimo e infalible; y si en tiempos de Juan estaba cercana Su venida gloriosa, mucho más ahora en este siglo, en el que vemos las señales precursoras de **Su pronto** advenimiento, que Él mismo profetizó en el **capítulo veinticuatro del Evangelio de San Mateo**.

Repito aquí la argumentación de Robert H. Mounce, citada anteriormente, porque me parece muy clarificadora y oportuna:

[...] En la perspectiva profética el fin es siempre inminente. El tiempo entendido como una secuencia cronológica es de importancia secundaria para la profecía. Esta valoración del tiempo es común a todo el Nuevo Testamento. Jesús enseñó que Dios vindicaría sin demora a sus elegidos (Lucas 18:8), y Pablo escribió a los Romanos que Dios aplastaría «pronto» a Satanás bajo sus pies (Romanos 16:20). (Mounce, p.84) (53)

B) La bienaventuranza

“[...] su siervo Juan, (2) que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. (3) Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.” (Ap. 1:1-3)

El apóstol Juan, siervo de Dios, como todo buen hijo, ha dado tres testimonios, los dos primeros son generales, y todos los cristianos podemos y debemos darlos: el de la Palabra de Dios y el de Jesucristo, pero el tercer testimonio que da, que es también Palabra de Dios y de Su Hijo, corresponde específicamente a **“todas las cosas que ha visto”**, es decir, **“la Revelación de Jesucristo”**, todas las visiones del futuro que recibió hacia el año 95 d.C., que no es más que todo lo que contiene el libro de Apocalipsis.

La bienaventuranza que sigue para los que leen u oyen **“las palabras de esta profecía”** se producirá si **“guardan”**, es decir, no solo si creen en ella, sino si también cumplen con **todo lo escrito y prescrito en dicha profecía**. Lo que demuestra que dar crédito a dicha profecía y vivir de acuerdo a las enseñanzas de la misma, produce los mismos beneficios que se obtienen cuando se lee o estudia la Biblia y luego se vive en coherencia a toda la Palabra de Dios, obrando y conduciéndose en obediencia a sus mandamientos: **“las Sagradas Escrituras [...] te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. (16) Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, (17) a fin de que**

el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:15-17).

Ahora, que ciertamente Jesucristo viene pronto, es más acuciante si cabe acogerse a esta bienaventuranza, *“porque el tiempo está cerca.” (Ap. 1:1-3): “¡He aquí, **vengo pronto!** Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (Ap. 22:7); la Palabra de Dios no se cansa en repetirlo e insistir: “He aquí yo **vengo pronto**, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Ap. 22:12).*

El tema y propósito fundamentales del libro de Apocalipsis es anunciar la pronta venida de Jesucristo en gloria. El apóstol Juan lo anuncia ya en el prólogo, versículo 7: *“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. (8) Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Ap. 1:7).*

C) Saluciones a las siete iglesias que están en Asia

“Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; (5) y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, (6) y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.” (Ap. 1:4-6)

En su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, Robert H. Mounce observa perspicazmente que

“El libro de Apocalipsis adquiere ahora la forma de una carta que comienza con una salutación normal (1:4) y se va desarrollando hasta llegar a la bendición [final del libro] de Apocalipsis 22:21. Difiere de otras cartas en que a la visión inicial (1:9-20) le siguen siete cartas bastante estilizadas y dirigidas a iglesias específicas de la provincia romana de Asia (2:1-3:22). De la repetida exhortación a cada una de estas comunidades, «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22: obsérvese el plural, «iglesias»), se deduce que el propósito de estas siete cartas es el progreso moral y espiritual de tales comunidades. Aparte del prólogo (1:1-3), el libro de Apocalipsis es una epístola de modo que sigue el formato habitual de estos documentos.” (Mounce) (54)

[...]

“La carta se dirige a las «siete iglesias de la provincia de Asia». Normalmente cuando en el Nuevo Testamento se menciona «Asia» se alude a la provincia romana que ocupaba la totalidad de la parte occidental de Asia Menor y que se extendía hacia la meseta de Anatolia. (Mounce) (55)

En el versículo 9, último de esta sección, Juan nos dice que *“estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”* (Ap. 1:9), y desde allí escribió el Apocalipsis, dirigiendo una salutación **“a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; (5) y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra”** (Ap. 1:4,5).

Esta fórmula de salutación, que suele encabezar las epístolas evangélicas, tiene una parte común a las mismas; es la que contiene una oración que pide para los hermanos **“gracia y paz”**, y era usada con frecuencia por los apóstoles, San Pablo (Ro. 1:7; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Col. 1:2; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:2; etc.) y San Pedro (1 P. 1:2; 2 P. 1:2), e incluso por el mismo apóstol Juan (2 Jn. 3).

2 Tesalonicenses 1:2: **Gracia y paz** a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

1 Pedro 1:2: elegidos según la presciencia de **Dios Padre** en santificación del **Espíritu**, para obedecer y ser rociados con la sangre de **Jesucristo: Gracia y paz** os sean multiplicadas.

2 Juan 1:3: Sea con vosotros **gracia, misericordia y paz**, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor.

En la mayoría de estas saluciones los apóstoles nombran solo al Padre y al Hijo como fuentes de la citada bendición, excepto en la Primera Epístola de San Pedro, en la que aparecen las tres Personas de la Deidad. Sin embargo, el mero hecho de que no sea nombrado el Espíritu Santo, tercera Persona de la Deidad, no puede significar que realmente Él no participe igualmente en comunión con el Padre y con el Hijo. Además, esta salutación del Apocalipsis difiere de las Epístolas en la forma de designar a Dios el Padre de forma indirecta –*“el que es y que era y que ha de venir”*–, al Espíritu Santo, como *“los siete espíritus que están delante de su trono”*–; y, en tercer lugar, nombra a *Jesucristo* –que en la fórmula Trinitaria normalmente ocupa el segundo lugar–, con el objeto de seguir hablando de Él; porque, como se observa, empieza por aplicarle los tres títulos siguientes: *“el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra”*. (1:4).

“La Gracia y la paz proceden de una triple fuente. En primer lugar, se menciona a aquel «que es y que era y que ha de venir». Esta paráfrasis del nombre de Dios (YHWH) surge de Éx 3:14-15 y subraya el hecho de que la eterna presencia de Dios abarca todo el tiempo. [...] Puesto que lo finito no puede concebir lo eterno en términos que no sean temporales, Juan parafrasea el nombre divino de tal manera que hace recordar a sus lectores que Dios existe eternamente, no tiene principio ni fin. Tal recordatorio sería especialmente apropiado en un momento en que la Iglesia se encontraba bajo la sombra de una inminente

persecución. Un futuro incierto requiere la presencia de Aquel que por virtud de su eterna existencia ejerce un control soberano sobre el curso de la Historia. De hecho, este recordatorio teológico es tan importante que la salutación convertida en doxología concluye repitiendo esta misma palabra, como si fuera Dios mismo quien hablara a su pueblo (v. 8: “*Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.*”) (R. H. Mounce p. 89-90) (56)

Notemos que el hecho de que **“gracia y paz”** procedan, en grado de igualdad, **del Padre, de los siete espíritus y del Hijo**, nos impide interpretar a **“los siete espíritus”** como siete ángeles, porque eso equivaldría equiparar a las criaturas celestiales de Dios en pie de igualdad con la Divinidad, como capaces de proporcionar **“gracia y paz”** a los humanos, de la misma manera que solo Dios puede conceder. Resultaría una discordancia absoluta contraria a la fórmula Trinitaria bíblica que se registra en varios textos del Nuevo Testamento, como, por ejemplo, en la Primera Epístola de Pedro (1:2), y en la Segunda Epístola a los Corintios: **“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén”** (2 Co. 13:13; cf. 1 P. 1:2).

Ahora viene a propósito enfatizar la importancia de las dos palabras clave de este saludo cristiano **“gracia y paz”**, porque recibir lo que éstas representan es conseguir, por un lado, la máxima felicidad posible en esta vida, y, por otro, la vida eterna en el futuro. **La gracia** es el favor, que no merecemos, que Dios nos concede para capacitarnos, por medio de la fe en Cristo, para vencer la esclavitud del pecado: **“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”** (Ef. 2:8-9).

La paz es la consecuencia de recibir **la gracia**; por Gracia de Dios recibimos la fe en Cristo, siendo justificados por su sangre —es decir, declarados justos ante Dios por aceptar la justicia que Su Hijo obtuvo en la cruz—, y entonces nos reconciliamos con Dios (Ro. 5:6-11; cf. 2 Co. 5:17-21) y entramos en comunión con Él: **“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; (2) por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”** (Romanos 5:1-2).

Romanos 5:6,8-11: Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. [...] (8) Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, **Cristo murió por nosotros.** (9) Pues mucho más, estando ya **justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.** (10) Porque si siendo enemigos, **fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo**, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. (11) Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios **por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.**

2 Corintios 5:17-21: De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. (18) Y **todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo**, y nos dio el ministerio de la reconciliación; (19) que **Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados**, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. (20) Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. (21) Al que no conoció pecado, **por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.**

Observemos, además, que el apóstol Juan pronuncia **la bendición o bienaventuranza** a todos los lectores de su libro, como viniendo de la Santísima Trinidad –Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo–. Es decir, la bendición proviene, a la vez, de las tres Personas: **en primer lugar, de Dios el Padre**, representado o designado por **“el que es y que era y que ha de venir”**, alusión a Su eternidad (véase Éx. 3:14); **en segundo lugar, de Dios el Espíritu Santo** –simbolizado por **“los siete espíritus que están delante de su trono”**, que posiblemente se refiere a la plenitud y cualidades del mismo, descritas en Isaías 11:12; y **en tercer lugar, de forma muy especial, la bendición proviene también de Jesucristo**, a quien, el Apóstol, nombra el último –cuando lo normal es que ocupe la segunda posición en la fórmula Trinitaria–, a fin de dedicarle una atención especial.

D) Jesucristo recibe tres principales títulos:

“Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra.” (Ap. 1:5)

Juan, cuando nombra a Jesucristo en su salutación Trinitaria, le asigna tres principales títulos: **“Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra”**.

La fórmula Trinitaria exigía el orden: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero en su salutación, Juan nombra a Jesús en tercer lugar, a fin de poder asignarle los citados títulos. Por tanto, la única razón de nombrar a Jesucristo –**“el autor y consumidor de la fe...que sufrió la cruz”** (Heb. 12:2), y al que le debemos nuestra salvación– en último lugar, es para poder, a continuación, describirle con los citados títulos y cualidades que le definen a Él mismo y a Su obra de salvación de la humanidad.

En el siguiente punto (E) presento una breve explicación del significado de los títulos que recibe nuestro Señor Jesucristo.

E) Breve explicación de los títulos que recibe nuestro Señor Jesucristo

Jesucristo es “el testigo fiel y verdadero” (Ap. 3:14) porque fue enviado por el Padre “para dar testimonio a la verdad” (Jn. 18:37; cf. Jn. 3:32-33); y aún más, “**Él es el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por Él**” (Jn. 14:6). Jesucristo declaró: “...porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, **dan testimonio de mí**, que el Padre me ha enviado. (37) También **el Padre que me envió ha dado testimonio de mí**. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, (38) ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. (39) Escudriñad **las Escrituras**; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y **ellas son las que dan testimonio de mí**” (Jn. 5:36-39; cf. Jn. 8:13-18); Jesús también dijo: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, **él dará testimonio acerca de mí**. (27) Y **vosotros daréis testimonio también**, porque habéis estado conmigo desde el principio”. (Jn. 15:26-27).

El primer elemento del título que se asigna a Jesús indica que es «el testigo fiel». Esta expresión se aplica en primer lugar a su papel como mediador de la revelación que recibió de Dios (Apoc 1:1; el «testimonio de estas cosas para las iglesias» al que se alude en 22:16). Sin embargo, también se refiere al propósito más amplio de su vida entendido como dar testimonio de la verdad de Dios (Juan 3:32-33; 18:37) con un acento especial en la muerte que experimentó como consecuencia de tal testimonio. La palabra griega que se traduce como testigo (*martys*), se ha incorporado al léxico español como «mártir», aludiendo a alguien que sufre la muerte por su lealtad a una causa. A lo largo del libro de Apocalipsis, esta palabra se relaciona con la sentencia de muerte que acaba provocando un testimonio fiel y constante (cf. 2:13; 11:3; 17:6). A los cristianos de Asia, próximos como estaban a entrar en un periodo de persecución, se les presenta a Jesús como el testigo fiel, el modelo de firmeza y fidelidad a la verdad de Dios (cf. 1 Tim 6:13: “Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de **Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato**”).” (R. H. Mounce, p. 92-93) (57)

Jesucristo recibe también el título de “el primogénito de los muertos”, no porque haya sido el primer ser humano en morir –“primogénito en la Biblia no es necesariamente el primer nacido de una familia sino el que le corresponde o recibe la heredad y la autoridad del padre (véase Gn. 27:19; Éx. 4:22; cf. Ro. 8:29; Heb. 12:23)–, sino porque “**el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, (7) sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; (8) y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. (9) Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo**

sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, (10) para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; (11) y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.(Fil. 2:6-11); y otra razón que nos aporta San Pablo es: **“para que en todo tenga la preeminencia”** (Col. 1:18), así como **“es la imagen del Dios invisible”**, y **“el primogénito de toda creación”** (Col 1:15).

“En segundo lugar, Jesús es «el primogénito de los muertos». Este título también aparece en Col 1:18, donde a Cristo se le declara Soberano de la Iglesia en virtud de su resurrección de los muertos. Lightfoot indica que las dos ideas principales de esta expresión son las de prioridad y soberanía y que en los contextos mesiánicos predomina esta última. La interpretación mesiánica surge del Salmo 89:27 donde, hablando de David (lo cual se extiende a sus descendientes y culmina en Jesús el Mesías) dice: «Yo también lo haré mi primogénito». Si dar un testimonio fiel ha de llevar al martirio, el creyente ha de recordar que Jesús, el mártir por excelencia, es el primogénito de los muertos. En tanto que Cristo resucitado, Jesús ejerce ahora un control soberano, y de igual modo también los fieles participarán en su reinado (Apoc 20:4-6).” (R. H. Mounce, p. 93) (58)

Jesucristo es “el soberano de los reyes de la tierra”, porque Él es **“Rey de reyes, y Señor de señores”** (1 Ti. 6:15; cf. Ap. 19:16); y porque cuando Él venga en gloria, cuando **“el séptimo ángel”** toque “la trompeta”...declarará que **“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. (16) Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, (17) diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. (18) Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra”** (Apocalipsis 11:15-18).

“El texto del Salmo 89:27 es también la fuente del tercer elemento del título. Como primogénito de los muertos, Jesús se convierte en «el más excelsa de los reyes de la tierra». Esta expresión mira hacia adelante, a su plena manifestación como Rey de reyes (Apoc 17:14; 19:16). Lo que el diablo le ofreció a cambio de su adoración («todos los reinos de este mundo y la gloria de ellos», Mt 4:8), Jesús lo consiguió por medio de su fiel obediencia hasta la muerte. Vindicado por la resurrección, se le reconocerá universalmente como supremo soberano en la consumación de la historia humana (cf. Fil 2:10-11). Este triple título pretende estimular y sustentar a los creyentes que están próximos a entrar en un periodo de intensa persecución por causa de su fe en Jesús. Les recuerda que Cristo ha recorrido antes 93 este camino, un camino a la victoria que ha quedado abierto por medio de su muerte.” (R. H. Mounce, p. 93-94) (59)

F) “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (1:5)

“Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.” (1:6)

Jesucristo nos amó hasta el extremo que entregó Su vida, para salvar a los pecadores, que somos todos los seres humanos, sin excepción: *“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”* (Jn. 15:13). Él derramó Su sangre en la cruz, obteniendo la justicia de Dios, que nos justifica cuando creemos en Él y obedecemos sus mandamientos (Jn. 15:12-14).

Juan 15:12-14: Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. (13) Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. (14) Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.

Romanos 5:8-10: Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. (9) Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. (10) Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.

Ahora viene muy a propósito complementar lo anterior con la acertada y erudita explicación de Robert H. Mounce, (extraído de su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*):

“La obra redentora del Hijo tiene una importancia central para el drama escatológico que está a punto de comenzar. Él es aquel que «nos ama y nos libertó de nuestros pecados con su sangre». [...] El amor de Cristo hacia nosotros es una realidad constante que en su momento se expresó en el supremo acto redentor del Calvario. La sangre de Cristo fue el precio de la liberación de su pueblo. Algunas traducciones que siguen a la TR (Texto Recibido) vierten «lavó» en lugar de «libertó» probablemente lo hacen influidas por la preposición griega que normalmente se traduce por «en». No obstante, aquí se utiliza en el sentido hebreo que denota el pago de un precio y, por tanto, ha de traducirse «con» o «por». El interés de Juan en este punto no está en que «nuestros pecados» hayan sido lavados, sino en que la muerte de Cristo nos libra de la servidumbre y sufrimiento que estos nos acarrearán. El rescate que se pagó para redimir a los fieles fue la muerte expiatoria de Jesucristo (cf. 5:9).

Mediante su muerte Jesús constituyó un reino formado por sus seguidores. En el Monte Sinaí Dios había prometido que si el recién constituido pueblo judío obedecía su voz y guardaba sus mandamientos, haría de ellos «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx 19:5-6; cf. Is 61:6). La iglesia primitiva se veía a sí misma como la verdadera sucesora de Israel y heredera, por tanto, de todas las bendiciones prometidas a sus predecesores espirituales (1 Ped 2:5, 9). Colectivamente la Iglesia es un «reino» (lo cual subraya el carácter real que ésta adquiere con la exaltación de Cristo como Soberano de los reyes de la tierra);

individualmente, todos sus miembros son «sacerdotes» (lo cual pone de relieve su papel como siervos de Dios que se les confiere en virtud de la muerte expiatoria de Cristo).

La doxología concluye atribuyendo a Cristo la gloria y el dominio por siempre. En este contexto, «gloria» significa alabanza y honra, y «dominio» connota poder y fortaleza. Estas dos cosas se mencionan asimismo juntas en la doxología a Dios y al Cordero de Apoc. 5:13. Esta declaración representa tanto una confiada afirmación acerca del Cristo exaltado como una exhortación a considerarle de un modo acorde con esta dignidad. «Amén» es una transliteración de la palabra hebrea que significa «que así sea». (Robert H. Mounce, p. 94-95) (60)

G) El tema principal de Apocalipsis es la Parusía gloriosa de Jesús

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. (8) Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.” (Ap. 1:7-8).

El apóstol Juan que ha concentrado en unas pocas líneas la descripción, **en primer lugar**, de un buen número de títulos de nuestro Señor Jesucristo, como vimos arriba, **en segundo lugar**, nos ha presentado la esencia de Su obra de redención de la humanidad creyente, mediante su sangre derramada en la cruz del Calvario, es decir el Evangelio o Buenas Nuevas de salvación, a fin de hacer a todos los creyentes “*reyes y sacerdotes para Dios, su Padre*”; y, **en tercer lugar**, en el versículo 7 que sigue, en solo dos líneas, nos declara **el tema de su libro**:

La próxima venida de Jesús en gloria: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron” (Ap. 1:7 p.p.; cf. Zac. 12:10).

Cuando el apóstol Juan anuncia que Jesucristo “***Viene con las nubes***”, alude, sin duda, a las propias palabras de Jesús que se registran en los Evangelios (Mt. 24:30; 26:64; Mr. 13:26; 14:62; Lc. 21:27), y probablemente también se refiere a la visión apocalíptica del profeta Daniel (Dn. 7:13-14).

Mateo 24:30: Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y **verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.**

Mateo 26:64: Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora **veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.**

Marcos 13:26: Entonces **verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria.**

Daniel 7:13-14: Miraba yo en la visión de la noche, y **he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre,** que vino hasta el

Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. (14) Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.

Este es el tema principal de su libro, anunciado en su primer capítulo y confirmado en el último capítulo de Apocalipsis: *“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”* (Ap. 22:12); lo que conllevará, por un lado, dar la vida eterna a los santos, por medio de la resurrección, y por otro, el juicio y castigo eterno para los malvados, es decir, *“todos los linajes de la tierra [los incrédulos y burladores] harán lamentación por él”* (1:7úp).

En la visión que tuvo Daniel de las cuatro bestias, el profeta vio a uno como un Hijo del Hombre que venía «con las nubes del cielo» (Dan 7:13). Zacarías profetizó que en el día del Señor los habitantes de Jerusalén «mirarán al que traspasaron» y «harán lamentación por Él» (Zac 12:10). Juan une estos dos temas proféticos y los adapta para describir la inminente venida del Cristo victorioso y la respuesta de un mundo hostil a la revelación de su soberanía universal. Este acontecimiento es tan inmediato y seguro que Juan puede anunciar: «He aquí, vengo pronto» (cf. 3:11; 22:7, 12, 20). Obsérvese que, igual que sucede con el personaje de Dan 7:13, viene con las nubes en lugar de «sobre» ellas o «en» ellas. Probablemente por ello no haya que entender las nubes como su medio de transporte (como en Sal 104:3). (Robert H. Mounce, p. 95) (61)

“Todo ojo le verá”, “Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mt. 24:27). Será cuando los santos muertos resucitarán y junto con los salvos que vivan en ese Día, serán transformados en cuerpos espirituales y arrebatados al encuentro con el Señor Jesús (1 Co. 15:51-58; 1 Ts. 4:13-18; cf. Dn. 12:2: *“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”*).

“Los que le traspasaron” no son solo los del Sanedrín que le condenaron, llevándole ante Pilato, para que fuese muerto en la cruz, sino que, en general, son todos los que le rechazaron.

“Cuando Él venga, su soberanía se manifestará claramente a todos, puesto que «todo ojo le verá». La cláusula siguiente («aun los que le traspasaron») es de carácter parentético. El cuarto Evangelio indica que cuando el soldado romano traspasó el costado de Jesús se cumplió el texto que dice, «MIRARÁN AL QUE TRASPASARON» (Juan 19:37 citando Zac 12:10).²⁸ La referencia de Apocalipsis no se limita a este incidente o, como en Zac 12:10, a las tribus de Israel, sino que se extiende a cualquier persona de cualquier época que, por su negligente indiferencia hacia Jesús, se identifica con el acto de traspasarlo.

Cuando venga, todas las tribus de la Tierra (no solo las doce tribus de Israel, sino también el mundo no cristiano representado en términos de divisiones étnicas) harán lamentación por Él. El lamento de Zac 12:10-12 lo era de arrepentimiento, pero el de Apocalipsis tiene que ver con el remordimiento que acompaña a la revelación del juicio de Dios que se producirá con la venida de Cristo (cf. 16:9, 11, 21).

La idea general del versículo es que cuando se produzca el inminente regreso de Cristo, los no creyentes se lamentarán por el juicio que les acarrearán haberle rechazado. El último «Sí. Amén» combina las formas griegas y hebreas de afirmación (cf. «gracia y paz» en 1:4) y es una expresión de vigorosa aprobación.” (Robert H. Mounce, p. 96) (62)

Todo lo que antecede escrito por Juan es ratificado y firmado por el Dios Eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo: ***Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.*** (Ap. 1:8). Porque esta descripción corresponde a los atributos de las tres Personas de la Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

“Es Dios mismo quien ahora habla dando respuesta a lo que se ha dicho acerca de Cristo y de su relación con los creyentes y con el mundo que no cree. Los únicos lugares en que Dios habla son aquí y en 21:5 ff. Él afirma ser «el Alfa y la Omega» (la primera y la última letras del alfabeto griego). En 21:6 este mismo título se amplía e interpreta mediante la expresión paralela, «el principio y el fin».30 Las letras Alfa y Omega representan a las hebreas Alef y Tau, que no solo se consideraban como la primera y la última del alfabeto, sino también como una representación de todas las letras comprendidas entre ellas.

De ahí que este título presente a Dios como el Señor Soberano de todo lo que sucede en la totalidad del devenir de la historia humana. Knox traduce: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio de todas las cosas y su fin».31 Por medio de estos títulos descriptivos, Dios no está revelando su carácter eterno para la edificación doctrinal de los creyentes, sino subrayando su eterna soberanía a fin de animar a los cristianos de Asia que están experimentando persecución por causa de su fe.

Como Señor Soberano es «el Todopoderoso».32 Aunque este título aparece ampliamente a lo largo de todo el Antiguo Testamento griego, únicamente lo encontramos doce veces en el Nuevo Testamento, y nueve de ellas tienen lugar en el libro de Apocalipsis (4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15; 21:22). En la LXX, el término Pantokrator traduce normalmente a la expresión hebrea «Yahveh Sebaot» y es el título favorito para Dios del autor del Apocalipsis.33 Igual que los demás títulos que aparecen en el versículo, también éste pretende estimular y apoyar a los creyentes en un momento de crisis. Se trata de una referencia a la supremacía de Dios sobre todas las cosas34 más que a la idea relacionada de la omnipotencia divina. En la última parte del versículo, la explicación representa algo que se afirma respecto a Dios y no sus propias palabras. El uso en 1:4 del triple título y de la tercera persona del singular, «y que era», apoya esta posición.

Lo que llama la atención del lector como anormal en esta salutación convertida en doxología (vv. 4-8) es que aquello que comienza como un saludo normal se transforma de inmediato en un himno de alabanza a Cristo. Aunque se menciona a Dios Padre en primer lugar, el acento pasa rápidamente a la obra redentora del Hijo, cuyo amor le llevó a comprar la libertad del pecado. Él es aquel que, por medio 97 de su muerte y resurrección, nos ha equipado para servir al Padre. Y es a Él a quien se atribuyen la gloria y el poder. Él es el que vendrá en las nubes de gloria, y de cuyo regreso triunfal dará testimonio toda la raza humana. Dios mismo, el eternamente existente, expresa su aprobación a la alabanza y adoración que se dirigen al Hijo. De modo que, la salutación/doxología prepara al lector para la exaltada visión que va a tener lugar a continuación. (Robert H. Mounce, p. 96-98) (63)

Como vimos arriba, la bendición procede también y especialmente “**de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra**”. (Ap. 1:5pp), porque Él es “*el autor y consumidor de la fe, el cual*”... “*sufrió la cruz*” (Heb. 12:2), y al que le debemos nuestra salvación, porque entregó Su vida, derramando Su sangre en la cruz, obteniendo la justicia de Dios, que nos justifica cuando creemos en Él y obedecemos sus mandamientos.

H) Una visión del Hijo del Hombre

En esta primera visión que se registra en Apocalipsis 1:9-20, Juan ve una descripción simbólica de Jesucristo glorioso, que le ordena “*Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea*” (1:11).

“Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”. (1:9)

Juan fue desterrado por el emperador Domiciano a la isla de Patmos, “*por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo*”. Y, según registran algunos Padres de la Iglesia primitiva, fue exiliado a dicha isla, después del fallido intento de acabar con su vida cuando le introdujeron en una caldera de aceite hirviendo, de la que salió milagrosamente ileso, según recogen varias fuentes.

[Juan]...Escribe a las iglesias como alguien que ha pagado el precio del exilio por su fidelidad en la proclamación de la Palabra de Dios. Entiende perfectamente las dificultades en las que se encuentran puesto que comparte con ellos (*synkoinonos*) la tribulación que acompaña a la fe cristiana. El término «hermano» era una expresión común entre los creyentes y refleja la estrecha relación que experimentaban como miembros del mismo cuerpo religioso.” (Robert H. Mounce, p. 99-100) (64)

[...]

“Junto con el sufrimiento de la tribulación, Juan menciona el reino y la paciencia. «Reino» se refiere al próximo periodo de bendición mesiánica, y «paciencia» representa la activa resistencia que se requiere de los fieles. El orden en que aparecen estos tres elementos es instructivo. Puesto que el presente es un tiempo de sufrimiento, y el Reino un período de futura bienaventuranza, durante el periodo intermedio los creyentes han de ejercer la misma paciente resistencia que fue ejemplificada por Jesús.

El lugar del exilio de Juan era Patmos, una pequeña isla rocosa (de aproximadamente veinte kilómetros de largo por diez de ancho) situada en el Mar Egeo a unos setenta y cinco kilómetros al oeste de Mileto. Su escarpado terreno concuerda con la imaginería del Apocalipsis con sus frecuentes alusiones a rocas y montañas (6:15-16; 16:20). Además de su importancia para la navegación entre Éfeso y Roma, puede que Patmos fuera también un gran centro penitenciario al que las autoridades romanas enviaban los delincuentes. Juan dice que se encontraba en la isla de Patmos «por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús». Al parecer, las autoridades de Asia habían interpretado su predicación como una forma de sedición y le habían confinado en la isla en un intento de inhibir el crecimiento de la iglesia primitiva.” (Mounce, p.100-101) (65)

“Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, (11) que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea” (1:10-11).

Juan dice que ***“estaba en el Espíritu en el día del Señor”*** cuando oyó detrás de él ***“una gran voz como de trompeta”***. Esa voz –clara y potente ***“como de trompeta”***– procedía de nuestro Señor Jesucristo, porque le decía ***“Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último”***, cualidades del Eterno que solo corresponden a Dios; y, además, esa Persona que le habló era ***“uno semejante al Hijo del Hombre”*** (1:13), que, acto seguido, le ordenó que escribiera en el libro ***“lo que ves”***, y que lo dirigiera a las siete iglesias de Asia.

La expresión ***“estaba en el Espíritu”*** corresponde a un estado mental de comunión espiritual controlado por el Espíritu Santo, semejante a los experimentados por los apóstoles Pedro (Hch. 10:10; 11:5) y Pablo (Hch. 22:17; cf. 2 Co. 12:2-4). Ambos apóstoles describen que previo a la visión les ***“sobrevino un éxtasis”*** (Hch. 10:10; cf. 22:17). Además, Pedro nos narra que el ***“éxtasis”*** le ocurrió cuando ***“Estaba...en la ciudad de Jope orando”***, entonces vio ***“en éxtasis una visión”*** (Hch. 11:5).

“Caird sugiere que la visión de Juan fue estimulada por el edicto de Domiciano que insistía en la obligatoriedad de adorar al Emperador. Juan vio en tal edicto «el surgimiento de un nuevo totalitarismo que los cristianos estaban obligados a resistir y que, por tanto, iba a provocar una guerra a muerte entre la Iglesia y el Estado».” (Robert H. Mounce, p. 101) (66)

Juan añade que recibió la citada visión **“en el día del Señor”**. En el mundo cristiano **“el día del Señor”** es **“el primer día de la semana”**, lo que conocemos como **“domingo”** en la lengua española. De ninguna manera podía Juan referirse al día sábado, porque Dios ordenó, exclusivamente a Su pueblo Israel en el Antiguo Testamento, que aquel día fuera el día preceptivo de descanso, al incluirlo como cuarto mandamiento en las tablas de piedra de Su Ley (Éx. 20:8-11; Dt. 5:12-15); pero, además, lo declaró señal del Pacto Antiguo (Éx. 31:12-17). Con la muerte y resurrección de Jesucristo el Nuevo Pacto sustituye al Antiguo (Heb. 8:13). De ahí en adelante, para los creyentes del Nuevo Pacto, el reposo sabático no está vigente, porque **“Jesús es hecho fiador de un mejor Pacto”** (Heb. 7:22), **“establecido sobre mejores promesas”** (Heb. 8:6), y deja de ser un mandamiento, para ser solo símbolo del reposo que se experimenta al creer y aceptar a Cristo: **“Pero los que hemos creído entramos en el reposo...”** (Heb. 4:3; cf. 4:9-11; 8:13; etc.). Más de cuarenta años antes que Juan escribiera el Apocalipsis, ya la Iglesia primitiva había empezado a reunirse en domingo: **“El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche”** (Hechos 20:7; cf. 1 Co. 11:18,20; 16:2).

Con respecto a la otra posible interpretación de que “el Día del Señor” se refiera al “Día de Jehová/Yahveh” (Is. 2:12; 13:9; Zac. 14:1; Hch. 2:20; 1 Ts. 5:2; 2 P.3:10; etc.) –identificado como “día de la consumación cuando Cristo se manifestará y el juicio de Dios caerá sobre la raza humana” (Mounce, p. 102) (67)–, no parece lógico aceptar que Juan –para recibir las visiones apocalípticas– tuviera necesariamente que ser “trasladado por el Espíritu al futuro «Día de Yahveh»” (Mounce, p. 102) (68).

“Es muy probable que, en la literatura cristiana, ésta sea la primera referencia del Día del Señor como expresión técnica para hablar del primer día de la semana. Es el Día del Señor porque en el primer día de la semana Cristo resucitó victorioso del sepulcro. Puesto que el paganismo había apartado un día para honrar a su emperador (Sebaste), también los cristianos escogieron el primer día de la semana para honrar a Cristo (kyriake). El sentido del Día del Señor ha de entenderse en contraste con el Día del Emperador.” (Mounce, p. 102) (69).

Jesucristo ordena a Juan que escriba a las siete iglesias de Asia

“Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea” (1:11 úp).

Algunos Padres de la Iglesia primitiva atestiguan que Juan, cuando fue liberado de su exilio en Patmos en tiempos del emperador Nerva (96-98 d.C.), se estableció en Éfeso; porque como es natural y lógico, él regresaría a la ciudad

en la que, según la Tradición, se había establecido pocos años antes de la destrucción de Jerusalén del año 70 d.C.

Ahora, dando por ciertos dichos testimonios registrados por los citados personajes históricos, debemos preguntarnos ¿por qué Jesucristo eligió específicamente a estas siete congregaciones, ubicadas en esas siete ciudades citadas, ni una más ni una menos, para que Juan les enviara el libro de Apocalipsis?

Una primera causa o razón pudo haberse debido a que, probablemente, “Juan había sido el pastor principal de las siete principales iglesias del Asia bíblica, conocida ahora por Turquía” (Apuntes curso) (70). Una segunda razón, porque “Las ciudades distaban entre sí de cincuenta a noventa kilómetros, y estaban situadas en una vía circular que se dirigía hacia el Norte a Pérgamo, viraba luego al Sudeste hacia Laodicea, y regresaba a su punto de partida en Éfeso recorriendo el valle del Menderes” (Mounce, p. 103) (71). Aunque “el orden en que se mencionan las iglesias es estrictamente geográfico” (Mounce, p. 103) (72), podría ser el mismo que siguiera Juan cuando las visitaba “desde su casa de Éfeso” (Apuntes Curso) (73), dado que la posición geográfica de las mismas, conforma un itinerario lógico en forma de semicírculo o herradura, que se inicia en Éfeso y termina en Laodicea, ciudad situada al final, extremo opuesto del semicírculo citado.

No obstante, cuando analizamos los mensajes dados, en primera Persona, por Jesucristo, dirigidos a cada una de las citadas iglesias –registrados en los siguientes capítulos dos y tres del libro de Apocalipsis–, observamos que ellos contienen diagnósticos distintos del estado espiritual por el que atravesaba cada iglesia local. Al menos, nos resulta chocante o extraño que las iglesias o congregaciones –supuestamente todas ubicadas o existentes en el tiempo histórico de la época del final del ministerio del apóstol Juan (96-98 d.C), simultáneas en el tiempo y cercanas en el espacio– experimentaran una diversidad de problemas morales y doctrinales tan dispar, y que, por lo general, parecían evolucionar, de forma creciente hacia un cristianismo más herético y menos fidedigno o verdadero.

Por eso, creo que Robert H. Mounce no acierta cuando declara con rotundidad: [las citadas siete iglesias de Asia] “No representan siete periodos sucesivos de la historia de la iglesia” (Mounce) (74). Sin embargo, coincido parcialmente con él, cuando argumenta lo siguiente: “Aunque las cartas se escriben a iglesias reales, existentes en el primer siglo, su mensaje es relevante para la iglesia universal, puesto que los puntos fuertes y débiles de estas siete comunidades son característicos de todas las iglesias a lo largo de la Historia” (Mounce) (75). Es cierto que, a lo largo de la vida de cada creyente, se puede atravesar por cada uno de los estados espirituales diagnosticados por Jesucristo en dichas iglesias; pero a nivel de comunidad eclesial creo que, aunque puedan coexistir

los siete estados, cada época, por lo general, se caracterizará por el estado espiritual más predominante sobre los otros, por su extensión o relevancia.

La Visión de Jesucristo –Uno semejante al Hijo del Hombre

Esta visión nos proporciona unos rasgos, por medio de símbolos, del Jesucristo que resucitó –con un cuerpo espiritual y glorioso al tercer día, en el año 30 d.C.– de la muerte ignominiosa que recibió en la cruz a petición de los fariseos y gobernantes del Sanedrín y por orden del procurador romano Poncio Pilato. Hemos de intentar comprender cuál es la intención del Espíritu Santo, al proporcionarnos este retrato personal del Hijo del Hombre, que se presenta en medio de **“siete candeleros”**. Él mismo nos revela, al final de este capítulo, que **“los siete candeleros...son las siete iglesias”** (1:20 úp).

“Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, (13) y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. (14) Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; (15) y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas.” (1:12-15)

El simbolismo de los candeleros de oro proviene del Santuario Terrenal (véase Éx. 25:31-37; cf. Zac. 4:2), porque Dios ordenó a Moisés **“Harás además un candelero de oro puro...”** (Éx. 25:31), **“con siete brazos: un brazo central y tres a cada lado”** (Éx. 25:32,34). En la visión de Juan se trata de siete candeleros semejantes al que había en el Tabernáculo Terrenal citado, que representan a las siete iglesias de Asia. Es una figura muy adecuada para las iglesias, porque así como la función de los candeleros es iluminar o alumbrar, dar luz donde hay tinieblas u oscuridad, así también es la misión de las iglesias iluminar a un mundo que vive en tinieblas, alejado de Dios, en rebeldía contra Él, y ajenos a Sus planes de salvación de la humanidad. Por eso los cristianos deben ser la luz del mundo (Mt. 5:14; Ef. 5:8; 1 Ts. 5:5;), porque Jesucristo es la luz del mundo (Jn. 8:12; 12:46; Hch. 13:47; 1 Jn. 1:5; etc.).

Juan 3:19: Y esta es la condenación: que **la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz**, porque sus obras eran malas.

Efesios 5:8: Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora **sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.**

1 Tesalonicenses 5:5: Porque **todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día**; no somos de la noche ni de las tinieblas.

A este respecto R.H. Mounce corrobora que “El propósito de la Iglesia es ser portadora de la luz de la presencia de Dios en un mundo de tinieblas (Mt 5:14-

16). Si deja de cumplir con esta tarea, su razón de ser habrá desaparecido (cf. Ap. 2:5)” (Mounce, p. 104) (76).

Mateo 5:14-16: Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. (15) Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. (16) Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Apocalipsis 2:5: Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.

Jesucristo aparece, en la visión del Apóstol, en medio de los “candeleros”, es decir, de las iglesias, para mostrarnos que Él las protege y las dirige como Cabeza que es de la Iglesia (Col. 1:18), que es Su Cuerpo (1 Co. 12:27; cf. 6:15; 10:17); más aún intercede por toda Su Iglesia universal (Heb. 7:25; cf. 1 Ti. 2:5; 1 Jn. 2:1-2), “*para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra*” (Ef. 5:26).

Colosenses 1:18: y él [Cristo] es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.

1 Timoteo 2:5-6: Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, (6) el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.

Hebreos 7:25: por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él [Cristo] se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

1 Juan 2:1-2: Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. (2) Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

A continuación, Juan describe a Jesucristo como “*uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro...*” (1:13). Jesucristo mismo, durante Su ministerio terrenal, se identificó con el título de “Hijo del Hombre” en muchas ocasiones (Mt. 8:20; 9:6; Mr. 2:10; Lc. 5:24; 9:58; etc.), y probablemente se refirió a la mención que el profeta Daniel hace de Él (Dn. 7:13).

Su “*vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro...*” (1:12-15); representa Su función intercesora como Sumo Sacerdote que Jesucristo realiza en el “Lugar Santísimo del Santuario Celestial”; porque “*Jesús es hecho fiador de un mejor Pacto*” (Heb. 7:22); “*Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que **tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en***

los cielos, (2) ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre. [...] (6) Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.” (Heb. 8:1-2, 6). **“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, (20) por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, (21) y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, (22) acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. (23) Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.”** (Heb. 10:19-23).

“Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve” (1:14pp); aquí Daniel, inspirado por el Espíritu, describe a Jesucristo con características coincidentes con, o semejantes a, las que el profeta Daniel describió de Dios el Padre en su libro: *“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. (10) Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. [...] (13) Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. (14) Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”* (Dn. 7:9-10, 13-14). Aunque en ambos casos son representaciones simbólicas, seguramente, tanto Daniel como Juan, pretenden transmitirnos la idea de eternidad que caracteriza a Dios; y, por otro lado, el Apóstol exalta al “Hijo del Hombre” al asignarle atributos semejantes a los de Dios Padre. Robert H. Mounce lo expresa de la siguiente manera:

“[...] En Daniel 7:9 se dice que el cabello del Anciano de Días era «como lana pura» y su vestidura «blanca como la nieve» Con una leve modificación (los cabellos de Cristo son «blancos como lana pura» y «como la nieve»; cf. Is 1:18) en el libro de Apocalipsis esta misma descripción se transfiere al Cristo exaltado. La atribución de los títulos y atributos de Dios a Cristo es una muestra de la exaltada cristología del libro de Apocalipsis. [...] (Mounce, p.105) (77)

Podemos añadir, además, que el blanco inmaculado de sus cabellos, en la Biblia, es símbolo de pureza, de santidad, y de dignidad.

“[...] Las canas simbolizaban la sabiduría y la dignidad de la madurez, y hacían al anciano digno de ser honrado (Lev 19:32; Prov 16:31) [...]” (Mounce, p. 106) (78)

La descripción de Jesucristo que sigue a la anterior es que **“sus ojos [eran] como llama de fuego”** (1:14úp); lo que nos recuerda a la visión del profeta: *“Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos de oro de Ufaz. (6) Su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud. (7) Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron.”* (Daniel: 10:5-7).

[...] Siguiendo con la descripción, se nos dice que sus ojos «eran como llama de fuego» (cf. Dan 10:6), un rasgo que se reitera en la carta a Tiatira (2:18) así como también en el relato del victorioso regreso del Mesías triunfante (19:12). Expresa el penetrante discernimiento de aquel que es Soberano, no solo sobre las siete iglesias sino también sobre el curso de la Historia.” (Mounce, p. 106) (79)

“Y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas.” (1:12-15).

[...] Los pies semejantes al bronce resplandeciente simbolizan fortaleza y estabilidad. Respecto a la voz de Cristo se dice que es «como el ruido de muchas aguas», lo cual sugiere el poder imponente de una gran catarata. La misma descripción se aplica a la voz de Dios en Ezequiel 43:2 y también a la gran multitud de Apocalipsis 19:6 (cf. 14:2).” (Mounce, p. 106) (80)

“Tenía en su diestra siete estrellas” (1:16 pp).

La interpretación la da el propio Jesucristo: *“las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias”* (1:20 pi)

[...] El que Cristo tenga en su diestra una dotación completa de estrellas indica su control soberano de las iglesias. Puede también significar protección (Jn 10:28: «nadie puede arrebatarnos de mi mano».)” (Mounce, p. 107) (81)

“De su boca salía una espada aguda de dos filos” (1:16 pi).

Sin lugar a dudas, lo que representa el simbolismo de la figura de la **espada aguda de dos filos** lo indica con claridad la Santa Biblia en varios pasajes (véase Ef. 6:17; Heb. 4:12; cf. Ap. 19:15)

Efesios 6:17: Y tomad el yelmo de la salvación, y **la espada del Espíritu**, que **es la palabra de Dios**;

Hebreos 4:12: Porque **la palabra de Dios es viva y eficaz**, y más cortante que toda **espada de dos filos**; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

La Palabra de Dios en su conjunto, y específicamente Jesucristo y sus Buenas Nuevas de Salvación, nos juzgarán, o como declara el apóstol Pablo: “Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi Evangelio” (Ro. 2:16); o bien, el propio Jesucristo: “El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; **la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero**”. (Jn. 12:48). Este último texto es muy instructivo si además lo leemos en su contexto:

Juan 12:44-50: Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; (45) y el que me ve, ve al que me envió. (46) **Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas.** (47) Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. (48) **El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.** (49) Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. (50) **Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.**

Al respecto, R.H. Mounce comenta muy acertadamente lo siguiente:

[...] En la carta a la iglesia de Pérgamo, Cristo advierte a los creyentes que si no se arrepienten peleará contra ellos con la «espada de [su] boca» (2:16; ver el comentario acerca de 2:12). El capítulo 19 describe el regreso de Cristo de cuya boca procede una afilada espada (19:15, 21). En estas ilustraciones la espada simboliza el irresistible poder del juicio de Dios. La palabra de Cristo llena de autoridad ha de entenderse en contraste con las fraudulentas demandas del culto imperial. La palabra de Cristo es la que en última instancia prevalecerá.” (Mounce, p. 107) (82)

“Y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza”. (1:16 úp).

Este resplandor glorioso que desprendía Jesucristo, puede parecerse mucho al que Él mismo mostró a tres de sus más allegados discípulos, cuando, en una ocasión, “Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (Mt. 17:1-6; Mr. 9:2-13; Lc. 9:28-36). Semejante gloria recibirán también “los justos [que] resplandecerán como el sol en el Reino de Su Padre. El que tiene oídos para oír oiga”. (Mt. 13:43; cf. Éx. 34:29).

Hago ahora un breve paréntesis para explicar otra experiencia similar que se registra en el Antiguo Testamento, y de la que se derivan interesantes conclusiones para nuestro diario vivir.

El rostro resplandeciente de Moisés

Viene a propósito referirse a lo que le ocurrió a Moisés en la segunda ocasión que se reunió con Dios en el monte Sinaí, para escribir las tablas de la ley. La primera vez: *“volvió Moisés y descendió del monte, trayendo en su mano las dos tablas del testimonio, las tablas escritas por ambos lados; de uno y otro lado estaban escritas. (16) **Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas**”* (Éxodo 32:15-16). Estas primeras tablas, que fueron obra de Dios, Moisés las arrojó, *“y las quebró al pie del monte”* (Éx. 32:18), indignado porque el pueblo de Israel había apostatado, haciéndose un becerro de oro (Éx. 32:19) para adorarle en lugar del Dios verdadero. Sin embargo, en la segunda ocasión, cuando Moisés convivió con Dios *“cuarenta días y cuarenta noches”*, para recibir, por segunda vez, las tablas de la ley, se le puso el rostro resplandeciente: *“aconteció que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, al descender del monte, no sabía Moisés que **la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios**”* (Éxodo 34:29).

Es necesario leer también el contexto para poder entender lo que el apóstol Pablo nos relata en su Segunda Epístola a los Corintios (3:1-18), que transcribiré más abajo. Primero veamos la experiencia de Moisés al recibir ese rostro resplandeciente cuando bajó del monte, de la reunión con Dios:

Éxodo 34:27-35: Y Jehová dijo a Moisés: Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel. (28) Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos. (29) Y aconteció que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, al descender del monte, no sabía Moisés que **la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios.** (30) Y Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, y he aquí **la piel de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de acercarse a él.** (31) Entonces Moisés los llamó; y Aarón y todos los príncipes de la congregación volvieron a él, y Moisés les habló. (32) Después se acercaron todos los hijos de Israel, a los cuales mandó todo lo que Jehová le había dicho en el monte Sinaí. (33) **Y cuando acabó Moisés de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro.** (34) Cuando venía Moisés delante de Jehová para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía; y saliendo, decía a los hijos de Israel lo que le era mandado. (35) **Y al mirar los hijos de Israel el rostro de Moisés, veían que la piel de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con Dios.**

Era conveniente conocer previamente los antecedentes para entender bien lo que registra San Pablo en su Segunda Epístola a los Corintios (3:2-18). Lo que sigue nos interesa a todos los cristianos, pero puede ser de utilidad

especialmente para los adventistas del séptimo día, que continúan creyendo que para los cristianos sigue estando vigente la ley del reposo sabático, contenida en el cuarto mandamiento de las tablas de piedra anteriormente citadas:

2 Corintios 3:2-18: Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; (3) siendo manifiesto que **sois carta de Cristo** expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; **no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.** (4) Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; (5) no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, (6) **el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica.** (7) Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que **los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer,** (8) ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu? (9) Porque **si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación.** (10) Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. (11) Porque si lo que perece tuvo gloria, **mucho más glorioso será lo que permanece.** (12) Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza; (13) **y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido.** (14) Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. (15) Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. (16) Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. (17) Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. (18) Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

En resumen, los cristianos estamos bajo *“un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica”* (2 Co. 3:6); la gloria del *“ministerio de condenación”* fue seguida de *“la gloria del ministerio de justificación”* (2 Co. 3:9) –que es la justicia ofrecida al pecador por la redención obtenida en Cristo–, *“Porque si lo que perece –el Antiguo Pacto, “aquello que había de ser abolido”* (2 Co. 2:13)– *tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece”* (2 Co. 3:11). Es decir, perece el Antiguo Pacto y las leyes en las que se basaba, pero permanecen los principios de la ley moral, que son recogidos por Cristo en los Evangelios, ampliados y espiritualizados, y en las epístolas de Sus apóstoles. Pero no se recoge en ningún sitio la ley del reposo sabático, porque no se corresponde con ningún principio de la ley moral natural.

Hasta aquí la digresión sobre la gloria que recibió Moisés en su rostro resplandeciente, y la del Antiguo Pacto, en relación con el más glorioso Nuevo Pacto en Cristo.

“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies.” (1:17-18)

La visión de la gloria del “Hijo del Hombre”, y su rostro que era *“como el sol cuando resplandece en su fuerza”* (1:16úp), impacta de tal manera al apóstol Juan, que cae postrado ante Él. Tengamos en cuenta que la criatura en su carne humana pecaminosa es insignificante y no puede sostenerse en pie ante la majestuosidad y santidad de Dios; Él le dijo a Moisés: *“No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá”* (Éx. 33:20; cf. 19:21); *“porque nuestro Dios es fuego consumidor”* (Heb. 12:29). Nuestra actitud ante Dios debe ser de extrema humildad, sumo respeto y adoración; e imitar a Moisés, que cuando *“Jehová descendió en la nube”* (Éx. 34:5), Moisés *“bajó la cabeza y adoró”* (Éx. 34:8). La reacción del apóstol Juan, de caer *“como muerto”* a los pies de Jesucristo, fue similar a la del profeta Daniel cuando vio a *“un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos de oro de Ufaz”* (Dn. 10:5): *“vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno. (9) Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, **caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra.** (10) Y he aquí una mano me tocó, e hizo que me pusiese sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos. (11) Y me dijo: Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora. Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando.”* (Dn. 10:8-9).

“Y él [Jesucristo] puso su diestra sobre mí [Juan], diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; (18) y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

“Ahora Cristo pone su mano derecha sobre Juan y le dirige palabras de gran consuelo (cf. Dan 10:10). [...] Al poner su diestra sobre Juan, Cristo le transmite poder y bendición. Es una mano que comisiona a Juan y que restaura toda su confianza preparándole para escuchar las palabras de consuelo y los mandamientos.” (Mounce, p. 108) (83).

“El visitante celestial habla, y sus palabras traen a la memoria del postrado vidente los días pasados cuando el mismo que ahora le habla había compartido como Jesús de Nazaret su ministerio terrenal con los doce. En más de una ocasión, Juan había escuchado las familiares palabras «no temáis», por ejemplo, cuando Jesús se acercó a los discípulos caminando sobre el agua (Mt 14:27) y cuando cayeron sobre sus rostros al oír la voz de Dios que les hablaba desde el cielo (Mt 17:7). No hay ninguna razón para el temor puesto que Aquel que habla es «el primero y el último». Este título es esencialmente el mismo que aquel con

que Dios mismo se presenta en 1:8, «el Alfa y la Omega». En 22:13 ambos títulos quedan unidos por medio de un tercero, «el principio y el fin». En Isaías 44:6 Dios afirma: «Yo soy el primero y yo soy el último, y fuera de mí no hay Dios» (cf. Is 48:12). Este título subraya la absoluta soberanía de Dios. Por ello, en el libro de Apocalipsis, las palabras «no temas» proceden de un ser soberano. Ni siquiera la muerte puede ser causa de terror puesto que Él es aquel que vive tras haberla conquistado teniéndola ahora sujeta bajo su poder (v. 18).” (Mounce, p. 108-109) (84)

“Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas” (1:19).

El mandamiento de Jesucristo al Apóstol, de que escriba, se corresponde, aparentemente, en primer lugar, al pasado reciente –“las cosas que acaba de ver”, en segundo lugar, al presente de Juan –“*las [cosas] que son*”–, y en tercer lugar, al futuro, “*las [cosas] que han de ser después de estas*”. En esta interpretación, las primeras se referirían a la visión del “Hijo del Hombre” de los versículos 12 al 18; “*las que son*” corresponderían al estado de las iglesias de Asia citadas, que se describen en los capítulos dos y tres siguientes del libro de Apocalipsis; y “*las que han de ser después de estas*” son todas las visiones que contiene el libro desde el capítulo cuatro hasta el capítulo veintidós, donde finaliza. No obstante, R.H. Mounce parece estar en lo cierto cuando argumenta lo siguiente:

“Sin embargo, la verdadera división no es triple sino doble. La primera afirmación («Escribe, pues, las cosas que has visto») es la unidad esencial y se corresponde con el mandamiento anterior del v. 11 («Escribe en un libro lo que ves»). Las dos cláusulas relativas se refieren a las visiones que se desarrollarán en los siguientes capítulos. [...] Así que habría que traducir: «Escribe, por tanto, las cosas que vas a ver, es decir, las cosas que son y las que están todavía en el futuro». Esta relación entre el presente y el futuro subyace en todo el libro de Apocalipsis. Reconoce que el gran drama del salón del trono de los capítulos 4 y 5, la visión de la mujer que da a luz a un hijo varón en el capítulo 12, y una buena parte del capítulo 17 pertenecen al pasado y al presente así como también al futuro. El libro de Apocalipsis es una revelación tanto de los grandes principios que en este momento actúan en el mundo como de la conclusión escatológica a la que éstos apuntan. Moffatt está en lo cierto cuando afirma que «el contenido de la visión... comprende lo que es y lo que ha de ser».” (Mounce, p. 109-110) (85)

“El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.” (1:20)

Ahora el apóstol Juan recibe la explicación del propio Jesucristo de lo que significa la visión del “misterio de las siete estrellas” que Él sujetaba en su

diestra. No había tal misterio, pues las siete estrellas no son literales sino simbólicas porque representan a “**los ángeles de las siete iglesias**”. Desde mi punto de vista, en este caso la palabra ángel no representa a un ser celestial sino que se está usando en su significado usual de “mensajero”. Coincido con la interpretación de R.H. Mounce que transcribo a continuación:

[...] Al hacer frente a la persecución en un medio hostil, las iglesias han de ser conscientes de la presencia permanente de Cristo. Se dice que las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias. Respecto a lo que significan los ángeles, se han propuesto muchas explicaciones. Si representan a seres humanos (Mt 11:10 y otros versículos permitirían esta interpretación), podría tratarse de importantes dirigentes de las congregaciones locales o de delegados enviados a Patmos para que actuaran como portadores de las cartas. El uso de la palabra «ángel» en el libro de Apocalipsis (aparece unas 60 veces) favorece la interpretación de este término como aludiendo a seres celestiales. Podrían ser ángeles custodios (cf. Dan 10:13, 20-21; Mt 18:10; Hch 12:15) o quizá homólogos celestiales que llegaron a identificarse con la Iglesia. No obstante, la respuesta más satisfactoria es la que afirma que la referencia al ángel de la Iglesia es una manera de personificar el espíritu característico de la Iglesia. Esta interpretación cobra fuerza por el hecho de que las siete cartas se dirigen a ángeles distintos, un extraño fenómeno si se refiere a otra cosa que no sea la Iglesia puesto que el contenido de las cartas está obviamente pensado para la congregación como un todo.” (Mounce, p. 111) (86)

“Con esta impresionante visión y la comisión que ha recibido, Juan está ahora preparado para escribir las cosas que ha visto. Arrebatado en el Espíritu en el día del Señor, Juan estuvo ante el Cristo resucitado y glorificado, quien le mandó personalmente que escribiera a las siete iglesias. Tenía que compartir con ellas no solo esta visión inicial de «uno semejante al Hijo del Hombre», sino también las visiones posteriores que habrían de revelar las cosas que estaban próximas a suceder.” (Mounce, p. 112) (87)

En los capítulos dos y tres siguientes, Jesucristo se dirige a cada una de “las siete iglesias que están en Asia” –“a Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea”–(1:11), de forma particular y específica, para, primero, diagnosticarle su estado espiritual, para acto seguido exhortarla o amonestarla o alabarla, según corresponda, y finalmente termina con una promesa o estímulo, y prescripción del remedio que precisa.

Capítulo 2

Los mensajes a las siete iglesias (Parte 1)

Introducción

En los capítulos 2 y 3 se registran los mensajes **“a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea”** (1:11); corresponden al tiempo en que Juan escribió el Apocalipsis, hacia el 95-96 d.C. No obstante, los mensajes a estas iglesias son útiles para la Iglesia universal de todas las épocas; además, muy probablemente, el Espíritu Santo eligió o seleccionó dichas iglesias, a partir de sus características y estados espirituales específicos, para que representaran a las iglesias que irían apareciendo en distintos periodos de la historia, desde la Iglesia primitiva (siglo I) –Éfeso– hasta la iglesia de los tiempos del fin cercanos a la segunda venida de Cristo (siglo XXI) –Laodicea–.

Algunos Padres de la Iglesia primitiva atestiguan que Juan, cuando fue liberado de su exilio en Patmos en tiempos del emperador Nerva (96-98 d.C.), se estableció en Éfeso; porque como es natural y lógico, él regresaría a la ciudad en la que, según la Tradición, se había establecido pocos años antes de la destrucción de Jerusalén del año 70 d.C.

Ahora, dando por ciertos dichos testimonios registrados por los citados personajes históricos, debemos preguntarnos ¿por qué Jesucristo eligió específicamente a estas siete congregaciones, ubicadas en esas siete ciudades citadas, ni una más ni una menos, para que Juan les enviara el libro de Apocalipsis?

Una primera causa o razón pudo haberse debido a que, probablemente, “Juan había sido el pastor principal de las siete principales iglesias del Asia bíblica, conocida ahora por Turquía” (Apuntes curso) (88). Una segunda razón, porque “Las ciudades distaban entre sí de cincuenta a noventa kilómetros, y estaban situadas en una vía circular que se dirigía hacia el Norte a Pérgamo, viraba luego al Sudeste hacia Laodicea, y regresaba a su punto de partida en Éfeso recorriendo el valle del Menderes” (Mounce, p. 103) (89). Aunque “el orden en que se mencionan las iglesias es estrictamente geográfico” (Mounce, p. 103) (90), podría ser el mismo que siguiera Juan cuando las visitaba “desde su casa de Éfeso” (Apuntes curso) (91), dado que la posición geográfica de las mismas, conforma un itinerario lógico en forma de semicírculo o herradura, que se inicia en Éfeso y termina en Laodicea, ciudad situada al final, extremo opuesto del semicírculo citado.

No obstante, cuando analizamos los mensajes dados, en primera Persona, por Jesucristo, dirigidos a cada una de las citadas iglesias –registrados en los siguientes capítulos dos y tres del libro de Apocalipsis–, observamos que ellos contienen diagnósticos distintos del estado espiritual por el que atravesaba cada iglesia local. Al menos, nos resulta chocante o extraño que las iglesias o congregaciones –supuestamente todas ubicadas o existentes en el tiempo histórico de la época del final del ministerio del apóstol Juan (96-98 d.C), simultáneas en el tiempo y cercanas en el espacio– experimentaran una diversidad de problemas morales y doctrinales tan dispar, y que, por lo general, parecían evolucionar, de forma creciente hacia un cristianismo más herético y menos fidedigno o verdadero.

Por eso, creo que Robert H. Mounce no acierta cuando declara con rotundidad: [las citadas siete iglesias de Asia] “No representan siete periodos sucesivos de la historia de la iglesia” (Mounce, p. 103) (92). Sin embargo, coincido parcialmente con él, cuando argumenta lo siguiente: “Aunque las cartas se escriben a iglesias reales, existentes en el primer siglo, su mensaje es relevante para la iglesia universal, puesto que los puntos fuertes y débiles de estas siete comunidades son característicos de todas las iglesias a lo largo de la Historia” (Mounce, p. 103) (93). Es cierto que, a lo largo de la vida de cada creyente, se puede atravesar por cada uno de los estados espirituales diagnosticados por Jesucristo en dichas iglesias; pero a nivel de comunidad eclesial creo que, aunque puedan coexistir los siete estados, cada época, por lo general, se caracterizará por el estado espiritual más predominante sobre los otros, por su extensión o relevancia.

El Bosquejo de los mensajes a las siete Iglesias de Asia

“La estructura que siguen los mensajes es la siguiente:

- Jesús describe el estado espiritual de cada una de las siete iglesias
- Elogia su conducta (si procede)
- Reprende o amonesta (si procede)
- Especifica lo que debe corregir
- Promete un galardón o premio a los vencedores

Es digno de notar que Dios menciona primero el elogio antes que la reprensión. Las palabras de ánimo preceden a la censura. Con demasiada frecuencia, nos encontramos en la posición opuesta, estamos listos a condenar y vacilamos antes de animar o elogiar. Debemos notar también que de los siete mensajes, dos tienen elogio sin condenación. Y dos tienen sólo reprensión sin elogio. Y los otros tres mensajes tienen ambas cosas, primero la recomendación y después la condenación.

Otro rasgo nada usual de las siete cartas es que en las primeras tres, el llamado ("el que tiene oído. . .") va seguido de la promesa. Y las últimas cuatro cartas el orden cambia, y el llamado sigue a la promesa. Esto introduce el hecho de que los siete del Apocalipsis, regularmente van divididos en grupos de tres y cuatro. Por ejemplo, en los siete sellos, los primeros cuatro van juntos bajo el simbolismo de caballos y jinetes; los últimos tres tienen una imagen del todo diferente. Notaremos esto en numerosas ocasiones al repasar el libro." (Apuntes Curso) (94)

Panorama histórico de los primeros tres siglos (del año 30 al 313 d.C.).

"Llegó a ser una práctica común en el imperio Romano construir templos en honor a Roma, el personificado espíritu de los emperadores. En el año 29 AD, con el permiso del emperador Augusto César, se levantaron templos en Esmirna y Pérgamo para el culto a Roma y a Julio César. Esto marcó el comienzo del culto al emperador vivo. En las siguientes décadas el culto a Roma disminuyó y el de los césares aumentó. El emperador Calígula (37 -41), no sólo **permitió** que le rindieran culto, fue el primero que **animó** ese culto, y persiguió a los judíos porque rehusaban adorarlo. Domiciano fue el siguiente emperador que insistió en esta exigencia. Por todo el imperio distribuyó una circular con estas blasfemas palabras: "Nuestro Señor y nuestro Dios pide que esto se haga:" Es fácil imaginar la reacción de la segunda generación de cristianos a este nuevo culto.

Sintiendo vivamente que hubiera pasado la primera generación de cristianos, y enfrentando creciente persecución de parte de los judíos y de los romanos, los cristianos entraron en un período de decadencia y dificultades que iría a continuar hasta la triunfante Reforma, catorce siglos después, un período casi tan largo como desde el éxodo hasta la cruz." (Apuntes curso) (95)

1. El mensaje a la iglesia de Éfeso

“Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: (2) Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; (3) y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. (4) Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. (5) Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido. (6) Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco. (7) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.” (2:1-7)

“Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto:” (2:1)

Como veremos, es el propio Jesucristo el que se dirige a las siete iglesias de Asia, utilizando una misma fórmula o estructura: Él empieza presentándose a cada una de las citadas iglesias asignándose un título o característica de las reveladas a Juan en el capítulo 1. A **la iglesia de Éfeso**, se presenta como **“El que tiene las *siete estrellas* en su diestra, el que anda en medio de los *siete candeleros* de oro, dice esto” (2:1 úp)**. En el capítulo 1, el propio Jesucristo nos reveló que **“las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias” (1:20)**; y **“los siete candeleros...son las siete iglesias” (1:20 úp)**. Vimos también que los “ángeles”, seguramente, se refiere a los pastores, presbíteros o responsables de dichas iglesias; realmente las epístolas se dirigen a cada congregación para que allí fuesen leídas y estudiadas.

Con los títulos con los que Jesucristo se presenta a esta iglesia, quiere resaltar su cercanía, protección, amor, poder y guía espiritual divinos con los que ejerce su misión de “buen pastor”, que “conoce a sus ovejas”, e incluso “entrega su vida por ellas” (Jn. 10:14).

“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; (3) y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.” (2:2-3)

Jesucristo, por su omnisciencia y omnipresencia, conoce todo lo que hacemos, todas nuestras obras, nada se le escapa. Él conoce muy bien a esta iglesia –y a todas igualmente–, pero cada iglesia es diferente, porque la iglesia se conforma con las personas que la componen, y sus distintos entendimientos de la Palabra de Dios y grados de maduración personal en la práctica y obediencia a la misma. Nuestro Señor siempre se dirige con una alabanza de aquello que hace bien dicha iglesia y que la caracteriza. En este caso, a la iglesia de Éfeso le elogia su entrega a Cristo y trabajo misionero. Los falsos apóstoles a los que alude puede que se refiera a los judaizantes, de los que habla San Pablo, por ejemplo, en el capítulo 15 de los Hechos de los Apóstoles o en la Epístola a los Gálatas.

“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. (5) Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido. (6) Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.” (2:4-6)

Sin embargo, esta iglesia, quizá llevada por su mucho celo en hacer cumplir todas las normas morales del Evangelio del Reino y disciplinar a los herejes o aquellos que se desviaban de la sana doctrina, pudo haber olvidado actuar siempre con amor, sin el cual todo resulta vano. De ahí la fuerte admonición de nuestro Señor: *“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido.”* (2:5). No obstante, esta reprensión se ve amortiguada porque la iglesia de Éfeso aborrecía las obras de los nicolaítas, de igual modo que Jesucristo.

No sabemos bien quiénes eran los nicolaítas o en qué consistía su herejía. Pero debía ser una secta importante en la iglesia de los primeros siglos, porque Jesucristo vuelve a referirse a ellos para reprender a la iglesia de Pérgamo: *“Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.”* (2:15)

Al parecer, “nicolaítas” procede de un tal Nicolás que apostató, y que podría tratarse de “Nicolás prosélito de Antioquía”, uno de los siete diáconos elegidos por Esteban (véase Hch. 6:1-6).

El Diccionario de la iglesia primitiva que he consultado nos explica lo siguiente, según escribió Ireneo (Padre de la Iglesia, 180 d.C.):

Los nicolaítas tienen como maestro a un cierto Nicolás, uno de los primeros siete diáconos ordenados por los Apóstoles (Hech 6,5-6). Éstos [los nicolaítas] viven laxamente. El Apocalipsis de Juan expone ampliamente quiénes son. Enseñan que no hay dificultad alguna en fornicar y en el comer las carnes ofrecidas a los dioses (Ap 2,14-15). Por eso dice de ellos la Palabra: «Tienes en tu favor haber

odiado las acciones de los nicolaítas que yo también odio» (Ap 2,6). Ireneo (180 d.C.)

Juan, el discípulo del Señor, predicó la misma fe, pues con su Evangelio quiso erradicar el error sembrado entre muchas personas por Cerinto, y mucho antes que él, por los llamados nicolaítas (los cuales son una versión de la falsamente llamada gnosis), a fin de confundirlos y probarles que hay sólo un Dios que creó todo por medio de su Verbo. Ireneo (180 d.C.) (Diccionario de la iglesia primitiva,p.124) (96)

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.” (2:7)

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”. Es una exhortación general a todos los creyentes a escuchar el mensaje que procede de Dios el Espíritu Santo, puesto que no es solo para la iglesia de Éfeso sino que se repite para todas las iglesias. En todas ellas se pueden atravesar etapas en las que el amor de unos a otros se enfría. La frase final que sigue – *Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios*– es distinta para todas las iglesias, pero siempre contiene unas palabras de aliento que son adecuadas para ayudar a superar los problemas particulares de cada iglesia, pero que en realidad se aplica a cualquier creyente.

El premio que obtendrán los vencedores de *“comer del árbol de la vida”* es un símbolo claro de la promesa de vida eterna que todo creyente posee desde el mismo momento de su entrega a Cristo; como Él mismo nos dijo, entregarse consiste en creer y obedecer sus palabras (Jn. 8:51); y también: *“niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame”* (Mt. 16:24); pero para llevar nuestra cruz, debemos primero haber aceptado Su cruz, es decir, su muerte vicaria por nosotros, que es el significado de sus palabras: ***“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”*** (Jn. 6:54).

Es, pues, muy oportuno este mensaje para toda la iglesia, pero especialmente para la iglesias de los siglos I al III, y también para los cristianos de la Edad Media, que estaban expuestas a situaciones de peligro en sus vidas físicas y espirituales, pues Roma les exigía adoración a los emperadores como si fueran Dios; y un cristiano solo podía dar adoración al Dios verdadero. Por eso se les recuerda a ellos, y también a todos, que se premiará a aquel que venciere en la lucha diaria a la que debemos enfrentarnos, que consiste en luchar, en primer lugar, contra el mal que puede aún quedar en nosotros, y, en segundo lugar, contra las tentaciones que vienen del mundo; porque debemos ser fieles en *“obedecer a Dios antes que a los hombres”* (Hch. 4:15; 5.29).

Notemos que, aunque los mensajes se dirigen a una iglesia en particular, tienen aplicación universal. Además, algunos creemos que estos mensajes – que sin duda se dirigen a las iglesias del siglo I, y tienen aplicaciones particulares para éstas y para la Iglesia universal– contienen una aplicación específica para cada uno de los siete periodos históricos característicos de la existencia de la iglesia, desde el año 30 d.C., de su fundación en el día de Pentecostés, hasta la segunda venida de Cristo. **La iglesia de Éfeso sería la iglesia de los apóstoles** o del periodo apostólico, puesto que es la primera en mencionarse; y le correspondería el periodo que va desde la fecha citada de su fundación hasta el final del siglo I, con la muerte del último apóstol, que fue Juan.

2. El mensaje a la iglesia de Esmirna

“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto: (9) Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás. (10) No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. (11) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.” (2:8-11)

Según el criterio apuntado arriba, **Esmirna** sería **“la iglesia perseguida”**, porque comprende al periodo de las persecuciones más importantes dirigidas por diez emperadores romanos, y que se extiende desde el año 100 al 313 d.C., año en que Constantino el Grande hizo la paz con la Iglesia. De ahí que Jesucristo aliente a esta iglesia recordándole que Él también tuvo que entregar Su vida por nosotros, y que luego resucitó y ascendió al Cielo.

“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto” (2:8)

A la iglesia de Esmirna, Jesucristo se presenta como *“El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto”*; identificación muy apropiada dado que esta iglesia sufriría especialmente la persecución y muchos morirían como mártires, por negarse a obedecer al emperador, antes que a Dios. Porque le recuerda a ella y a todos los creyentes que Él tiene la cualidad de eternidad que corresponde a Dios, y que *“el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”* (Mt. 20:28; cf. Mr. 10:45). Él murió porque entregó Su vida en nuestro rescate y resucitó para que nosotros pudiéramos alcanzar la vida eterna; si Él murió y resucitó, también nosotros si morimos de muerte natural o si entregamos nuestra vida por dar testimonio de nuestra fe, tenemos la seguridad que obtendremos la vida eterna, cuando Él nos ***“resucite en el día postrero”*** (Jn. 6:39,40,44; etc.).

“Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.” (2:9)

Esmirna es, pues, la iglesia de los mártires, y como tal Jesús nada le reprocha, porque fue perseguida no solo por los falsos judíos, sino que padeció, más que otras iglesias, las persecuciones promovidas por algunos emperadores romanos, especialmente en tiempos de Diocleciano (285-312 d.C.), y fue fiel hasta la muerte en el martirio. A diferencia de la iglesia de Laodicea, que se creía que era rica, Esmirna era pobre pero rica espiritualmente, como la califica Jesucristo.

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendrás tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.” (2:10)

Se le previene de las dificultades que tendría cuando tuviera que dar testimonio de su fe en Cristo, y también de que tendría que soportar **“tribulación por diez días”**; si consideramos que los diez días son proféticos, entonces se trataría de persecuciones que se concentrarían de forma intensa durante un periodo de diez años, y podría referirse al periodo de las crueles persecuciones de los últimos diez años de gobierno de Diocleciano, desde el 302 al 311 d.C.: “Finalmente, en el 311, Galerio mediante un edicto de tolerancia permitía a los cristianos el libre ejercicio de su culto y, dos años más tarde, el Edicto de Milán inauguraba una nueva política religiosa en el Imperio Romano” (Gran Historia Universal, tomo XI, p. 83, Ediciones) (97)

Jesucristo promete, si son fieles hasta la muerte, darles **“la corona de la vida”**; que no es otra cosa que la vida eterna en el Paraíso de Dios. Y lo simboliza mediante la figura de una corona; pero la corona que recibían como premio, los vencedores en los juegos olímpicos de la antigüedad, estaba hecha, generalmente, de laurel. Sin embargo, la que nos promete Él, significa vida eterna, como las coronas a las que se refirieron los apóstoles Pablo, Santiago y Pedro; veámoslo:

1 Corintios 9:24-25: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. (25) Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible.

2 Timoteo 4:7-8: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. (8) Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Santiago 1:12: Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.

1 Pedro 5:4: Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.” (2:11)

Jesucristo vuelve a enfatizar que la condición para recibir la vida eterna es vencer en la lucha diaria contra uno mismo, –pues hay que negarse a sí mismo, y tomar nuestra cruz y seguirle (Mt. 16:24)– y contra las tentaciones y pruebas de todo tipo que nos depare la vida. Por tanto, **“vencer”** tiene como recompensa **no sufrir “daño de la segunda muerte”**, ya que ésta implica haber sido resucitado de la primera muerte, la que corresponde a todo ser mortal, mil años después del fin del mundo, para ser acto seguido juzgado por Dios (20:11-13) y **“lanzado al lago de fuego”**, que es **“la muerte segunda”** (20:14-15; 21:8).

3. El mensaje a la iglesia de Pérgamo

“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: (13) Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. (14) Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. (15) Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco. (16) Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. (17) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.” (2:12-17)

La iglesia de Pérgamo es la iglesia que corresponde al periodo del 313 al 538 d.C., aproximadamente, que ya ha sido contaminada por algunas herejías, que estaban incipientes durante las persecuciones, y que se desarrollaron cuando la iglesia obtuvo la paz de Constantino, y empezó a relajarse, y a convertirse en perseguidora de todos aquellos que se oponían a sus doctrinas. También Jesucristo denuncia ciertas prácticas idolátricas en las que había caído la iglesia en dicho periodo histórico medieval.

“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto” (2:12)

Es muy apropiado que Jesucristo se presente a la iglesia de Pérgamo como *“El que tiene la espada aguda de dos filos”*, porque la espada simboliza la autoridad con la que Él va a juzgar a los que practican doctrinas heréticas como *“la doctrina de Balaam”* y *“a los que retienen la doctrina de los nicolaítas”*. A estos últimos ya se refirió Jesucristo en el mensaje a la iglesia de Éfeso.

“Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. (14) Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. (15) Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.” (2:13-15)

Los hechos de Balaam se registran en los capítulos 22 al 24 del libro de Números del AT. Balaam era un profeta de Dios que se corrompió a instancias del rey Balac, que le pidió al profeta que maldijese a Israel el pueblo de Dios, pero Dios no se lo permitió, y no tuvo más remedio que bendecirlo todas las veces que intentó maldecirlo. Y representa a todos los que no les importa sacrificar sus principios y sus creencias o cometer cualquier cosa que Dios condene, con tal de obtener algún tipo de beneficio, ganancia o privilegio.

Según se desprende de Números 31:16, como Dios no permitió a Balaam que, en su función de profeta, maldijese a Israel, entonces él buscó la forma de enseñar o aconsejar al rey Balac para que Israel perdiese la bendición de Dios. Esto consistió en hacer que los israelitas tuvieran relaciones ilícitas con las mujeres paganas, para que luego, éstas, les indujesen a sacrificar y adorar a sus propios dioses falsos, como así ocurrió. De ahí la acusación que hace Jesucristo a esta iglesia de Pérgamo: *“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.”* (2:14).

“Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.” (2:16)

Se pide a la iglesia que se arrepienta ante la inminencia de los juicios de Dios anunciados por Jesucristo, que es lo que representa *“la espada que sale de Su boca para pelear”* contra aquellos que estaban corrompiendo Su iglesia a la manera de Balaam. Pero para obedecer este mandato de Jesús, la iglesia debería actuar purificándose de doctrinas heréticas, y expulsar de ella a todos los que con sus conductas inmorales, profanaban el nombre de Dios y pervertían el verdadero Evangelio, al adorar falsos dioses, e introducir doctrinas espurias en la iglesia.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.” (2:12-17)

El maná escondido es **“el pan de Dios”**, *“aquel que descendió del cielo y da vida al mundo”* (Jn. 6:33). **“Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. [...] (51) Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. [...] (52) Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? (53) Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. (54) El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. (55) Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. (56) El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. (57) Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. (58) Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.”** (Jn. 6:35, 51-58).

“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con Él” (Jn. 6:66), porque no entendieron Sus palabras, o al entenderlas literalmente, se horrorizaron. **“Comer Su carne y beber Su Sangre”** no tiene nada que ver con participar del rito católico de la transustanciación de las especies de pan y vino, que creen realizar los sacerdotes cuando las consagran para, supuestamente, convertirlas en el verdadero y Único Ser divino de Jesucristo, sino que las palabras de Jesús – que **“son espíritu y son vida”** (Jn. 6:63)– significan aceptar Su sacrificio vicario, y vivir, en coherencia con lo que implica esa creencia, la comunión con Cristo en todo momento de nuestras vidas. **“Comer Su carne y beber Su sangre”** para nada aprovecha, porque como dijo el propio Jesús: *“¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina?”* (Mt. 15:17; cf. Mr. 7:18-19).

El que venciere experimentará lo que significa el mandato de Jesús: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.”* (Jn. 6:54), y recibirá esa **“piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.”** (2:17); el nombre nuevo representa la nueva vida que obtiene el creyente cuando experimenta Cristo en su vida (2 Co. 5:17-18), es una nueva manera de ser y de conducirse negándose a sí mismo, y tomando su cruz y siguiendo a Jesús, actuando siempre con amor, con santidad y con mansedumbre.

4. El mensaje a la iglesia de Tiatira

“Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto: (19) Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras. (20) Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. (21) Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. (22) He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. (23) Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras. (24) Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; (25) pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. (26) Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, (27) y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; (28) y le daré la estrella de la mañana. (29) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (2:18-29)

El periodo de la iglesia de Tiatira se corresponde con la Edad oscura 538-1517 d.C., y se caracterizaba porque los verdaderos cristianos, que aún defendían el verdadero Evangelio, toleraron *“que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos”* (2:20). Y eso mismo es el reproche que recibe de Jesucristo. Ahora necesitamos averiguar lo que representa *“esa mujer Jezabel, que se dice profetisa.”* Para ello tenemos que acudir al AT para conocer a esa mujer (véase 1 R. 16:31; 18; 19; 21; 2 R. 9).

“Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto:”

A la iglesia de Tiatira, Jesucristo se presenta como *“El Hijo de Dios”*, quizá para mostrarse como el verdadero Dios frente a los ídolos que la falsa profetisa Jezabel había fomentado en la iglesia de esta época. Sus *“ojos como llama de fuego”* sugieren la idea de que Él con Su penetrante mirada descubre y condena las hechicerías e idolatría de Jezabel.

“Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras.” (2:19)

Como es la forma más didáctica, Jesús primero elogia a esta iglesia resaltando lo que hace bien, para acto seguido reprocharle que tolere que, esa falsa profetiza Jezabel, pervierta el Evangelio.

“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. (21) Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. (22) He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. (23) Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.” (2:20-23)

La interpretación de estos textos depende de identificar quién es esa falsa profetiza Jezabel, teniendo en cuenta que tenemos que ir más allá del símbolo, representado por esa mujer Jezabel. Debemos acudir a la única Jezabel tristemente famosa por sus crímenes y maldades de todo tipo que se registra en la historia del Israel, en los libros de los Reyes del Antiguo Testamento (véase 1 R. 16:31; 18; 19; 21; 2 R. 9).

1 Reyes 16:29-34: Comenzó a reinar Acab hijo de Omri sobre Israel el año treinta y ocho de Asa rey de Judá. (30) Y reinó Acab hijo de Omri sobre Israel en Samaria veintidós años. Y Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él. (31) Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, **y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró.** (32) E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria. (33) Hizo también Acab una imagen de Asera, haciendo así Acab más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel.

2 Reyes 9: 22: Cuando vio Joram a Jehú, dijo: ¿Hay paz, Jehú? Y él respondió: ¿Qué paz, con **las fornicaciones de Jezabel tu madre, y sus muchas hechicerías?**

Seleccionando y resumiendo dichos textos: “Jezabel se casó con el rey Acab, séptimo rey de Israel que sucedió a su padre Omri en el año 918 a.C., y reinó veintidós años.” (Diccionario bíblico) (98) Pero si Acab era idólatra aún más lo era Jezabel, porque “era ferviente adoradora de Baal, por lo que su esposo construyó para ella en Samaria un templo y un altar consagrados a Baal, y una asera, estatua que representaba a la Astarté fenicia (1 R. 16:32, 33). [...] Su acción de introducir en Israel el culto idolátrico a Baal y de dar muerte a los siervos del Señor, ha hecho recordar su nombre como baldón de infamia y como tipo de un sistema seductor dentro de la iglesia profesante, que atrae a otros a la idolatría (Ap. 2:20)”. (Diccionario bíblico) (99)

Por tanto, *“esa mujer Jezabel”, –“que se dice profetisa, [que enseña y seduce] a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos”* (Ap. 2:20)–, simboliza muy adecuadamente el sistema idolátrico –perversión de la religión cristiana verdadera, al que se había entregado una gran parte de la iglesia de Tiatira. Esta iglesia representa el periodo de la Iglesia católica que se corresponde con la Edad oscura 538-1517 d.C., que fue el tiempo de persecución de la Roma papal a los verdaderos cristianos que daban testimonio de Jesucristo, de sus mandamientos y del auténtico Evangelio. En oposición a éstos, la Iglesia católica con la autoridad que le fueron otorgando distintos emperadores romanos, estableció como norma la Tradición equiparándola a la Sagrada Escritura, promovió el culto a la Virgen María, a todos los santos muertos, a sus reliquias, a sus imágenes, estampas de santos, figurillas, a la hostia consagrada, que considera que, por la mediación del sacerdote, se transforma en el Cristo divino, exigiendo adoración a sus símbolos del pan y vino; etc.; y por si todo esto no fuera suficiente perversión, estimuló el consumo de las llamadas Indulgencias, por las que se hacía creer a sus fieles que con especiales donativos y misas a los difuntos, podrían conseguir que sus familiares muertos pudieran salir del Purgatorio.

“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; (25) pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.” (2:24-25)

Jesús exhorta *“a cuantos no tienen esa doctrina”, –“y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás”*– a que retengan la fe en el verdadero Evangelio, liberado de toda la influencia paganizante de la Iglesia romana, *“hasta que Él venga”*. Notemos que a las perversiones que había alcanzado la iglesia de Tiatira, que he enumerado arriba, se las califica *“las profundidades de Satanás”*.

“Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, (27) y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; (28) y le daré la estrella de la mañana. (29) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (2:18-29)

Observemos que Jesucristo estimula *“al que venciere y guardare mis obras hasta el fin”* con darle un galardón o recompensa muy singular, que va más allá de lo que dio a las iglesias de Éfeso: *“comer del árbol de la vida”*; de Esmirna: *“no sufrirá daño de la segunda muerte”*; y de Pérgamo: *“comer del maná escondido”*. Se trata de una recompensa muy singular porque Jesucristo le promete conceder al vencedor las mismas prerrogativas que **“Él ha recibido de Su Padre”**: *“autoridad sobre las naciones”* y poder de *“regirlas” “con vara de hierro”*, las cuales *“serán quebradas como vaso de alfarero”*.

Precisamente, las palabras usadas por Jesús provienen del siguiente Salmo, que se califica como mesiánico, porque recoge promesas que Dios Padre dirige a Su Hijo: *“Pero yo he puesto mi rey Sobre Sion, mi santo monte. (7) Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy. (8) Pídeme, y te daré por herencia las naciones, Y como posesión tuya los confines de la tierra. (9) Los quebrantarás con vara de hierro; Como vasija de alfarero los desmenuzarás”* (Sal. 2:6-9).

En este Salmo se encuentra el acuerdo, pacto o compromiso de Dios de entregar a Su Hijo *“por herencia las naciones”*; es decir, a Jesús le pertenece el planeta Tierra y sus habitantes porque Él se hizo Hombre para poder entregar su vida en rescate por la humanidad. Pero, por eso mismo, a Él se le da el derecho de juzgar a todas las naciones y a todos los que le rechazan. Y esa misión final de juicio y castigo del mundo rebelde es la que está simbolizada por la sentencia del Salmo (2:9): *“Los quebrantarás con vara de hierro; Como vasija de alfarero los desmenuzarás”*.

Comprobemos que estas funciones o facultades de juzgar que ejercerá Cristo, le fueron confirmadas después de su ascensión, en el año 30 d.C.: *“Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.”* (Ap. 12:5); pero el cumplimiento ejecutivo de esta profecía mesiánica se efectuará en el Día del Señor de la segunda venida de Jesucristo, que es el momento que describe Apocalipsis (19:15): *“De su boca [del Verbo de Dios] sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso”* (19:15). Notemos que *“regir con vara de hierro”*, en este contexto, significa juzgar o ejecutar los juicios. Se refiere a una acción de juicio de Cristo sobre los malvados que vivan en la Tierra en su venida gloriosa.

Cito a continuación unos párrafos de mi artículo [¿Reinarán Cristo y sus santos un Milenio en la Tierra restaurada?](#), porque en él desarrollé este tema relacionado con el juicio de Jesucristo a las naciones *“con vara de hierro”*, y que Él comparte con Sus santos.

¿En qué consiste la autoridad que Jesús otorga a los vencedores?

Como hemos visto, en el Día del Señor se ejecuta el juicio sobre la Tierra y todos sus moradores, que rechazaron la Palabra de Dios, serán juzgados por esa misma Palabra “en el día postrero” (véase Jn. 12:46-49; cf. Ro. 2:16).

Juan 12:46-49: Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. (47) Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. (48) El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. (49) Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar.

Recordemos que esta autoridad que Jesús otorga a los vencederos, es la misma que Él ha recibido del Padre (Ap. 2:27 úp); consiste, pues, en una potestad que solo corresponde a Dios. Esta autoridad no puede ser otra que la facultad de juzgar a todos los que no alcanzaron la salvación; y, así como Jesús la recibe del Padre, Aquél la transmite a todos los vencedores. Por tanto, deducimos que **“regir a las naciones malvadas o gentes malvadas con vara de hierro”**, equivale a juzgarlas, después que se haya producido la ejecución del Juicio divino en el Día del Señor y de la ira de Dios. Veamos algunos textos, que parecen señalar en ese sentido:

Lucas 22:24-30: Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. (29) Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, (30) para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, **y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.**

1 Corintios 6:2-3: ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? (3) ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?

“¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?” (1 Co. 6:2)

Esta es la autoridad que Jesús concede a los santos para “regir con vara de hierro al mundo”, es la facultad de juzgar al mundo e incluso *“a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día”* (Judas 1:6).

[Fin de la cita de mi artículo [¿Reinarán Cristo y sus santos un Milenio en la Tierra restaurada?](#)] (100)

“Y le daré la estrella de la mañana.” (2:28)

Jesucristo promete también que, a los vencedores de la iglesia de Tiatira – la Iglesia de la Edad Oscura 538-1517 d.C.–, les dará **“la estrella de la mañana”**. Él se dio a sí mismo el título de **“la estrella resplandeciente de la mañana”** (22:16): *“Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.”*; seguramente atribuyéndose el cumplimiento de las profecías mesiánicas que le señalaban como el Rey Mesías, del **“linaje de David”**, Su antepasado mesiánico, y también cumpliendo la profecía del fracasado profeta Balaam, quién profetizó, de parte de Dios: **“Saldrá Estrella de Jacob”** (Nm. 24:17); esa Estrella, aunque se refiere en primer lugar al rey David, se cumple definitivamente con el nacimiento de Jesús, y su ungimiento por el Espíritu Santo, después de Su bautismo (Mt. 3:16-17). La estrella es símbolo de Su divinidad, de la luz resplandeciente que emana de Su Persona glorificada (Mt. 17:2; cf. Mr. 9:2-13; Lc. 9:28-36); Él es **“la Luz del mundo”** (Jn. 8:12; 9:5; 12:35; 12:46); refiriéndose a sus seguidores, Él también dijo:

“Vosotros sois la luz del mundo” (Mt. 5:14); en ese sentido, Jesús dará “la estrella de la mañana” –**un amanecer glorioso**– a los vencedores.

A este respecto, Robert H. Mounce, comenta: “La estrella de la mañana representa la promesa de que la larga noche de la tribulación ha terminado y la aurora del nuevo día escatológico está próxima a despuntar.” (Mounce, 543) (101)

Capítulo 3

Los mensajes a las siete iglesias (Parte 2)

Introducción

El capítulo 2 anterior contiene cuatro de los siete mensajes dirigidos por Jesucristo **“a las siete iglesias que están en Asia”** (1:11): a Éfeso, Esmirna, Pérgamo y Tiatira; y en este capítulo 3 se registran los tres mensajes restantes: a Sardis, Filadelfia y Laodicea. Como vimos estos mensajes tienen el propósito de diagnosticar el estado espiritual de cada iglesia citada, a lo que le sigue una exhortación, amonestación o alabanza, según corresponda, y finalmente termina con una promesa o estímulo, y prescripción del remedio que precisan dichas iglesias.

Aunque Juan escribió el Apocalipsis hacia el 95-96 d.C., los mensajes a estas iglesias son útiles para la Iglesia universal de todas las épocas; además, muy probablemente, el Espíritu Santo eligió o seleccionó dichas iglesias, a partir de sus características y estados espirituales específicos, para que representaran a las iglesias que irían apareciendo en distintos periodos de la historia, desde la Iglesia primitiva (siglo I) –Éfeso– hasta la iglesia de los tiempos del fin cercanos a la segunda venida de Cristo (siglo XXI) –Laodicea–.

5. El mensaje a la iglesia de Sardis

“Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. (2) Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. (3) Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. (4) Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. (5) El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. (6) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (3:1-6)

La iglesia de Sardis, que es la que recibe más fuerte y dura reprensión que las otras seis, se corresponde con el periodo de máxima decadencia de la Iglesia católica, cuando estaban en auge las Indulgencias que la Iglesia proclamaba a sus fieles, asegurándoles que mediante donativos a la iglesia, a sus familiares o a ellos mismos, se les acortaría su periodo de estancia en el Purgatorio.

Entonces fue cuando surgió la Reforma Protestante, denunciando esa doctrina espuria y, por supuesto no bíblica. El periodo de la iglesia de Sardis empezaría hacia el 1517, y abarcaría hasta el año 1755 d.C., como tiempo de gracia que Dios daría a la citada Iglesia a que se arrepintiera de sus prácticas corruptas; actualmente dicha Iglesia no se ha arrepentido y continúa practicando y defendiendo las mismas doctrinas que antaño.

“Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto:” (3:1)

A la iglesia de Sardis, Jesucristo se presenta como *“El que tiene los siete espíritus de Dios”*, es decir, tiene la plenitud del Espíritu Santo, que se corresponde con la plenitud de cualidades divinas que se describen en el libro de Isaías (11:1-2). Y como en la iglesia de Éfeso, Él también tiene a las siete estrellas, pero esta vez no dice que las tenga en “su diestra” como en aquella ocasión. Como vimos las siete estrellas simbolizan las siete iglesias. Esta iglesia de Sardis parece haberse separado de Su mano, y, por tanto, padecer de escasa vida espiritual, por carencia en ella de la morada del Espíritu Santo. De ahí que Cristo destaque y enfatice que tiene consigo el poder de enviarnos Su Santo Espíritu, si se lo pedimos y obedecemos Su Palabra.

“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. (2) Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. (3) Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.” (3:1-3)

Lo peor que le puede pasar a una persona creyente es estar espiritualmente muerta. Según el diagnóstico de Jesús, la iglesia de Sardis solo tenía el nombre de que vivía, o la apariencia de vida, pero realmente estaba muerta. No obstante, aún tenía algunas cosas que *“están para morir”*, y se le insta a que sea vigilante y no permita que mueran también como las otras. Decididamente las obras de esta iglesia no eran “perfectas delante de Dios”. Necesitamos preguntarnos por qué esta iglesia estaba muerta espiritualmente. Una iglesia está muerta cuando no vive Cristo en ella (1 Jn. 5:11-12; cf. Jn. 5:21-27), sino que se alimenta de ritos y tradiciones; es decir, el lugar que debía ocupar Él, – como autor de nuestra salvación (Hch. 4:12; Ef. 1:13; Heb. 12:2-4), y Cabeza de la Iglesia (Ef. 4:15; 5:23; Col. 1:18)–, ha sido sustituido por el sacerdote y su misa, y por representaciones de santos y de la Virgen María, etc. Y hay, además, otra forma de demostrar que estamos vivos espiritualmente: *“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte.”* (1 Jn. 3:14).

Juan 5:21-27: Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. (22) Porque el Padre a nadie

juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, (23) para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. (24) De cierto, de cierto os digo: **El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.** (25) De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. (26) Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; (27) y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre.

1 Juan 5:11-12: Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. (12) **El que tiene al Hijo, tiene la vida;** el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

Sin embargo, aún hay una solución para esta iglesia: *“Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete”* (3:3pp). Y esto significa volver a la fe primigenia en Cristo y en Su Evangelio, *“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. (17) Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.”* (Ro. 1:16-17). Es necesario, pues, regresar a la escucha y práctica del verdadero Evangelio que recibió la Iglesia primitiva de Jesucristo; pero no basta con oír, también se nos exige cumplir todos sus mandamientos, especialmente: *“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.”* (Jn. 13:34-35), y también arrepentirse del mal que ocasionan nuestras conductas y obras equivocadas, y, si es posible, repararlo.

Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.” (3:3úp).

La alternativa a lo anterior, **si no velamos**, es decir, si no vivimos y practicamos el verdadero Evangelio, no habrá amor en nosotros hacia los demás, y no estaríamos preparados para recibir con gozo la venida repentina de Cristo; y Él nos traería juicio y no salvación. Por eso, todo cristiano debería vivir cada día y cada momento de su vida como si fuera el último; pues *“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”* (Heb. 9:27).

“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. (5) El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. (6) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (3:4-6)

Aunque no muchas aún había *“unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras”*, es decir, eran puras, porque *“han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”* (7:14); de ahí que *“El que*

venciere será vestido de vestiduras blancas”, que es el premio o galardón de seguir a Cristo apropiándonos de Su justicia, que Él obtuvo para todo creyente en la Cruz del Calvario (Jn. 3:16; Ro. 5:8; 1 Co. 1:30; 15:3; 2 Co. 5:21; etc.). Por eso se nos exhorta a vestirnos con *vestiduras blancas, porque son dignas*, porque simbolizan la justicia de Dios que es atribuida o imputada al pecador que se arrepiente y acepta el sacrificio vicario de Cristo en la Cruz (Ro. 3:21-27; 5:2-3).

Romanos 3:24-26: siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en **Cristo Jesús, (25) a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia**, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, (26) con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.

Romanos 5:1-2: Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; (2) por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

2 Corintios 5:21: Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos **hechos justicia de Dios en él** [Cristo].

1 Pedro 2:21-25: Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; (22) el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; (23) quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; (24) **quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia;** y por cuya herida fuisteis sanados. (25) Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.

Desde el momento que uno se reviste de la justicia de Cristo ya es salvo, y su nombre es inscrito en el libro de la Vida. *“La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero”* (Ap. 7:10); por tanto, la salvación es un don o regalo de Dios, que se adquiere únicamente por la fe, sin las obras de la ley: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; (9) no por obras, para que nadie se gloríe. (10) Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”* (Ef. 2:8-10)

6. El mensaje a la iglesia de Filadelfia

“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: (8) Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta

abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. (9) He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. (10) Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. (11) He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. (12) Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. (13) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (3:7-13)

La iglesia de Filadelfia da la impresión que se corresponde con un periodo histórico que se aproxima o está cercano al fin del mundo, porque Jesucristo dice: *“Yo vengo pronto”* (3:11), y además, nos hace vislumbrar *“la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios”* (3:12 úp). En este periodo varias iglesias empezaron a predicar con fuerza el próximo regreso de Cristo en gloria, y se le suele asignar la etapa histórica que se extiende desde el año 1755 al 1900 d.C., aprox.

“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre” (3:7)

En consonancia con la pureza y santidad de esta iglesia de Filadelfia, a la que Jesucristo no hace ni un solo reproche, Él se presenta como *“el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”* (3:7úp). La alusión a *“la llave de David”* se debe a que éste es el antepasado del Mesías, pues Jesús procede de él, pero, además, la Raíz de David (Is. 11:1,10; Ap. 5:5; 22:16; 1 S. 16:1) simboliza a Cristo el Rey Mesías, el cual tiene la llave, es decir, el control sobre el Reino Mesianico, o Reino de Dios, por lo que lo que Él abre a Su voluntad la entrada en el Reino de gloria a todo el que quiere, y nadie puede cerrar y viceversa. Es el cumplimiento de la promesa mesiánica que Dios hizo sobre el reinado del rey David, que se cumple en Jesucristo, el Mesías Rey (Is. 22:22).

Isaías 22:22: Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá.

“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.” (3:8)

Que la iglesia de Filadelfia tenga “poca fuerza”, posiblemente significa que no disponía de muchas personas en todo el mundo que pudiesen llevar el mensaje misionero del Evangelio a todas las naciones, como es la voluntad de Dios. No obstante, ella tenía “*una puerta abierta*”, es decir, estaba en la mejor disposición de realizar esta obra misionera, porque había guardado la Palabra de Jesús y testificado Su nombre con valor. Esta es la misión de toda iglesia cristiana, primero guardar, observar, obedecer la Palabra de Dios, para poder a continuación cumplir el mandamiento de nuestro Señor: “*Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. (19) Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; (20) enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.*” (Mt. 28:18-20). Porque nadie puede predicar aquello que no practica con fidelidad y coherencia. Al parecer, en la iglesia de Filadelfia había verdadero amor fraternal de los unos a los otros, haciendo honor a lo que significa su nombre.

“He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.” (3:9)

¿A quiénes se refiere Jesús cuando cita “*la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten*”? En mi opinión, no debemos entender que se refiera a judíos literales, ni siquiera a judíos convertidos a Cristo. Porque en el NT, los hijos de Abraham son los de la fe en Cristo: “*Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. (8) Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. (9) De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham.*” (Gá. 3:7-9; cf. Ro. 4:10-12). Por tanto, judío verdadero en el NT equivale o simboliza al auténtico cristiano, y sinagoga representa a la iglesia.

Ahora, pues, si traducimos los símbolos “*la sinagoga de Satanás*”, “*los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten*”, por lo que representan, reconoceremos que “*la sinagoga de Satanás*” es una iglesia que se denomina así misma cristiana, pero que no lo es, porque ha desvirtuado y pervertido el Evangelio de Cristo, predicando falsas doctrinas, y arrastrando a la confusión a sus fieles. Ellos mienten cuando se confiesan judíos, es decir, cristianos verdaderos, y no lo son, porque no tienen a Jesucristo y al verdadero Evangelio como únicos fundamentos (1 Co. 3:11; cf. Gá. 1:6-9).

1 Corintios 3:10-11: Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. (11) **Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.**

Gálatas 1:6-9: Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, **para seguir un evangelio diferente.** (7) No que haya otro, sino que **hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo.** (8) Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. (9) Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: **Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema.**

“La sinagoga de Satanás”, “los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten”, ellos son los que se apoyan más en la Tradición y en las doctrinas de hombres que en la Sagrada Escritura (Mr. 7:6-9).

Marcos 7:6-9: Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, Mas su corazón está lejos de mí. (7) Pues **en vano me honran, Enseñando como doctrinas mandamientos de hombres.** (8) Porque **dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres:** los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes. (9) Les decía también: **Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición.**

“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. (11) He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.” (3:10-11).

En cambio, Jesús elogia a la iglesia de Filadelfia, porque ella *“[ha] guardado la palabra de mi paciencia”*; es decir, ha predicado y practicado el verdadero Evangelio, soportando con paciencia las penalidades por dar el verdadero testimonio de Jesús y de Su Evangelio, y sufriendo el desprecio, las descalificaciones, e incluso las persecuciones y afrentas de la poderosa “sinagoga de Satanás”. Sin embargo, finalmente *“los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten”* **reconocerán que Jesucristo ha amado y ama a la iglesia de Filadelfia, la verdadera iglesia de Cristo del tiempo del fin.**

Esta iglesia recibe la promesa de Jesús: ***“yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.”*** (3:10). Sería casi imposible enumerar todas las pruebas que ha habido en este mundo desde su origen hasta el día de hoy; pero notemos, **en primer lugar**, que **esta prueba** es singular porque es destacada y enfatizada por el propio Jesucristo; **en segundo lugar**, tiene la característica de que afectará al **“mundo entero”**, es decir, es de proporción universal; **en tercer lugar**, está en el futuro para la iglesia de Filadelfia, y podría ser futuro para los que vivimos en el siglo XXI, que es el siglo del fin del mundo y de la segunda venida de Cristo; y, **en cuarto lugar**, su finalidad es **“probar a los que moran sobre la tierra”**; Dios quiere probar la fidelidad de los que se confiesan cristianos en todas las épocas, pero con más motivo,

ahora cuando los acontecimientos finales están a punto de desencadenarse, para lo que es necesario tener una fe fundamentada en el verdadero Evangelio y en la Roca que es Cristo; pues de no ser así seríamos arrastrados por la corriente de este mundo y derribados, como lo están siendo ya los que se han estado apoyando en tradiciones y mandamientos humanos antes que en la Palabra de Dios.

Este texto también insiste en la inminencia del retorno en gloria de Jesucristo, lo que nos avisa de que Su próxima llegada está cerca: **“He aquí, yo vengo pronto”**, como consecuencia Él se limita a aconsejarnos: **“retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”**, es decir, no pierdas la fe primigenia, la que se sustenta exclusivamente en la Sagrada Escritura, y **“el que persevere hasta el fin, éste será salvo”** (Mt. 24:13; Mr. 13:13).

“Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. (13) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (3:12-13)

A todos los vencederos de la iglesia de Filadelfia, Jesús les promete dar algo más que la vida eterna, que es el premio más preciado para todo cristiano; ellos serán columna **“en el templo de mi Dios”**; **el templo de Dios es la Iglesia, cada uno de nosotros es templo del Espíritu Santo**, si creemos sinceramente, no dudaremos en ningún momento en la verdad de la Palabra que afirma **“vosotros sois el templo del Dios viviente”** (2 Co. 6:16) **“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? (20) Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”** (1 Co. 6:19-20). Por tanto, a los vencedores, que participan de la fe y de las obras de la iglesia de Filadelfia se les promete además de la vida eterna, **el ser columna de la iglesia**, o sea, ser el elemento estructural más importante del edificio sobre el que se sustenta la iglesia: **“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, (21) en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; (22) en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”** (Efesios 2:20-22; cf. 1 P. 2:1-8).

1 Pedro 2:1-9: Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, (2) desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, (3) si es que habéis gustado la benignidad del Señor. (4) **Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, (5) vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales**

aceptables a Dios por medio de Jesucristo. (6) Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; Y el que creyere en él, no será avergonzado. (7) Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, La piedra que los edificadores desecharon, Ha venido a ser la cabeza del ángulo; (8) y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. (9) **Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;**

Si actuamos con la misma fe que los de la iglesia de Filadelfia, Jesús nos promete una experiencia y comunión con Él singular: ***escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo*** (3:12-13). “La ciudad de Dios”, ***“la nueva Jerusalén”*** es ***“la desposada, la esposa del Cordero”*** (21:9). Tener el nombre de Dios y el de Jesús es la señal de pertenecer a Él, de ser su siervo, y es el símbolo de salvación y de santidad. Todos los que en el futuro vivan en la Nueva Jerusalén “el nombre de Dios y del Cordero “estará en sus frentes.

Apocalipsis 14:1: Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente.

Apocalipsis 22:3-4: Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, (4) y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.

7. El mensaje a la iglesia de Laodicea

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: (15) Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! (16) Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. (17) Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. (18) Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. (19) Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. (20) He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. (21) Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. (22) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (3:14-22)

La iglesia de Laodicea es la actual del siglo XXI, cuyo periodo se inició a medida que el entusiasmo en la predicación del pronto regreso de Cristo se fue perdiendo, hacia finales del siglo XIX y primera década del siglo XX, especialmente por la extensión de la teoría de la evolución promovida por las publicaciones de Darwin, pero también por el fuerte ateísmo influido por el marxismo, el comunismo, el secularismo, y filósofos como Hegel (1770-1831), Feuerbach (1804-1872), Friedrich Nietzsche (1844-1900), Bertrand Russell (1872-1970), o personajes como el fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud (1856-1939), etc.

Mateo 24:11-14: Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; (12) **y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.** (13) Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. (14) Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

Lucas 18:8: Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?

1 Timoteo 4:1: Pero el Espíritu dice claramente que **en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios;**

1 Timoteo 6:20-21: Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y **los argumentos de la falsamente llamada ciencia, (21) la cual profesando algunos, se desviaron de la fe.** La gracia sea contigo. Amén.

1 Timoteo 6:7-10 porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. (8) Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. (9) Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; (10) porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto” (3:14)

La iglesia de Laodicea, que no ya no era capaz de mantener la fidelidad, entusiasmo y amor a la Palabra de Dios, se había dejado convencer o influenciar por la teoría de la evolución y otras vanas filosofías, y, por tanto, había descartado que el ser humano y el universo fue la obra de la creación de Dios, por lo que ella creía, en su mayor parte, que todo lo que existe es fruto del azar y de la casualidad, que surgió de la nada, de forma espontánea y sin la intervención de ningún ser inteligente, hace más de 13.000 millones de años. A esta iglesia le viene como “anillo al dedo”, que Jesucristo se dirija a ella como *“el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios”* (3:14).

En primer lugar, Jesucristo se presenta como “el testigo fiel y verdadero”, “Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues [...] El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano” (Jn. 3:34-35); “[...] porque las obras que el Padre me dio para que cumplierse, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. (37)...el Padre que me envió ha dado testimonio de mí...” (Jn. 5:36-37); también es digno de resaltar la respuesta que Jesús dio a Pilato: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, **para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.**” (Juan 18:37). De ahí que el título o nombre con el que Jesús se dirige a Laodicea sea muy adecuado para esta iglesia, que permanecía tibia y quizá se avergonzaba del Evangelio, olvidando que “el Evangelio es poder de Dios para salvación a todo el aquel que cree” (Ro. 1:16).

En segundo lugar, Jesucristo se presenta como “el principio de la creación de Dios”, es decir, el que inicia o da origen a la Creación, o como dice San Pablo: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. (16) **Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. (17) Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; (18) y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; (19) por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, (20) y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.**” (Col. 1:15-20); “**Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad**” (Col. 2:9).

Este segundo título de Jesucristo, que le identifica como Creador de todo lo que existe, complementa al anterior, a fin de que Laodicea abandone sus creencias evolucionistas sobre el origen del mundo, y vuelva a la única fe que puede salvar.

“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! (16) Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. (17) Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.” (3:15-17)

Por su omnisciencia y presciencia, Jesucristo conoce muy bien a todas las iglesias; y sabía que el estado espiritual de los fieles de Laodicea era difícil de corregir porque consistía en una actitud pasiva e indiferente, alejada de las cosas de Dios, se caracterizaba por no ser “ni fría ni caliente”. Incluso Él hubiese preferido que se decantase hacia algunos de los extremos, y que no

permaneciera con esa indiferencia, con esa falta de entusiasmo hacia el Evangelio, como poder de Dios para salvación. Pero, además esta iglesia se creía autosuficiente y rica, porque consideraba que “no tenía necesidad de ninguna cosa”; pero lo peor era su ceguera espiritual, que le impedía reconocer su estado *“desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”* (3:15-17).

La desnudez espiritual significa creer que podemos alcanzar la justicia, que exige Dios, por nosotros mismos; pretender que con nuestras obras se puede obtener la salvación. Creer que el cumplimiento perfecto de la ley moral, la ley de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo, es una cuestión de voluntad, de proponérselo. Sin embargo, la Palabra de Dios nos dice que ***“la justicia de Dios es por medio de la fe en Jesucristo... Justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”*** (Ro. 3:21-24); *“sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.”* (Gá. 2:16)

2 Corintios 5:21 Al que no conoció pecado [Cristo], por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos **justicia de Dios** en él [Cristo].

Efesios 2:8-9: Porque **por gracia sois salvos por medio de la fe**; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; (9) **no por obras, para que nadie se gloríe.**

Apocalipsis 7:13-14: Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de **ropas blancas**, ¿quiénes son, y de dónde han venido? (14) Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y **han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.**

“Las ropas blancas” representan la justicia de Cristo que el cristiano obtiene solo por medio de la fe en la sangre derramada de Cristo por nosotros; lo que significa que Él sufrió la muerte que nos corresponde a los seres humanos, para que ellos fuesen libres de la condenación de la ley. Comprobémoslo:

Romanos 8:1-4: Ahora, pues, **ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús**, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. (2) **Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.** (3) Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; (4) **para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.**

“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.” (3:18)

A los fieles de Laodicea aún les queda una oportunidad de arrepentirse, pero para ello deben hacer caso del divino consejo de Jesús.

Primero, debían reconocer su estado de pobreza espiritual y acudir a Dios, el único que les podía proporcionar lo que ellos necesitaban: *“de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico”*. La riqueza espiritual no se puede adquirir ni con todo el oro del mundo; si esto es verdad, ¿por qué Dios les aconseja que le compren a Él *“oro refinado en fuego”*? **El oro que Dios nos puede vender** es lo único que sirve para nuestra salvación: **la fe**. No hace falta nada más: *“cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”* (Hch. 16:31); *“para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.”* (1 P. 1:7); *“sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, (19) sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, (20) ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, (21) y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. (22) **Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; (23) siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”** (1 P. 1:18-23)*

Segundo, otra cosa imprescindible para que los de Laodicea salgan de su apatía e indiferencia espiritual, y que Dios les aconseja, es que le compren, además del **oro**, unas *“vestiduras blancas”* especiales: *“vestiduras blancas para vestirte, [para] que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”* (3:18). Toda persona está desnuda ante Dios, sino se ha vestido con la justicia de Dios. Y tanto el oro –la fe– como las vestiduras blancas –la justicia– aunque Dios nos pide que se las compremos, no tienen precio alguno, Él nos las regala, son un don de Dios; pero, al menos debemos pedírselas o quererlas. El único procedimiento para adquirir tanto **la fe** como **la justicia** consiste solo en creer *“que fuisteis rescatados [...] con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”* (1 P. 1:18-19).

Tercero: *“y unge tus ojos con colirio, para que veas.”* (3:18). Todo discernimiento espiritual es obra del Espíritu Santo. Ungir nuestros **ojos con colirio** es ser ungido con el Espíritu Santo; *“Porque vosotros sois templo del Dios viviente”* (2 Co. 6:16); *“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? (20) Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues,*

a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” (1 Co. 6:19-20).

Si **“vosotros tenéis la unción del Santo”** [...] **“conocéis todas las cosas.”** (1 Jn. 2:20). *“Pero la unción que vosotros recibisteis de él [Jesucristo] permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él [Jesucristo].”* (1 Juan 2:27)

Romanos 8:14-17: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. (15) Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! (16) El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. (17) **Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.**

Gálatas 5:18-26: Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. (19) Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, (20) idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, (21) envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que **los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. (22) Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, (23) mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. (24) Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. (25) Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. (26) No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.**

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. (20) He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (3:19-20)

Así como nuestros padres tienen derecho a reprendernos cuando nos conducimos inadecuadamente a fin de educarnos, así también se relaciona Dios con nosotros: *“Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? (10) Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. (11) Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero **después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.**”* (Heb. 12:9-11; cf. Pr. 3:11-12)

Hebreos 12:1-7: Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos

asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, (2) puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. (3) Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. (4) Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; (5) y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, Ni desmayes cuando eres reprendido por él; (6) Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo. (7) Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? (8) Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (3:20).

Jesucristo nos invita, por medio de Su Santo Espíritu, a que entremos en comunión con Él; *“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; (15) y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”* (2 Co. 5:14-15).

Él es nuestro amigo, porque *“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. (14) Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. (15) Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. (16) No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. (17) Esto os mando: Que os améis unos a otros.”* (Juan 15:13-17)

Si aceptamos Su invitación, Jesucristo cenará con nosotros ahora, y en el futuro cuando Él venga en gloria, seremos también “Bienaventurados”, porque seremos ***“llamados a la cena de las bodas del Cordero. [...]”*** (19:9)

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. (22) El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (3:21-22).

Recordemos que Jesucristo a la iglesia de Filadelfia (periodo final s. XIX) –la iglesia que más predicó el próximo advenimiento en gloria de nuestro Señor– ya le había anunciado: ***“He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.”*** (3:11). Además, allí Él prometió, que ***“al que venciere”, “escribiré sobre él” “el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.”*** (3:12). Sin duda, se trata de otra alusión a la cercanía de Su Reino glorioso.

Ahora, a la iglesia de Laodicea, la última iglesia, la del siglo XXI, con más motivo, Jesucristo le promete compartir Su trono con ella: *“Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. (29) Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, (30) para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.”* (Lc. 22:28-29; Mt. 19: 27-30). O como asegura el apóstol Pablo: *“¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? (3) ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?”* (1 Corintios 6:2-3)

Mateo 19:27-30: Entonces respondiendo Pedro, le dijo: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos? (28) Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido **también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.** (29) Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. (30) Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros.

Mateo 26:29: Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, **hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.**

El apóstol Juan vio ese futuro cumplido: *“Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años.”* (Ap. 20:4)

2 Timoteo 2:11-14: Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; (12) Si sufrimos, **también reinaremos con él**; Si le negáremos, él también nos negará. (13) Si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo. (14) Recuérdales esto, exhortándoles delante del Señor a que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes.

Capítulo 4

La visión de Dios y de Su trono en el Cielo

Introducción

Este capítulo describe una zona del Cielo, que se le muestra a Juan a través de *“una puerta abierta en el cielo”* (4:1 pi).

Apocalipsis 4:3-4,6: Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspé y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. (4) Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a **veinticuatro ancianos**, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. [...] (6) Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, **cuatro seres vivientes** llenos de ojos delante y detrás.

En esta visión, el Apóstol ve una representación de Dios, Su trono, los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes, y la adoración que le rinden, además de los cuatro seres vivientes, **“los veinticuatro ancianos”**, que *“se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: (11) Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas [...]”* (4:10-11).

Cuando terminan los mensajes a las iglesias, Juan recibe la nueva visión transcrita parcialmente arriba. Pero ¿en qué época de la historia ocurre dicho acontecimiento?

Como sabemos, Juan recibió esta visión –así como las anteriores y las que le siguen hasta el final del libro de Apocalipsis– cuando escribió su libro, hacia finales del siglo I. El primer versículo de este capítulo nos responde parcialmente a la pregunta que nos formulamos: *“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y **yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas.**”* (4:1).

Contenido capítulo 4: La visión de Dios y de Su trono en el Cielo

“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. (2) Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono,

uno sentado. (3) Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. (4) Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. (5) Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. (6) Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. (7) El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. (8) Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. (9) Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, (10) los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: (11) Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.” (Apocalipsis 4:1-11)

Comentario al capítulo 4: La visión de Dios y de Su trono en el Cielo

“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.”
(4:11)

A propósito del versículo 11, no deberíamos pasar por alto que las Sagradas Escrituras, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, en muchas ocasiones, en primer lugar, nos exhortan a reconocer que **Dios es el Creador de “todas las cosas”**, y, en segundo lugar, a que, por ese hecho, todas sus criaturas le deben rendir adoración, que consiste en darle solamente a Él *“la gloria y la honra y el poder”* (4:11), mediante nuestra conducta de aceptación, obediencia y respeto a Su Palabra.

La visión de este capítulo se enlaza con la del capítulo siguiente titulado **“El rollo y el Cordero”**, y los acontecimientos descritos en ambos, se refieren a sucesos que se derivan de la muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo al Cielo, en el año 30 d.C.; porque los **“los veinticuatro ancianos”** visionados por Juan en el Cielo se corresponden con los santos que fueron resucitados, como primicias, inmediatamente después de la resurrección de Jesucristo, y que representan a todos los santos de todas las épocas que serán resucitados el día de Su segunda venida. Leámoslo:

Mateo 27:50-53: Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu. (51) Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; (52) y **se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; (53) y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.**

Los cuatro seres vivientes son querubines semejantes a la visión que tuvo el profeta Ezequiel (1:5-28).

En el siguiente capítulo 5, se nos presenta al Único que puede abrir el “rollo”, algo así como “el libro del futuro”, que solo el Cordero es capaz de abrir, y su contenido se describe, a medida que Jesucristo –el Cordero de Dios– va abriendo cada uno de los siete sellos; la apertura de los sellos muestra acontecimientos históricos y futuros que afectan a la Iglesia de todas las épocas. La apertura de cada uno de los seis primeros sellos se registra en el capítulo 6, y en la primera parte del capítulo 8, es abierto el séptimo sello.

Capítulo 5

El rollo y el Cordero

Introducción

*“Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. (5) Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que **el León de la tribu de Judá, la raíz de David**, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. (6) Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie **un Cordero como inmolado**, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra.” (5:4-6)*

Este capítulo presenta a Jesucristo como **“el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”** (Jn. 1:29,36); nombre simbólico que le corresponde por su función redentora de la humanidad (véase Is. 53:7; cf. Heb. 9:28; 10:10-11; 1 P. 1:19; 2:24):

Isaías 53:7-12: Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; **como cordero fue llevado al matadero**; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. [...] (9) **Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.** (10) Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. (11) Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. (12) Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; **por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.**

Hebreos 9:28: así también **Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos**; y **aparecerá por segunda vez**, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

Hebreos 10:10-12: En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. (11) Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; (12) **pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios...**

1 Pedro 1:18-20: sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, (19) sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, (20) ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros,

1 Pedro 2:24: quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.

Además, Jesucristo recibe los títulos: **“el León de la tribu de Judá”** (Heb. 7:14; Gn. 49:9-10) y **“la raíz de David”** (Ap. 5:5; 22:16; Is. 11:10); por proceder de la tribu de Judá, y de la dinastía davídica. Comprobémoslo:

El León de la tribu de Judá

Génesis 49:9-11: Cachorro de león, Judá; De la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, Así como león viejo: ¿quién lo despertará? (10) **No será quitado el cetro de Judá, Ni el legislador de entre sus pies, Hasta que venga Siloh; Y a él se congregarán los pueblos.** (11) Atando a la vid su pollino, Y a la cepa el hijo de su asna, Lavó en el vino su vestido, Y en la sangre de uvas su manto.

Hebreos 7:14: Porque manifiesto es que **nuestro Señor vino de la tribu de Judá**, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio.

Poco antes de morir, Jacob profetizó acerca de sus hijos, y anticipó por el Espíritu Santo que el Mesías saldría de la tribu de Judá, y debido a que a Judá se le denomina “Cachorro de león” (Gn. 49:9), Cristo toma el nombre de **“el León de la tribu de Judá”**. La profecía se refiere **“Hasta que venga Siloh”**, que señala al Mesías, porque **“a él se congregarán los pueblos”** (Gn. 49:10).

La raíz de David

Veamos, por ejemplo, los siguientes textos que se refieren al Cristo: su procedencia y cualidades; pero en el versículo 4, se describe la obra de juicio del mundo, que se cumple en el texto de Apocalipsis 19:15.

Isaías 11:1-4: Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. (2) Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. (3) Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; (4) sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío.

Isaías 11:10: Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa.

Sin duda, esa "vara [que saldrá] del tronco de Isaí" es el Mesías, porque el Cristo descendería del linaje de David (Mt. 9:27; cf. Lc. 1:32), cuyo padre es Isaí (1 S. 16:1,7-13) –llamado Jesé en la Biblia católica (NBJ)–, y las cualidades y demás detalles que se describen coinciden con los que poseería el Mesías.

Contenido capítulo 5: El rollo y el Cordero

“Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. (2) Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? (3) Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. (4) Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. (5) Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. (6) Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. (7) Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. (8) Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; (9) y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; (10) y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. (11) Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, (12) que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. (13) Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. (14) Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.”
(Apocalipsis 5:1-14)

Comentario al capítulo 5: El rollo y el Cordero

Jesucristo es el único que tiene toda la autoridad para desvelar el futuro, porque **“ha vencido para abrir el libro** [o sea, el rollo] **y desatar sus siete sellos”**, es decir, con Su vida humana impecable, su muerte vicaria en la cruz y su resurrección ha obtenido la victoria sobre el pecado la muerte y el diablo; y, por tanto, ha redimido un pueblo de entre todos los de la Tierra, que incluirá

a gentes de todas las épocas, “y *Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo; y Dios mismo estará con ellos; como su Dios*” (21:3)... y vivirán en “*un cielo nuevo y una nueva Tierra*” (21:1).

Esta visión de “**El rollo y el Cordero**” es una continuación de la del capítulo 4 anterior: “Y cuando [el Cordero] hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y **los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero**; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; (9) y cantaban un nuevo cántico, diciendo: **Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; (10) y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.** (11) Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, (12) que decían a gran voz: **El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.** (13) Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: **Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.** (14) Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.” (5:8-14)

“[...] Y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; (9) y cantaban un nuevo cántico, diciendo: **Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; (10) y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.**” (5:8-10)

Algunos comentadores han interpretado que los veinticuatro ancianos en el Cielo eran alguna clase especial de seres celestiales. Sin embargo, si ese fuese el caso, no hubieran necesitado ser redimidos; en cambio los veinticuatro ancianos confiesan que “*con tu sangre [la del Cordero de Dios] nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; (10) y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.*” (5:9-10).

Recordemos lo que nos dice la Palabra de Dios: “*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; (10) vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.*” (1 Pedro 2:9-10)

Capítulo 6

Los seis primeros sellos

Introducción

“Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira.” (6:1)

En este capítulo 6, el Cordero va abriendo uno por uno los seis primeros sellos que impedían ver el desarrollo de la historia de la humanidad, especialmente en lo que afecta a la Iglesia.

Explicación resumida de los seis primeros sellos:

[...] Los siete sellos revelan la guerra espiritual, en la cual con desesperante regularidad hay derramamiento de sangre y muerte. Para empezar, el jinete con el arco llega a conquistar en esa guerra. Pero el jinete que lleva la espada, mata. El jinete con las balanzas trae hambre. El jinete seguido por "el sepulcro" mata con espada, hambre, muerte y bestias fieras. El quinto sello describe a los santos que claman por vindicación. El sexto describe a los impenitentes, que han ignorado el llamado al arrepentimiento en esta guerra espiritual, que piden a la naturaleza que los destruya. Este es el clímax de la historia. El capítulo termina preguntando: "El gran día de su ira ha llegado, ¿y quién podrá sostenerse?" (Apoc. 6:17). Y cuando al fin se abre el séptimo sello, se ven los santos triunfantes ante el trono de Dios. Son conquistadores victoriosos en Cristo." (Apuntes curso anónimo) (102)

Contenido capítulo 6: Los seis primeros Sellos

“Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira. (2) Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer. (3) Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira. (4) Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada. (5) Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. (6) Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino. (7) Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira. (8) Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la

cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra. (9) Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. (10) Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? (11) Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos. (12) Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; (13) y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. (14) Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. (15) Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; (16) y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; (17) porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?“ (Apocalipsis 6:1-17)

Comentario capítulo 6: Los seis primeros Sellos

Primer sello: “Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer” (6:2)

El caballo blanco simboliza al Evangelio del Reino de Dios, y el jinete representa a la Iglesia que lo predica por todo el mundo, “para testimonio a todas las naciones” (Mt. 24:14), hasta el fin del mundo. La corona es el símbolo de la victoria de la Iglesia.

“El jinete lleva una corona de victoria, y un arco y flechas, instrumentos de guerra. Esto simboliza la iglesia del primer siglo del cristianismo, en su victoriosa guerra espiritual” (Apuntes curso anónimo) (103)

Segundo sello: “Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira. (4) Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada.” (6:3-4)

“Esto representa el segundo período de la historia, desde el año 100 al 313, los años de la persecución romana de la Iglesia. El rojo simboliza el derrame de la sangre.

En el segundo período después de la cruz, se levantó una severa persecución contra los creyentes. El martirio del pueblo de Dios continuó con diferente grado de intensidad y odio, hasta la conversión de Constantino en el siglo cuarto. Pero

en esta visión hay más de un nivel de significado, lo que es un rasgo prominente en la literatura apocalíptica. Cada sello que se abre, primero se refiere a un período de la historia. Pero en segundo sentido, el sello, una vez abierto, continúa. **Aun en el período de la persecución por manos de los emperadores romanos y de los fanáticos judíos, el conquistador caballo blanco siguió su avance.** La ganancia de adeptos continuó a un ritmo asombroso. La sangre de los mártires llevó a millones a considerar las demandas de Cristo, y muchos lo aceptaron por Señor y Salvador, y estuvieron dispuestos a dar su vida, si fuera necesario, por el que ya había dado su vida por ellos.

Así, el segundo período corresponde a la segunda iglesia, Esmirna, del año 100 al 313.” (Apuntes curso anónimo) (104)

Tercer sello: “Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. (6) Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino.” (6:5-6)

“Uno de los seres vivientes anuncia el astronómico precio de los alimentos. Esto representa el cuarto período de la historia desde el 313 al 538. En esos años la iglesia transigió con las doctrinas de Cristo y se levantó en el mundo una gran hambre espiritual de la Palabra de Dios. El negro simboliza la apostasía, en contraste con el blanco, símbolo de pureza durante el primer sello.”

En los sellos la apostasía se ve en marcado contraste con el caballo blanco. Después que se alivió la persecución y el cristianismo llegó a ser la religión del estado en el imperio romano, la iglesia empezó a aceptar la teología y la doctrina pagana. En los años que siguieron a la "conversión" de Constantino, entraron en la iglesia la mayoría de las doctrinas que más tarde tuvo que combatir la Reforma Protestante.

El segundo símbolo de este tercer sello es la balanza en la mano del jinete. [...] Se refiere a la carestía de la Palabra de Dios. Encontrar la Palabra en su debido lugar, en la iglesia era muy raro. Había entonces hambre de la Palabra de Dios, de la verdad de Dios, y de la doctrina de Dios. La apostasía había cobrado un temible precio.

[...] El tercer sello corresponde al período de Pérgamo, desde el 313 al 538.” (Apuntes curso anónimo) (105)

Cuarto sello: “Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira. (8) Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.” (6:7-8)

“Cuando se abre el cuarto sello, un caballo pálido, jineteado por la Muerte y seguido por el sepulcro, sale a la escena, lo que representa el cuarto período de

la historia, desde el 538 a 1517. Aquí se describe la lucha mortal de la iglesia durante la Edad Oscura. En esos años la iglesia [verdadera] casi dejó de existir.

Durante la Edad Media apareció la espada del error, contraria a la espada del Espíritu. El hombre le dio forma y usó a esa espada del error de acuerdo a la voluntad humana. Esto significó que continuaba el hambre por la verdad inspirada por el Espíritu Santo. Esa hambre condujo a la muerte espiritual, y las víctimas llegaron a ser la presa legal de la satánica trinidad, identificada en capítulos posteriores del Apocalipsis como el dragón, la bestia y el falso profeta. Estas "fieras de la tierra" condujeron a los hombres y mujeres a su muerte eterna. En contraste, la divina Trinidad ministra a nuestra salud espiritual y nos ofrece la vida eterna.

El cuarto sello corresponde a la cuarta iglesia, Tiatira, y se extiende desde el año 538 hasta 1517. " (Apuntes curso anónimo) (106)

Quinto sello: "Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. (10) Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? (11) Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos." (6:9-11)

"No se ven más caballos ni jinetes. El quinto sello describe el altar del atrio del Santuario, con la sangre de los sacrificios por el suelo, símbolo del sacrificio de los mártires cristianos. Formulan una urgente pregunta: "¿Cuándo terminará esta matanza y esta hambre espiritual? ¿Cuándo serán exaltados los justos, y los impíos reprimidos?"

Cuando la iglesia salió de la Edad Media "ensangrentada pero invicta", un sentimiento de frustración cercano al enojo se desarrolló entre los fieles. ¿Por qué permitió Dios que su iglesia fuera profanada por la apostasía, y sufriera el martirio por toda Europa? El profeta afirma que la sangre de esos innumerables millones clamaba al pie del altar del sacrificio: "¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?" (Apoc. 6: 10). El mismo clamor se levantó de los labios del Salmista: '¿Hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los impíos?' (Sal. 94:3). Y también el profeta Habacuc pregunta: '¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás?' (Hab. 1:2).

[...] Jorge Eldon Ladd, profesor del Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Fuller, dice: "El hecho de que Juan vio las almas de los mártires bajo el altar no tiene nada que ver con el estado de los muertos y de su situación en el estado intermedio; esa visión es meramente una manera de describir el hecho que han sido martirizados por el nombre de su Dios".

El quinto sello corresponde a la quinta iglesia, Sardis, 1517 a 1755, de la cual se dice: "Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están por morir" (Apoc. 3:2)". (Apuntes curso anónimo) (107)

Sexto sello: “Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; (13) y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. (14) Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. (15) Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; (16) y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; (17) porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (6:12-17).

“Este sello incluye cuatro fenómenos: un gran terremoto y las señales en el sol, la luna y las estrellas. El terremoto de Lisboa sucedió en 1755, el oscurecimiento del sol y la conversión de la luna en sangre en 1798, y las estrellas cayeron en 1799 y 1833. Son las claras indicaciones del inminente fin que Dios da. Las últimas palabras del sexto sello describen a los impíos al ver el regreso de Cristo y su desesperado intento de esconderse. Entonces los sellos son interrumpidos por el capítulo 7 siguiente del "sellamiento". Las últimas palabras del capítulo 6 preguntan: “¿Quién podrá sobrevivir?” El capítulo 7 responde quién, los que han elegido estar de parte del Señor Jesús.”

El sexto sello trata los eventos que llevan a la segunda venida de Cristo. Esto va seguido de una breve digresión para presentar una escena de incomparable esplendor en el cielo, Apocalipsis 7. Entonces, Juan vuelve y describe brevemente el séptimo sello, y sin mucha espera procede con las siete trompetas y sus turbulentas escenas de caos y confusión. El sexto sello cubre los períodos de la sexta y séptima iglesias.

[...]

En el sexto período de la historia, que corresponde a la sexta y séptima iglesia (1755 hasta el fin), ya sucedieron algunos fenómenos astronómicos que cumplen estas palabras. Es interesante notar que cuando el Señor mencionó los tres últimos eventos (Mat 24:29), dijo a los discípulos que esperasen su cumplimiento en el período que seguiría a la gran tribulación de la Edad Oscura. El Renacimiento abrió las puertas de luz a la oscuridad de aquellos tiempos, y ayudó a preparar el camino para la Reforma Protestante. Las iluminadoras señales se cumplieron precisamente a tiempo.” (Apuntes curso anónimo) (108)

“E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. (30) Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. (31) Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.” (Mateo 24:29-31)

Sin embargo, notemos que los acontecimientos finales, como son el derramamiento de las plagas correspondientes a cada una de las siete trompetas (8:6-13; 9:1-21; 11:15-19), no se llevan a cabo, **hasta la apertura del séptimo sello, el cual es abierto en el capítulo 8**, una vez que en el capítulo 7, se produzca **“el sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”** (7:3úp). Por tanto, entendemos que los siete sellos revelan los acontecimientos que afectarán a todos los seres humanos, pero especialmente a la Iglesia de Cristo, desde su establecimiento en el día de Pentecostés del año 30 d.C., hasta el día del fin del mundo con la segunda venida de Cristo.

Capítulo 7

Los 144.000 sellados y la gran multitud en el Cielo

Introducción

El **capítulo 7** es un interludio entre el sexto sello del final del capítulo 6 y el séptimo sello que es abierto en el capítulo 8. **Se compone de dos partes:**

En la primera parte, se describe “*el sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios*” (7:3úp), **que son los 144.000 sellados, “de todas las tribus de los hijos de Israel”**. Explicaremos más abajo que los 144.000 sellados “*de todas las tribus de los hijos de Israel*” simbolizan a todos los salvados de todas las épocas, pero especialmente a los cristianos que estarán vivos, cuando regrese nuestro Señor en gloria, que junto a los muertos resucitados, previa su transformación en cuerpos gloriosos (1 Co. 15:51-58), serán arrebatados al cielo, a Su encuentro (1 Co. 15:51-58; 1 Ts, 4:13-18).

“El número 12 es el número del Reino. Y aquí, para realzar este hecho, el número del Reino se multiplica 12 por 12 (144) y después por mil (144.000). Esta es la calidad de estos creyentes. Son hijos del Rey, porque tienen el nombre del rey. Mediante el bautismo han llegado a ser parte de su familia. Se los ve puros y sin falta mediante la justicia del rey, y por lo tanto, se pueden identificar mediante el simbólico número del Reino del Rey.” (Apuntes curso anónimo) (109)

Se ve claramente que el número de 144.000 sellados, “doce mil de cada una de doce tribus de los hijos de Israel” (7:4-7), no es un número literal, sino que es un simbolismo, que representa a toda la Iglesia: “*Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. (8) Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. (9) De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham*” (Gá. 3:7-9; cf. Ef. 2: 11-16; 2:17-22). Esto se confirma nuevamente al comparar con los siguientes textos:

Efesios 2:11-16: Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. (12) En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. (13) Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. (14) Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, (15) aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear

en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, (16) y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.

Efesios 2:17-22: Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; (18) porque por medio de él [Cristo] los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. (19) Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, (20) edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, (21) en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; (22) en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

Por lo tanto, en el Nuevo Pacto en Cristo, los verdaderos judíos, no son los judíos carnales, sino que son los cristianos; puesto que éstos son hijos espirituales de Abraham, el padre de todos los creyentes: **“los que son de la fe, éstos son hijos de Abraham”** (Gá. 3:7). Y ante Dios, *“no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos.”* (Col. 3:11). Dios no nos separa por razas ni por gentiles, judíos o cristianos: *“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. (29) Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.”* (Gálatas 3:28-29).

Argumentos que apoyan la interpretación de que los 144.000 sellados simbolizan o representan a los creyentes en Cristo –la Iglesia–

Primero, como vimos en lo que antecede, el pueblo de Dios en el Nuevo Pacto es la Iglesia sin lugar a dudas, es decir, todos los de la fe en Cristo.

Segundo, notemos que *“el sello del Dios vivo”* (7:2) se aplica para el *“sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”* (7:3); y éstos, indudablemente, se corresponden con los “judíos espirituales”, es decir, los creyentes en Cristo, y de ningún modo con los judíos carnales. Es evidente que **“siervo de Dios”** es todo aquel que da la honra y la gloria que le corresponden a Dios, mediante la obediencia a Cristo y a Su Palabra y ama a sus semejantes como a sí mismo. Por tanto, puesto que el apóstol Juan dice en el siguiente versículo que *“el número de los sellados”* son *“ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel”* (7:4), sería absurdo y de una gran incoherencia que esa designación – **“siervos de nuestro Dios”**–, se refiriese y se limitase solo a los judíos carnales, y no al Israel espiritual, que son los cristianos. El *“sello del Dios vivo”* simboliza la gracia que recibe todo cristiano cuando es *“sellado con el Espíritu Santo de la promesa”* (Ef. 1:13,14). Este *“sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”* (7:3) es con el fin de preservarlos de los juicios que Él derramará sobre el resto de personas. Por eso sería incomprensible que Dios limitara Su acción salvadora solo al Israel carnal.

Tercero, tampoco es posible que fueran elegidos solo ese número y precisamente doce mil por cada tribu, sin que hubiera un solo gentil entre ellos.

Cuarto, otro detalle que induce a pensar en el simbolismo es la descripción de las listas de las doce tribus que no se ajustan de forma ortodoxa a las registradas en el AT; y, por otra parte, dichas tribus ya no existían en tiempos del apóstol Juan, y mucho menos en la actualidad.

Contenido capítulo 6: Los 144.000 sellados y la gran multitud en el Cielo

“Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soprase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. (2) Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, (3) diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios. (4) Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. (5) De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil sellados. De la tribu de Gad, doce mil sellados. (6) De la tribu de Aser, doce mil sellados. De la tribu de Neftalí, doce mil sellados. De la tribu de Manasés, doce mil sellados. (7) De la tribu de Simeón, doce mil sellados. De la tribu de Leví, doce mil sellados. De la tribu de Isacar, doce mil sellados. (8) De la tribu de Zabulón, doce mil sellados. De la tribu de José, doce mil sellados. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados. (9) Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; (10) y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. (11) Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, (12) diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. (13) Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? (14) Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. (15) Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. (16) Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; (17) porque el Cordero que está en medio del

trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.” (Apocalipsis 7:1-17)

Comentario capítulo 7: Los 144.000 sellados y la gran multitud en el Cielo

En la segunda parte, Juan ve: “una gran multitud, la cual nadie podía contar” (7:9pp)

Juan ve *“una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos” (7:9)*. Notemos que la primera parte de la visión se desarrolla en nuestro Planeta, puesto que el sellamiento de los fieles es hecho antes de la Segunda venida de Cristo. Ahora debemos preguntarnos lo mismo que le preguntó a Juan, *“uno de los ancianos –[del grupo de los veinticuatro que ya vimos que estaban en el Cielo, “alrededor del trono de Dios”, según describe el capítulo 4]– habló, diciéndome: **Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?**” (7:13)*. Veamos cuál fue la respuesta que el citado anciano celestial dio al Apóstol: ***Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.*** (15) ***Por esto están delante del trono de Dios,*** y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. (16) ***Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; (17) porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (7:14-17)***.

Es lógico deducir, por tanto, que en esta “gran multitud –*la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos” (7:9)* – se incluyen (están incluidos), por un lado, a los 144.000 sellados, que corresponden al grupo que permanecerá con vida en la venida gloriosa de Cristo, y, por otro, a todos los de todas las épocas de la historia humana, que hubieran muerto en fidelidad a Cristo, *“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.” (1 Ts. 4:16-17)*. Claramente esta visión del presente capítulo pertenece al futuro, especialmente en su segunda parte, porque se produce después de la segunda venida de Cristo.

“Y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. (16) Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; (17) porque el Cordero que está en medio del trono los

pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.” (7:15-17).

Esto es un anticipo de la visión del capítulo 21: “*Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. (2) Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. (3) Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. (4) Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. (21:1-4).*

Vivir en el futuro en “**un cielo nuevo y una tierra nueva**” es la esperanza de todo cristiano. El apóstol Pedro se refiere expresamente a esa esperanza del creyente en Cristo: “**nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.**” (2 P. 3:13). Leámoslo también en su contexto que es muy estimulante para todos los que estamos viviendo cerca del fin del mundo:

2 Pedro 3:9-13: El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. (10) Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. (11) Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, (12) esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! (13) **Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.**

Capítulo 8

El séptimo sello y las cuatro primeras trompetas

Introducción

El **capítulo 8** narra el momento cuando es abierto “**El séptimo sello**”. Entonces, “*los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas*” (8:6). Realmente cuando el Cordero abre **el séptimo sello** es la época en la que empiezan a sonar las trompetas, pero no simultáneamente, sino una tras otra y espaciadas en un breve tiempo.

Las trompetas son los juicios de Dios a un mundo que ha estado y estará en rebelión contra Él hasta el último instante. Son las primeras siete plagas las cuales aún no tienen la dureza y gravedad que tendrán las copas de la ira de Dios, las conocidas como siete postreras plagas, y que se presentan en los capítulos 15 y 16.

En este capítulo 8, solo se describen **las cuatro primeras trompetas/plagas; la quinta y sexta trompetas se presentan en el capítulo 9; el capítulo 10 –El ángel con el librito–** es un interludio; y finalmente **la séptima trompeta se describe en la parte final del capítulo 11 –Los dos testigos–**.

Contenido capítulo 8: El séptimo sello y las cuatro primeras trompetas

“Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora. (2) Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas. (3) Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. (4) Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos. (5) Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto. (6) Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. (7) El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde. (8) El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. (9) Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida. (10) El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera

parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. (11) Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas. (12) El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche. (13) Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!” (Apocalipsis 8:1-13)

Comentario capítulo 8: El séptimo sello y las cuatro primeras trompetas

Primera trompeta: “hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde. (8:7)

Segunda trompeta: “como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. (9) Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.” (8:8-9)

Tercera trompeta: “cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. (11) Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas.” (8:10-11)

Cuarta trompeta: “fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche. (13) Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!” (8:12-13)

Aquí acaba el capítulo 8, con la descripción de las cuatro primeras trompetas. La quinta y sexta trompeta se describen en el siguiente capítulo 9, y la séptima trompeta se presenta en la segunda parte del capítulo 11, que es el final del mismo.

A diferencia de las siete plagas o copas de la ira de Dios, las siete trompetas son juicios de Dios que no afectan globalmente a toda la superficie del planeta Tierra, sino que al decir, tercera parte, se refiere a efectos locales en diversas zonas del mismo, cuya extensión afectada está limitada por esa fracción, que no necesariamente debe ser exacta y matemática.

En relación con la interpretación de las distintas calamidades o catástrofes, proclamadas por cada una de las siete trompetas, y que ocurrirán en años cercanos al fin del mundo, no me atrevo a hacer ninguna conjetura, ni a tratar de discernir entre lo simbólico y lo literal. Pero estemos preparados porque los daños, profetizados por estas trompetas, a nuestro Planeta y a sus gentes, tendrán cumplimiento literal, aunque sea en parte.

“Estos porcentajes no han de indicar la proporción exacta de la superficie terrestre o de los habitantes (en la literatura apocalíptica, los números raramente tienen ese significado), sino simplemente son para llamar la atención al aumento que conduce al clímax de los siglos, cuando Dios vierte su ira sin misericordia sobre un mundo impenitente.

[Sin embargo], en las últimas de las siete plagas, la destrucción es total y final. Eso obliga a Babilonia a beber "el cáliz del vino del ardor de su ira" (Apoc. 16:19)." (Apuntes curso anónimo) (110)

¿Cuándo son llevados a cabo los juicios de Dios representados por las trompetas?

Notemos, pues, que los juicios de Dios, que representan las trompetas, ocurren *“Cuando [el Cordero] abrió el séptimo sello”, [y entonces] “se hizo silencio en el cielo como por media hora. (2) Y vi a los **siete ángeles** que estaban en pie ante Dios; y se les dieron **siete trompetas**. (3) Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar...”* (8:1-2). Por tanto, las siete trompetas son entregadas a los siete ángeles en el momento de la apertura del séptimo sello, que se corresponde con la época o periodo final de la historia humana, unos pocos años previos a la venida gloriosa de Cristo.

Por consiguiente, no sería lógico o deducible, de la estructura gramatical y literaria de los versículos anteriores citados, afirmar, como hacen otros comentadores, que las trompetas cubren el mismo período de la historia que los siete sellos. Si entendemos el texto bíblico tal como está redactado, es imposible que las épocas de los siete sellos se correspondan con las épocas o periodos de las trompetas; porque se dice expresa y claramente que **las trompetas se iniciarán en el momento en que se abra el séptimo sello**, que representa una época muy cercana al fin del mundo.

Por otro lado, **en el capítulo 10** se dice que: *“en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará...”* (Apoc. 10:7). A este ángel se le dio la trompeta durante el séptimo sello, y cuando *“El séptimo ángel tocó la trompeta... los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”* (Apo. 11:15).

“Así, cuando suene la séptima trompeta, el tiempo en la forma en que lo medimos ahora, se unirá con la eternidad, y terminará el reino del pecado. Satanás, el traidor en el universo de Dios, habrá sido juzgado y declarado

culpable. Y entonces se aplicará la sentencia de muerte eterna.” (Apuntes curso anónimo) (111)

El capítulo 9

La quinta y sexta trompetas

Introducción

El capítulo 9 continúa presentando la quinta y sexta trompetas, y describiendo la destrucción y tormento que ocasionarán a todos aquellos que –a pesar de todo los juicios de Dios que habrán caído sobre los malvados que permanezcan vivos en esa época futura cercana a la venida en gloria de Cristo– “no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (9:21).

Contenido capítulo 9: La quinta y sexta trompetas

“El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. (2) Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo. (3) Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. (4) Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes. (5) Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. (6) Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos. (7) El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras eran como caras humanas; (8) tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones; (9) tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla; (10) tenían colas como de escorpiones, y también aguijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses. (11) Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión. (12) El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto. (13) El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, (14) diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates. (15) Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres. (16) Y el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones. Yo oí su número. (17) Así vi en visión los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego,

de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salían fuego, humo y azufre. (18) Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca. (19) Pues el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban. (20) Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; (21) y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.” (Apocalipsis 9:1-21)

Comentario capítulo 9: La quinta y sexta trompetas

Quinta trompeta: “vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. (2) Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo. (3) Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. (4) **Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.** (5) Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. (6) Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos. (7) El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; **sus caras eran como caras humanas;** (8) tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones; (9) tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla; (10) tenían colas como de escorpiones, y también aguijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses. (11) Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión. (12) El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto.

¿Qué pretende enseñarnos la quinta trompeta?

Desde luego, no es necesario que sepamos descifrar cada uno de los símbolos descritos en la misma – “una estrella”, “la llave”, “pozo del abismo”, “caballos preparados para la guerra”; “coronas de oro”, “dientes como de leones”; “corazas de hierro”, “colas como de escorpiones”, “el ángel del abismo” – para que comprendamos las ideas esenciales que se pretende que conozcamos los hijos de Dios.

Las langostas, puesto que **“sus caras eran como caras humanas”** (9:7úp), simbolizan a seres humanos que **“se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. (4) Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.”** (9:3-7). A estos seres humanos, poseídos por “el ángel del abismo” –que no hace falta estudiar mucho para saber que representa al diablo y a sus ángeles– **“les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. (6) Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos”** (9:5-6).

Creo que todos podemos imaginarnos la crueldad que ejercen los soldados en las guerras cuando son mandados por gentes sin escrúpulos, controladas sus mentes por agentes demoniacos.

¿A quiénes atormentarán tan cruelmente estos seres malvados controlados por el diablo?

“Solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes” (9:4úp).

Por tanto, todos los que están con Dios Padre y Su Hijo Jesucristo y obedecen Su Palabra no tienen nada que temer, porque solo los malvados recibirán el castigo de Él.

Los años próximos a la segunda venida de Cristo serán tiempos muy peligrosos, como nos advirtió el propio Jesús: **“Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; (26) desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. (27) Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria.”** (Lc. 21:25-27).

Sexta trompeta: **“oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, (14) diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates. (15) Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres. (16) Y el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones. Yo oí su número. (17) Así vi en visión los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego, de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salían fuego, humo y azufre. (18) Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca. (19) Pues el poder de los caballos**

estaba en su boca y en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban. (20) Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, **ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; (21) y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.**” (9:13-21).

Como vemos, **la sexta trompeta** agrava aún más el castigo a los malvados, y aun así no se arrepienten de sus conductas; no obstante, observemos que **“Por estas tres plagas”** – “el fuego, el humo y el azufre” que “salían de la boca de las cabezas de los caballos [que] eran como cabezas de leones” – **fue muerta la tercera parte de los hombres.**” (9:17-19).

Notemos que la plaga correspondiente a esta **sexta trompeta**, al igual que las cinco anteriores, solo afecta a una tercera parte de nuestro Planeta. Decir que estas seguramente conflagraciones solo afectarán a una tercera parte de la población mundial, es una forma de simbolizar, que habrá guerras en diversos lugares de la Tierra, pero no será una guerra mundial hasta el extremo que todos sus habitantes se vean implicados.

Esta trompeta habla de ejércitos inimaginables –**doscientos millones**–, que no necesariamente serán de este número exacto, sino que se pretende dar la idea de un gran ejército muy numeroso, como el que podrían formar hoy día China y Rusia, con alguna otra nación aliada de ellas. No cabe duda que serán guerras espantosas en las que las naciones tendrán ocasión de utilizar todo o parte de sus arsenales militares o armamento, de la más alta tecnología, que hayan ido acumulando hasta la fecha en la que se desencadene la sexta trompeta.

Aún no es el fin del mundo, pues él llega con **la séptima trompeta**, que anuncia la venida del Reino de Cristo y “**el tiempo de juzgar a los muertos**” (11:18).

*“El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.[...]. (18) Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y **el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra**” (11:15, 18)*

La séptima y última trompeta, que se describe en la última parte del capítulo 11, incluye, además de lo citado arriba, el inicio del derramamiento de las siete postreras plagas o copas de la ira de Dios, que se presentan en el capítulo 16.

Capítulo 10

El ángel con el librito

Introducción

Este capítulo 10 –El ángel con el librito– es un interludio, en el que Juan nos relata lo siguiente: *“el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, (6) y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, (7) sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas. (10:5-7).*

El mensaje que transmite el ángel en el versículo 10:6, es muy adecuado para las personas que viven en el siglo XXI, y creen en la teoría de la evolución de las especies antes que en **un Dios Creador “que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él”** (10:6). Porque les recuerda que la vida no surgió por el azar y la casualidad, y que los seres humanos tampoco proceden, por evolución de seres inferiores, como pueden ser los primates o simios, ni mucho menos de la evolución de células o microorganismos.

Contenido capítulo 10: El ángel con el librito

“Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. (2) Tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra; (3) y clamó a gran voz, como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. (4) Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas. (5) Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, (6) y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, (7) sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas. (8) La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Vé y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. (9) Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. (10)

Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre. (11) Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.” (Apocalipsis 10:1-11)

Comentario capítulo 10: El ángel con el librito

El ángel nos advierte, “que el tiempo no sería más”, es decir, cuando Dios, llegado el fin, pronuncie la sentencia, finalizará todo tipo de vida en este Planeta, pero eso sucederá en *“los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará”,* (10:7). Aunque falta poco para que eso suceda, aún no ha llegado ese tiempo; por eso, el ángel ordena a Juan, que para evitar y no recibir esos juicios de Dios, *“Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”* (10:11).

“La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Vé y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. (9) Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. (10) Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre. (11) Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.” (10:8-11)

Notemos, **en primer lugar**, que **“el librito”, que el ángel le da a Juan, “está abierto”** (10:8 pc). El apóstol Juan toma el librito que el ángel le da, y éste le ordena que lo coma; **en segundo lugar**, cuando obedece al ángel, Juan experimenta que **el librito era “dulce en su boca como la miel, pero después amargó su vientre”**. (10:10 úp). **En tercer lugar**, parece haber una relación entre el librito y la última orden que el ángel le da al Apóstol: **“Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.”** (10:11)

¿Cuál fue el librito que el ángel le dio a Juan, que cuando lo comió experimentó que era “dulce en su boca como la miel, pero después amargó su vientre”?

Estas tres pistas citadas arriba nos podrían conducir a identificarlo con el “librito” del profeta Daniel, que es pequeño porque solo tiene doce capítulos y unas 16 páginas. A Daniel un ángel le dijo *“cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin.”* (Dn. 12:4 pp). Sin embargo, el librito que el ángel entrega a Juan **“está abierto”** (10:8 pc); Para Daniel (605 a 538 a.C.) su libro estaba sellado, porque eran profecías que se cumplirían en el tiempo cercano al fin. El ángel ordena a Juan: **“Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.”** (10:11); Basándose en el

librito abierto, supuestamente el librito de Daniel, Juan debía predicar *otra vez*, y esto lo haría desarrollando las profecías de Daniel, en los próximos capítulos de Apocalipsis, según las visiones que le daba el Espíritu Santo.

El librito tenía una parte dulce que se corresponde con el triunfo del Evangelio y de la Iglesia de Cristo, y el pronto advenimiento en gloria de Jesús (11:3): **“Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio”** (11:3)

Sin embargo, tenía otra parte amarga: **“Cuando hayan acabado su testimonio** [los dos testigos, que representan a los verdaderos cristianos que mantuvieron vivo el verdadero Evangelio durante el periodo oscuro de la Edad Media, desde el 538 al 1798 d.C. – 1260 días proféticos-años: *“tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo”* (Dn. 7:25; cf. 12:7 pc.)– **“la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará.** (11:7). La bestia es la Roma papal.

Daniel 7:19-25: Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; (20) asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y parecía más grande que sus compañeros. (21) **Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía,** (22) hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino. (23) Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. (24) Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. (25) **Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.**

Daniel 12:4-10: Pero tú, Daniel, **cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará.** (5) Y yo Daniel miré, y he aquí otros dos que estaban en pie, el uno a este lado del río, y el otro al otro lado del río. (6) Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas? (7) Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, **y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo.** Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas. (8) Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas? (9) **El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin.** (10) Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán.

Capítulo 11

Los dos testigos y la séptima trompeta

Introducción

Con este capítulo, que consta de dos partes bien diferenciadas –“**Los dos testigos**” y “**La séptima trompeta**”–, llegamos a la mitad del libro. Vimos que los capítulos 8 y 9 contienen las seis primeras trompetas, que se corresponden con los juicios de Dios a un mundo que persiste contumazmente en el pecado y en rebeldía contra Él. El capítulo 10 nos advierte que en “*los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará*”, (10:5-7). Es decir, **la séptima trompeta** anunciará el fin de este cruel mundo; pero, el último versículo del anterior capítulo (10:11), deja claro que, antes de eso, la Iglesia debe profetizar para que muchos se arrepientan de sus pecados, y se vuelvan a Dios. Ahora es el momento para que “**los dos testigos**” prediquen al mundo, como dijo Jesús: “*Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin*” (Mt. 24:14).

Contenido capítulo 11: Los dos testigos y la séptima trompeta

“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. (2) Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. (3) Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. (4) Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra. (5) Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera. (6) Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran. (7) Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. (8) Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. (9) Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados. (10) Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas

habían atormentado a los moradores de la tierra. (11) Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron. (12) Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron. (13) En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo. (14) El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto. (15) El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. (16) Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, (17) diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. (18) Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. (19) Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.” (Apocalipsis 11:1-19)

Comentario capítulo 11: Los dos testigos y la séptima trompeta

“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. (2) Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. (3) Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio.” (11:1-3)

“**Los dos testigos**” representan a la Iglesia de Cristo; como Él mismo dijo: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18:20). También dijo: “Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que **en boca de dos o tres testigos conste toda palabra**” (Mt. 18:16). Son necesarias al menos dos personas para representar a la iglesia: “**Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio**” (11:3).

Apocalipsis 11:1-2: Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. (2) Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y **ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.**

“**El templo de Dios, y el altar, y a los que adoran**”, simbolizan a la Iglesia, porque los cristianos somos templo de Dios: “¿No sabéis que sois templo de

Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (17) Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Co. 3:16-17; cf. 2 Co. 6:16).

El **altar** representa a todos los que ofrecen sus vidas por la causa de Jesucristo y Su Evangelio; por su fe y predicación son perseguidos y muchas veces atormentados y muertos: *“Los gentiles...hollarán **la ciudad santa** cuarenta y dos meses” (11:2úp).* La **ciudad santa** es la Iglesia que fue y será perseguida y aplastada –“hollada”– durante **“cuarenta dos meses”**, que es el mismo tiempo – **“mil doscientos sesenta días” proféticos o años**– en el que los **dos testigos** estarían profetizando, *“vestidos de cilicio” (11:3).* Y *“Cuando hayan acabado su testimonio, **la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará” (11:7).***

Esta bestia es el Imperio Romano que surgió progresivamente después de su caída en el 476, y que fue adquiriendo cada vez más poder desde el emperador Justiniano (527-565) en adelante, y del que se desarrolló **“el cuerno pequeño” (Dn.7:7-11)**, que no es otra cosa que **el reino papal**, que en gobierno compartido con los emperadores romanos, también fue adquiriendo más y más poder hasta formar sus Estados Pontificios hacia el 756 d.C.

Daniel 7:7-8: Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. **(8) Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas.**

Daniel 7:17-27: Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. (18) Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre. (19) Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; (20) asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, **y del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y parecía más grande que sus compañeros.** (21) Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, (22) hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino. (23) Dijo así: **La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. (24) Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. (25) Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los**

santos del Altísimo quebrantarán, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.

(26) Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, (27) y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán.

La cuarta bestia de la visión de Daniel, es el Imperio Romano, porque es el que sucede al Imperio griego, representado, en la primera visión por una tercera bestia, “*semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas, y con cuatro cabezas*” (Dn. 7:6); en la segunda visión del capítulo 8, Daniel esta vez tiene la visión de dos bestias (8:2-6); y el ángel le dijo: “*yo te enseñaré lo que ha de venir... porque eso es para el tiempo del fin.*” [...] “*En cuanto al carnero que viste que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y Persia. El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero*” –Alejandro Magno (333-330 a.C.)– (Dn, 8:17,20).

Los santos que son vencidos y muertos son los que aparecen bajo el altar, cuando se abre el quinto sello (6:9-11). Se refiere a todos los que entregaron su vida por Cristo y el Evangelio del Reino, pero especialmente a los que sufrieron las persecuciones del “cuerno” que surgió con fuerza de entre los “diez cuernos- reinos” en los que se dividió el Imperio Romano –“**la cuarta bestia**” (Dn. 7:7-11)– después de su caída en el año 476 d.C.

El profeta Daniel nos narra lo siguiente: “*Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía entre ellos [de entre de los diez cuernos- reinos], y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas.*” (Dn. 7:8); “*...Del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y parecía más grande que sus compañeros. (21) Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, (22) hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino. [...] 23) Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. (24) Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. (25) Y hablará palabras contra el Altísimo, **y a los santos del Altísimo quebrantarán, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.***”

Cuando lleguemos a los capítulos 13 y 17 de Apocalipsis, se develará el misterio del cuerno pequeño, porque allí estudiaremos las dos bestias, especialmente **la segunda bestia**, “*la que subía de la tierra, y tenía dos*

cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón”, y que ejercía **“toda la autoridad de la primera bestia”** —es decir, la Roma papal— **“en presencia de ella.”** (véase 13:1-18; 17:1-17)

“Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron. (12) Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron. (13) En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo. (14) El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto. (15) El séptimo ángel tocó la trompeta...” (11:11-15)

Los **“tres días y medio”** (11:11) pueden simbolizar los tres años y medio que duró el ministerio público de Jesucristo y sus discípulos; pasados los cuales, Él fue crucificado y muerto y resucitó al tercer día, y luego, ascendió al Cielo (véase Hch. 1:1-11). Si establecemos un paralelismo, similarmente le ocurrirá a la Iglesia, que, después de su ministerio de predicación del Evangelio, será resucitada y arrebatada al Cielo al encuentro con Jesús, en el día de la Parusía.

Hechos 1:1-11: En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de **todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, (2) hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido;** (3) a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, **apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios.** (4) Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. (5) Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. (6) Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? (7) Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; (8) pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. (9) **Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. (10) Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, (11) los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.**

Los **“tres días y medio”** aplicados a **los dos testigos**, es decir, a **la Iglesia universal**, representan el periodo de su vida ministerial hasta la segunda venida de Cristo. Es entonces cuando se produce la resurrección y ascensión o

arrebatamiento de la Iglesia al cielo al encuentro con Jesús; lo cual será visible por todos sus enemigos: **“Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron”** (11:11-15)

La séptima trompeta

En la segunda parte del presente capítulo 11, se anuncia el desenlace final con el toque de **“La séptima trompeta”**: *“El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos*. (16) *Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, (17) diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.”* (11:15-17).

“Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.” (11:18).

El versículo 18 de arriba describe lo que acontecerá en la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo: *“el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.”* (11:18). En ese día del Señor, ocurrirán dos acontecimientos: en primer lugar, será el momento de recompensar a las tres o cuatro clases de creyentes descritos arriba: *“dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes”* (11:18), mediante la resurrección de los mismos, *“cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria”* (1 Co. 15:54; cf. 1 Ts. 4:13-18). Tanto los que participen en esta primera resurrección, junto con los santos que estén vivos en día del Señor, todos serán transformados en cuerpos gloriosos e inmortales, y arrebatados al encuentro del Señor en el Cielo. En segundo lugar, también será el tiempo *“de destruir a los que destruyen la tierra.”* (11:18úp).

“Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo” (11:19).

Esto nos recuerda el Tabernáculo Terrenal que Dios mandó construir a Moisés, para que Su pueblo se comunicara con Él, al tiempo que Dios se manifestaba en el Lugar Santísimo, donde se ubicaba el Arca del Testimonio, que contenía,

entre otras cosas, las Tablas del Testimonio –llamadas también las Tablas del Pacto–, que recogían la Ley de los Diez Mandamientos: “Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, **del velo adentro, el arca del testimonio**; y aquel velo os hará separación entre **el lugar santo y el santísimo**. (34) Pondrás el propiciatorio sobre el arca del testimonio en el lugar santísimo.” (Éxodo 26:33-34). Todo esto se nos explica en la Epístola a los Hebreos (9:1-15)

“El templo de Dios” que “fue abierto en el cielo”, es el lugar desde donde Dios ejecuta Su juicios; en el AT estaba representado por el Tabernáculo Terrenal con las Tablas de la ley situadas en el Lugar Santísimo, porque las Tablas de piedra representan la Ley de Dios sobre la que se fundamenta Su justicia. Lugar, pues, muy apropiado para proceder a derramar Sus juicios sobre todos los seres humanos que hicieron caso omiso de Su Ley de amor.

“Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.”
(11:19)

Así culmina la séptima trompeta con la última advertencia de Dios al mundo, y el derramamiento de sus juicios previo el arrebatamiento de Su Iglesia al Cielo.

Lo sucesos de este capítulo 11, se extienden hasta el fin del mundo, y la segunda venida de Cristo, que lleva a Su encuentro a Su iglesia con el famoso arrebatamiento de la misma. Por otro lado, Él ejecutará Sus juicios sobre los malvados, que serán exterminados completamente.

Capítulo 12

La mujer y el dragón

Introducción

En la primera parte del capítulo 11 anterior se describe la persecución y muerte de los cristianos, lo que ocurrió casi desde el mismo comienzo de la Iglesia en el día de Pentecostés del año 30 d.C., especialmente, con las persecuciones llevadas a cabo por los emperadores romanos desde Nerón (54-68 d.C.) hasta Diocleciano (285-312 d.C.). Pero no pasaron muchos años, desde que el emperador Constantino hiciera la paz con la Iglesia, con el Edicto de Milán (313 d.C.), cuando la propia Iglesia de Roma, con el poder que le otorgaba el Estado empezó a perseguir a todos los que disentían de sus mandatos. De perseguida se convirtió en perseguidora; esto se acentuó con el gobierno del emperador Justiniano (527-565), que restauró el Imperio hacia los años 538-554 d.C, reconquistando muchos de los territorios que habían invadido los bárbaros. El Imperio Romano de Oriente terminó en 1453 d.C. Pero el de Occidente, aunque primeramente sucumbió en el año 476 d.C., “su herida mortal fue sanada” en el 538-554 d.C. con Justiniano, prolongándose realmente hasta el 1555 d.C., y oficialmente hasta el 1806 d.C. (112)

Aunque con la segunda parte del capítulo 11, con la séptima trompeta se nos anunció el fin de este mundo, en este capítulo 12, se nos retrotrae de nuevo al inicio de la Iglesia, para presentar, desde otro punto de vista, la historia de las persecuciones que sufre la Iglesia de Cristo.

Antes de seguir, es preciso leer los textos del libro de Daniel, puesto que son imprescindibles para interpretar la visión de Juan, no solo la de este capítulo 12, sino también y, especialmente, las visiones de los capítulos 13 y 17.

Daniel 2:27-45: Daniel respondió delante del rey [Nabucodonosor,605-562 a.C.], diciendo: El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey. (28) Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días. He aquí tu sueño, y las visiones que has tenido en tu cama: (29) Estando tú, oh rey, en tu cama, te vinieron pensamientos por saber lo que había de ser en lo por venir; y el que revela los misterios te mostró lo que ha de ser. (30) Y a mí me ha sido revelado este misterio, no porque en mí haya más sabiduría que en todos los vivientes, sino para que se dé a conocer al rey la interpretación, y para que entiendas los pensamientos de tu corazón. (31) Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy

grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. (32) **La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; (33) sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido.** (34) Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. (35) Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra. (36) Este es el sueño; también la interpretación de él diremos en presencia del rey. (37) Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. (38) Y dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo; **tú eres aquella cabeza de oro.** (39) [Imperio Babilonio] Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo [Imperio Medo-Persa]; y luego un tercer reino de bronce [Imperio Griego], el cual dominará sobre toda la tierra. (40) **Y el cuarto reino será fuerte como hierro [Imperio Romano];** y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. (41) **Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido.** (42) **Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil.** (43) **Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.** (44) Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre [el Reino de Cristo], (45) de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación.

La interpretación que Dios le da a Daniel del sueño de la gran estatua que tuvo el rey Nabucodonosor, contiene la profecía más abarcante de la historia, porque se extiende desde el Imperio babilónico (625-539 a.C.), hasta el fin del mundo; pero, además, describe los imperios que se sucederán consecutivamente hasta la segunda venida de Cristo, e incluso da algunas características de los mismos.

Veamos ahora otra profecía muy importante, que en este caso se refiere al Imperio Romano y los reinos que surgirán del mismo después de su caída en el 476 d.C., así como las características de la Roma Papal y el cuerno pequeño

que saldría de la misma (Dn. 7:8), que no es otra cosa que el reino papal, constituido por los Estados Pontificios, instaurados a partir del 756 d.C.

Daniel 7:7-28: Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí **la cuarta bestia**, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. (8) Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que **otro cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas.** (9) Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. (10) Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. (11) Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego. (12) Habían también quitado a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo. (13) **Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. (14) Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.** (15) Se me turbó el espíritu a mí, Daniel, en medio de mi cuerpo, y las visiones de mi cabeza me asombraron. (16) Me acerqué a uno de los que asistían, y le pregunté la verdad acerca de todo esto. Y me habló, y me hizo conocer la interpretación de las cosas. (17) **Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra.** (18) **Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre.** (19) Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; (20) asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, **y del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y parecía más grande que sus compañeros.** (21) **Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía,** (22) hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino. (23) Dijo así: **La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará.** (24) **Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes**

derribará. (25) Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo. (26) Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, (27) y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán. (28) Aquí fue el fin de sus palabras. En cuanto a mí, Daniel, mis pensamientos me turbaron y mi rostro se demudó; pero guardé el asunto en mi corazón.

“La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. (24) Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. (25) Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.” (Dn. 7: 23-25)

“Los diez cuernos significan que de aquel reino [Daniel se refiere a la cuarta bestia: el Imperio Romano] se levantarán diez reyes...” (Dn. 7:24); se trata de los diez reinos en que se dividirá el Imperio Romano, después de su caída el año 476 d.C. (véase también Dn. 2:40-45).

Daniel 2: 40-44: Y el cuarto reino será fuerte como hierro [Imperio Romano]; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. (41) Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido. (42) Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. (43) Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro. (44) Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre [el Reino de Cristo]

Contenido capítulo 12: La mujer y el dragón. Breve comentario

“Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. (2) Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. (3) También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; (4) y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del

cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. (5) Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. (6) Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días. (7) Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; (8) pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. (9) Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. (10) Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. (11) Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. (12) Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo. (13) Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. (14) Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. (15) Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. (16) Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca. (17) Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.” (Apocalipsis 12:1-17)

Comentario capítulo 12: La mujer y el dragón

“Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. (2) Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento” (12:1-2)

En primer lugar, Juan ve “en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” (12:1). A continuación, él describe que “También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas” (12:3).

En la Biblia una mujer pura simboliza a la verdadera Iglesia de Dios, a Su pueblo (véase: Ezequiel 16:8-14; Isaías 54:1-8; 2 Corintios 11:2; Efesios 5:21-

23). El sol, la luna y las estrellas como objetos celestes luminosos son símbolos muy apropiados para acompañar a la verdadera Iglesia de Cristo, puesto que es una gran fuente de luz capaz de contrarrestar las tinieblas espirituales que cubren este mundo. La “luna bajo sus pies” puede significar el Israel del AT donde surge la mujer, y las doce estrellas representarían a los doce apóstoles que fundamentan a la Iglesia del NT. “La vestidura del sol” que lleva la mujer simboliza el “Sol de justicia” que es Jesús (Malaquías 4:2), “*aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre*” (Juan 1:9). ([El dragón, la bestia, y el falso profeta](#), p.48.) (113)

Por tanto, **La mujer pura** simboliza a **la Iglesia de Cristo** que es perseguida por el “*gran Dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero*” (12:9). Con los nombres que recibe, “**el gran Dragón**”, queda perfectamente identificado. Es la “*serpiente antigua*”, la que tentó a Adán y Eva en el Edén (Gn. 3:1-5); es decir, el diablo que ha estado engañando y seduciendo a toda la humanidad desde entonces.

“También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas” (12:3).

Las siete cabezas representan los reyes o reinos de los siete imperios (Dn. 7:17), que se han ido sucediendo, consecutivamente, a lo largo de la historia humana, y que han perseguido al pueblo de Dios, manipulados y dirigidos por el diablo –el gran dragón–. Y son los siguientes:

- (1) Egipto (1550-1070 a.C.)
- (2) Asiria (912-609 a.C.)
- (3) Babilonia (625-539 a.C.)
- (4) Media-Persia (538-330 a.C.)
- (5) Grecia. (333-330 a.C.)
- (6) Roma ((31 a.C.- 476 d.C., pero continuó oficialmente hasta 1806 d.C.)
- (7) Unión Soviética (Séptimo imperio –la séptima cabeza– que aún no había venido en tiempos de San Juan).

Los primeros cinco imperios pertenecen al pasado desde el punto de vista de Juan; Roma es el Imperio que había en tiempo del Apóstol (véase Ap. 17:8, 10)

“Cinco de ellos han caído; uno es [el Imperio Romano], y el otro aún no ha venido;...” (Apocalipsis 17:10). [...] **“La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo [...] se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.”** (Apocalipsis 17:8).

Por tanto, desde la perspectiva de San Juan, hay cinco Cabezas-Imperios que han caído, y el séptimo es aún futuro para el Apóstol, y se corresponde con **“La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)**, también conocida

como **Unión Soviética**, fue una federación de repúblicas de **ideología comunista** que existió **entre 1922 y 1991**. La URSS ocupaba los territorios actuales de Rusia y de algunos de los países colindantes”. (114) Por tanto, dejó de existir como tal Imperio hacia 1991 d.C.

El gran dragón –el diablo– es un ser espiritual –por tanto, invisible–, pero malvado y poderoso, y es el que está detrás de todas las persecuciones; como así lo declaró Jesucristo: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque **es mentiroso, y padre de mentira**”* (Jn 8:44). Por eso el Hijo del Hombre participó de *“carne y sangre”* – como cualquier ser humano participa– *“**para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo**”* (Heb. 2:14).

En este capítulo 12 se nos relata *“una gran batalla en el cielo”* en el que Satanás y sus ángeles son echados del Cielo a la Tierra (12:7-10), se trata del momento histórico en que Satanás es vencido. Esto se produce inmediatamente que el Hijo del Hombre obtuvo la victoria contra el pecado, la muerte y el diablo en la cruz, y *“fue arrebatado para Dios y para su trono”* (12:5) (año 30 d.C.). A partir de ahí, se inician las persecuciones a “la mujer” (la Iglesia): *“Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por **mil doscientos sesenta días**”*. (12:6); [...] *“Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. (14) Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por **un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo**”* (12:13-14).

Observemos que el periodo en que la Iglesia es protegida por Dios, *“**mil doscientos sesenta días**”*, (12:6) es el mismo que cuando es *“sustentada por **un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo**”* [1 año, y 2 años y ½ año; los años bíblicos son de 360 días] (12:14); este periodo como es lógico, coincide con el de persecución –*“**cuarenta y dos meses**”* del capítulo anterior (11:2) y con el tiempo de predicación del puro Evangelio –*“daré a mis dos testigos que profeticen por **mil doscientos sesenta días, vestidos de silicio**”* [360 días x 3.5 años] (11:3). Notemos que se tratan no de 1.260 días literales sino proféticos; y los días proféticos en la Biblia se corresponden con años (véase Nm. 14:34; Ez. 4:6).

El capítulo 12 termina diciéndonos: *“Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, **los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo**”* (12:17).

Por tanto, queda claro que “la mujer” representa la Iglesia y sus distintas etapas, porque la descendencia de ella son **“los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”**, es decir, los verdaderos cristianos que conforman la Iglesia de Cristo.

Capítulo 13

Las dos bestias

Introducción

La historia de la persecución a la Iglesia de Cristo continúa en este capítulo. Ahora, desde otra perspectiva, Juan presenta a la primera bestia perseguidora cuando ve “subir del mar **una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.** (2) **Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león.** Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. (3) Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, (4) y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? (5) También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. (6) Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. (7) Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. (8) Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo. (9) Si alguno tiene oído, oiga.” (13:1-9)

Ahora necesitamos comprender el significado de la nueva visión que Juan recibió del Espíritu Santo, y para ello lo primero es identificar a esta bestia tan compleja que él ve “subir del mar”: “**una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.** (2) **Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león**” (13:1-2).

No es casualidad que esta primera bestia tenga “*siete cabezas y diez cuernos*” como los del “gran dragón”. Se diferencian solo en que las diademas –símbolos del poder– aparecen sobre las siete cabezas del gran dragón, y no están sobre las cabezas de la bestia que surge del mar. Sin embargo, esta bestia lleva en sus cuernos diez diademas, que no llevan los diez cuernos del gran dragón.

En el capítulo 12 anterior, basándonos en el libro del profeta Daniel, y en el capítulo 17 de Apocalipsis (17:8-10), interpretamos y dedujimos que las siete

cabezas representan los siete imperios que se han sucedido a lo largo de la historia de la humanidad, y que han sido perseguidores del pueblo de Dios. Y los diez cuernos son los reyes-reinos en que se divide el Imperio Romano después de su caída en el año 476 d.C. (véase Dn. 2:40-44; cf. Dn. 7:17-18, 23-25).

Daniel 2:40-44: Y el cuarto reino será fuerte como hierro [Imperio Romano]; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. (41) Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido. (42) Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. (43) Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro. (44) Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre [el Reino de Cristo].

Daniel 7:7-8: Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. (8) Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas.

Daniel 7:17-27: Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. (18) Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre. (19) Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; (20) asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y parecía más grande que sus compañeros. (21) Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, (22) hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino. (23) Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillarás y despedazará. (24) Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. (25) Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo. (26) Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que

sea destruido y arruinado hasta el fin, (27) y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán.

Contenido capítulo 13: Las dos bestias

“Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. (2) Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. (3) Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, (4) y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? (5) También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. (6) Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. (7) Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. (8) Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo. (9) Si alguno tiene oído, oiga. (10) Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos. (11) Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. (12) Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. (13) También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. (14) Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. (15) Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase. (16) Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; (17) y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. (18) Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.” (Apocalipsis 13:1-18)

Comentario capítulo 13: Las dos bestias

Sigamos ahora con la interpretación e identificación de la visión de la bestia que Juan vio surgir del mar.

La primera bestia que Juan vio “subir del mar”, “tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo” (13:1).

“Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad.” (13:2).

El nombre blasfemo que había sobre sus cabezas representa el endiosamiento y arrogancia que tenían sus gobernantes por su poder omnímodo, tiránico, autoritario y despótico con el que subyugaban al pueblo, pretendiendo que éste les rindiese el culto que solo le pertenece al verdadero y único Dios. Notemos que es **el dragón** –es decir, el diablo– el que **“le dio su poder y su trono, y grande autoridad.”** a la **“bestia”**, la cual simboliza a un imperio o reino perseguidor del pueblo de Dios.

Esta bestia tiene rasgos de las tres bestias de las visiones que tuvo el profeta Daniel hacia el 600-550 a.C. Las tres bestias de las citadas visiones de Daniel son: **“La primera como león, y tenía alas de águila”** (Dn. 7:4), **“otra segunda bestia, semejante a un oso...”** (Dn. 7:5), y la tercera **“semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también esta bestia cuatro cabezas...”** (Dn. 7:6). Como comprobamos en el capítulo 12 anterior se corresponden con los Imperios Babilonio (león), Medo-Persa (oso) y Griego (leopardo).

Es necesario notar ahora que los rasgos de la compleja bestia de la visión de Juan son descritos en sentido contrario al orden en que las visiones de las bestias le fueron mostradas a Daniel. Esto se debe a que, Daniel vivió en los inicios del imperio Babilonio; de ahí que la primera bestia-imperio que ve –**“semejante a un león, que equivale a la cabeza de oro de la estatua que vio en sueños Nabucodonosor (Dn. 2:38)]**– simboliza dicho Imperio; la segunda semejante a un oso corresponde al Imperio Medo-Persa, y la tercera, **“semejante a un leopardo”** es el Imperio Griego.

Sin embargo, Juan se proyecta hacia atrás en la historia, desde su perspectiva, puesto que él vivía en tiempos de **“la cuarta bestia” de la visión de Daniel (Dn.7:7-8)** –el Imperio Romano que sucedió al Imperio griego–. Por eso, el Apóstol, cuando tiene la visión de la primera bestia –mirando hacia atrás en la historia–, la describe como teniendo rasgos de las tres primeras bestias de la visión citada de Daniel: es **“semejante a un leopardo”** – porque es heredera

del Imperio Griego, su historia, filosofía, religión, etc.—, “*sus pies como de oso*”, tiene, pues, también características del Imperio Medo-Persa, y del Imperio Babilonio, simbolizado con la boca de la bestia, que es “como boca de león”.

“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, (4) y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? (5) También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. (6) Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. (7) Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. (8) Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo. (9) Si alguno tiene oído, oiga.” (13:3-9).

Muchos moradores de la Tierra se maravillaron tras esta bestia a la que “*el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad*”, y la adoraron. Sin embargo, muchos cristianos se negaron a adorarla y a obedecer algunos mandamientos que eran contrarios a la Ley de Dios y a Su Evangelio, y por eso fueron perseguidos y muertos como mártires; porque a dicha bestia —el Imperio Romano y su sucesor la Roma papal— “*se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. (8) Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo*”. (13:7-8).

Lo primero que pensamos es que esta Bestia y sus características representan al Imperio Romano, y las persecuciones promovidas por algunos emperadores, desde el tiempo de Juan, época de Domiciano (81-96 d.C.), hasta Diocleciano (285-312 d.C.). Sin embargo, notemos que Juan vio una de las cabezas —de las siete que tiene esta primera bestia— “*como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia*” (13:3). Ahora, pues, debemos preguntarnos cuándo el Imperio Romano sufrió esa herida mortal, de la que, se nos dice, fue sanado, y, como consecuencia, al ver, los moradores del Imperio Romano este hecho tan insólito, “*se maravilló toda la tierra en pos de la bestia*” (13.3úp.); “*y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?*” (13:5).

Como vimos antes, está muy claro que la única cabeza que podía ser herida era la existente en tiempos de San Juan: **la sexta cabeza, el Imperio Romano**. Las primeras cinco cabezas, que vimos habían caído, eran los cinco imperios históricos que tuvieron influencia mundial, los cuales ya no existían. Y

la séptima cabeza “*aún no ha venido*” (17:10), es decir, no existía todavía, pues estaba en el futuro. Por tanto, **fue la sexta cabeza –el Imperio Romano– la que sufrió la herida de muerte**. No hace falta conocer mucho la Historia para saber que el Imperio Romano recibió una herida mortal cuando fue conquistado por los países bárbaros que lo asediaban, y aunque, esto sucedió progresivamente, prolongándose la conquista decenas de años, los historiadores han convenido en fijar el año 476 d.C. –“en que el hérulo Odoacro depuso al último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo” (Wikipedia-Impero Romano) (115)– como la fecha, en que el Imperio Romano de Occidente había dejado de ser como tal. Y su herida fue también progresivamente sanando hasta los años 538-554, cuando el emperador Justiniano restauró el Imperio, reconquistando muchos de los territorios que habían invadido los bárbaros. (116)

Mientras tanto, el verdadero Evangelio fue echado por tierra y pisoteado, ocupando su lugar doctrinas falsas obtenidas de la Tradición. Esto que había empezado, muy temprano, seguramente, ya a finales del siglo I, y a lo largo del siglo II, se acentuó y extendió fundamentalmente a partir del año 313 d.C., cuando cesaron las persecuciones a los cristianos gracias a que el emperador Constantino promulgó “*el Edicto de Milán, de tolerancia religiosa, según el cual nadie ya podría ser perseguido por razones de fe o práctica religiosa y se daba a los cristianos plena libertad de culto.*” (117)

[...] Ese Edicto fue luego radicalizado por Teodosio, el año 380, con el nuevo Edicto de Tesalónica, por el cual hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio romano, remitiéndose además a la autoridad apostólica del Papa Dámaso”. Y entonces la persecución comenzó a tener como víctimas a los antiguos “paganos”, destruyéndose sus templos e incluso a veces condenándolos a penas durísimas que incluían la muerte o, al menos, la incapacidad para acceder a cargos públicos en el Imperio. Las herejías religiosas contra la fe católica oficial se convirtieron así en delitos sociales y políticos. **Esa actitud de apoyo exagerado a la Iglesia llegó a su punto culminante con el emperador Justiniano, en el siglo VI**, quien llegó a hacer clausurar la escuela filosófica de Atenas y a prohibir todo resquicio “pagano”, imponiendo obligatoriamente la instrucción cristiana a todas las familias, así como el bautismo como requisito para poder gozar de plena ciudadanía política, amenazando con la pena capital a los paganos y a los apóstatas o herejes, quienes quedaban excluidos de toda docencia.

“Con este viraje en la relación del Imperio romano con el cristianismo, la gente se hizo masivamente cristiana, sin que ello les representara grandes dificultades, consiguiendo con ello ventajas económicas y políticas. De esta manera, como lo expresaba el Padre y ermitaño, San Jerónimo, “después de la paz constantiniana, la Iglesia creció en riqueza y en poder, pero se empobreció en virtudes”. (Historia de las religiones de Antonio Bentué. Págs. 191 y 192. Negrillas y subrayado no aparecen en el original). (118)

“Después vi otra bestia que subía de la tierra” (13:11)

“Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón...” (13:11).

Vamos ahora a investigar la identidad de esta *“otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón...”*. Esta segunda bestia sin duda se relaciona estrechamente con la primera bestia, que subía del mar y *“tenía siete cabezas y diez cuernos”* (13:1). Como esta bestia es muy compleja, porque representa, en cada una de sus siete cabezas, un reino mundial perseguidor del pueblo de Dios que ha habido en cada época de la historia hasta el final del mundo, es necesario discernir cuál es la cabeza-reino que se va a relacionar con la segunda bestia de los dos cuernos semejantes a los de un cordero. Anteriormente ya averiguamos que la cabeza que vio Juan *“como herida de muerte, pero [que] su herida mortal fue sanada”*, representa al Imperio Romano restaurado por el emperador Justiniano hacia los años 538-554 d.C.

El éxito o acierto en la identificación de la segunda bestia, la de los dos cuernos como de cordero, dependerá fundamentalmente de que la ubiquemos correctamente en el tiempo histórico que le corresponde. Analicemos el siguiente texto que es la clave para ello:

Apocalipsis 13:12: Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.

¿Qué desvela este texto? Ante todo, nótese que el protagonista o sujeto del texto anterior es la bestia con dos cuernos semejantes a los de un cordero. Véase el texto anterior (13:11) para comprobarlo. Por tanto, el dato clave que nos proporciona el apóstol Juan es que la *“otra bestia”*, que *“tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero”* (Apocalipsis 13:11), está en *“presencia de ella”* (13:12); dicho de otro forma: coexiste con *“...la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada”* (Apocalipsis 13:12); es decir, se produce una convivencia entre las dos bestias, lo cual demuestra que son coetáneas porque una está en *“presencia”* de la otra. Y esta colaboración entre ambas bestias se produce especialmente a partir de que la primera bestia –la que tiene siete cabezas y diez cuernos– es sanada de su herida mortal. Por otro lado, debemos recordar que las bestias representan poderes terrenales o reinos.

Por todo ello, inferimos que la segunda bestia –que ***“tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón”*** (13:11)– surge con la restauración del Imperio Romano por el emperador Justiniano, hacia los años 534-554 d.C., y esta fecha y sus características, que luego

veremos, me lleva a identificarla con el ya conocido “**cuerno pequeño**” de la profecía de Daniel 7:8,25.

Daniel 7:7-8, 23-25: Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. (8) Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí **que otro cuerno pequeño salía entre ellos** [el Reino papal con sus Estados Pontificios], y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas. [...] (23) Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. (24) Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; **y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará** [el Reino papal con sus Estados Pontificios]. (25) Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.

Notemos, en primer lugar, que el “**cuerno pequeño**” de la profecía de Daniel (7:8,24) –que surgiría de entre los diez reyes/reinos en que se dividiría el Imperio Romano, y que “*a tres reyes derribará*” (Dn. 7:24)– se corresponde con la bestia que “*tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero*”, y representa al Reino papal y sus Estados Pontificios. En segundo lugar, la razón por la que esta bestia ahora tenga “*dos cuernos semejantes a los de un cordero*”, en lugar de uno solo, se debe a que el segundo cuerno de esta bestia primeramente no existía como tal, porque estaba implícito en el cuerno pequeño, y subordinado al mismo, hasta que se produce la definitiva separación e independencia del Patriarcado de la Iglesia Ortodoxa, hacia el año 1054, cuando éste deja estar sujeto al dominio del Reino papal que gobierna la Iglesia Católica.

La segunda característica clave para identificar la bestia de dos cuernos es que “*ejerce toda la autoridad de la primera bestia – la Roma papal– en presencia de ella*” [la bestia cuya sexta cabeza, “*como herida de muerte*”, “*fue sanada*” (13:3)]. ¿Esto qué significa? Sencillamente que existe una cooperación necesaria entre las dos bestias-reinos que se retroalimentan mutuamente: el poder político-civil proporciona autoridad al poder político-religioso, que representa la segunda bestia de dos cuernos como de cordero. Ambos poderes tienen el mismo propósito: “*...hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada*” (Apocalipsis 13:12). Es decir, esta segunda bestia actúa en unión con el poder político, que es la primera bestia, para conseguir por la fuerza sus fines de dominación de todas las gentes.

Otros rasgos notables que nos permiten identificar a la segunda bestia es su apariencia. En contraposición a **la primera bestia** –la de las siete cabezas y

diez cuernos, que salía del mar, lo que le daba si cabe un aspecto mucho más espantoso y terrible— **la segunda bestia**, surge de la tierra, camuflándose con lo ordinario y terrenal, como un ser humano más, que también tiene esa condición de terrenal. Pero, además, esta bestia no puede asustarnos en absoluto pues tiene la apariencia de un corderito, aunque no lo es en absoluto; pues solo tiene de cordero el aspecto de sus dos cuernos que se parecen a los de este animal. Adopta la forma de este animal tan manso porque el Cordero también simboliza a Cristo, “*el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (Juan 1:29; Cf. Apocalipsis 5:6,12; 6:16; 7:10; 12:11; 17:14 etc.). Es un reino o gobierno que se hace pasar por el Reino de Dios. Sin embargo, no podemos bajar la guardia, debemos desconfiar de este poder político-religioso porque “*hablaba como dragón*” (Apocalipsis 13:11). Esto es lo que descubre su falsedad: lo que habla o lo que predica. ¿Qué significa hablar como dragón? El dragón es el diablo, “*el cual engaña al mundo entero*” (Apocalipsis 12:9).

Pues bien esta segunda bestia con apariencia de cordero pero que “*hablaba como dragón*” representa el poder político-religioso que obtuvo la Iglesia apóstata con el papa al frente; pero notemos que tiene dos cuernos, uno representa a lo que acabamos de nombrar, y el otro cuerno simboliza a la Iglesia Ortodoxa que con su Patriarca al frente cometió parecidas atrocidades, enseñando igualmente a sus fieles con una doctrina falsa, llena de idolatría y falsedades. Las Iglesias apóstatas, con el papado al frente, actuaron en unión con el poder político para conseguir por la fuerza sus fines de dominación de todas las gentes. ([El dragón, la bestia, y el falso profeta](#) p.77-78) (119)

“También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. (14) Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. (15) Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase.” (Apocalipsis 13:1-18)

Estas características – “*grandes señales*”, “*aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres*”; “*engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia* [la Roma papal], *mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió* [la Roma papal] se refieren a muchos de los supuestos milagros que han hechos los considerados santos por la Iglesia católica durante la Edad Media, los cuales no hay espacio ahora para relatar, pero véase, p.e. el libro titulado *Floreillas de San Francisco*, o la historia del Padre Pio, etc. Además este Reino papal manda a “*los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia*” [la Roma papal], es decir, a que le rindan obediencia y pleitesía.

“Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; (17) y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. (18) Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.”
(13:16-18)

Recibir la marca en la mano derecha o en la frente significa practicar las doctrinas idolátricas del falso Evangelio; obedecer las leyes de los hombres que van en contra de la Palabra de Dios, es someterse a los dictados ya sea del Estado o de las organizaciones religiosas que contradicen el verdadero Evangelio: ***“Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.”*** (Hechos 5:29)

Con respecto a la interpretación del *“número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis”* (13:18), la he desarrollado en mi libro [El dragón, la bestia, y el falso profeta](#).

Capítulo 14

El Cordero, los 144.000 y el mensaje de los tres ángeles

Introducción

Este capítulo tiene tres partes o secciones bien diferenciadas. La mayoría de las versiones de la Biblia que he consultado asignan el título “**El Cordero y los 144.000**” a este capítulo, pero en realidad es solo el tema de la primera parte. La segunda parte se denomina propiamente “**Los mensajes de los tres ángeles o “Los ángeles anuncian la hora del juicio”**”, y la tercera y última sección recibe el título muy adecuado de “**La Tierra es segada**” o bien “**La cosecha de la tierra**” o “**La siega y la vendimia de las naciones**”.

Contenido capítulo 14: El Cordero, los 144.000 y el mensaje de los tres ángeles

“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. (2) Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpas que tocaban sus arpas. (3) Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. (4) Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; (5) y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios. (6) Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, (7) diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. (8) Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. (9) Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, (10) él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; (11) y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie

que reciba la marca de su nombre. (12) Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. (13) Oí una voz que desde el cielo me decía: *Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.* (14) Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. (15) Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: *Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura.* (16) Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada. (17) Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. (18) Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: *Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras.* (19) Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. (20) Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.” (Apocalipsis 14:1-20)

Comentario capítulo 14: El Cordero y los 144.000 y el mensaje de los tres ángeles

Primera parte: “El Cordero y los 144.000”

“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. (2) Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. (3) Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que **fueron redimidos de entre los de la tierra.** (4) Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; (5) y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.

En esta nueva visión, al Cordero, que “estaba en pie sobre el monte de Sion”, le acompañan “ciento cuarenta y cuatro mil”. **El monte de Sión** no está en la Tierra sino **en el Cielo**, en “**la Jerusalén de arriba**” (Gá. 4:26; cf. Heb. 12:22).

Hebreos 12:22: sino que os habéis acercado al **monte de Sion**, a la ciudad del Dios vivo, **Jerusalén la celestial**, a la compañía de muchos millares de ángeles.

Los 144.000 son los que recibieron el sello de Dios, descritos en el capítulo 7, a los que a continuación se añadió “**una gran multitud que nadie podía contar**”

(7:9); *“Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”* (7:14); es decir, son todos los redimidos de todas las épocas: *“fueron redimidos de entre los de la tierra”* (14:3úp). Aunque Juan –cuando escribió el Apocalipsis– los ve como si estuvieran ya en el Cielo, realmente esa visión pertenece al futuro, y se cumplirá en la segunda venida de Cristo, cuando se produzca la primera resurrección y el arrebatamiento al Cielo a Su encuentro. La situación es similar a la de la visión citada del capítulo 7. No creo que los 144.000 constituyan un grupo especial, separado del resto de los santos, por el hecho de que ya no se nombra más a “la gran multitud”; por lo que me inclino a pensar que dicho número simboliza a todos los que serán salvados de todas las épocas de la historia humana. Esta es también la interpretación de Robert H. Mounce:

“[...] Es más lógico entender que se trata de la totalidad de los redimidos. En el capítulo 7 se selló a 144.000 en vista de la tribulación (7:4-8). Ahora es un grupo del mismo número el que aparece indemne más allá de esta final y terrible experiencia de sufrimiento. La repetición del número no pretende asegurar la exacta identificación entre ambos grupos, sino señalar que ninguno de sus integrantes se ha perdido. Los símbolos de Juan son un tanto inciertos y, de hecho, el número 144.000 del capítulo 14 se corresponde con la gran multitud que encontramos en la segunda visión del capítulo 7. Ambos representan el número completo de todos los redimidos a lo largo de la Historia. En la frente llevan escrito el nombre del Cordero y el de su Padre. En este contexto la marca es principalmente un símbolo de lealtad; sus portadores se han comprometido con el Cordero y con su camino de abnegado amor: son los vencedores, sobre quienes el Cristo resucitado ha escrito su nombre nuevo (3:12).” (Mounce, p.366-367) (120)

“Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; (5) y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios” (14:4-5).

Interpretar que las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer suponen literalmente “contaminarse con mujeres” sería un grave error, pues el matrimonio fue instituido por Dios desde el Edén (Gn. 1:27,28; 5:2; 2:24; cf. Mt. 19:4-6)

Mateo 19:4-6: El, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, (5) y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? (6) Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

Por tanto, “ser virgen” debe entenderse en un sentido espiritual de mantenerse fiel a Cristo, y sin caer en ningún tipo de idolatría ni superstición; porque la

Iglesia es la esposa de Cristo (Ef.:22-32; cf. Ap. 19:7-8; 21:9); y la idolatría es infidelidad y fornicación espiritual. A este respecto, es muy aclaratorio el siguiente párrafo de R. H. Mounce:

“Existe cierto simbolismo en la descripción de la Iglesia como vírgenes que no debe pasarse por alto. En muchas ocasiones y a lo largo de todo el Antiguo Testamento, se habla de Israel como de una virgen. Es la «virgen hija de Sión» (2 Rey 19:21; Lam 2:13), «la virgen de Israel» (Jer 18:13; Am 5:2). Cuando cayó en la idolatría, se alude a la nación como una prostituta (Jer 3:6; Os 2:5). La figura se utiliza también en el Nuevo Testamento cuando Pablo escribe a la corintios: «os desposé a un esposo para presentaros como una virgen pura a Cristo» (2 Cor 11:2). En este pasaje se presenta a los ciento cuarenta y cuatro mil como la prometida esposa de Cristo (cf. 21:9) que, mientras espera el día del matrimonio, se ha mantenido pura de cualquier relación impropia con el sistema pagano. Ha resistido todas las seducciones de Roma, la gran ramera con quien los reyes de la Tierra han cometido fornicación (17:2). (Mounce, p.369) (121)

Segunda parte: Los mensajes de los tres ángeles

*“Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, (7) diciendo a gran voz: **Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.** (8) Otro ángel le siguió, diciendo: **Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación.** (9) Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: **Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, (10) él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero;** (11) y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre. (12) Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. (13) Oí una voz que desde el cielo me decía: **Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.**” (14:6-13)*

El primer mensaje de este ángel consiste en llevar “el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo” (14:6). Pero eso no es misión de los ángeles sino de la Iglesia de Cristo. Por tanto, en este caso, los ángeles simbolizan a cada cristiano que obedece a Cristo llevando las Buenas Nuevas de Salvación a todos los que tienen sed de Dios (Sal. 42:2; Mt. 5:6; Jn. 4:12; 7:37; Ap. 21:6; 22:17)

Mateo 28:18-20: Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. (19) Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; (20) enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Marcos 16:15-16: Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. (16) El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.

El Evangelio es eterno porque es uno y para siempre, pero se aplica muy bien a los tiempos en que vivimos, porque mucha gente, a causa de la creencia en la teoría de la Evolución, ya no cree en un Dios Creador de todo lo que existe; además, se debe advertir de la inminencia de Su juicio: *“Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”* (14:6)

El segundo mensaje de otro ángel, sigue inmediatamente al anterior, pero en esta ocasión para advertirnos de lo siguiente: *“Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”* (14:8); es decir, debemos salir de Babilonia, que representa a toda religión falsa, a fin de que no participemos de su idolatría y de sus falsas creencias, que es lo que simboliza **“el vino del furor de su fornicación”** (14:8úp).

El tercer mensaje del tercer ángel, **“los siguió”**, diciendo a gran voz: *Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, (10) él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; (11) y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre. (12) Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. (13) Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”* (14:9-13)

La advertencia ahora es mucho más concreta, porque **“Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, (10) él también beberá del vino de la ira de Dios”**; es decir, si se cae en la idolatría siguiendo a falsos dioses, y religiones espurias, y no se hace caso de estos tres mensajes, nadie podrá alegar ignorancia, y recibirá el castigo de perder la vida eterna.

Tercera parte: La Tierra es segada

*“Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. (15) Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. (16) Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, **y la tierra fue segada.** (17) Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. (18) Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y **vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras.** (19) Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. (20) Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios”.* (14:14-20)

“Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda” (14:14).

Ahora comparemos este versículo con el siguiente del Evangelio de san Mateo:

*“Entonces aparecerá **la señal del Hijo del Hombre en el cielo**; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y **verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria**”* (Mt. 24:30).

Este es el momento de la segunda venida de Cristo para llevarse, **primero**, consigo a los santos, esta operación se simboliza por **“la siega de la mies”** (14:15-16), y, **en segundo lugar**, ejecutar juicio sobre el resto, y entonces, todas las tribus de la tierra lamentarán por haber rechazado los mensajes angélicos, lo que se representa por **“la vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras”** (14:17-20).

Ha llegado el momento en que se cumplen las palabras de Jesucristo: *“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”* (Mt. 24:14). Las personas que hayan rechazado los tres mensajes de los tres ángeles, el Evangelio eterno y no hayan hecho caso de sus distintas advertencias, de la proximidad de los juicios de Dios, y de la inminente venida en gloria de nuestro Señor se enfrentan precisamente al juicio final; es entonces cuando ha llegado el momento de **“La cosecha de la tierra”** o **“La siega y la vendimia de las naciones”**. La mies equivale al trigo –los santos– de la parábola del trigo y de la cizaña, y ésta última es sinónimo de los racimos de uvas –los injustos.

*“Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque **la hora de segar ha llegado**, pues **la mies de la tierra está madura**. (16) Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y **la tierra fue segada**. (17) Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. (18) Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque **sus uvas están maduras**. (19) Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y **vendimió la viña de la tierra**, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de. (14:15-19).*

Como decía antes, esta simbología nos recuerda y es similar a **la parábola del trigo y la cizaña**:

Mateo 13:24-30: Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; (25) pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. (26) Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. (27) Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? (28) El les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? (29) El les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. (30) Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.

Jesús explica la parábola de la cizaña

Mateo 13:36-43: Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explicanos la parábola de la cizaña del campo. (37) Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. (38) El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. (39) El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. (40) De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. (41) Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, (42) y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. (43) Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.

“Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios”. (14:20)

Se trata de una hipérbole, que pretende mostrarnos la gravedad de los juicios de Dios. Para terminar este capítulo 14 viene muy a propósito el comentario siguiente de R. H. Mounce:

“La distancia de 1.600 estadios (unos 320 kilómetros), se ha interpretado de distintas maneras. En un sentido geográfico, esta distancia es aproximadamente la longitud de Palestina. Simbólicamente, representa el cuadrado del número cuatro (el número de la Tierra: «las cuatro esquinas de la tierra», 20:8; «los cuatro vientos de la tierra», 7:1) multiplicado por el cuadrado de diez (el número de lo completo; cf. 5:11; 20:6). El juicio de Dios, que se describe de un modo ideal como un acontecimiento que se desarrolla fuera de la ciudad santa, se extiende a todas las gentes de todas partes que se encuentran fuera de la protección de Dios.

El juicio es seguro. Mediante las visiones del capítulo 14 los seguidores del Cordero descubren que, al final, no solo disfrutarán de la inmediata presencia de Dios y del Cordero, sino que su fe será vindicada por el juicio que caerá sobre sus opresores. Las bestias del capítulo 13 utilizan todos los métodos a su disposición para conseguir la lealtad del mundo; no obstante, aquellos que no son de este mundo, sino ciudadanos del reino celestial que todavía no se ha manifestado plenamente, resisten triunfantes tanto los engañosos ardides de las bestias satánicas como sus intentos de exigir su adhesión por medio de la fuerza.” (Mounce, p. 387-388) (122)

Capítulo 15

Siete ángeles con siete plagas

Introducción

En el capítulo 8 se nos describió la apertura del **séptimo sello**, y con él *“los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas”* (8:6). Vimos que las trompetas representan juicios de Dios para advertir, alertar y despertar a una humanidad que se ha olvidado de Él. En dicho capítulo se nos presentaron las cuatro primeras trompetas, en el capítulo 9, la quinta y la sexta, y, por último, **la séptima trompeta** apareció al final del **capítulo 11**, después que **los dos testigos** –la Iglesia– terminaran la predicación del Evangelio a todo el mundo, y entonces, como dijo Jesús, vendrá **“el fin”** (Mt. 24:14). Precisamente, cuando **“El séptimo ángel tocó la trompeta”** anunció que *“hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”* (11:15.); y tres versículos más adelante se nos dice: *“Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra”* (11:18).

Por tanto, **las siete trompetas** ocurren en un tiempo cercano al fin del mundo, y, le siguen, en un espacio breve de tiempo, **“las siete postreras plagas”** (15:1), llamadas también, en el siguiente capítulo, **“las siete copas de la ira de Dios”** (16:1), porque simbólicamente son **“siete copas de oro, llenas de la ira de Dios”** (15:7). Debemos entender que la ira de Dios no es una reacción emocional de Él, sino una expresión de Su justa indignación y de Sus justos juicios por la gran maldad de los seres humanos. Las siete trompetas y las siete plagas son acontecimientos distintos, que se producen los últimos a continuación de los primeros; no son, pues, sucesos paralelos como algunos interpretan.

Contenido capítulo 15: Siete ángeles con siete plagas

“Vi en el cielo otra señal, grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios. (2) Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. (3) Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y

maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. (4) ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado. (5) Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; (6) y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. (7) Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. (8) Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles”. (Apocalipsis 15:1-8)

Comentario capítulo 15: Siete ángeles con siete plagas

“Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. (3) Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. (4) ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado”. (15:2-4)

Observemos que “los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre”, están “en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios” (15:2). Ellos “cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. (4) ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado” (15:3-4).

“Los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre” (15:2) no pueden ser otros que los 144.000 sellados y descritos en el capítulo 7, que se corresponden con “la gran multitud” (7:9), es decir, todos los salvos de todas las épocas: “Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (7:14). Puesto que todos ellos están “en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios”, entendemos que ya fueron arrebatados al Cielo, después de soportar y de sufrir de alguna manera, las advertencias de las siete trompetas, pero serán librados de las siete postreras plagas, porque éstas ocurren después que la Iglesia sea arrebatada al Cielo, al encuentro con Jesús (Mt. 24:31; cf. 1 Co. 15:51-58; 1 Ts. 4:13-18).

Mateo 24:31: Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. 1 **Tesalonicenses 4:13-18:** Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. (14) Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (15) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (16) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (18) Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

“Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; (6) y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. (7) Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. (8) Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles”. (15:5-8)

Como hemos podido observar, este corto **capítulo 15 tiene dos objetivos; en primer lugar**, mostrarnos a los vencedores, es decir, a los redimidos de todas las épocas, que ya han sido resucitados, transformados en cuerpos gloriosos a la semejanza del cuerpo de Cristo resucitado y arrebatados al Cielo; los cuales al no estar ya en la Tierra no tienen que soportar las siete postreras plagas; y, **en segundo lugar**, la parte final de este capítulo describe la preparación para el derramamiento de *“las siete copas de oro, llenas de la ira de Dios”* por medio de los siete ángeles. Es el momento en que Dios ordena a “los cuatro seres vivientes” que entreguen las copas citadas a los siete ángeles, a fin de ejecutar el juicio final de Dios sobre la humanidad rebelde.

“Los siete ángeles que tenían las siete plagas salieron del “templo del tabernáculo del testimonio” que “fue abierto en el cielo”. Esto nos recuerda el Tabernáculo Terrenal que Dios mandó construir a Moisés, para que Su pueblo se comunicara con Él, al tiempo que Dios se manifestaba en el Lugar Santísimo, donde se ubicaba el Arca del Testimonio, que contenía, entre otras cosas, las Tablas del Testimonio –llamadas también las Tablas del Pacto–, que recogían la Ley de los Diez Mandamientos: *“Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, **del velo adentro, el arca del testimonio;** y aquel velo os hará separación entre **el lugar santo y el santísimo.** (34) Pondrás el*

propiciatorio sobre el arca del testimonio en el lugar santísimo.” (Éxodo 26:33-34). Todo esto se nos explica en la Epístola a los Hebreos. Leámoslo:

Hebreos 9:1-15: Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. (2) Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: **en la primera parte, llamada el Lugar Santo**, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. (3) **Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo**, (4) el cual tenía un incensario de oro y **el arca del pacto** cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y **las tablas del pacto**; (5) y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle. (6) Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; (7) pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; (8) dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. (9) Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, (10) ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas. (11) Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, (12) y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, **entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.** (13) Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, (14) **¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?** (15) Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.

“El templo del tabernáculo del testimonio” que *“fue abierto en el cielo”*, es el lugar desde donde Dios ejecuta Su juicios, del que era símbolo el Tabernáculo Terrenal con las Tablas de la ley situadas en el Lugar Santísimo, porque las Tablas de piedra representan la Ley de Dios sobre la que se fundamenta Su justicia. Lugar, pues muy apropiado para proceder a derramar Sus juicios sobre todos los seres humanos que hicieron caso omiso de Su Ley de amor.

Capítulo 16

Las copas de la ira o las siete plagas postreras

Introducción

“Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.” (16:1)

Como vimos en el capítulo 15 anterior, los siete ángeles estaban preparados para derramar sobre la Tierra **las siete copas de la ira o siete plagas postreras**. Es en este momento del fin del mundo, con la Iglesia ya arrebatada al Cielo, cuando “una gran voz”, que salía “desde el templo” celestial, dio el orden de derramar las “las siete copas de la ira de Dios”. Aunque las copas son simbólicas el efecto que ocasionan sobre el Planeta Tierra y sobre sus habitantes ocurrirá literalmente, porque son los justos juicios y castigos de Dios al mundo rebelde e impenitente. Estas plagas son semejantes a las que recibió el pueblo egipcio por no dejar en libertad a Israel, el pueblo de Dios, pero aquellas fueron diez plagas, y alcanzaron solo a Egipto (Éx.7:17-25; 8; 9; 10), y estas copas de la ira de Dios alcanzaran a todo el planeta Tierra, incluso al Sol.

Contenido capítulo 16: Siete plagas postreras

“Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios. (2) Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen. (3) El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar. (4) El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. (5) Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. (6) Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen. (7) También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos. (8) El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. (9) Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria. (10) El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, (11) y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras. (12) El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. (13) Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; (14) pues son espíritus de demonios, que hacen

señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. (15) He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. (16) Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón. (17) El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. (18) Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. (19) Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. (20) Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. (21) Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.” (Apocalipsis 16:1-21)

Comentario capítulo 16: Siete plagas o copas postreras

Primera copa

“Fue **el primero**, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen.” (16:2)

Como comprobaremos, las copas derramadas van progresivamente siendo más terribles, y afectan a todo el planeta Tierra.

Segunda copa

“El **segundo** ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.” (16:3)

Tercera copa

“El **tercer** ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen. También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos”. (16:4-7)

Aquí “**el ángel de las aguas**” reivindica la justicia de Dios: “Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos” (16:7), y da las razones de su derramamiento: “**Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas**, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen” (16:6)

Cuarta copa

*“El **cuarto** ángel derramó su **copa sobre el sol**, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. (9) Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.” (16:8-9)*

Con esta plaga nuestro Astro Solar se ve afectado, porque llega a quemar como el fuego; y nos hace comprobar el empecinamiento de los seres humanos que a pesar de lo que les caerá encima: *“blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria”* (16:9).

Quinta copa

*“El **quinto** ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, (11) y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.” (16:11).*

Notemos que el trono de la bestia recibe específicamente esta plaga, *“y su reino se cubrió de tinieblas”*; por supuesto que las plagas conforme se van añadiendo se acumulan a las anteriores, sumándose sus efectos.

Sexta copa (La batalla de Armagedón)

*“El **sexto** ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. (13) Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; (14) pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. [...] (16) Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón. (16:12-14,16)*

“En el Apocalipsis, los espíritus inmundos llevan a cabo sus hechizos sobre los mandatarios del mundo más que sobre personas corrientes. Por medio del engaño reúnen a los reyes de todo el mundo para una gran batalla contra Dios y las huestes celestiales (que se explica con detalle en el 19:11-21). A esta época se la denomina el gran día del Dios Todopoderoso». Es el día en que Dios ajustará cuentas con las impías naciones del mundo” (Mounce, p. 410-411) (123)

La batalla de Armagedón posiblemente se trate de una conflagración a nivel mundial.

[...] La geografía es de carácter secundario. Dondequiera que se produzca, la batalla de Armagedón simboliza la destrucción última de las fuerzas del mal mediante la fortaleza y el poder de Dios. El gran conflicto entre Dios y Satanás, entre Cristo y el Anticristo, el bien y el mal, que subyace tras el desconcertante curso de la Historia, se decidirá en una última lucha en la que Dios saldrá victorioso y llevará consigo a todos los que han puesto la fe en Él. Éste es el

sentido de Armagedón.” (Mounce, p.413-414) (124)

“He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza.” (16:15)

“Es Cristo mismo quien dice: «He aquí, vengo como ladrón». Esto nos recuerda el carácter inesperado que Jesús atribuyó a su regreso (Mt 24:42-44) y la afirmación de Pablo en el sentido de que el día del Señor vendría «como ladrón en la noche» (1 Ts 5:2). Se amonesta a los fieles para que estén alertas en vista de tan gran acontecimiento: a fin de que no sean cogidos por sorpresa como el soldado que, cuando suena la alarma, ha de huir desnudo porque ha perdido la ropa. La clase de preparación espiritual que requiere Cristo es el discernimiento que se abre camino a través de la engañosa propaganda de Satanás y sus secuaces (cf. 13:13-15). Esta bienaventuranza es la tercera de siete que aparecen en el libro de Apocalipsis (1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7,14). Promete la bendición de Dios a aquellos que permanezcan fieles durante los críticos acontecimientos que van a tener lugar.” (Mounce, p. 411-412) (125)

R. H. Mounce dice, en su comentario anterior, que “Se amonesta a los fieles para que estén alertas en vista de tan gran acontecimiento” (Mounce p. 411) (126). Esto es cierto, pero no solo para los fieles sino para todo el mundo; con la salvedad de que la advertencia – *vengo como ladrón*– y su mensaje de bienaventuranza podrán tener efecto y, por tanto, vigencia, hasta que termine el tiempo de Gracia, que finalizará con la segunda venida de Cristo, y el arrebatamiento de la Iglesia.

Séptima copa

“El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. (18) Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra.” (16:17-18)

“Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira.” (16:20)

“Sin duda, hay que identificar con Roma a la gran ciudad que queda dividida en tres partes. La razón de ello es que, en el siguiente capítulo, se alude repetidamente a la capital del Imperio Romano como «la gran ciudad» (vv. 10, 16, 18, 19, 21). La referencia posterior a Babilonia en este mismo versículo no implicaría otra ciudad distinta. Juan estaría aludiendo a Roma como centro del poder satánico y de la opresión de la joven Iglesia. La división de la gran ciudad en tres partes indica lo completo de su destrucción. El hecho de que todas las ciudades de las naciones caigan con Roma alude al papel dominante de la gran capital en la red imperial de comunicaciones.

Dios se acuerda de dar a Roma «el cáliz del vino del furor de su ira».69 La bondad y la paciencia de Dios (cuyo objetivo es conducir a las gentes al arrepentimiento, Rom 2:4) ya no reprimen su justa indignación contra todos aquellos que, mediante su libre albedrío, han tomado la irrevocable decisión de optar por el mal. Si Dios no castigara la injusticia, habría que descartar el concepto de un universo moral.” (Mounce, p. 415) (127)

Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. (21) Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande. (16:17-21)

“La plaga de granizo no produce cambios en los moradores de la Tierra. Tras cada una de las tres últimas plagas las personas siguen blasfemando a Dios (16:9, 11, 21). Ni siquiera las inmensas piedras de granizo les persuaden a abandonar su confianza en el reinado de Apolión, el ángel del Abismo (9:11), ni les llevan a reconocer la Soberanía del Dios del Cielo. Su trato con la bestia les ha transformado en blasfemos empedernidos, llenos hasta el fin del odio que ésta les infunde hacia Dios.” (Mounce, p. 416) (128)

Capítulo 17

La gran Ramera y la Bestia

Introducción

“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; (2) con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. (3) Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. (17:1-3).

Como podemos comprobar, es “uno de los siete ángeles que tenían las siete copas”, el que habla con Juan, para mostrarle “la sentencia contra **la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; (2) con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación**” (17:1-2). El Apóstol es llevado en “el Espíritu al desierto”. Aunque parece que es el ángel el que induce a Juan a ser llevado por “el Espíritu al desierto”. En cualquier caso, el Apóstol vuelve a tener un éxtasis con el objeto de recibir la visión de este capítulo 17, y, en esta ocasión, el escenario, que el Espíritu Santo considera más adecuado mostrarle en la visión, es el desierto. Quizá con el objeto de que pudiera concentrarse mejor, y que la visión quedara más nítidamente resaltada en tal desolación que simboliza la esterilidad del desierto. Recordemos también que “*Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo*” (Mt. 4:1; cf. Mr. 1:12-13). Juan fue llevado al desierto no para ser tentado sino para recibir la visión de “**una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos.**” (17:3).

Sin embargo, notemos que esta mujer aunque es visionada desde el desierto, ella no está en él, como en el caso de la mujer del capítulo 12, que representa la Iglesia de Cristo, y que huyó, de las garras del dragón –“*la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás*” (12:9)–, para refugiarse en el desierto donde sería “*sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo*” (1.260 días-años) (12:14; cf. 12:6). Notemos que, en este caso, el desierto tenía la función de proteger a la mujer pura –la Iglesia de Cristo– de las persecuciones del diablo.

Contenido capítulo 17: La gran Ramera y la Bestia

“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; (2) con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. (3) Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. (4) Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; (5) y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. (6) Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. (7) Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos. (8) La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será. (9) Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, (10) y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo. (11) La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición. (12) Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. (13) Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. (14) Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles. (15) Me dijo también: Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. (16) Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego; (17) porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios. (18) Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.” (Apocalipsis 17:1-18)

Comentario capítulo 17: La gran Ramera y la Bestia

“Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de

abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; (5) y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. (6) Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. (7) Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos.” (17:4-7).

En los siguientes textos continuaremos comprobando que ese periodo de 1.260 días-años –en profecía, por lo general, un día simboliza 1 año– es el tiempo durante el cual fue perseguida la verdadera Iglesia, que es representada por una mujer pura, en contraposición de la mujer ramera de Apocalipsis 17:1-6, que se prostituyó aliándose con los reyes de la Tierra, enseñando doctrinas falsas y persiguiendo a los santos de Dios.

Babilonia también representa confusión y falsedad y engaño, como todo lo que abunda en nuestro tiempo, y que ya existía en Babilonia, como la astrología, el ocultismo, el espiritismo, y más recientemente la Nueva Era.

Esta **bestia escarlata** es la misma de la visión del capítulo 13 –“*vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo*” (13:1)–; y, aunque en esta ocasión es descrita con menos detalles, se le ha añadido el color escarlata, que representa la sangre de los mártires sacrificados por ella. En Apocalipsis 13:7-8, en relación con la Bestia escarlata, se nos decía que “*se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos...y la adoraron todos los moradores de la Tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo*” (13:7-8).

En el citado capítulo 13, comprobamos que dicha bestia simboliza al Imperio Romano, que tuvo una primera etapa de persecuciones de los cristianos, llevadas a cabo por los emperadores romanos, desde Nerón (54-68 d.C.) hasta Diocleciano (285-312 d.C.). Sin embargo, observemos que dicha visión (13:1-4) no se refiere a esa etapa de persecuciones seculares, en las que todo el poder se concentraba en los emperadores, sino a la etapa posterior del Imperio Romano especialmente desde su caída en el año 476 d.C., que se representa en la mencionada visión profética, cuando Juan vio “*una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la Tierra en pos de ella*” (13:3).

Por tanto, en esta segunda etapa, se trata del Imperio Romano que surgió después de su caída del año 476 d.C., cuando “*su herida mortal fue sanada*” (13:3). La visión profética del capítulo 13 se refiere, pues, a las persecuciones a los cristianos, realizadas por el Imperio Romano resucitado, que fue siendo restaurado, poco a poco, a partir de su caída. Recordemos que no pasaron

muchos años, desde que el emperador Constantino hiciera la paz con la Iglesia, con el Edicto de Milán (313 d.C.), cuando la propia Iglesia de Roma, con el poder que le otorgaba el Estado empezó a perseguir a todos los que disentían de sus mandatos. De perseguida se convirtió en perseguidora; esto se acentuó con el gobierno del emperador Justiniano, que restauró el Imperio, reconquistando muchos de los territorios que habían invadido los bárbaros hacia los años 538-554 d.C.; este Imperio Romano se prolongó hasta cerca del año 1806 d.C.

Viene muy a propósito la siguiente cita, obtenida del libro *Introducción a la Historia de las religiones* (ps. 191-192), de Antonio Bentué, Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

[...] Ese Edicto [el de Milán] fue luego radicalizado por Teodosio, el año 380, con el nuevo Edicto de Tesalónica, por el cual hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio romano, remitiéndose además a la autoridad apostólica del Papa Dámaso. Y entonces la persecución comenzó a tener como víctimas a los antiguos “paganos”, destruyéndose sus templos e incluso a veces condenándolos a penas durísimas que incluían la muerte o, al menos, la incapacidad para acceder a cargos públicos en el Imperio. Las herejías religiosas contra la fe católica oficial se convirtieron así en delitos sociales y políticos. **Esa actitud de apoyo exagerado a la Iglesia llegó a su punto culminante con el emperador Justiniano, en el siglo VI**, quien llegó a hacer clausurar la escuela filosófica de Atenas y a prohibir todo resquicio “pagano”, imponiendo obligatoriamente la instrucción cristiana a todas las familias, así como el bautismo como requisito para poder gozar de plena ciudadanía política, amenazando con la pena capital a los paganos y a los apóstatas o herejes, quienes quedaban excluidos de toda docencia.

Con este viraje en la relación del Imperio romano con el cristianismo, la gente se hizo masivamente cristiana, sin que ello les representara grandes dificultades, consiguiendo con ello ventajas económicas y políticas. De esta manera, como lo expresaba el Padre y ermitaño, San Jerónimo, “después de la paz constantiniana, la Iglesia creció en riqueza y en poder, pero se empobreció en virtudes”. (Historia de las religiones de Antonio Bentué. Págs. 191 y 192. Negrillas y subrayado no aparecen en el original) (129).

Notemos que el Imperio Romano de Oriente no finalizó hasta el año 1453 d.C., cuando fue invadido por los otomanos. Por otro lado, el Imperio Romano de Occidente, después de Justiniano volvió a recobrar nuevo auge con Carlomagno hacia el año 800 d.C., con el que empezó la dinastía del Sacro Imperio Romano Germánico que, con distintas fluctuaciones, se mantuvo de manera efectiva hasta aproximadamente el año 1555, y oficialmente “desapareció el 6 de agosto de 1806 cuando Francisco II renunció a la corona imperial para mantenerse únicamente como emperador austríaco” (Wikipedia-Imperio Romano) (130).

“Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; (5) y en su frente un

nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. (6) Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. (17:4-6)

“La mujer... vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas”, sin duda, es rica y poderosa; además, otro rasgo para identificarla es que “tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación”. Ese “cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación” simboliza el tipo de idolatría que practicaba, y su contenido simbólicamente representa las doctrinas falsas, herejías, desviaciones que confunden a la verdadera doctrina de Dios, como, por ejemplo, la práctica de la transustanciación de las especies del pan y vino, que llevan a cabo los sacerdotes cuando hacen participar a sus fieles del “sacrificio de la Misa”. La Palabra de Dios denuncia como una abominación el hecho de pretender convertir dichas sustancias materiales en el divino Cristo entero resucitado, para a continuación darlo a comer en dicho cáliz a los fieles de la citada “mujer”.

Además, la jerarquía católica ha ensalzado tanto a la Virgen María, que ha llevado a sus fieles a hacer de ella un ídolo: “*ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar*” (Apocalipsis 9:20). El pueblo católico se postra ante las múltiples imágenes y variadísimas representaciones de la Santísima Virgen María, y con fervor supersticioso e idolátrico, las besa, les dirige oraciones, ruega y suplica en constantes e innumerables peticiones, en todo el mundo católico, como si ella fuese omnipotente, omnipresente y todopoderosa, y pudiera oír todo lo que se le pide a la vez, y concederlo, como si del mismo Dios se tratase. ¿Puede haber algo más sacrílego y abominable a los ojos de Dios, como cuando los seres humanos olvidan su dignidad, como hijos de Dios, y se rebajan adorando imágenes que son obra humana, y le dan a la Virgen María –una criatura humana– la gloria que solo al Creador y Dador de la vida pertenece?

No es, por tanto, extraño deducir que el diablo, “padre mentira”, haya alentado y siga estimulando la devoción a la Virgen María, realizando muchas y variadas apariciones en diversos lugares del mundo, haciéndose pasar por ella, “*porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz*” (2ª Corintios 11:14). Realmente ha tenido mucho éxito en todas las apariciones. Mucha gente se ha enriquecido alrededor de estas apariciones, pero ciertamente muchísima más gente ha sido tristemente engañada, entregada a las supersticiones, y alejada de Dios, el único que puede salvar y escuchar las oraciones.

Como hemos visto anteriormente, poco después de que el emperador Constantino firmara la paz con los cristianos en el 313 d.C., la Iglesia fue

convirtiéndose progresivamente de perseguida a perseguidora de todos aquellos que se oponían a ella, disintiendo de sus doctrinas, lo que se acentuó a partir de los años 538-550 con el emperador Justiniano. Las persecuciones se prolongaron, más allá de la Edad Media, y fueron especialmente crueles las efectuadas por la Inquisición. Por eso, ahora a Juan se le muestra a la mujer impura, que simboliza a la iglesia apóstata *“ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús”* (17:6).

“Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. (7) Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos.” (17:6-7)

El momento en que Juan experimenta ese **“gran asombro”**, fue cuando recibe del ángel la interpretación de los símbolos de la visión: *“Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos.”* (17:7). Pero el ángel empieza a desvelar el segundo misterio, el *“de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos”*, dedicándole los diez siguientes versículos; y deja para el final el misterio de la “mujer”, y lo despacha o lo zanja en un solo versículo: *“Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.”* (17:18).

La única *“gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra”* en los días en que San Juan vivía, es la ciudad de Roma, la capital del Imperio Romano, es decir, la Roma pagana, la de los emperadores que promovieron las crueles persecuciones a los cristianos del primer siglo. Sin embargo, la visión profética, como hemos visto arriba se proyecta hacia el futuro de Juan, cuando la Roma pagana se convertiría en la Roma cristiana y papal, gracias a la protección y poder que el emperador Constantino el Grande fue concediendo a la Iglesia cristiana de su tiempo, que fue in crescendo, hasta incluso después de la muerte del Emperador. Esta política de unión de la Iglesia con el Estado es la que siguieron de forma semejante los emperadores que le sucedieron, especialmente desde Justiniano en adelante, hasta casi el fin de dicho Imperio aproximadamente hacia el 1800 d.C.

¿Por qué el apóstol Juan cuando vio “a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús;... quedó “asombrado con gran asombro” (17:6)?

Que el ángel le dijera a San Juan que Roma era la sede imperial y, por tanto, reinaba sobre los reyes de la Tierra no podía ser algo tan sorprendente como para que él quedase *“asombrado con gran asombro”* (Apocalipsis 17:6). San Juan no podía asombrarse de esa manera tan redundante si la **“mujer-gran ciudad”** (Apocalipsis 17:18) que vio *“ebria de la sangre de los santos, y de la*

sangre de los mártires de Jesús” (17:6) fuera la Roma Imperial; puesto que él ya sabía sobradamente, por propia experiencia, el talante perseguidor de la Roma pagana hacia los cristianos.

En este momento es nuevamente necesario recurrir a la Historia para saber quién era “**la mujer ramera-gran ciudad**” que el ángel le mostró a Juan “*sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos*” (17:3). La Historia nos dice que en el año 313 d.C., mediante el Edicto de Milán, el emperador Constantino puso fin a las persecuciones de los cristianos, y no mucho después la religión cristiana llegó a ser la religión oficial de Roma. El poder de la Iglesia romana fue aumentando progresivamente, sobre todo, a partir del año 330 en que Constantino trasladó la capital del Imperio Romano a Constantinopla (Bizancio); lo que causó que el Obispo de Roma empezara a realizar tareas políticas y civiles que antes estaban solo en manos del poder civil. Muy pronto, pues, la Iglesia pasó, de ser perseguida por los emperadores romanos, a convertirse en perseguidora de los paganos, y de todos aquellos que se oponían abiertamente a sus doctrinas. A fin de probarlo históricamente remito de nuevo al lector a una cita dada anteriormente de un historiador que por ser católico no es sospechoso de tener intereses o ideas en contra del catolicismo. Me refiero al teólogo católico, Dr. Antonio Bentué, licenciado en Teología católica en 1969, profesor titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile que escribió lo siguiente (ahora recorto la cita anterior):

[...] Las herejías religiosas contra la fe católica oficial se convirtieron así en delitos sociales y políticos. **Esa actitud de apoyo exagerado a la Iglesia llegó a su punto culminante con el emperador Justiniano, en el siglo VI**, quien llegó a hacer clausurar la escuela filosófica de Atenas y a prohibir todo resquicio “pagano”, imponiendo obligatoriamente la instrucción cristiana a todas las familias, así como el bautismo como requisito para poder gozar de plena ciudadanía política, amenazando con la pena capital a los paganos y a los apóstatas o herejes, quienes quedaban excluidos de toda docencia. (“**Historia de las religiones**” de Antonio Bentué. Págs. 191 y 192. Negrillas y subrayado no aparecen en el original). (131)

“*El vino de su fornicación*” (17:2) son sus falsas doctrinas, que ella impuso matando a todos los que se atrevían a discrepar de las mismas, y ser fieles a su conciencia, y los persiguió durante el largo periodo medieval (1260 años), en que formó una unidad con el poder político y civil, y que duró desde, aproximadamente, el 538 al 1798 d.C., en que Napoleón Bonaparte conquistó Italia y llevó prisionero al papa Pío VI, o bien, del 554 al año 1814 d.C., fecha en que fue liberado el papa Pío VII. (Wikipedia-Napoleón Bonaparte) (132)

Esta mujer ramera –“*la gran ciudad que reina sobre los reyes de la Tierra*” (Apocalipsis 17:18) – sin lugar a dudas no es la Roma pagana sino la Roma papal que tiene incluso dominio “**sobre los reyes de la tierra**”. Ahora bien, ¿quién le da este poder civil a una entidad religiosa regida por el Papa? Ya

hemos visto anteriormente que los emperadores, empezando por Constantino, siguiendo por Teodosio, etc., hasta llegar a Justiniano (538-554) le fueron dando más y más poder. Por eso, “**la mujer ramera**” actúa en unión con el poder político para conseguir por la fuerza sus fines de dominación de todas las gentes: *“Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. **Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella**, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada”* (13:12). Pues bien esta segunda bestia con apariencia de cordero pero que “*hablaba como dragón*” representa el poder político-religioso que obtuvo la Iglesia apóstata con el Papa al frente; pero notemos que tiene dos cuernos, uno representa a lo que acabamos de nombrar y el otro cuerno simboliza a la Iglesia Ortodoxa que con su Patriarca al frente cometió parecidas atrocidades; ambos enseñaron igualmente a sus fieles una doctrina falsa, llena de idolatría y falsedades.

Los textos que estudiamos en el capítulo 13 nos aportaron mucha luz, pues nos permitieron averiguar, en primer lugar, quién o qué es la primera bestia, aquella *“que tenía siete cabezas y diez cuernos, [...] que era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como de león”* (13:1,2). Y en segundo lugar, quién o qué es la *“otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. (12) Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en **presencia** de ella...”* (Apocalipsis 13:11,12).

Debemos hacer notar que el apóstol Juan nos proporciona un dato muy importante: la otra bestia, que *“...tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero”* (13:11), coexiste con *“...la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada”* (13:12); es decir, se produce una convivencia y cooperación necesarias entre las dos bestias, las cuales son coetáneas porque una está en “*presencia*” de la otra. Y esta colaboración entre ambas bestias se produce especialmente a partir de que la primera bestia –la que tiene siete cabezas y diez cuernos– es sanada de su herida mortal. Las dos bestias representan dos poderes o reinos que se retroalimentan mutuamente.

Hemos aclarado los significados de **la primera bestia** (13:1; cf. 17:3) (la Roma cristiana o papal), y **la segunda bestia** (13:11-18) (el reino papal y el reino del patriarca ortodoxo), nombrada como “**el falso profeta**” en Apocalipsis 16:13 y 19:20; y, ahora, gracias al ángel que le dio e interpretó la visión de Juan, ha quedado descifrado *“...un misterio: la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; (5) y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA”* (17:4-5).

Ahora, pues, debemos seguir con la interpretación que el ángel proporciona a Juan de la primera bestia del capítulo (13:1-4), y que en este capítulo 17, vuelve a aparecer, pero esta vez con una mujer sentada sobre la misma: *“una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos”*. (17:3).

“Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos. (8) La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será. (9) Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, (10) y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo. (11) La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición. (12) Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia.” (17:7-12)

En Apocalipsis 17:10, el ángel nos revela que **las siete cabezas** “son siete reyes”; y que *“cinco de ellos han caído; uno es; y el otro aún no ha venido...”*. Por un lado, como sabemos, las bestias son símbolos de “reyes-imperios”, y estos a su vez representan a –o bien, son sinónimos de– “reinos”, porque así se lo revela el ángel a Daniel cuando le dice *“Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes...”* (Daniel 7:17) y algunos textos más adelante, el mismo personaje celestial, confirma que *“la cuarta bestia [Roma] será un cuarto reino en la tierra”* (Daniel 7:23). Por otra parte, si **cinco reyes o reinos “han caído”**, quiere decir que los siete reinos o reyes o imperios, simbolizados por las siete cabezas, no coexisten a la vez, sino que indudablemente se trata de una serie de reyes o reinos o imperios que han ido sucediéndose a lo largo de la historia mundial, de manera que en cada etapa de la historia existirá solo un rey o reino; del resto de la lista de siete cabezas-reinos, unos habrán caído y, por tanto, por pertenecer al pasado histórico, ya no existen, y otros están en el futuro, respecto, al tiempo en que San Juan recibe la visión.

Puesto que la bestia de la visión de San Juan *“tenía siete cabezas y diez cuernos”*, y las cabezas representan reyes o reinos que habían existido en distintas épocas de la historia, realmente, solo habría habido una cabeza a la vez dirigiendo a la bestia: **la cabeza-reino que en cada momento de la historia existiese**. Aunque la bestia tenía características que eran comunes a otras bestias o reinos del pasado –semejante a un leopardo, pies de oso, boca de león–, lo que en realidad importa es identificar cada cabeza para poder ubicar los eventos en las fechas de la historia en que se produjeron. También sabemos que el apóstol Juan vivía en tiempos de la cuarta bestia de Daniel

(Dn. 7:7-28), que vimos que se trataba del Imperio Romano, del que más de cuatro siglos después salieron diez cuernos o reyes cuando se dividió el Imperio Romano de Occidente (Dn. 7:7-11,17,19-25). En el momento en que Juan escribe el Apocalipsis –finales del siglo I– el Imperio Romano está en todo su apogeo.

Sin embargo, Juan ve en visión algo que está en el futuro para él, que nadie podía saber entonces, pero que Dios, el único que conoce el futuro le revela; y para nosotros es una pista importantísima: *“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia,”* (13:3). ¿Qué cabeza de las siete que tenía la bestia fue esa? Algo está clarísimo: el ángel le desvela a Juan en el capítulo 17, que *“cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido”* (Apocalipsis 17:10). ¿Qué cabeza-reino pudo sufrir “la herida de muerte que fue sanada”? Las cinco primeras cabezas eran reyes o reinos que existieron antes de Juan, pertenecían a la historia, y, por tanto, ya no existían. Luego es imposible influir sobre ellos de ninguna manera. Igualmente ocurre con el séptimo rey o reino – *“el otro aún no ha venido”*–, que tampoco existe, pues es futuro.

Luego nos queda solo **una cabeza –la sexta– la única que pudo ser herida de muerte y posteriormente sanada**: el Imperio Romano es el que existía en la época del apóstol Juan. Esta es la cabeza que fue herida de muerte y posteriormente sanada. El resto no es difícil de deducir si recurrimos a la Historia. El Imperio Romano de Occidente sufrió una herida mortal cuando fue invadido por los pueblos bárbaros. Aunque el Imperio había ido perdiendo paulatinamente casi todo su poder, los historiadores han convenido en fijar la fecha oficial de su caída en el año 476, en que Roma fue conquistada por el rey bárbaro Odoacro; pero asombrosamente esa “herida mortal” –la que sufrió el Imperio– “fue sanada” cuando el mismo fue restablecido por el emperador Justiniano; aunque el Imperio restaurado no recuperó completamente sus anteriores límites, sí consiguió recuperar gran parte de su anterior extensión, y con ello también el gobierno autocrático y persecuidor, que ya poseía la Roma cristianizada posterior al 330 en que Constantino traslada la capital del Imperio a Constantinopla.

Las siete cabezas de la bestia de Apocalipsis 13:1-10 y 17:3,8-11 simbolizan siete reinos, imperios o naciones que destacaron especialmente por ser persecuidores del pueblo de Dios, que se extienden desde el pasado, presente y llegan hasta el fin del mundo, lo que evidentemente está en el futuro.

Siempre debemos dejar que sea la misma Biblia la que interprete lo que representan las siete cabezas de la bestia. Así pues los siguientes versículos nueve y diez responden con rotundidad: *“Esto, para la mente que tenga*

sabiduría: **Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, (10) y son siete reyes**” (Apocalipsis 17:9-10).

Aquí, el ángel nos dice que las cabezas son símbolos que, en este caso particular, representan dos cosas a la vez. No encontramos incongruencia alguna en que se utilice un mismo símbolo para representar dos objetos diferentes, pues se aplican a entidades distintas, a fin de identificarlas. Por un lado, son siete montes o colinas donde se asienta “la mujer ramera”, y por otro, son siete reyes o reinos. Esto último lo vimos en Daniel 7: 17, 23, que se refiere indistintamente a que “*las cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra*” (Daniel 7:17), y que “*la cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra...*” (Daniel 7:23). Por lo que debemos deducir que la palabra “rey” es sinónima del reino o imperio mundial que está representando.

¿Es imprescindible que elijamos entre montes o reinos? Eso sería desvirtuar la misma interpretación que da Dios por medio del ángel. La sabiduría a que se refiere el ángel, puede consistir en comprender que las siete cabezas representan montes solo en relación con la mujer que se sienta sobre ellos, un dato que tiene que ser muy significativo para que nos permita identificar a la mujer. La misma Palabra de Dios afirma que “*la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra*” (Apocalipsis 17:18).

¿Cuál era “*la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra*” en tiempos del apóstol Juan? ¿Cuál es la ciudad que se asienta sobre siete colinas? Notemos que el tiempo verbal empleado es el presente: “reina”. Claramente, en tiempos del apóstol Juan, era Roma la que reinaba sobre todos los reyes de la tierra, puesto que ella fue la sede del Imperio Romano; y también es sabido, que Roma – “la gran ciudad”– se asienta sobre siete colinas o montes, donde, desde los primeros siglos de nuestra era, reside la Santa Sede de la Iglesia católica. Esta organización dirigida por diferentes papas consiguió, a partir del año 756 d.C., los Estados Pontificios, que quedarían reducidos al Estado de la Ciudad del Vaticano, que “comenzó su existencia en 1929 tras la firma de los Pactos de Letrán celebrados entre la Santa Sede y el entonces Reino de Italia, que en 1870 había conquistado los Estados Pontificios” (Wikipedia Estados Pontificios) (133).

Ahora necesitamos identificar cuáles son los siete reyes que representan reinos o imperios mundiales. Para ello vamos a analizar lo que le dice el ángel a Juan:

“La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo [...] se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.” (Apocalipsis 17:8).

En mi opinión, esto quiere decir, que la bestia, que como sabemos simboliza a los imperios mundiales tiene una parte que está en el pasado, visto desde el tiempo de Juan. Esa parte son los imperios mundiales que hubo desde Juan, que vive en tiempos del Imperio Romano hacia atrás hasta el primer imperio,

reino o nación, todos los cuales se deben conocer por la Biblia que fueron especialmente perseguidores del pueblo de Dios. Todos ellos están contenidos en ese “era”, puesto que al ser pasado ya no son, o referido a la bestia, “no es”, ese es el presente de Juan. Esos imperios pertenecen al pasado, ya no existen, solo existe el Imperio Romano donde se ubica Juan, pero la bestia, que representa a los demás imperios y también a este último, no está completada, pues *“está para subir del abismo”*. Es decir, desde el siglo I d.C., en que Juan vive, hasta la caída del Imperio Romano en el 476 d.C., y la posterior división del Imperio en diez reinos, son eventos que pertenecen al futuro. La bestia, por tanto, tiene una parte que es pasado, “era”, luego, ya “no es”, y otra parte que “será”, es decir, está en el futuro desde la perspectiva de Juan.

“Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido;...”
(Apocalipsis 17:10).

Desde la perspectiva de San Juan, hay cinco cabezas-imperios que han caído.

¿Cuáles son los cinco imperios mundiales que puesto que han caído ya pertenecen a la historia? Ahora es la Historia que si la consultamos fácilmente averiguaremos que se refiere a los siguientes imperios que han sido perseguidores del pueblo de Dios:

“Cinco de ellos han caído;”

- (1) Egipto (1550-1070 a.C.)
- (2) Asiria (912-609 a.C.)
- (3) Babilonia (625-539 a.C.)
- (4) Media-Persia (538-330 a.C.)
- (5) Grecia. (333-330 a.C.)

“uno es”

(6) El Imperio Romano (31 a.C.-1806 d.C.): **la sexta cabeza, que existía en tiempo de san Juan.** El Imperio Romano de Oriente terminó en 1453 d.C. Pero el de Occidente, aunque primeramente sucumbió en el año 476 d.C., *“su herida mortal fue sanada”* en el 538-554 d.C. con Justiniano, prolongándose realmente hasta el 1555 d.C., y oficialmente hasta el 1806 d.C.

“y el otro aún no ha venido;...”

(7) Hay otro imperio –la séptima cabeza– que aún no había venido en tiempos de San Juan.

“La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición” (Apocalipsis 17:11).

Al parecer la bestia no termina con la séptima cabeza o reino mundial, pues este versículo claramente revela que de esta bestia –“*de entre los siete*”– surge un octavo reino. Lógicamente este último reino no puede surgir sino de las dos últimas cabezas-reinos –la sexta y la séptima cabeza de la bestia–, o de lo que queda de ellos [los dos últimos reinos]. Ahora necesitamos recordar lo que vimos en el capítulo trece de Apocalipsis, porque, aunque ya hemos identificado a la sexta cabeza –el Imperio Romano– todavía no conocemos qué o a quién representa la séptima cabeza de la bestia.

¿Qué reino es el representado por la séptima cabeza de la bestia?

“...y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo” (Apocalipsis 17:10).

Vimos que la sexta cabeza –el Imperio Romano– fue “*como herida de muerte*” en el año 476, “*pero su herida mortal fue sanada*” (Apocalipsis 13:3) hacia los años 538-554, cuando el emperador Justiniano restauró el Imperio, reconquistando muchos de los territorios que habían invadido los bárbaros.

Desde mi perspectiva, entiendo que algunos autores han cometido el error de considerar al Imperio Romano restaurado, es decir, la Roma papal, como la séptima cabeza de la bestia. Sin embargo, esta interpretación no es lógica, ya que la Palabra de Dios no habla, en ningún momento, de que otra cabeza distinta haya sustituido a la que fue “herida de muerte”. Por el contrario, se trata de la misma sexta cabeza de la bestia, la que, una vez sanada de su herida mortal, continúa. Recordemos que el Imperio Romano de Oriente no finalizó hasta el año 1453 d.C., cuando fue invadido por los otomanos. Por otro lado, el Imperio Romano de Occidente, después de Justiniano volvió a recobrar nuevo auge con Carlomagno hacia el año 800, con el que empezó la dinastía del Sacro Imperio Romano Germánico que, con distintas fluctuaciones, se mantuvo de manera efectiva hasta aproximadamente el año 1555, y oficialmente “desapareció el 6 de agosto de 1806 cuando Francisco II renunció a la corona imperial para mantenerse únicamente como emperador austríaco” (Wikipedia Impero Romano Germánico) (134).

Nótese que el periodo 538-1806 coincide prácticamente con la época de hegemonía del “cuerno pequeño” –el papado–, periodo que duró la autarquía y las persecuciones, y que la profecía de Daniel 7:25 y las de Apocalipsis antes citadas anticiparon que sería de 1260 días-años.

Por tanto, me atrevo a afirmar, que esta interpretación, la de que la séptima cabeza simbolice al Imperio Romano restaurado, o como algunos dicen, la Roma papal, no se ajusta a lo revelado en Apocalipsis 13:3 y 17:10, por las siguientes razones:

Primera. La cabeza “*herida de muerte*”, la que “*fue sanada*” (Apocalipsis 13:3), no son dos cabezas distintas, sino que es la misma. Es obvio, y ratificado por la Historia, que el Imperio Romano no termina en el año 476 d.C., sino que se prolonga, como antes dije, en Oriente, hasta el año 1453, y en Occidente, efectivamente hasta el 1555, y oficialmente hasta el año 1806 d.C.

Segunda. Puesto que la séptima cabeza-rey-reino “**cuando venga, es necesario que dure breve tiempo**” (17:10), es, ahora, procedente preguntarnos lo siguiente:

¿Significa durar breve tiempo 1260 años, toda la Edad Media y algo de la Edad Moderna, desde el 538-554 al 1798-1814? Si la séptima cabeza de la bestia fuera el Imperio Romano restaurado ¿por qué la Palabra inspirada añade el importante dato de que tenía que durar necesariamente “**breve tiempo**”?

Si somos consecuentes con la Revelación reconoceremos que la sexta cabeza de la bestia es el Imperio Romano, desde que surgió, en 30 a.C., hasta el 1806 aproximadamente, casi dos mil años de existencia.

Ahora, debemos descubrir quién es la séptima cabeza. Disponemos de tres pistas:

- 1) Debe ser un poder perseguidor del pueblo de Dios y de todo lo que a Él se refiera; este es el rasgo común de todas las cabezas de esta bestia universal de Apocalipsis 13:1-3.
- 2) Lógicamente, tiene que ser un reino que aparezca poco después del año 1800, y que tenga la importancia de imperio o similar.
- 3) “**Es necesario que dure breve tiempo**” (Apocalipsis 17:10)

El único imperio que se nos ocurre que cumpla estas características es el que se conoció como “**Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)**, que fue un Estado federal constitucionalmente socialista que existió en Eurasia entre 1922 y 1991” (Wikipedia- unión soviética) (135).

Este imperio, que hizo bandera del ateísmo, y que puso en práctica el marxismo, haciendo propia la famosa frase de su fundador (Karl Marx-1818-1883), “la religión es el opio del pueblo”, a pesar de su enorme extensión geográfica, y de haber llegado a ser una superpotencia mundial, curiosamente, cumplió la profecía pues solo permaneció unos 70 años. Periodo de tiempo breve, no solo comparado con la duración del anterior sino con la vida misma del ser humano, que es igualmente así de breve y efímera. Por lo demás de todos es conocido la crueldad de este régimen y de los primeros dirigentes que tan fácilmente eliminaban a todo aquel que se les opusiera, contándose en miles los que sufrieron la muerte, o lo que es peor, la deportación y prisión en

los terribles campos de concentración de Siberia. Transcribimos a continuación unos párrafos extraídos de Wikipedia.

“El decreto de 1918 del Consejo de Comisarios del Pueblo que establecía a la República Socialista Federativa Soviética de Rusia como un Estado secular también decretó que *«la enseñanza de la religión en todos [los lugares] donde se enseñen materias de aprendizaje general, está prohibida. Los ciudadanos pueden enseñar y pueden aprender religión en privado.»* Entre otras restricciones, las aprobadas en 1929, con media década de gobierno de Stalin, incluían prohibiciones expresas de una variedad de actividades de la iglesia, incluyendo reuniones organizadas para el estudio de la Biblia. Miles de establecimientos tanto cristianos como no cristianos fueron cerrados en las décadas de 1920 y 1930 y, en 1940, fueron cerradas no menos del 90 por ciento de las iglesias, sinagogas y mezquitas que habían estado operando en 1917.

Convencido de que el antisovietismo religioso se había convertido en una cosa del pasado, el gobierno de Stalin comenzó a trasladarse hacia una política más moderada con respecto a la religión en la década de 1930. Los establecimientos religiosos soviéticos se congregaron abrumadoramente para apoyar el esfuerzo bélico durante la guerra con la Alemania nazi. En medio de otras adaptaciones a la fe religiosa, las iglesias fueron reabiertas, la Radio Moscú comenzó a transmitir un horario religioso y en 1943 fue celebrado un encuentro histórico entre Stalin y el Patriarca Sergio I de Moscú, el líder de la Iglesia Ortodoxa en ese entonces. La tendencia general de este período fue un incremento de la actividad religiosa entre los creyentes de todas las religiones.

El sistema soviético se enfrentó nuevamente con las iglesias bajo el liderazgo del Secretario General Nikita Jrushchov, que tuvo la característica de ser un período donde el ateísmo fue enfatizado en el currículum educativo y donde numerosas publicaciones estatales promovieron opiniones ateas. Entre 1959 y 1965, el número de iglesias cayó de 20.000 a 10.000, y el número de sinagogas descendió de 500 a 97. El número de mezquitas activas también disminuyó, cayendo de 1.500 a 500 en una década”. (Wikipedia- Unión Soviética) (136)

La bestia es también el octavo rey

“La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición” (Apocalipsis 17:11).

En este versículo once se vuelve a repetir la misteriosa frase que en el versículo ocho se cita dos veces ***“La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será”*** (Apocalipsis 17:8). El hecho que esta frase se reitere en tres ocasiones es porque encierra una información importante para todos los creyentes, ¿por qué si no es así el ángel del Señor iba a mencionarla tres veces?

En mi opinión, se nos pretende decir que la bestia, con la cabeza correspondiente, que ha reinado, o reinará, en cada época de la historia representa un reino perseguidor del pueblo de Dios, que permanecerá hasta el

fin del mundo, porque le es dada la autoridad por el diablo, hasta que por el juicio de Dios, la bestia y el falso profeta sean *“lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre”* (Apocalipsis 19:20) *“Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta....”* (Apocalipsis 19:20).

No podemos perder de vista que el libro de Apocalipsis da una información literal por medio de símbolos, que son necesarios interpretar siguiendo la buena norma de dejar que la Biblia se interprete así misma, atendiendo siempre al contexto cercano y lejano, y de toda la Revelación Antiguo y Nuevo Testamento. Entendemos que el lago de fuego donde son lanzados el diablo, la bestia y el falso profeta representa la destrucción total de estas entidades.

Sin embargo, lo que Dios quiere que sepamos y comprendamos bien, no es ya tanto que el mal y los malvados serán al final vencidos y exterminados, que también, sino más bien que *“no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* (Efesios 6:12), y que nuestras únicas armas para vencer a estas fuerzas diabólicas que operan a través de los reinos de este mundo es solo por medio de creer y obedecer la Palabra de Dios. Debemos, pues, si queremos vencer a **“la bestia que viene –el octavo rey”**– seguir el consejo del apóstol Pablo: *“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. (14) Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, (15) y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. (16) Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. (17) Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios;”* (Efesios 6:13-17).

Como hemos visto “la bestia era” o ha sido en todas las épocas, pero ahora “no es”, porque en el presente del Apóstol aún no había surgido –él vivía en la Roma Imperial–, porque tuvieron que transcurrir cuatro siglos para que **“la bestia que sube del abismo”** [hiciera] *“guerra contra ellos –los dos testigos–, y los vencerá y los matará”* (11:7); esta bestia aún “no es” en tiempos del Apóstol, porque corresponde a la sexta cabeza resucitada como la Roma papal, pues apareció a partir de la caída del Imperio Romano en el 476 d.C.

Puesto que la sexta cabeza –la Roma papal– y la séptima cabeza –La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U.R.S.S.)– ya no existen, ahora estamos viviendo en el periodo previo a la venida del **octavo rey/reino**, que será el Anticristo. Por eso es una etapa de libertad religiosa y de conciencia, y de protección de los derechos humanos, aunque esto ciertamente no se cumple de manera universal, en todas las naciones, aunque sí en gran parte de nuestro mundo. Pero Dios nos advierte que la *“bestia”* que nuevamente *“está*

para subir del abismo” será “**el octavo reino**”, que se corresponde con el **Anticristo**. Puesto que ese reino es el que permanece hasta el fin del mundo, Satanás lo instrumentalizará, como ha hecho con todos los anteriores, pero ahora usando medios mucho más refinados, adaptados a una época en que priman grandes avances en la ciencia y la tecnología. Mucha gente que vive ajena a la Palabra de Dios será engañada, y deslumbrada por las grandes señales, y portentosos falsos milagros, que serán realizados por el anticristo, **“inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos,** (10) *y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. (11) Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que creen la mentira, (12) a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”* (2 Tesalonicenses 2:3-12).

Los pocos datos que la Palabra de Dios da para identificar a la bestia que es el octavo rey-reino, deberían ser suficientes si estamos atentos a los eventos y noticias del mundo, y si, además, somos no solo oidores de la Palabra de Dios sino también hacedores de todo lo que se recomienda en ella. La información se nos da en Apocalipsis 17:1-18, que ya hemos comentado anteriormente, pero especialmente, a partir del versículo once.

¿Quién es la bestia-octavo reino de Apocalipsis 17:11?

El dato fundamental es: **la bestia-octavo reino “es de entre los siete, y va a la perdición.”** (17:11)

¿Qué quiere decir esto?

Desde mi punto de vista, significa que **el octavo rey-reino surgirá de entre los reinos que conformaron el sexto y el séptimo**, que como sabemos permanecen actualmente, en la forma de **la Unión Europea y Rusia**.

Lógica y racionalmente, **el octavo reino-imperio** no puede surgir de **la Unión Europea**, porque ésta es **“un reino dividido”** (Dn. 2:41). Es pertinente ahora que volvamos a leer la parte final de la profecía de Daniel, aquella en la que Dios le da la interpretación del sueño de la gran estatua que tuvo el rey Nabucodonosor (605-587 a. C.); especialmente nos interesa el significado de los diez dedos de los dos pies de la estatua: **“Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido.”** (Dn. 2:41) .

Daniel 2:41-45: Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido. (42) Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. (43) Así como viste el hierro mezclado con

barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro. (44) Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre [el Reino de Cristo], (45) de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación.

Por tanto, de **la Unión Europea –un reino dividido** – no puede surgir nunca un imperio; y en el caso que surgiera sería muy improbable que fuera un imperio autocrático y tiránico, y que, además, persiguiera no solo a los cristianos, sino a todos los que se le oponen.

Sin embargo, Rusia sí es, actualmente, un imperio autocrático y tiránico, cuyos gobernantes lo han demostrado ampliamente masacrando a Ucrania, violando las leyes internacionales, al atacar a los civiles y bombardear las ciudades y centros sanitarios, centrales nucleares, y manteniendo a su mismo pueblo sin libertad de Prensa. No es, pues, nada absurdo sacar la conclusión de que **el Imperio Ruso es el octavo reino** al que se refirió el ángel del Señor en Apocalipsis 17:11.

Como hemos visto a lo largo de este estudio, de la sexta cabeza, el Imperio Romano, surgieron diez cuernos-reyes poderosos que se han desarrollado y que en este siglo XXI, están perfectamente delimitados porque conforman la Unión Europea.

“Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. (13) Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. (17:12-13)

Los diez reyes representan simbólicamente las diez naciones europeas que se han ido desarrollando y formando desde el comienzo del desmembramiento del Imperio Romano de Occidente, siendo que algunas continuaron, y otras surgieron, u obtuvieron poder, después de la caída de Roma Imperial en el año 476 d.C. La bestia es el Imperio Romano que surgió después de su caída, –con los emperadores Justiniano (527-552 d.C.), y siguientes, especialmente Carlomagno en el siglo IX–, y que oficialmente se prolongó hasta el año 1800.

“Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles. (17:14)

Este versículo del libro de Apocalipsis (17:14) es el primero que asigna al **“Cordero”**, es decir, a **Jesucristo**, el título de **“Señor de señores y Rey de reyes”**. Y por segunda vez se le aplica el mismo al “jinete del caballo blanco” –

“El Verbo de Dios” (19:11-12)–, que aparece en el capítulo 19. Estos textos dan seguridad a los creyentes, porque se les confirma muy claramente que el que ha obtenido para ellos la vida eterna mediante su muerte vicaria, como “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, recibe la misma dignidad real que Dios el Padre (véase 1 Ti. 6:16); y por tanto, es todopoderoso como Dios Padre.

Los diez reyes-naciones, junto con la bestia –la Roma papal–, que “*se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses*” (13:5úp) –1260 días-años–, “*se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación*” (13:7). La lección para los cristianos es que el Imperio Romano –la bestia– en colaboración con las citadas naciones pudieron vencer a los santos, pero, éstos –los creyentes en el Cordero–, pueden confiar plenamente en Él, porque finalmente **“el Cordero los vencerá”** [a la bestia y a dichos reyes-reinos] (17:14).

“Me dijo también: Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas.” (17:15)

Este texto nos muestra que **“la ramera”** –la Iglesia idólatra o el reino papal– con *“la cual han fornicado los reyes de la Tierra, y los moradores de la Tierra se han embriagado con el vino de su fornicación”* (17:2) –es decir, sus falsas doctrinas e idolatrías– tiene influencia, y en este sentido autoridad sobre todo el mundo.

“Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego; (17) porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios. (17:16-17)

Como vimos, primeramente “la ramera” o reino papal, con diversas alianzas con los citados reyes-naciones fue adquiriendo progresivamente cada vez más poder; así nos lo confirma la Historia. Veamos algunos párrafos extraídos de Wikipedia:

“Desde que se instituyó la [sede episcopal](#) de Roma, los fieles, y en mayor medida los [emperadores cristianos](#), fueron donando a la [Iglesia](#) romana cuantiosos bienes territoriales, algunos de ellos constitutivos de importantes extensiones de terreno. Estas posesiones, más otras de carácter inmueble, vinieron a integrar lo que se conoció como *Patrimonio de San Pedro*, y estuvieron diseminadas por toda Italia e incluso fuera de ella. Su administración, aunque no convirtió inicialmente a los [papas](#) en jefes de Estado, les confirió no obstante auténticas prerrogativas civiles y políticas reconocidas por la [Pragmática Sanción de 554](#) promulgada por el emperador Justiniano (una vez que, tras la conquista de [Belisario](#), Roma volvía a estar bajo la soberanía de los emperadores, tras el interregno [hérulo](#) y [ostrogodo](#)), entre otras la de poseer una

fuerza militar que llegó a constituir un respetable ejército puesto en acción en múltiples ocasiones, en no pocas bajo el mando del propio pontífice-caudillo. Por otro lado, muchos de los papas procedían de las clases dominantes romanas y ejercieron simultáneamente el cargo episcopal y el de gobernante civil de la *Ciudad Eterna*. Tal fue el caso de **Gregorio Magno (590 – 604)**, hombre avezado en el desempeño de funciones políticas pues había ostentado anteriormente el cargo de prefecto de la propia ciudad (*praefectus Urbis*) y pertenecía a una familia de **patricios** romanos.

Sin embargo, fue el siglo XI el momento culminante de la ofensiva teocrática de la Iglesia de Roma, bajo la dirección del papa Gregorio VII, sumo pontífice entre 1073 y 1085, cuya política se consagró a defender el poder absoluto de la Iglesia de Roma (que ya había pagado por ello en 1054 el alto precio del Cisma de Oriente), desde la imposición de la liturgia romana sobre todas las demás (combatiendo, por ejemplo, el tradicional rito mozárabe español), hasta la reclamación del poder temporal en Italia (a partir de la supuesta Donatio Constantini, un documento falsificado para apoyar tales pretensiones, cuya denuncia con argumentos irrefutables llevaría a cabo en el siglo XV el filólogo Lorenzo Valla en su *De Constantini Donatione*). (Wikipedia- Dominación del mundo) (137)

“Fue en el siglo VII, específicamente en el año 756, cuando surgieron los Estados Pontificios, gracias a una donación territorial que hizo el rey de los francos Pipino, el Breve al papa Esteban II.” (Nanopdf.com-los estados pontificios) (138)

[...] Y, sobre todo, de la superioridad del poder espiritual del papado sobre el temporal del emperador, que dio lugar a la famosa querrela de las investiduras sobre los nombramientos de las autoridades eclesiásticas, con la utilización por parte del pontífice de la poderosa arma de la excomunión (que desvinculaba a los vasallos de su juramento al soberano), pero que, tras una victoria provisional sobre el emperador Enrique IV (la llamada humillación de Canossa de 1077), provocó un largo enfrentamiento que llevó a Gregorio VII a morir en el exilio en Salerno y que no se solucionó provisionalmente sino años más tarde con el llamado Concordato de Worms (1122). Concordato que no puso fin a los enfrentamientos entre papas y emperadores, sobre todo tras la irrupción de la dinastía alemana de los Hohenstauffen en Italia y la aparición de las facciones de güelfos (partidarios del papa) y gibelinos (partidarios del emperador), que siguieron activas y dividiendo a los italianos hasta mucho después, como denota, por poner un ejemplo, la actuación política del poeta Dante Alighieri. En ese sentido, las Cruzadas formaron parte de la misma política expansiva de la Iglesia de Roma. La primera fue proclamada por el Papa Urbano II en 1095 y tenía como objeto la recuperación de los llamados Santos Lugares de manos de los musulmanes que parecían aumentar su presión sobre las peregrinaciones cristianas a Jerusalén. (estudis_02 medieval.pdf) (139)

“Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda” (17:16)

También progresivamente fue el reino papal perdiendo gran parte de su poder y propiedades materiales; pero fue Napoleón Bonaparte el que le asestó un fuerte golpe hacia el año 1798 d.C., al conquistar Italia y llevar prisionero al papa Pio VI. Entonces el Reino papal también perdió “los Estados pontificios”, los cuales volvió a recuperar después de la derrota de Napoleón en 1814 (Wikipedia-Estados Pontificios) (140). Pero, finalmente los perdió en 1870, permaneciendo por un periodo de 59 años sin apenas poder temporal, hasta el año 1929 en que firmó el Tratado de Letrán con Benito Mussolini, y le fue concedido el Estado de la Ciudad del Vaticano, desde donde actualmente reina. Veamos cómo lo explica Wikipedia:

[...] El [Concordato de 1801 con el Papa Pío VII](#), puso fin al enfrentamiento con la [Iglesia Católica](#) originado por el inicio de la [Revolución](#).

https://es.wikipedia.org/wiki/Napole%C3%B3n_Bonaparte (141)

[...]

El papa –lo era entonces [Pío VII](#)– regresó a Roma, de donde retornó a [París](#) para coronar emperador a Napoleón en 1804. Pero pronto el papa supuso un estorbo en los planes del emperador, quien en 1809 se adueñó de los Estados Pontificios, los incorporó al Imperio y retuvo a Pío VII como prisionero en [Savona](#). Tras las derrotas de Napoleón, el papa pudo retomar sus posesiones en 1814, siendo reconocida en el Congreso de 1815 la pervivencia de los Estados Pontificios dentro del nuevo orden europeo, aunque con una ligera merma territorial que fue a parar a poder del Imperio.

https://es.wikipedia.org/wiki/Estados_Pontificios (142)

[...]

“En 1870 estalló la Guerra Franco-prusiana y el emperador francés Napoleón III precisó disponer de todos los efectivos militares, incluidas las unidades de guarnición en Roma. Italia fue aliada de Prusia en esta contienda, por lo que contó con el beneplácito del Canciller de Alemania Otto von Bismarck para actuar sin reparos contra las posesiones del pontífice pro francés. Pío IX reunió ocho mil soldados en un desesperado intento de resistir, pero el insuficiente ejército papal no pudo contener a las divisiones italianas que marcharon patrióticamente enardecidas sobre Roma. El 20 de septiembre de 1870 entraban en la capital del flamante reino de Italia en cuyo palacio del Quirinal establecía su corte el rey Víctor Manuel II.

Desde el comienzo de su pontificado el Papa Pío IX se vio envuelto en la vorágine histórica que significó el proceso de unificación de Italia. Ésta implicaba necesariamente el fin de los Estados Pontificios, a lo que Pío IX se opuso tenazmente. El papa Pío IX se autoproclamó *prisionero en el Vaticano* cuando el reino papal en Roma acabó a la fuerza, los Estados Papales se unieron al resto de Italia para formar el nuevo Reino de Italia unificado bajo el rey Víctor Manuel II y la ciudad de Roma se convirtió en su capital.

Tuvieron que pasar 59 años hasta que, el 11 de febrero de 1929, Pío XI y Benito Mussolini suscribieran los *Pactos de Letrán*, en virtud de los cuales la Iglesia reconocía a Italia como estado soberano, y ésta hacía lo propio con la Ciudad del Vaticano, pequeño territorio independiente de 44 hectáreas bajo jurisdicción pontificia” (https://es.wikipedia.org/wiki/Estados_Pontificios) (143)

“porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.” (17:15)

Nada puede ocurrir en el mundo que impida que se cumplan los planes de Dios de salvación de **los que están con Él [los que] son llamados y elegidos y fieles.** (17:14úp)

“Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.” (17:15)

Ya vimos arriba que “*la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra*”, no fue solo la Roma Imperial, sino también la Roma papal, puesto que el reino papal fue progresivamente alcanzando más y más poder, e interviniendo también en asuntos civiles y sociales, formando alianza con los distintos emperadores, desde Teodosio, pasando por Justiniano, seguido de Carlomagno, etc. Además, en Roma – “la gran ciudad”– desde los primeros siglos de nuestra Era, reside la Santa Sede de la Iglesia católica. Esta organización dirigida por diferentes papas consiguió, a partir del 756, los Estados Pontificios, que quedarían reducidos al Estado de la Ciudad del Vaticano, que “comenzó su existencia en 1929 tras la firma de los Pactos de Letrán celebrados entre la Santa Sede y el entonces Reino de Italia, que en 1870 había conquistado los Estados Pontificios” (144).

Capítulo 18

La caída de Babilonia

Introducción

“Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. (2) Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. (3) Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites” (18:1-3).

Como sabemos, Babilonia es símbolo de confusión, falsedad y engaño, como todo lo que abunda en nuestro tiempo, y que ya existía en la antigua Babilonia, como la astrología, el ocultismo, el espiritismo, y más recientemente la Nueva Era. Por tanto, representa la idolatría y la religión cristiana falsificada, allí donde se encuentren estas prácticas, sea del catolicismo o del Protestantismo; aunque nadie puede obviar que el gran error de la Jerarquía Católica, empezando por el Papa, ha sido desvirtuar el Evangelio mediante su mezcla con las doctrinas que surgen de la Tradición. De manera que esta última ha adulterado a aquél, dando como resultado un conjunto amorfo y espurio, que no tiene poder de santificar al creyente y que confunde a sus fieles, y les desvía de la verdadera adoración a Dios. Muchas malas y abominables prácticas salieron de la Tradición católica de las que podemos citar algunas de ellas sin pretender ser exhaustivo, como por ejemplo las que cito de mi artículo: [El dragón, la bestia, y el falso profeta:](#)

- **Idolatría: el culto a María y a los santos que murieron** – supuestamente todos ellos en el Cielo–, y a sus reliquias, e imágenes de madera y escayola; todo ello es una evidente y clara idolatría y prostitución espiritual de la Iglesia Católica, que implica una transgresión no solo de la ley moral sino de todo el NT; porque las criaturas que son finitas reciben la gloria y la honra que solo pertenece a Dios. Desde esta Iglesia se ha enseñado a orar a la Virgen y a los santos, de la misma manera que se ora a Dios, ¡cómo si fuera posible que, esas criaturas aun en el caso poco probable que estuvieran en el Cielo, tuvieran poder para escuchar todas las oraciones! ¡Cómo si de Dios mismo se tratara, y que además luego pudieran interceder ante Él para que les conceda sus millones de millones de peticiones!

- **Concepción inmaculada de María. María mediadora.** Hay, pues, cambio de la ley de Dios, cuando se cambia el Evangelio al añadirle que la Virgen nació sin pecado original, inmaculada, a semejanza de Jesucristo. Se vuelve a cambiar el Evangelio cuando se enseña que la Virgen es corredentora y mediadora, y que ascendió al Cielo corporalmente (Dogma desde 1950). Tampoco es confirmado por el Evangelio que María fuese virgen después del parto.

Mateo 1:25: Pero no la conoció [a la virgen María] hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS.

- **La doctrina del Purgatorio.** Lugar y estado de las almas de los difuntos, que no han alcanzado en su vida terrenal la justicia y santidad suficiente y tienen que seguir purificándose, apartadas de la presencia de Dios, en un lugar intermedio entre el infierno y el cielo, hasta que consigan esa pureza que les permita alcanzar, al fin, el Paraíso. Creer en este dogma de fe significa echar por el suelo el sacrificio de Cristo, pretender que Él no ha tenido el poder de purificar a esas personas, y que ellas, en cambio, si lo tienen para purificarse a sí mismas. Aunque existen muchos textos que demuestran la herejía de esa doctrina solo vamos a citar dos, aparte de los ya mencionados arriba (Hebreos 9:24-28; 10:12-14).

- **La transustanciación de la hostia en cuerpo y sangre de Jesucristo**
La transustanciación de la hostia consagrada por el sacerdote en cuerpo y sangre de Jesucristo significa que los sacerdotes, cada vez que celebran la misa, hacen el increíble y fantástico milagro de transformar un poco de materia inanimada en algo tan grande y maravilloso como es la vida de un ser viviente; que en este caso, no es un ser humano cualquiera, sino el mismísimo Jesucristo, el Hijo de Dios, Dios hecho carne. El cual millones de veces cada día es muerto de forma incruenta, para alimento de los feligreses. No puede ser que algo que se come y que luego va a la letrina, sea el ser entero de Jesucristo, su cuerpo y su sangre realmente. Notemos lo que declara el propio Jesús respecto a lo que ocurre con lo que se come materialmente.

Mateo 15:17: ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina?

Marcos 7:18,19: Él les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos.

¿Convirtió Jesús el pan y el vino en su cuerpo y sangre?

Lucas 22:17-20: Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartiéndolo entre vosotros; (18) porque os digo que no beberé más del fruto de la vida, hasta que el reino de Dios venga. (19) Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; **haced esto en memoria de mí.** (20) De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.

Por tanto, el sacrificio de Jesucristo que hace el sacerdote en la misa no es aceptable para Dios.

- **La concesión y venta de indulgencias para el perdón de los pecados.** Es evidente, para cualquier estudioso de la Biblia, que esta doctrina contradice el principio fundamental de que la salvación viene por la sola fe en Jesús (Efesios 2:8,9), *no por obras para que nadie se gloríe*. No se puede comprar el perdón ni la salvación. Estos son dones de Dios que se obtienen a través de la fe en el único mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre (1ª Timoteo 2:5). En ningún otro hay salvación (Hechos 4:11-12). Veamos lo que dice al respecto el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

“La *simonía* (cf Hch 8:9-24) se define como la compra o venta de las realidades espirituales. A Simón el mago, que quiso comprar el poder espiritual del que vio dotado a los apóstoles, Pedro le responde: “Vaya tu dinero a la perdición y tú con él, pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero” (Hch 8:20). Así se ajustaba a las palabras de Jesús: “Gratis lo recibisteis, dadlo gratis” (Mat 10:8; cf Isa 55:1). Es imposible apropiarse de los bienes espirituales y de comportarse respecto a ellos como un poseedor o un dueño, pues tienen su fuente en Dios. Sólo es posible recibirlos gratuitamente de él” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2121) (145)

- **Las oraciones y misas por los difuntos.** De nada sirven, pues, “*está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después de eso el juicio*” (Hebreos 9:27).

(Fin de la cita: párrafos extraídos de mi artículo [El dragón, la bestia, y el falso profeta](#), (146)

Contenido capítulo 18: La caída de Babilonia

“Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. (2) Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. (3) Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los

reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites. (4) Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; (5) porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades. (6) Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. (7) Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; (8) por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga. (9) Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio, (10) parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio! (11) Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías; (12) mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol; (13) y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres. (14) Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado, y nunca más las hallarás. (15) Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando, (16) y diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas! (17) Porque en una hora han sido consumidas tantas riquezas. Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos; (18) y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad? (19) Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada! (20) Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella. (21) Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada. (22) Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti. (23) Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones. (24) Y en ella se halló la sangre de los profetas

y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.” (Apocalipsis 18:1-24)

Comentario capítulo 18: La caída de Babilonia

“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas. (5) porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades. (6) Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. (7) Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; (8) por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga” (18:4-8)

Después de la descripción de la caída de “la gran Babilonia”, viene la seria advertencia de Dios a salir de ella, para no participar de sus pecados: “Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas.” (18:4). En los textos de arriba hay serias advertencias de Dios respecto del fin que tendrá Babilonia y también del juicio que recibirán los que interactúen con ella, y se dejen influenciar por sus doctrinas idólatras.

“Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio, (10) parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio! (11) Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías; (12) mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol; (13) y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres.” (18:9-13)

Estos textos hablan del juicio de Babilonia, y de la lamentación que harán, primero **“los reyes de la tierra que han fornicado con ella”**; se trata de fornicación espiritual, es decir, los citados gobernantes han asumido sus enseñanzas idolátricas y las han practicado; y, en segundo, lugar se refiere a los mercaderes de la Tierra, porque ya no podrán hacer con ella ese tipo de transacciones comerciales ilícitas, con lo que se han enriquecido, porque incluso han llegado a traficar con “almas de hombres”

“Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado, y nunca más las hallarás. (15) Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando, (16) y diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas! (17) Porque en una hora han sido consumidas tantas riquezas.”
(18:14-17)

Aparece el temor de los mercaderes que traficaban con Babilonia, al ver su decadencia y los juicios que Dios ha ejecutado sobre ella; porque piensan que también ellos recibirán el castigo de Dios, como se merecen por haber secundado y seguido y comerciado con ***“Babilonia la Grande, la Madre de las rameras y de las abominaciones de la Tierra.”*** (17:5)

“Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos; (18) y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad? (19) Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada!” (18:17-19)

En los versículos anteriores vemos la gran influencia que ha tenido la Gran Babilonia sobre todo tipo de gentes; aquí se refiere especialmente a la lamentación de los que trabajan en el mar. Todos ellos han sido engañados por sus engañosas y falsa doctrinas idolátricas de adoración a María y a los santos muertos.

“Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella. (21) Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada. (22) Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti. (23) Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.” (18:20-23)

Termina este capítulo, justificando la ejecución de los juicios de Dios sobre Babilonia La Grande, porque ***“en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.”*** (18:24); y, también dando consolación a ***“vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella”*** (18:20)

Capítulo 19

La Cena de las bodas del Cordero

Introducción

El capítulo 16 describe el derramamiento de las siete copas o plagas de la ira de Dios, y la séptima copa consiste en que: *“hubo [...] un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. (19) Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. (20) Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. (21) Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.”* (16:18-21).

En el capítulo 17 se identifica a Babilonia La Grande y en el capítulo 18 se ejecuta la sentencia sobre ella, como acabamos de comprobar.

En el presente capítulo 19, el apóstol Juan oye *“una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro”* (19:1); sin duda, es la Iglesia que ya está en el Cielo. Recordemos que, en el capítulo 15, la Iglesia aparece en el Cielo por primera vez, porque, en eso momento histórico de la profecía, el apóstol Juan ya anticipa o da por acontecidos la Parusía y el arrebatamiento de la Iglesia al encuentro de Cristo (1 Ts. 4:13-18); pero esos acontecimientos ocurrirán inmediatamente antes de que Dios empiece el derramamiento de las siete copas o plagas: *“Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios”* (15:2). Estos son todos los santos de todas las épocas, que serán arrebatados por Cristo al Cielo, después de resucitar a los muertos en cuerpos incorruptibles, y transformar a los vivos también en cuerpos espirituales a la semejanza del Cristo glorioso (1 Co. 15:40-58; cf. 1 Ts. 4:13-18).

Contenido capítulo 19: La Cena de las bodas del Cordero

“Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; (2) porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. (3) Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella

sube por los siglos de los siglos. (4) Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya! (5) Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. (6) Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! (7) Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. (8) Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. (9) Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios. (10) Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía. (11) Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. (12) Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. (13) Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. (14) Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. (15) De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. (16) Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. (17) Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, (18) para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes. (19) Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. (20) Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. (21) Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.” (Apocalipsis 19:1-21)

Comentario capítulo 19: La Cena de las bodas del Cordero

En este capítulo 19 se presenta, **en primer lugar, a la Iglesia triunfante en el Cielo** –una vez que haya sido arrebatada al encuentro con Jesús, en Su Parusía (1 Ts. 4:13-18)–, alabando y cantando a Dios el himno: **“¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; (2) porque**

sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. (3) Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.” (19:1-3). Ahora Dios ha respondido a la petición de los mártires que pedían justicia por su sangre derramada (6:9-11). El humo que desprende la Babilonia ardiendo, que “*sube por los siglos de los siglos*”, es evidentemente un simbolismo de las consecuencias eternas del juicio de Dios sobre todos sus enemigos.

En segundo lugar, se nos alienta a: “*Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.*” (19:7). Obviamente “la esposa del Cordero” es la Iglesia; porque “... *Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. [...] Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, (26) para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, (27) a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*” (Ef. 5:24,25-27).

“Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.” (19:8).

Las vestiduras de la Novia-Esposa de Cristo simbolizan la gloria, pureza y justicia que ha alcanzado por medio de Su Salvador.

“Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios. (10) Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.” (19:9-10).

El ángel le recuerda a Juan que no debe postrarse ante una criatura aunque sea un ángel; solo a Dios le corresponde la adoración.

El testimonio de Jesús solo se puede tener y retener si Su Espíritu mora en nosotros; solo entonces le aceptaremos verdaderamente como Salvador, que ha derramado Su sangre para que podamos ser salvos; y, por ello obedeceremos Su Palabra: “*Si me amáis, guardad mis mandamientos. (16) Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: (17) el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.*” (Jn. 14:15-17); “*Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. (35) En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.*” (Jn. 13:34-35). Por eso, **el testimonio de Jesús**

es el espíritu de la profecía. Es decir, la esencia de toda profecía es el testimonio de Jesús; sin ese Espíritu, no hay profecía, no hay cristianismo, no hay fe alguna.

El jinete del caballo blanco

En tercer lugar, se nos presenta a Jesucristo, el Hijo de Dios, en su Parusía, es decir, en Su venida gloriosa; y se le describe simbólicamente, como **el jinete del caballo blanco**: *“Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. (12) Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. (13) Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS.”* (19:11-13).

Jesucristo, “el Verbo de Dios” (19:13), que recibe, además, los títulos de **“Fiel y Verdadero”** (19:11) y **“Rey de reyes y Señor de señores”** (19:16), aparece en el cielo, esta vez como Juez, y para hacer justicia y destruir a todos los malvados –**“los que destruyen la Tierra”** (11:18)–: **“De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.”** (19:15).

Evidentemente la espada es simbólica, porque, en la Biblia, **“la espada del Espíritu...es la palabra de Dios.”** (Ef. 6:17; cf. Heb. 4:12; Ap. 1:16; 2:12,16; 19:21). Y por ella seremos juzgados **“en el día postrero”**; así lo afirmó Jesús: **“El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.”** (Jn. 12:48)

Hebreos 4:12: Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

En el capítulo 1, el Apóstol Juan, en su visión de Jesucristo, ve que **“de su boca salía una espada aguda de dos filos”** (1:16):

Apocalipsis 1:16: Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.

En el capítulo 2, Jesucristo se presenta a sí mismo como **“El que tiene la espada aguda de dos filos”** (2:12,16):

Apocalipsis 2:12,16: Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: [...] (16) Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.

En cuarto lugar, se nos describe a Jesucristo –en Su venida gloriosa– ejecutando los juicios de Dios sobre los malvados que quedaron en la Tierra a causa de su maldad e incredulidad, y especialmente el juicio sobre la bestia y el falso profeta:

*“Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a **la gran cena de Dios**, (18) para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes. (19) **Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. (20) Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre.**” (19:17-20).*

*“**La cena de Dios**” (19:17úp), que se contrasta con “**la cena de las bodas del Cordero**” (19:9), representa la ejecución de Sus juicios, y de la sentencia de muerte sobre todos los que han quedado en la Tierra, no hay excepciones, pues las “carnes” “de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, **y carnes de todos**, libres y esclavos, pequeños y grandes” (19:18), son expuestas a las aves de rapiña como símbolo de su destrucción completa.*

*“**Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. (20) Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre.**” (19:19-20).*

“Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos” (19:21).

*“**Los demás fueron muertos**”, es decir, los restantes; nadie queda vivo en la Tierra, después de la segunda venida de Cristo. Tengamos en cuenta que esta terrible ejecución de todos los moradores del planeta Tierra se corresponde con “**la cizaña que se arranca**” “y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo” (Mt. 13:40-43): “Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, (42) y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.” (Mt. 13:40-42). Son los mismos habitantes de la Tierra, que sobrevivieron a las no menos horribles siete plagas o copas de la ira de Dios, y se simbolizaron en*

el capítulo 14 de Apocalipsis, como **“los racimos de uvas maduras”** los cuales son vendimiados y echados **“en el gran lagar de la ira de Dios.”** (14:19). **“Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.”** (14:17-20); todo estos símbolos tienen el propósito de representar la ejecución de la sentencia de muerte de los injustos malvados, la destrucción de **“los que destruyen la Tierra”** (11:18). El mismo acontecimiento es descrito por el apóstol Pedro. Veámoslo.

2 Pedro 3:7-13 pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. [...] (9) El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. (10) Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y **la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.** (11) Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, (12) esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! (13) Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.

“La Tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 P. 3:10úp), por tanto, en el planeta Tierra, a partir de la segunda venida de Cristo, desaparece todo vestigio de vida.

Capítulo 20

Los mil años y el Juicio ante el gran Trono blanco

Introducción

En el **capítulo 15**, Juan vio *“a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios”* (15:2). El *“mar de vidrio”* es el lugar que está delante del trono de Dios; porque así se nos describió en el **capítulo 4**: *“delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal...”* (4:6; cf. 21:18; 21:21). Si el trono de Dios está en el Cielo, todos ellos están también en el mismo lugar. Se trata de todos los santos de todas las épocas que serán arrebatados al encuentro de nuestro Señor Jesucristo, cuando aparezca en gloria (1 Co. 15:51-58; 1 Ts. 4:13-18), que es *“el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la Tierra”* (11:18). En el siguiente **capítulo 16**, estando ya los santos en el Cielo, es cuando se oye *“una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios”* (16:1).

Por lo tanto, la orden de Dios de derramar las siete copas o siete plagas postreras sobre todos los moradores de la Tierra, se produce después de que todos los santos hayan sido llevados al Cielo. En el anterior **capítulo 19**, vimos a la Iglesia, ya en el Cielo, que celebra con Jesucristo *“la cena de las bodas del Cordero”* (19:7,9), y a continuación se nos describe **al Verbo de Dios** – con *“una espada aguda, para herir con ella a las naciones”* (19:15) y a *“sus ejércitos celestiales que le seguían en caballos blancos”* (19:14). Como vimos, es el momento de la vendimia de los racimos de uva madura (14:17-20), o lo que es lo mismo, la siega de la cizaña, que se quema en el fuego: *“Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.”* (Mt. 13:40-43). Además, en ese mismo **capítulo 19**, comprobamos que la ejecución de los juicios de Dios, sobre todos los moradores de la Tierra, termina con la vida de todos sus habitantes, que hubieran sobrevivido a las siete plagas. Por otro lado, el apóstol Pedro nos dijo: *“la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”*, *“en el día del Señor”* (2 P. 3:10).

Puesto que el Planeta Tierra quedará arrasado completamente y sin ningún vestigio de vida en el día del Señor, día de Su Parusía, es lógico deducir que

los acontecimientos que le siguen y que se relatan en este **capítulo 20**, parten de un mundo totalmente destruido y sin vida alguna.

En este **capítulo 20** se nos describen los siguientes acontecimientos:

- A) *“Un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano... prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años.” (20:1-2)*
- B) *“y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.” (20:3)*
- C) *Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años.” (20:4)*
- D) *“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. (6) Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.” (20:5-6)*
- E) *“Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, (8) y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.” (20:7-8).*
- F) *“Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. (10) Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.” (20:9-10)*

El Juicio ante el gran trono blanco

- G) *“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.” (20:11)*
- H) *“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y*

“fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.” (20:12)

I) *“Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. (14) Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.” (20:13-14)*

J) *“Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (20:15)*

Contenido capítulo 20: Los mil años y el Juicio ante el gran Trono blanco

“Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. (2) Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; (3) y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo. (4) Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. (5) Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. (6) Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años. (7) Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, (8) y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. (9) Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. (10) Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. (11) Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. (12) Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. (13) Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. (14) Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. (15) Y el que no se halló

inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis 20:1-15)

Comentario capítulo 20: Los mil años y el Juicio ante el gran Trono blanco

A) “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años.” (20:1-2)

Nos queda perfectamente explicado que “*el dragón, la serpiente antigua*”, es lo mismo que “*el diablo y Satanás*”; es decir, se trata de aquel único ser, el ángel caído que lideró la rebelión, de otros muchos ángeles, contra Dios, y que estuvo “*en Edén, en el huerto de Dios*”, “*querubín grande*” que se corrompió (Ez. 28:12-19), y que se propuso ser como Dios –“*semejante al Altísimo*” (véase Is.14:12-20), pero no en carácter, sino para usurpar el poder de Dios.

Entendemos que el diablo, siendo un ser espiritual puro, no puede ser encerrado fácilmente en compartimientos físicos, ni con elementos materiales, como una llave y una cadena. Lo que nos lleva necesariamente a interpretar que la forma de atar al diablo es simbólica. Pero estoy convencido que Dios todopoderoso tiene infinidad de maneras para neutralizarlo, si así lo deseara, puesto que el diablo no es más que una criatura que Dios creó perfecta, y que luego se corrompió.

Evidentemente, “la llave del abismo” y “una gran cadena” son símbolos, porque todo el mundo sabe que a un ser inmaterial o un ángel caído como es el diablo no se le puede sujetar mediante una “cadena”, por muy grande que ésta sea, porque ningún instrumento material sería apropiado para apresar a una criatura que es espíritu (Heb. 1:14).

B) “y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.” (20:3)

Recordemos que nos hemos proyectado a un momento del futuro de la humanidad, en que ésta ya no existirá, porque Cristo habrá venido y efectuado su juicio “**de destruir a los que destruyen la Tierra**” (11:18); ya no quedará nadie vivo en nuestro Planeta, porque se habrá producido la primera resurrección –de todos los santos, de todas las épocas–, coincidente con la Parusía de nuestro Señor Jesús, el cual los arrebatará a Su encuentro en el Cielo, junto con todos los santos que vivan, *porque “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y **los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados** [se refiere a los santos que estén con vida en el día del Señor]. (53) Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.” (1 Co. 15: 52-53; cf. 1 Ts. 4:13-18)*

1 Corintios 15:51-58: He aquí, os digo un misterio: **No todos dormiremos; pero todos seremos transformados**, (52) en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y **los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados**. (53) Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptión, y esto mortal se vista de inmortalidad.

1 Tesalonicenses 4:13-18: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis **acerca de los que duermen**, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. (14) Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, **así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él**. (15) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (16) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; **y los muertos en Cristo resucitarán primero**. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.(A) (18) Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

Por tanto, en primer lugar, Satanás, *“el cual engaña al mundo entero”* (12:9), ahora es atado ***“para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años”*** (20: 3). Sin embargo, es evidente que el diablo, que ha sido confinado a este Planeta, –y ha estado engañando a todos sus habitantes, desde que Dios creó a la primera pareja de seres humanos hasta hoy–, ya no sería posible que continuara engañando, puesto que no quedará nadie vivo en la Tierra; entonces, ¿a quién podría engañar si no existen personas viviendo en este Planeta, y todos los santos están en el Cielo?

La gran cadena que ata al diablo es precisamente que ya no tiene a su alcance personas a las que engañar, pues está confinado a este planeta Tierra totalmente desierto, como pudiera ser cualquier otro de nuestro universo, en el que no hay rastros de vida. Él tiene mil años por delante para meditar en las consecuencias que trajo él mismo a toda la humanidad, que le hizo caso, llevando a efecto sus tentaciones e influencias malignas.

Por lo tanto, durante esos mil años en la Tierra, no solo queda confinado el diablo, sino también sus ángeles; y ellos lo van a pasar muy mal porque ya no tienen a quien tentar, pues la Tierra está desierta; estos malos espíritus quedan encerrados en este planeta atados por las circunstancias, y porque Dios no les permite que vayan a ningún otro planeta habitado, en el supuesto de que exista alguno. Esto es lo que representan *“la llave del abismo y la gran cadena en la mano”* con las que el ángel ata al diablo (Ap. 20:1-3).

El Milenio empieza, pues, inmediatamente después de la venida gloriosa de Cristo, momento en el que todos los santos –los vivos transformados en cuerpos gloriosos, y los muertos en Cristo, que han tenido parte en la primera resurrección, serán *“arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir*

al Señor en el aire” (1 Tes 4:17) – “serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Ap. 20:6).

C) “Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Esta es la primera resurrección. (6) Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.” (20:4-6)

Aquí el apóstol Juan vio “tronos”, y describe a tres grupos de santos, que necesariamente están en el Cielo, porque la Tierra quedó desierta. Veamos ahora, quiénes componen cada grupo.

En primer lugar, “los que recibieron facultad de juzgar” (20:4 pp). Parece que no todos los santos recibirán dicha facultad, como parece desprenderse también de los siguientes textos (véase Mt. 19:28; Lc. 22:30; 1 Co. 6:2,3).

Mateo 19:28: Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, **vosotros que me habéis seguido** también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.

Lucas 22:28-30: Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. (29) Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, (30) para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.

En esos mil años en el Cielo, no todos los santos tendrán la misma misión o reinarán de la misma manera; pero en Apocalipsis 20:4, se refiere, especialmente, a “los que recibieron facultad de juzgar”. Sin embargo, aunque estos juzguen de una manera singular y profunda, es de suponer, que a todos los santos se les permitirá revisar las vidas de todos los que no han alcanzado la salvación, al menos las vidas de sus más allegados, y con los que se relacionaron, para comprobar la justicia y misericordia de Dios, y las falsedades y mentiras del diablo. No obstante, el apóstol Pablo se refiere en general a cada uno de los santos en 1 Corintios 6:2-3:

1 Corintios 6:2-3: ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? (3) ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?

En segundo lugar, vio: “las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos”; y vivieron y reinaron con Cristo mil años” (Ap. 20:4 pú). Todos ellos son los que han sido vencedores a través de circunstancias difíciles, persecuciones diversas, y salieron victoriosos de terribles pruebas, crueles tormentos, se

mantuvieron firmes en su fe y ante las doctrinas idolátricas y falsas, y obraron en coherencia con su creencias, etc., por ejemplo, los mártires de todas las épocas.

En tercer lugar, el apóstol Juan se refiere a todos los no incluidos en los dos grupos anteriores, que también recibieron cuerpos gloriosos a semejanza del de Cristo resucitado, que son, por supuesto, todos los que tuvieron parte en la primera resurrección, comprobémoslo: *“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años (Ap. 20:6).*

Todos estos grupos vivirán y reinarán con Cristo mil años y comprobarán por sí mismos cuán grande es la santidad y justicia de Dios. Entonces se desvelarán todas las dudas, que podían haber abrigado en sus corazones, porque verán que *“fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Ap. 20:13);* y nunca más nadie podrá acusar a Dios de injusticia o arbitrariedad.

D) “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años.” (Ap. 20:5).

Es decir, cuando finalizan los mil años, se efectúa la segunda resurrección –la que Jesús denominó *“resurrección de condenación”* o de *“juicio”* (según versiones) (Jn. 5:29), o bien, como la nombra el apóstol Pablo: **“resurrección de los muertos, así de justos como de injustos”** (Hch. 24:15). Como vimos, la de los justos, se realizará en la venida gloriosa del Salvador; y después de mil años se produce la de los injustos o malvados.

E) “Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, (8) y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar”. (Ap. 20:7-8).

Como vimos en el punto primero, los otros muertos volvieron a vivir, es decir, fueron resucitados, pero con cuerpos mortales; estos son los que componen *“las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog...”* (Ap. 20:8).

Ahora, también coincidente con el fin de los mil años, **Satanás es soltado**, –ha terminado su periodo de mil años de inactividad forzada por las circunstancias, por no tener a quien tentar–, y ya vuelve a tener a los suyos, para tentarlos de nuevo; y eso es lo que hace: salir a engañar de nuevo a todos los malvados resucitados, que formaron parte de todas las naciones del mundo y de todas las épocas.

F) “Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. (10) Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de

fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.” (20:9-10)

El apóstol Juan, nos lleva a un rápido desenlace del final de la historia del mal, del juicio de Dios sobre los malvados y el diablo. Pero no usa más que dos textos para todo ello, lo que evidencia que es un anticipo en forma concisa, – muy resumido y sin dar detalles– de lo que desarrollará, en los textos siguientes y en los capítulos finales 21 y 22 de Apocalipsis. Y en el versículo 9, san Juan sitúa, como ya establecidos sobre este planeta Tierra, “*el campamento de los santos y la Ciudad amada*” (Ap. 20:9), y esto nos sorprende, porque este acontecimiento esencial –el descenso de los santos del Cielo con la nueva Jerusalén, se nos relata en el siguiente capítulo 21. Lo que debemos entender, pues, es que San Juan ha ido hasta el final, para luego en capítulos aparte (Ap. 21 y 22) desarrollar con todo detalle, el nuevo orden universal, con “*un Cielo nuevo y una Tierra nueva; porque el primer Cielo y la primera Tierra pasaron*” (Ap. 21:1); y, es entonces cuando ve también “*la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido*” (Ap. 21:1,2).

Al acabar el Milenio en el Cielo, los santos regresan a una Tierra nueva, junto con la Ciudad santa, la Nueva Jerusalén, “*porque el primer Cielo y la primera Tierra pasaron...*” (Ap. 21:1); e inmediatamente, se produce la segunda resurrección –la de “*los otros muertos [que] no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años...*” (Ap. 20:5), los cuales se corresponden con los malvados de todas las épocas, que son juzgados en el juicio del Gran Trono blanco (Ap. 20:11-15); entonces, Satanás “*es desatado por un poco de tiempo*” (Ap. 20:3úp); esto significa que ahora vuelve a tener a todas las naciones malvadas a su alcance para volverlas a engañar; y ellas lideradas por el diablo “*rodearon el campamento de los santos y la Ciudad amada*” (Ap. 20:9), con no muy buenas intenciones; pero entonces se ejecuta el juicio definitivo de Dios sobre todos ellos: “*de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió*” (Ap. 20:10). Y el mal y los malvados, fueron erradicados para siempre del universo, y junto a “*la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda (15) Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego*” (Ap. 20:14-15).

El Juicio ante el gran trono blanco

G) “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. (12) Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. (13) Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. (14) Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. (15) Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual

huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.” (20:11-15)

Al final de los mil años, Dios hace desaparecer el desierto planeta Tierra, y crea un *“Cielo nuevo y una Tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más”* (21:1); y, acto seguido, hace descender a los santos desde el Cielo, junto con la nueva Jerusalén; es entonces cuando realiza **la segunda resurrección** –la de *“los otros muertos [que] no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años...”* (Ap. 20:5), los cuales se corresponden con los malvados de todas las épocas, que son juzgados en el juicio del Gran Trono blanco (Ap. 20:11-15): ***“[...] y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. [...] (15) Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.”*** (20:12úp, 15).

Aunque este Juicio final de los malvados aparece relatado después del intento de asalto de ellos a los santos, por el diablo y sus seguidores, parece lógico situarlo cronológicamente antes de la sentencia del Juicio final citado, una vez que “los libros fueron abiertos”. En estos “libros” se encuentran todos los cargos por los que se les codena a la muerte segunda, que es la eterna y definitiva.

“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego Esta es la muerte segunda. (15) Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (véase Ap. 20:14-15). El mal y los malhechores han sido erradicados del universo para siempre. Dios ha sido reivindicado en su justicia y misericordia

Capítulo 21

Cielo nuevo y Tierra nueva

Introducción. Resumen del Apocalipsis

San Juan inició su libro *El Apocalipsis* mostrándonos a Jesucristo, el Hijo del Hombre, el cual nos dio un diagnóstico de la Iglesia universal, a través de un dictamen particular del estado espiritual de cada una de siete iglesias locales de Asia, en los capítulos 1, 2 y 3. En el capítulo 4, siguió presentándonos a Dios Padre en Su trono y la adoración con la que le servían los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos, que estaban alrededor de Su trono; terminando dicho capítulo con el hermoso himno de alabanza: *"Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas"* (4:11).

Esta visión preliminar fue completada, **en el capítulo 5**, con la de *"un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la Tierra"* (5:6); significando el número siete plenitud de sus cualidades divinas. El Cordero era a la vez, **"el León de la tribu de Judá"**, y **"la raíz de David"**, y Dios Padre le dio el rollo **"escrito por dentro y por fuera"** (5:1), porque el Cordero, por haber **"vencido"**, era el único capaz de abrir **los siete sellos** con los que estaba sellado. Como vimos, este rollo contenía los acontecimientos futuros de siete periodos consecutivos que afectarían a la Iglesia, que abarcaban desde su fundación el día de Pentecostés del año 30 d.C., con el comienzo de la predicación del Evangelio del Reino a todo el mundo, hasta el fin del mundo con la venida gloriosa de Jesucristo. A continuación, **en el capítulo 6**, el Cordero abrió los seis sellos primeros, en los que se presentaba esa visión futura, que alcanzaba un momento culminante en el sexto sello, cuando *"el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. (15) Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; (16) y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; (17) porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?"* (6:14-17).

No obstante, previamente a estos acontecimientos finales, Dios haría una operación especial a sus siervos. Y, esto fue lo que se nos dice **en el capítulo 7**, que nada de lo descrito arriba sucedería hasta que Dios hubiera **"sellado en**

sus frentes” a Sus **“siervos”** (7:3); y se hubiera completado el número de los elegidos: **“oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel”** (7:4), que simbolizan **“la gran multitud”** (7:9) que formará el grupo de los salvados: **“Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. (15) Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. (16) Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; (17) porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”** (7:14-17)

El apóstol Juan ahora, **en el capítulo 21**, nos lleva al momento futuro en que todo ello se cumplirá: **“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. (2) Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. (3) Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. (4) Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”** (21:1-4). Pero para llegar aquí, es decir, para ser ciudadanos de la Jerusalén celestial, los creyentes debemos acudir a Jesús: **“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. (29) Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; (30) porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”** (Mt. 11:28-30); y no solo eso sino también obedecer Su Palabra: **“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. (25) Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.”** (Mt. 16:24-25).

Debemos reconocer que todos somos pecadores y que, por tanto, necesitamos de la Gracia de Dios para poder seguirle y obedecerle y para que nos transforme en personas semejantes a Él; de ahí las fuertes advertencias que se proclaman, **en los capítulo 8 y 9**, cuando el mundo rebelde contra Dios recibe la plagas-juicios correspondientes a las siete trompetas; y en especial **la sexta trompeta**: **“Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; (21) y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.”** (9:20-21)

Como decía arriba, antes de llegar a la Tierra prometida –la Jerusalén Celestial–, debemos vivir en coherencia con nuestra fe en Cristo, y también no dejar de predicar el Evangelio del Reino de Dios, y hacer lo que **“el ángel con el librito”** del **capítulo 10**, le mandó a San Juan: *“Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.”* (10:11).

Esta es la misión de la Iglesia –**Los dos testigos del capítulo 11**–, que debe predicar *“este Evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”* (Mt. 24:14), aun a costa de sufrir persecuciones y muertes, como les ocurrió a los cristianos que vivieron bajo el poder de la Roma Imperial; las cuales no terminaron cuando el emperador Constantino firmó la paz con la Iglesia en el 313 d.C., con el Edicto de Milán, sino que la Iglesia papal, por el poder concedido por los emperadores, –empezando por el mismo Constantino, pasando por Justiniano (538-552), y siguiendo por Carlomagno –, se convirtió en perseguidora de todos los que disientían de sus doctrinas heréticas, oponiéndose a obedecer sus dictados. Este periodo oscuro de persecución, de la Iglesia medieval, a los verdaderos cristianos, se describe en el capítulo 11, y abarca **“cuarenta y dos meses”** (42 meses x 30 días = 1260 días-años proféticos), que es el tiempo en el que **“la ciudad santa sería hollada”** –lo que representa a la Iglesia verdadera– (11:1-2), que coincide lógicamente con el periodo de predicación precaria y difícil del Evangelio, de **“mil doscientas sesenta días”- años**, en que los dos testigos predicaron **“vestidos de cilicio”** (11:3), símbolo de tristeza, de pena, de sufrimiento.

En el capítulo 12 siguiente –**La mujer y el dragón**–, al apóstol Juan le *“Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. (2) Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. (3) También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; (4) y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. (5) Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. (6) Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.”* (12:1-6) o bien por **“un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo”** (3.5 años x 12 meses =42 meses) (12:14). Como vimos, se trata de la Iglesia de Cristo simbolizada ahora mediante el símbolo de esta mujer, la cual es sustentada por el mismo periodo en que **“Los dos testigos”** –la Iglesia del capítulo 11 anterior– predicaron el Evangelio, **“vestidos de cilicio”** (11:2-3).

En el capítulo 13 se presentan **las dos bestias** –la primera bestia es la Roma Papal y la segunda *“bestia ... que tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón”* (13:11), simboliza a los dos poderes religiosos: el reino papal y el del patriarcado ortodoxo de Oriente–, y fueron ambas bestias las que promovieron las persecuciones de los santos, durante **“cuarenta y dos meses”**: *“Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos”* (13:7; cf. 13:11-18). **En el capítulo 14**, aparecen nuevamente los 144.000 –que como sabemos simboliza a la Iglesia, es decir, todos los santos resucitados y transformados–, pero esta vez en el monte Sión, en el Cielo con el Cordero, *“Y cantaban un cántico nuevo delante del trono...”* (14:1-3).

A continuación, son proclamados los mensajes de los tres ángeles; **el primero**, advirtiendo al mundo impenitente de los próximos derramamientos de los juicios de Dios, **el segundo**, la caída de Babilonia, y **el tercero**, *“Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, (10) él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; (11) y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre”* (14:6-11). Acabado el tiempo de predicación de estos mensajes, se acaba el tiempo de gracia; **hay dos siegas**: *“la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura”* (14:15); esta siega se corresponde con el trigo de la parábola de la cizaña, y representa a los santos; y **la segunda siega** es la de los injustos o malvados simbolizada por la los racimos de **uva madura –la cizaña**” (14:17-20).

En el capítulo 15, –los ángeles preparan **las siete postreras plagas**–, pero San Juan ve a **la Iglesia** – *“los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre”*–, *“en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios”* (15:2); pues los santos son arrebatados al Cielo, después de los juicios de las siete trompetas, pero antes del derramamiento de las siete postreras plagas o copas de la ira de Dios. Y **en el capítulo 16** siguiente se derraman **las siete postreras plagas** de forma consecutiva y en un breve tiempo.

El capítulo 17, que es un interludio que retrocede a un tiempo anterior a las últimas plagas, es cuando, en primer lugar, se proclama **“la sentencia contra la gran ramera”** (17:1), se la describe como **“Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra”** (17:5), para finalmente identificarla: **“Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra”** (17:18); también se identifica a la Bestia –la Roma papal–, junto con los diez cuernos de la bestia, que son diez reyes que primeramente dan su autoridad a la bestia, y luego *“aborrecerán a la ramera, y*

la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego” (17:12-17).

En el capítulo 18 se describen **la caída de Babilonia** y el cántico de lamentación que hacen todos los que tuvieron algún tipo de relación con la misma.

En el capítulo 19, “la gran multitud en el cielo” (19:1) –la Iglesia– canta: *“¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; (2) porque sus juicios son verdaderos y justos; pues **ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.**”* (19:1-2). A este cántico le sigue otro: *“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han **llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.** (8) Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. (9) Y el ángel me dijo: **Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero.**”* (19:7-9).

Luego, el Jinete sobre el caballo blanco, **“El Verbo de Dios”**, que **“en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores”** (19:16), aparece en el cielo para **“destruir a los que destruyen la Tierra”** (11:18), porque *“De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.”* (19:15). Ahora el planeta Tierra queda totalmente desierto, sin ápice de vida, y es cuando se cumple la profecía de San Pedro: **“el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la Tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”** (2 P. 3:10). Como dijo el propio San Pedro: *“Pero nosotros esperamos, según sus promesas, **cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia**”* (2 P. 3:13).

En el capítulo 20, vuelve aparecer **“el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero”**, del capítulo 12: 7-9 y que –con la victoria obtenida por la vida, muerte y resurrección de Cristo en el año 30 d.C.– pudo ser vencido y **“arrojado a la Tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”** (12:9). Sin embargo, después de la llegada del Señor en gloria, y la destrucción de todos los habitantes existentes en la Tierra, ya no puede seguir engañando a nadie, y solo le queda contemplar durante mil años las consecuencias de su influencia maligna en el mundo. Eso es lo que significa que el **“ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano (2), [prendiese] al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo [atase] por mil años; (3) y lo [arrojase] al abismo, y lo [encerrase], y [pusiese] su sello sobre él, para que no engañase más a las**

naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.” (20:1-2).

Luego, San Juan [vio]: “unos tronos, y sentados en ellos los que tienen poder para juzgar. Vi también las almas de aquellos a quienes les cortaron la cabeza por causa de las enseñanzas de Jesús y de la Palabra de Dios. Vi a todos los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y no habían recibido su marca en la frente o en la mano. **Volvieron a la vida y reinaron mil años con el Mesías. Esta es la primera resurrección. El resto de los muertos no volvieron a la vida hasta que se cumplieron los mil años. ¡Feliz y santo es el que participa en la primera resurrección! La segunda muerte ya no tiene poder sobre ellos: serán sacerdotes de Dios y de su Mesías y reinarán con él mil años.**” (20:4-6) (BLA95). Notemos que los santos serán resucitados en el día de la venida gloriosa de Cristo y arrebatados a Su encuentro en el Cielo, por eso aparecen ahora reinando con Él. Pero “**los otros muertos**” [los injustos de todas las épocas] “**no volverán a vivir hasta mil años después de aquel día**” (20:5). Esta es la resurrección de condenación o de juicio (Jn. 5:28-29) a la que se refirieron, en primer lugar, Jesús, y, en segundo lugar, San Pablo: “*teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que **ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.***” (Hch. 24:15)

“**Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión**” (20:7). Ello significa que él ya puede volver a tentar a los malvados de todas las épocas, porque serán resucitados al fin del Milenio, y la Tierra vuelve a estar habitada por ellos, aunque por poco tiempo.

“**Y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.**” (20:8).

“**Las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra**” se refiere a todos los injustos de todas las épocas resucitados al fin del Milenio, y que ahora vuelven a ser engañados por el diablo.

“**Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada**” (20:9).

Anteriormente vimos que los santos fueron arrebatados al Cielo antes de que Dios derramara sus postreras plagas (véase 15:1-2; cf. 19:1; 20:4); también en el versículo 20:4, se nos dice que **los santos reinaron** –en el Cielo necesariamente, porque allí es donde fueron llevados cuando Cristo los resucitó en su segunda venida (1 Co. 15:51-58; 1 Ts. 4:13-18) – **con Cristo mil años**. Sin embargo, ahora **el campamento de los santos y la ciudad amada** están ubicados en la Tierra, donde son nuevamente atacados por las hordas malvadas lideradas por el diablo. ¿Cómo es posible? Solo cabe una

posibilidad, que una vez finalizados los mil años, Dios hace **“descender del cielo, de Dios”** a **“la santa ciudad, la nueva Jerusalén, [...], dispuesta como una esposa ataviada para su marido.** (3) *Y oí una gran voz del cielo que decía: **He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo,** y Dios mismo estará con ellos como su Dios.”* (21:2-3).

“Y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. (10) Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (20:9-10).

Lógicamente, Dios no podía permitir que la historia de las persecuciones a los santos se volviera a repetir. Además, ahora la batalla entre los malvados resucitados y los santos ya no tendría ningún sentido, pues los primeros fueron resucitados con cuerpos mortales y solamente para ser juzgados en esta prueba final y para recibir condenación. Sin embargo, los santos fueron o serán resucitados con cuerpos inmortales: *“en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. (53) Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.”* (1 Co. 15:52-53; cf. 1 Ts. 4:13-18).

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos” (20:11)

Este es momento del juicio de Dios sobre los malvados. Pero notemos que la Tierra y el Cielo desaparecen de delante de Dios; evidentemente ya no son necesarios porque los malvados ya han sido destruidos para siempre, y los santos vivirán en un *“Cielo nuevo y una Tierra nueva; porque el primer Cielo y la primera Tierra pasaron, y el mar ya no existía más. (2) Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. (3) Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. (4) Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. (5) Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.”* (21:1-5).

El problema del mal y sus causantes han sido erradicados para siempre, y *“ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”* (21:4). Pero aún no ha llegado ese momento, y tenemos que seguir luchando contra todo tipo de mal, mediante el poder de Dios: *“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo*

aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Ro. 1:16.); “Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” (1 Co. 4:20).

Contenido capítulo 21: Cielo nuevo y Tierra nueva

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. (2) Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. (3) Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. (4) Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. (5) Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. (6) Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. (7) El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. (8) Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. (9) Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. (10) Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, (11) teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. (12) Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; (13) al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. (14) Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. (15) El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. (16) La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. (17) Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel. (18) El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; (19) y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; (20) el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. (21) Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente

como vidrio. (22) Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. (23) La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. (24) Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. (25) Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. (26) Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. (27) No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.” (Apocalipsis 21:1-27)

Comentario capítulo 21: Cielo nuevo y Tierra nueva

“Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.” (21:6)

Dios nos invita a todos a **“beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida”**. Se refiere al “Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn. 7:39; cf. 4:13-14).

Isaías 55:1-13: A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. (2) ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. (3) Inclina vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David. (4) He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones. (5) He aquí, llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti, por causa de Jehová tu Dios, y del Santo de Israel que te ha honrado. (6) Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. (7) Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar. (8) Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. (9) Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. (10) Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, (11) así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. (12) Porque con alegría saldréis, y con paz seréis vueltos; los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso. (13) En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán; y será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída.

Juan 4:13-14 Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; (14) mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

Juan 7:37-39 En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. (38) El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. (39) Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. (8) Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (21:7-8).

Se nos exhorta y estimula a vencer a todo tipo de mal con el poder de Dios; y a no ser cobarde ni incrédulo, para no llegar a ser todo lo demás que procede precisamente de nuestra incredulidad y cobardía.

La nueva Jerusalén

A continuación, en los siguientes versículos y hasta el final de este capítulo 21, el apóstol Juan nos describe la nueva Jerusalén, que le mostró *“uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras”* (21:9).

“Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. (10) Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, (11) teniendo la gloria de Dios.” (21:9-11).

El ángel le dice a Juan que le va a mostrar ***“la desposada, la esposa del Cordero.”*** (21:9); esto es la Iglesia, es decir, todos los salvos de todas las épocas, desde Adán y Eva, hasta el día del Señor o día de la segunda venida de Cristo. Sin embargo, cuando le lleva *“en el Espíritu a un monte grande y alto”* le ***“mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, (11) teniendo la gloria de Dios.”*** (21:10-11pp).

¿Cómo podemos interpretarlo? Evidentemente, el ángel mismo es el que representa o simboliza a la Iglesia universal –el conjunto o reunión de todos los santos de todas las épocas– mediante ***“la gran ciudad santa de Jerusalén”***. Luego la descripción de ésta, que le sigue, tiene que ser necesariamente algo que simbolice a la vez dos cosas bien distintas, por un lado es figura de la Iglesia, y por otro, ***“la gran ciudad santa de Jerusalén”*** puede ser también

una representación simbólica de la Tierra Nueva, o bien de la capital de la misma.

“[...] Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. (12) Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; (13) al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. (14) Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. (15) El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. (16) La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales.” (21:11-16)

Podemos observar que, en la descripción de los muros perimetrales de **la gran ciudad Santa**, se usa abundantemente el número doce: **“doce puertas”, “doce ángeles”, doce “nombres inscritos”, [...] “de las doce tribus de los hijos de Israel”** (21:12) Y **“el muro de la ciudad tenía doce cimientos”, “y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero”**. (21:14). Y como sabemos, el número doce es el número que representa a la Iglesia, porque la Iglesia se fundamente sobre las doce tribus de Israel y los **doce apóstoles del Cordero**: [los creyentes en Cristo somos] **“conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios ...edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, (21) en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; (22) en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”** (Ef. 2:20)

Hechos 4:11-12: Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. (12) Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.

1 Corintios 3:10-11: Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. (11) Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

Hebreos 11:10: [Por la fe Abraham]...esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

1 Pedro 2:4-9: Acercándoos a él [Cristo], piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, (5) **vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.** (6) Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo [Cristo], escogida, preciosa; Y el que creyere en él, no será avergonzado. (7) Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, La piedra [Cristo] que los edificadores desecharon,

Ha venido a ser la cabeza del ángulo; (8) y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. (9) **Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.**

“El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. (16) La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales.” (21:15-17)

Estas medidas de la gran Ciudad santa – *“establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura”* (21:16)–, forman un cubo perfecto de **doce mil estadios** de lado (1 estadio= 400 codos = 180 m); *“la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales”* (2.160 km x 2.160 km x 2.160 km). Doce mil es el producto de **doce por mil**; ya hemos visto que el número doce representa al Reino de Dios o a la Iglesia universal. Se deduce, por tanto, que las medidas de la Nueva Jerusalén son simbólicas también y representan también el Reino de Dios.

“Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel.” (21:17)

“Ciento cuarenta y cuatro” [codos (1 codo = 45 cm)] es el resultado del producto de doce por doce. En el capítulo 4 vimos que este número representa a todos los salvos o santos del Antiguo y Nuevo Testamentos.

“El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; (19) y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; (20) el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. (21) Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio.” (21:18-21)

En mi opinión, no creo que sea necesario, ni casi posible interpretar que representan cada uno de esta extensa lista de bellos y preciosos materiales que conforman la Ciudad. Tal vez, nos quieren dar la idea de que la Ciudad y la Iglesia son realmente hermosas y de gran precio; pero nunca podrán equipararse al precio que pagó “el Cordero de Dios” al entregar Su vida por nuestro rescate (Jn. 3:16; Ro. 5:6,8; 1 Co. 15:3; etc.).

“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. (23) La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. (24) Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. (25) Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. (26) Y

Llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. (27) No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.
(21:22-27)

Características que se nos revelan de la Nueva Tierra celestial

- *“El mar ya no existía más”* (Ap. 21:1).
- Habrá una Ciudad celestial llamada la Nueva Jerusalén, que será el Tabernáculo de Dios, donde Dios morará. (Ap. 21:3).
- Allí *“ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”* (Ap. 21:4).
- No hay *“en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero”* (Ap. 21:22).
- *“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”* (Ap.21:23).
- *“Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. (25) Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. (26) Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella”* (Ap. 21:24-26)
- *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero”* (Ap. 21:27).
- Habrá *“Un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero”* (Ap. 22:1).
- *“En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones”* (Ap. 22:2).
- *“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, (4) y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes”* (Ap. 22:3-4).
- *“No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos”* (Ap. 22:5).

Estas cuatro últimas características de la Nueva Tierra o Jerusalén celestial, citadas arriba, se registran en el capítulo 22 último, donde se nos presenta la conclusión de este edificante y profético libro de la Revelación de Jesucristo.

Capítulo 22

El Árbol de la vida y Río de agua de vida

Introducción

Este es el último capítulo del libro de Apocalipsis y también su epílogo. En él se pueden distinguir, al menos, cuatro secciones. **En la primera** –los primeros cinco versículos– se nos revelan las cuatro últimas características de la Nueva Tierra o Jerusalén celestial:

Primera. Cuatro últimas características de la Nueva Tierra

- Habrá *“Un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero”* (Ap. 22:1).
- *“En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones”* (Ap. 22:2).
- *“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, (4) y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes”* (Ap. 22:3-4).
- *“No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos”* (Ap. 22:5).

Segunda. La venida de Cristo está cerca

En esta segunda sección, se reitera que la venida de Cristo está cerca, que es el tema fundamental de Apocalipsis:

“¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (22:7)

*“Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque **el tiempo está cerca.** (11) El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. (22:10-11)*

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. (22:12)

“El que da testimonio de estas cosas dice: **Ciertamente vengo en breve.** Amén; sí, ven, Señor Jesús.” (22:20)

C) Tercera. Las condiciones para entrar en la Nueva Tierra

“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. (15) Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira.” (22:14-15)

D) Cuarta. Invitación del Espíritu y de la Iglesia a que “el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (22:17).

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente. (22:17)

Contenido capítulo 22: El Árbol de la vida y Río de agua de vida

“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. (2) En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. (3) Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, (4) y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. (5) No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos. (6) Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. (7) ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. (8) Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. (9) Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios. (10) Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. (11) El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. (12) He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. (13) Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. (14) Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. (15) Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira. (16) Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. (17) Y el Espíritu y la Esposa dicen:

Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente. (18) Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. (19) Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. (20) El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. (21) La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.” (Apocalipsis 22:1-21)

Comentario capítulo 22: El Árbol de la vida y Río de agua de vida

“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. (2) En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.” (22:1-2)

El **“río limpio de agua de vida”, “el árbol de la vida”, sus “doce frutos”, “las hojas del árbol [que] eran para la sanidad de las naciones”**; son todos símbolos de eternidad o inmortalidad y de inmensa felicidad porque Dios Padre y Jesucristo mismo estarán con nosotros; es la vida eterna que brota **“del trono de Dios y del Cordero”** (22:1 úp).

“El árbol no solo aporta frutos para comer, sino que sus hojas tienen propiedades terapéuticas y producen sanidad. No obstante ¿qué necesidad de sanidad ha de haber en la ciudad eterna? Lo que tenemos aquí es un lenguaje intensamente evocador. En el Edén restaurado todo se ha invertido: si en aquella primera ocasión comer de un árbol produjo la maldición, ahora comer de este árbol traerá la vida eterna. Aunque Juan habla de «la sanidad de las naciones», no hemos de inferir de ello que las naciones seguirán existiendo fuera de la Nueva Jerusalén. Igual que en 21:24 y ss., se toman prestadas imágenes del presente estado de cosas para utilizarlas en la descripción del estado eterno. Para describir la gloria de la era venidera el autor solo dispone de imaginación del periodo presente. La sanidad que producen las hojas indica la completa ausencia de necesidades físicas y espirituales. La vida venidera será una existencia de abundancia y perfección.” (Mounce, p.534) (147)

“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, (4) y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.” (22:3-4)

¿Qué bien supremo puede haber mayor que **“servir a Dios y al Cordero y ver Su rostro”** (22:3-4)?

“¡No puede concebirse mayor bienaventuranza o verdad más gozosa que esta eterna comunión con Dios y con el Cordero! Ciertamente, las inimaginables bendiciones del Edén han sido restauradas.” (Mounce, p.532) (148)

“Jesús enseñó que solo los puros de corazón verían a Dios (Mt 5:8), y en su primera epístola Juan habla de la gran transformación que tendrá lugar con el retorno de Cristo: «sabemos que cuando El se manifieste, seremos semejantes a El porque le veremos como El es» (1 Juan 3:2).” (Mounce, p.534) (148)

“No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.” (22:5)

Ya no es necesaria la noche **“porque la gloria la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”** (21:23), y reinaremos por la eternidad con Jesucristo, el Cordero de Dios.

“La divina providencia ha dispuesto que nuestra Biblia concluya con la restauración definitiva de la creación primigenia. Pablo enseña que, aunque actualmente la creación está sujeta a un proceso de decadencia, no obstante aguarda con expectación el momento en que será librada de tal esclavitud. Esto tendrá lugar cuando los hijos de Dios tomen posesión del glorioso futuro que ha sido preparado para ellos (Rom 8:19-21). Aunque el pecado ha estropeado la historia de la raza humana, Dios ha puesto en marcha una nueva Humanidad por medio de la redención llevada a cabo por su Hijo. En esta era, Cristo gobierna los corazones de aquellos que, con fe, se han vuelto a Él: en la era venidera tal reinado encontrará su plena realización. El pecado será para siempre erradicado y el proyecto del Edén se cumplirá por completo. El libro de Apocalipsis es el capítulo final en el eterno plan de Dios para sus hijos. Por medio de una imaginería enormemente evocadora Juan describe el glorioso futuro de quienes se resisten a la marca de la bestia y con confiada fe se vuelven al Cordero. Nos devuelve a los deseos originales de Dios al crear todas las cosas.” (Mounce, p.535) (150)

“Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. (7) ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (22:6-7).

Se nos advierte nuevamente que **“las cosas** [que hemos estudiado en este libro] **deben suceder pronto”**; y el propio Jesucristo nos dice: **“¡He aquí, vengo pronto!”**. A continuación se nos da la sexta bienaventuranza si guardamos **“las palabras de la profecía de este libro”** (22:7). Es decir, si no caen en “saco roto”, si las creemos y obramos en consecuencia, amándonos unos a otros como Jesús nos ama.

“La cercanía del tiempo del fin, que refleja la cláusula «que deben suceder pronto», no es un problema peculiar del libro de Apocalipsis. Pablo afirma también que el tiempo es corto y que los cristianos han de ajustar su forma de vida a este hecho (1 Cor 7:29-31). (Mounce, p.538) (151)

“Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. (9) Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consero tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.” (22:8-9)

Este mensaje de no adorar a ninguna criatura sino solo a Dios es uno de los temas fundamentales del Apocalipsis; recordemos solamente, por ejemplo, las veces que se nos ha dicho que no adoremos a la bestia ni a su imagen, para que no recibamos su marca; porque ningún idólatra puede entrar en el Reino de Dios.

No puedo menos que acordarme ahora de mis amigos católicos que tanta veneración tienen a la Virgen María, que hasta se postran ante cualquier imagen que la representa, de las muchas que tienen, y le rezan como si ella, una criatura humana, tuviera la capacidad divina de escuchar y atender las oraciones de millones de personas por todo el mundo, porque han puesto su fe en ella, y le piden cosas que quizá no se atreven a pedir al Todopoderoso, porque creen que una madre es más permisiva y condescendiente que nuestro Padre Dios.

“Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. (11) El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.” (22:10-11).

La insistencia en la inminencia del pronto regreso de Jesús es significativa; demuestra que Dios **“quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”** (1 Ti. 2:4). Él no quiere que a nadie le sorprendan los acontecimientos relativos al fin del mundo que en este libro se relatan. Desea que todos estemos preparados para recibirle cuando **“el Hijo del Hombre venga sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”** (Mt. 24:30); los que no estén preparados lo lamentarán; y dirán *“a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; (17) porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?”* (6:16).

[...] El final está siempre cerca en el sentido de que cada generación cristiana puede ser la última, o de que el retorno de Cristo en el arrebatamiento hace que el fin sea siempre inminente durante la era de la Iglesia. Una de las sugerencias más valiosas es la que ve en el libro de Apocalipsis una doble perspectiva: su tema principal es la lucha entre Cristo y el anticristo que llega a su punto

culminante al final de la era, sin embargo esta lucha se produjo también entre la Iglesia y el estado del siglo primero y ha ido apareciendo a lo largo de la historia siempre que los estados han planteado demandas totalitarias. Por ello el tiempo siempre ha sido inminente. Durante el periodo de la historia de la redención que media entre la Cruz y la Parusía, esta tensión de inminencia es constante. (Mounce, p.540-541) (152)

No esperemos a que Dios pronuncie la sentencia: ***“El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.”*** (22:11); porque entonces habrá terminado el tiempo de Gracia, y nos será imposible rectificar.

“Desde la perspectiva del autor de Apocalipsis, el final está tan cerca que ya no queda tiempo para alterar el carácter y los hábitos de las personas. Aquellos que obran mal seguirán haciéndolo, y los moralmente inmundos continuarán en su abyecta condición. La idea fundamental del versículo es que, puesto que el tiempo del fin es ahora inminente, ha llegado el momento de que las personas recojan las consecuencias de la clase de vida que han llevado. Llega un momento en que el cambio se hace imposible puesto que el carácter se ha arraigado profundamente a la persona por toda una vida de práctica habitual. La llegada del fin impide de antemano cualquier posibilidad de alteración.” (Mounce, p.541) (153)

He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. (13) Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. (14) Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.” (22:12-14)

Jesucristo, con sus títulos que le identifican como Ser eterno – *“el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último”*– nos vuelve a avisar de Su pronto regreso, y nos anuncia **la séptima y última bienaventuranza** de este libro: **seremos felices si “lavamos nuestras ropas”**, pero estas ropas –que representan la justicia y pureza solo proceden de Dios– únicamente se pueden lavar con la sangre derramada de Cristo. Esto último nos recuerda lo que se registra en el capítulo 7:14, cuando uno de los veinticuatro ancianos le responde a San Juan: *“él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.”* (7:14). Pero viene bien ahora leer también el contexto: *“Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? (14) Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. (15) Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. (16) Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; (17)*

porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. (7:13-17).

Completo mi comentario con lo siguiente de R.H. Mounce, que me parece muy conveniente:

[...] La doctrina de la distribución de recompensas a los seres humanos según sus obras se enseña a lo largo de toda la Escritura. Jeremías 17:10 es uno de los textos más representativos al respecto: «Yo, el SEÑOR, escudriño el corazón, pruebo los pensamientos, para dar a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras». Pablo enseña que Dios «PAGARA A CADA UNO CONFORME A SUS OBRAS» (Rom 2:6), y Pedro afirma que Dios «juzga según la obra de cada uno» (1 Ped 1:17, Phillips).²⁰ Esta recompensa será para el justo una bienaventuranza espiritual, pero para los perversos representará juicio. La indicación definitiva de lo que cree una persona realmente nos la da la clase de vida que vive. (Mounce, p.541-542) (154)

“Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira.” (22:15)

“El versículo no pretende enseñar que en el estado eterno toda clase de personas impías vivirá en las inmediaciones de la ciudad celestial. Se limita sencillamente a describir el futuro con imaginería del presente. El propósito es contrastar la bienaventuranza de los fieles con el lúgubre destino de los impíos. Juan no se esfuerza en transmitir un cuadro cronológico exacto sino en utilizar imágenes apropiadas e intensas para transmitir la verdad.

Juan enumera seis tipos de malhechores (o quizá siete, dependiendo de cómo se computen las dos clases de mentirosos) que quedarán excluidos de la ciudad. En la Escritura, el término «perro» se utiliza para aludir a varias clases de personas impuras y perversas. En Deuteronomio 23:17-18 este término sirve para aludir un prostituto ritual. En la cultura judía de la Palestina del primer siglo este término se utilizaba en referencia a los paganos (Mt 15:22 y ss.), y en Fil 3:2 Pablo cambia las tornas y lo aplica a los judaizantes. Junto con los perros serán también excluidos aquellos que practican la hechicería, los inmorales, los asesinos, idólatras, y todos los mentirosos. Amar y practicar la mentira implica estar completamente desprovisto de verdad. Éstos han llegado a parecerse a su líder, Satanás, «el cual engaña al mundo entero» (Apoc 12:9; también 13:13-15; 16:14). (Mounce, p.543) (155)

Ahora viene bien recordar la enumeración de gente perversa, muy parecida a esta, que se nos da en el capítulo 21 anterior: *“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” (21:8)*

“Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.” (22:16)

“El ángel que ha guiado a Juan a lo largo de las diferentes visiones del libro recibe ahora la autenticación de parte del propio Jesús. Este ministerio de la revelación le ha sido delegado al ángel de Cristo. El uso del plural «daros» indica que tales revelaciones tenían como receptores a otras personas además de Juan. Con ello se subraya el hecho de que las visiones no son un asunto privado sino algo que atañe a toda la Iglesia.

Jesús se presenta como «la Raíz y la descendencia de David». Él es el cumplimiento de la promesa de Isaías en el sentido de que el Mesías retoñará como «un renuevo... del tronco de Isaí» (Is 11:1, 10; cf. Rom 1:3). En la visión del gran salón del trono del capítulo 5 era «El león de la tribu de Judá, la raíz de David» (v. 5). Jesús se autodenomina también «la estrella resplandeciente de la mañana». [...] La estrella de la mañana representa la promesa de que la larga noche de la tribulación ha terminado y la aurora del nuevo día escatológico está próxima a despuntar. (Mounce, p.544) (156)

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.” (22:17)

Evidentemente, “el Espíritu y la Esposa” se refieren al Espíritu Santo y a la Iglesia universal, respectivamente, y ambos invitan, a todo el que quiera, a beber **“del agua de la vida gratuitamente”**; la misma agua que Jesús prometió dar a la mujer samaritana: “el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré **será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.**” (Jn. 4:14). Es la misma invitación a beber del agua que lleva a vida eterna la que se registra en el capítulo 7 del Evangelio de San Juan: “[...] Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. (38) El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. (39) **Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.**” (Jn. 7:37-39)

“Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. (19) Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.” (22:18-19)

“El libro se dirige hacia su conclusión con una severa advertencia a no añadir ni quitar nada de su mensaje profético. Se dirige, no a futuros escribas que pudieran ser tentados a alterar el texto (¡ni a los críticos textuales que han de decidir entre las variantes más cortas y las más largas!), sino a «todos los que

oyen», es decir, a los miembros de las siete iglesias de Asia en las que el libro iba a ser leído en voz alta. La advertencia se dirige a aquellos que intencionadamente pretenderían distorsionar el mensaje. El sentido es parecido al de las duras palabras que Pablo dirige en Gálatas 1:6, 7 a aquellos que pervertían el Evangelio.

[...]

Este pasaje debe tomarse de un modo sencillo como una severa advertencia a los oyentes para no desfigurar el mensaje esencial que se revela por medio de Juan. La pérdida del derecho al árbol de la vida y a morar en la ciudad santa es un castigo impresionante.” (Mounce, p.544) (157)

“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. (21) La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.” (22:20-21)

Vuelve a ser el propio Jesucristo el que se dirige a todos los oyentes y lectores para reafirmar la verdad, y proximidad en el tiempo, de su retorno glorioso a fin **“de destruir a los que destruyen la Tierra”** (11:18 úp.) y arrebatarse a los santos a Su encuentro en el Cielo (1 Co. 15:51-58; cf. 1 Ts. 4 13:18).

“Con esto termina el libro de Apocalipsis, que ha servido para informar a los lectores de aquella época (y a los de periodos posteriores) que Dios es Soberano y que su plan eterno para la raza humana se cumplirá sin lugar a dudas. Durante el periodo intermedio habrá hostilidad y oposición, sin embargo lo que Dios ha decretado ha de cumplirse necesariamente. Las gentes tendrán que hacer frente a la crucial decisión de dar su lealtad a la bestia (y por tanto al propio Satanás) o al Cordero. Aquellos que decidan recibir la marca de la bestia acabarán compartiendo el mismo destino que ella. La gran ciudad de Babilonia caerá. Aquellos que escojan seguir al Cordero, que lleva las marcas del sacrificio redentor, disfrutarán de eterna comunión con Dios en la Nueva Jerusalén. El fin de todas las cosas se ha puesto al descubierto ante los lectores del libro de Apocalipsis. (Mounce, p.548) (158)

Doy muchas gracias a Dios porque me ha dado fuerza, perseverancia y alguna inspiración, porque de lo contrario no habría podido llegar hasta el final.

Quedo a disposición del lector para lo que pueda servirle.

Afectuosamente en Cristo

Carlos Aracil Orts
www.amistadencristo.com

Si deseas hacer algún comentario a este estudio, puedes dirigirlo a la siguiente dirección de correo electrónico: carlosorts@gmail.com

Referencias bibliográficas

*Las referencias bíblicas están tomadas de la versión Reina Valera de 1960 de la Biblia, salvo cuando se indique expresamente otra versión. Las negrillas y los subrayados realizados al texto bíblico son nuestros.

Abreviaturas frecuentemente empleadas:

AT = Antiguo Testamento

NT = Nuevo Testamento

AP = Antiguo Pacto

NP = Nuevo Pacto

Las abreviaturas de los libros de la Biblia corresponden con las empleadas en la versión de la Biblia de Reina-Valera, 1960 (RV, 1960)

pp, pc, pú referidas a un versículo bíblico representan "parte primera, central o última del mismo".

Abreviaturas empleadas para diversas traducciones de la Biblia:

DHH L 1996: Biblia Dios Habla Hoy de 1996

NBJ: Nueva Biblia de Jerusalén, 1998.

BTX: Biblia Textual

Jünemann: Sagrada Biblia-Versión de la LXX al español por Guillermo Jüneman

N-C: Sagrada Biblia- Nacar Colunga-1994

JER 2001: *Biblia de Jerusalén, 3ª Edición 2001

BLA95, BL95: Biblia Latinoamericana, 1995

LBLA: La Biblia de las Américas

BNP: La Biblia de Nuestro Pueblo

NVI 1999: Nueva Versión Internacional 1999

Bibliografía citada

(1) Strong, Diccionario griego español

(2) versión parafraseada del Apocalipsis extraída del Curso anónimo sobre Apocalipsis

(3) *Ibíd.*

(4) Relación de algunos de los diversos Comentarios bíblicos del Apocalipsis leídos

Shappley de Álamo, Homero, *APOCALIPSIS Análisis de las profecías y visiones*, 2007

Taylor, R. A. *Apocalipsis: Un Comentario de Referencia*, 20/06/1998

MacArthur, John, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Apocalipsis*, Editorial Portavoz, 2010.

Mounce, Robert H. *Comentario al libro del Apocalipsis*, Editorial Clie, 2007

Maxwell, C. Mervyn, *Dios revela el futuro, el mensaje de Apocalipsis*, t.2, Publicaciones Interamericanas, 1989

- (5) Barclay, William, p. 5, 0283 Comentarios completos N.T. Apocalipsis C.T.C. 01-02-0283-14. Editorial CLIE, 1991
- (6) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 41, Editorial Clie, 2007
- (7) [Apocalipsis - Wikipedia, la enciclopedia libre](https://es.wikipedia.org/wiki/Apocalipsis), <<https://es.wikipedia.org/wiki/Apocalipsis>>
- (8) [Juan el Apóstol - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- (9) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 42, Editorial Clie, 2007,
- (10) <https://es.wikipedia.org/wiki/Apocalipsis>
- (11) [Juan el Apóstol - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- (12) Ibíd.
- (13) Ibíd.
- (14) Ibíd.
- (15) Ibíd.
- (16) Ibíd.
- (17) Ibíd.
- (18) Ibíd.
- (19) Ibíd.
- (20) Ibíd.
- (21) Ibíd.
- (22) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 61-62, Editorial Clie, 2007
- (23) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 42, Editorial Clie, 2007
- (24) [Persecución a cristianos en el Imperio romano - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- (25) Ibíd.
- (26) Ibíd.
- (27) Goena, Fernando y Lasheras, Juan, [Historia de la Iglesia - Edad Antigua \(gecoas.com\)](#)
- (28) [Juan el Apóstol - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- (29) Ibíd.
- (30) Goena, Fernando y Lasheras, Juan, [Historia de la Iglesia - Edad Antigua \(gecoas.com\)](#)
- (31) [Juan el Apóstol - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- (32) Ibíd.

- (33) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 53, Editorial Clie, 2007
- (34) *Ibíd.* 54-55
- (35) *Ibíd.*, p. 57-58
- (36) *Ibíd.*, p. 66
- (37) *Ibíd.*, p. 67
- (38) *Ibíd.*, p. 67
- (39) Truman, Cliff, *Comentario a Apocalipsis*, p.25
- (40) *Ibíd.*, p. 25
- (41) *Ibíd.*, p. 25-26
- (42) [Apocalipsis - Wikipedia, la enciclopedia libre](https://es.wikipedia.org/wiki/Apocalipsis), <<https://es.wikipedia.org/wiki/Apocalipsis>>
- (43) Mounce, H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 69, Editorial Clie, 2007
- (44) *Ibíd.*, p. 69
- (45) Truman, Cliff, *Comentario a Apocalipsis*, p.24
- (46) Mounce, H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 83, Editorial Clie, 2007
- (47) *Ibíd.*, p. 84
- (48) Apuntes anónimos *Curso sobre el libro de Apocalipsis*.
- (49) *Ibíd.*
- (50) Truman, Cliff, *Comentario a Apocalipsis*, p.3
- (51) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 85, Editorial Clie, 2007
- (52) [Emperadores romanos que buscaron destruir el cristianismo y fracasaron \(aciprensa.com\)](http://aciprensa.com); Traducido y adaptado por Diego López Marina. Publicado originalmente en *National Catholic Register*.
- (53) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 84, Editorial Clie, 2007
- (54) *Ibíd.*, p. 87-88
- (55) *Ibíd.*, p. 88
- (56) *Ibíd.*, p. 89-90
- (57) *Ibíd.*, p. 92-93
- (58) *Ibíd.*, p. 93
- (59) *Ibíd.*, p. 93-94

(60) *Ibíd.*, p. 94-95

(61) *Ibíd.*, p. 95

(62) *Ibíd.*, p. 96

(63) *Ibíd.*, p. 96-98

(64) *Ibíd.*, p. 99-100

(65) *Ibíd.*, p. 100-101

(66) *Ibíd.*, p. 101

(67) *Ibíd.*, p. 102

(68) *Ibíd.*, p. 102

(69) *Ibíd.*, p. 102

(70) Apuntes anónimos *Curso sobre el libro de Apocalipsis*

(71) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 103, Editorial Clie, 2007

(72) *Ibíd.*, p. 103

(73) Apuntes *Curso sobre el libro de Apocalipsis*

(74) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 102, Editorial Clie, 2007

(75) *Ibíd.*, p. 103

(76) *Ibíd.*, p. 104

(77) *Ibíd.*, p. 105

(78) *Ibíd.*, p. 106

(79) *Ibíd.*, p. 106

(80) *Ibíd.*, p. 106

(81) *Ibíd.*, p. 107

(82) *Ibíd.*, p. 107

(83) *Ibíd.*, p. 108

(84) *Ibíd.*, p. 108-109

(85) *Ibíd.*, p. 109-110

(86) *Ibíd.*, p. 111

(87) *Ibíd.*, p. 112

- (88) Apuntes anónimos *Curso sobre el libro de Apocalipsis*
- (89) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 103, Editorial Clie, 2007
- (90) *Ibíd.*, p. 103
- (91) Apuntes anónimos *Curso sobre el libro de Apocalipsis*
- (92) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 103, Editorial Clie, 2007
- (93) *Ibíd.*, p. 103
- (94) Apuntes anónimos *Curso sobre el libro de Apocalipsis*
- (95) *Ibíd.*
- (96) Diccionario de la iglesia primitiva (p.124). [www. ElCristianismoPrimitivo.com](http://www.ElCristianismoPrimitivo.com). Compilado por Brian Gray y editado por Anthony Hurtado *Este diccionario es obsequiado al dominio público. No tiene derechos reservados* [www. ElCristianismoPrimitivo.com](http://www.ElCristianismoPrimitivo.com)
- (97) García de Cortazar, José ángel y Ruiz de Aguirre, Universidad de Santander, Valdeon Baroque Julio, Universidad de Valladolid; *Gran Historia Universal*, tomo XI, p. 83, Ediciones Najera (S.A. de Promociones y Ediciones Club Internacional del Libro, Madrid)
- (98) Diccionario bíblico (módulo e-Sword)
- (99) *Ibíd.*
- (100) **Aracil, Orts, Carlos**, <<https://amistadencristo.com>>. [¿Reinarán Cristo y sus santos un Milenio en la Tierra restaurada?](#), ... p.23-25
- (101) Mounce, H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 543, Editorial Clie, 2007
- (102) Apuntes anónimos *Curso sobre el libro de Apocalipsis*
- (103) *Ibíd.*
- (104) *Ibíd.*
- (105) *Ibíd.*
- (106) *Ibíd.*
- (107) *Ibíd.*
- (108) *Ibíd.*
- (109) *Ibíd.*
- (110) *Ibíd.*
- (111) *Ibíd.*
- (112) **Aracil, Orts, Carlos**, <<https://amistadencristo.com>>. [El dragón, la bestia, los reinos mundiales y el Reino de Dios, ¿Es el Arcángel Miguel el que detiene al Anticristo?](#)
- (113) **Aracil, Orts, Carlos**, <<https://amistadencristo.com>>. [El dragón, la bestia y el falso profeta](#)

- (114) [Auge y disolución de la Unión Soviética \(lavanguardia.com\)](http://lavanguardia.com)
- (115) http://es.wikipedia.org/wiki/Imperio_romano
- (116) **Aracil, Orts, Carlos**, <<https://amistadencristo.com>>. [El dragón, la bestia, los reinos mundiales y el Reino de Dios](#),
- (117) Bentué, Antonio, Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Introducción a la Historia de las religiones (pág. 191).
- (118) *Ibíd.*, ps. 191-192. (Extraído de **Aracil, Orts, Carlos**, [¿Es el Arcángel Miguel el que detiene al Anticristo?](#))
- (119) **Aracil, Orts, Carlos**, <<https://amistadencristo.com>>. [El dragón, la bestia, y el falso profeta](#),
- (120) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 366-367, Editorial Clie, 2007
- (121) *Ibíd.*, p. 369
- (122) *Ibíd.*, p. 387-388
- (123) *Ibíd.*, p. 410-411
- (124) *Ibíd.*, p. 413-414
- (125) *Ibíd.*, p. 411-412
- (126) *Ibíd.*, p. 411
- (127) *Ibíd.*, p. 415
- (128) *Ibíd.*, p. 416
- (129) Bentué, Antonio, Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Introducción a la Historia de las religiones (pág. 191-192).
- (130) http://es.wikipedia.org/wiki/Sacro_Imperio_Romano_Germ%C3%A1nico
- (131) Bentué, Antonio, Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Introducción a la Historia de las religiones (pág. 191-192).
- (132) https://es.wikipedia.org/wiki/Napole%C3%B3n_Bonaparte
- (133) https://es.wikipedia.org/wiki/Estados_Pontificios
- (134) http://es.wikipedia.org/wiki/Sacro_Imperio_Romano_Germ%C3%A1nico
- (135) https://es.wikipedia.org/wiki/Uni%C3%B3n_Sovi%C3%A9tica
- (136) *Ibíd.*
- (137) [Dominación del mundo - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- (138) https://nanopdf.com/download/los-estados-pontificios_pdf

- (139) Biblioteca Nacional de España (bne.es)
- (140) https://es.wikipedia.org/wiki/Estados_Pontificios
- (141) https://es.wikipedia.org/wiki/Napole%C3%B3n_Bonaparte
- (142) https://es.wikipedia.org/wiki/Estados_Pontificios
- (143) Ibíd.
- (144) Ibíd.
- (145) *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2121
- (146) **Aracil, Orts, Carlos**, <<https://amistadencristo.com>>. **El dragón, la bestia, y el falso profeta**,
- (147) Mounce H. Robert, en su libro *Comentario al libro de Apocalipsis*, p. 534, Editorial Clie, 2007
- (148) Ibíd., p. 532
- (149) Ibíd., p. 534
- (150) Ibíd., p. 535
- (151) Ibíd., p. 538
- (152) Ibíd., p. 540-541
- (153) Ibíd., p. 541
- (154) Ibíd., p. 541-542
- (155) Ibíd., p. 543
- (156) Ibíd., p. 544
- (157) Ibíd., p. 544
- (158) Ibíd., p. 548

© **Carlos Aracil Orts**. Derechos reservados. No obstante, se concede permiso de reproducir cualquier contenido de este sitio Web, con las siguientes condiciones: (1) Que no sea usado con objetivos comerciales. No se permite la venta de este material. (2) En todo caso, se debe incluir claramente la dirección de este sitio web: www.amistadencristo.com, y el nombre del autor o autores que figuren en cada estudio o artículo publicado en esta web. (3) Se ha de dar reconocimiento también a otros autores y a sus respectivas fuentes originales del material que se haya usado en la composición y redacción del contenido de esta web, manteniendo las referencias textuales con derechos de autor (copyright).

Alicante, abril de 2022

Carlos Aracil Orts
www.amistadencristo.com